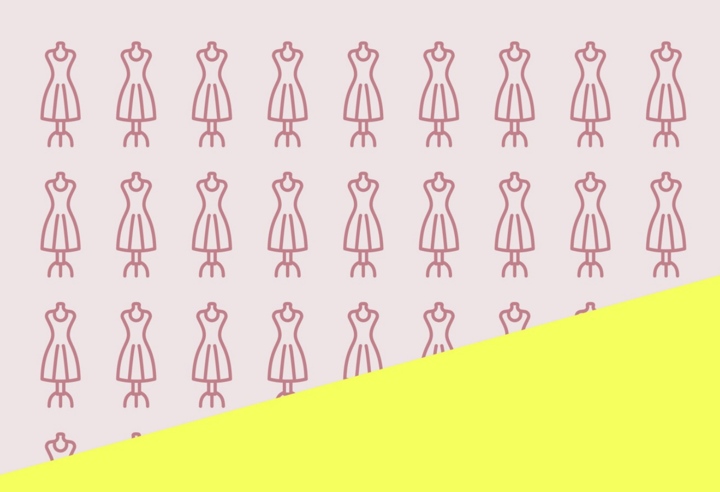
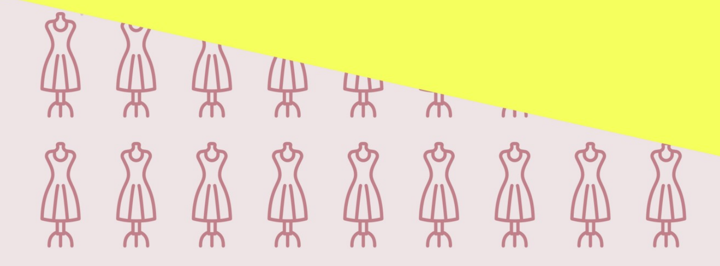
MARIANA

MONICA DICKENS

TRADUCCIÓN DE CONCHA CARDEÑOSO

LA AUTORA

Monica Dickens, bisnieta de Charles Dickens, nació en 1915 en Londres. Cuando iba a ser presentada como debutante ante la corte, se rebeló tirando su uniforme escolar al Támesis, y fue expulsada de la St. Paul's Girls' School. Aunque pertenecía a la clase privilegiada, decidió trabajar como cocinera y sirvienta ante el asombro de su familia. Más tarde utilizaría esta experiencia en su primera novela, *One Pair of Hands* (1939), con la que inicia una serie de libros semiautobiográficos, a los que seguiría MARIANA (1940). Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó en una fábrica de aviones y como enfermera en un hospital rural, experiencias que inspirarían su siguiente novela, *One Pair of Feet* (1942); sus vivencias en un periódico local quedaron reflejadas en *My Turn to Make the Tea* (1951), donde muestra las dificultades a las que tenían que enfrentarse las mujeres periodistas. En 1951 se casó con Roy Stratton, un oficial del ejército estadounidense, y se mudó con él a Norteamérica, donde adoptaron dos niñas. Monica Dickens fue una novelista muy popular durante toda su vida y se implicó en muchas causas humanitarias, especialmente en defensa de los niños y los animales. Después de la muerte de su marido regresó a su Inglaterra natal, donde falleció el día de Navidad de 1992.

LA TRADUCTORA

Concha Cardeñoso Sáenz de Miera nació en León en 1956. Sus primeras traducciones fueron del inglés al castellano, sobre todo de cuentos infantiles y juveniles; antes de entregarlos, leía en voz alta estos primeros trabajos a sus hijas, sus mejores críticas, para asegurarse de que el lenguaje era adecuado, creativo e inspirador en la medida de lo posible. Después llegaron los libros de divulgación y las novelas grandes y pequeñas, difíciles y menos difíciles, para todos los públicos y solo para adultos. Cuenta entre sus traducciones con obras de Shakespeare, Baum, Dickens, Robertson Davies, Maggie O'Farrell, Robert Macfarlane, Daphne du Maurier y muchos más. Para Trotalibros Editorial ha traducido *Adiós, señor Chips*, de James Hilton (Piteas 4). Desde 2010 traduce también del catalán, a autores como Jaume Cabré, Josep Pla, Irene Solà, Anna Ballbona, Raül Garrigasait y Maria Barbal, entre otros, y continúa con su actividad en el ámbito editorial trabajando con textos de todos los géneros, principalmente el narrativo.

En el año 2018 recibió el Premio de Traducción Esther Benítez en su decimotercera edición, por la novela *Mi prima Rachel*, de Daphne du Maurier, editada por Alba Editorial en 2017.

MARIANA

Primera edición: junio de 2022
Título original: *Mariana*
© The Estate of Monica Dickens, 1940
© de la traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
© de la nota del editor: Jan Arimany
© de esta edición:
Trotalibros Editorial
C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª
AD500 Andorra la Vella, Andorra
hola@trotalibros.com
www.trotalibros.com
Editado con la colaboración del Govern d'Andorra.
ISBN: 978-99920-76-25-5
Depósito legal: AND.85-2022
Maquetación y diseño interior: Klapp
Corrección: Raúl Alonso Alemany y Marisa Muñoz
Diseño de la colección y cubierta: Klapp
Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

MONICA DICKENS

MARIANA

TRADUCCIÓN DE
CONCHA CARDEÑOSO

PITEAS · 12

CAPÍTULO UNO

Mary oía a menudo la expresión: «No soporto estar sola», y nunca llegó a entenderla. Toda su vida había necesitado refugiarse en la soledad de vez en cuando, y ahora más que nunca. Si no podía estar con el hombre al que amaba, prefería no estar con nadie.

Creía que en la pequeña casa de Marguerite Street podría disfrutar de esa soledad, pero, al parecer, todavía había mucha gente en Londres que consideraba un deber llamarla o dejarse caer a cualquier hora para animarla. Se imaginaba a las mujeres diciéndole a su marido:

—Querido, hay que hacer algo por la pobre Mary. Los criados han estado muy ocupados últimamente, y habrá que gastar la mantequilla que tenía reservada, pero no queda otro remedio.

Luego cogerían el teléfono y dirían:

—Te aseguro que me dolería mucho que no tuvieras en cuenta que puedes acercarte a nuestra casa cuando te apetezca. ¿Qué día de la próxima semana vienes a cenar? ¿El martes, el miércoles, el jueves...?

Por eso se había ido con Bingo a Little Creek End para pasar un largo fin de semana en soledad, sin nadie, solo ella, el perro y mil recuerdos de los fines de semana en los que eran dos y un perro en la aislada cabaña de las marismas de Essex.

—Es una locura que huyas a un sitio tan desolado —le dijo su madre—. Si tan deprimida estás, ¿por qué no vienes con Gerald y conmigo? Lo único que conseguirás allí, tú sola, es ponerte aún más triste.

Tuvieron una gran discusión por tal motivo. Su madre no entendía que buscara la tristeza, que no quisiera distraerse. Pero ella prefería llenar el tiempo de espera pensando en él, aislarse, ponerse entre paréntesis hasta que volviera.

La gente era cariñosa, cordial y simpática, pero creía que hacer compañía era sinónimo de dar conversación, y algunas voces le taladraban la cabeza. En cambio, los perros... Lo entendían todo sin decir nada y siempre era un placer mirarlos, dormidos o despiertos, como a Bingo. En ese momento roncaba suavemente, dormido en su cesta junto al fuego, con sus patitas rechonchas y una ceja peluda estremeciéndose al ritmo irregular de sus sueños. En el otro extremo, Mary descansaba tranquilamente hundida en un sillón, con una taza de café en uno de los brazos y la bata de seda abierta a los lados de las piernas cruzadas, balanceando una zapatilla en el dedo del pie. Aparte del resplandor inconstante del fuego y el haz de luz de la lámpara de petróleo que tenía al lado, la habitación estaba sumida en sombras; pero no esas sombras que obligan a mirar atrás con temor todo el tiempo, sino las que proporcionan una calidez silenciosa e íntima, como si los objetos invisibles estuvieran aguardando a que se los necesitara de nuevo. Fuera de la estancia, la noche se desataba en viento y lluvia con una furia impotente. Mary pensó en lo curioso que era que solo unos pocos centímetros de muro separaran la plácida intimidad de la

salita del aullido chorreante de la oscuridad. Las casas tenían una actitud muy retadora.

Había cenado en una bandeja delante del fuego, leyendo al mismo tiempo, y ahora tenía el libro abierto en el regazo, pero su mirada se dirigía constantemente a las llamas que saltaban desde las ascuas de la base hacia arriba lamiendo los contornos del negro carbón aún sin quemar. «Mañana —pensó— secaré unos cuantos troncos del cobertizo y haré un buen fuego de leña». Distraída, enroscó el dedo en un mechón de pelo y lo separó de la media melena oscura que le caía casi hasta los hombros. Hacía siglos que no iba a la peluquería a arreglarse el pelo. No parecía que en esos momentos tuviera mucho sentido hacer algo más que, sencillamente, no estar hecha un desastre.

Era pequeña y delgada, de piel muy blanca, con los ojos grandes y hundidos, tenía un rictus un poco triste en la boca cuando estaba en reposo, pero era capaz de sonreír de oreja a oreja como un niño.

Miró el reloj de pared, que imitaba a un plato de porcelana azul y blanco. A esa hora, en Londres estaría a punto de ir a toda prisa al recibidor, en cuanto oyera el chasquido del buzón, para ver si había un sobre blanco cuadrado con el matasellos de «RECIBIDO DE LOS BARCOS DE SU MAJESTAD» en una esquina. ¿Y si llegara uno esa misma noche? Tendría que esperar hasta el martes para verlo. No se lo remitiría nadie, porque le había dado el fin de semana libre a Doris para que fuera a ver a su familia en Dalton East.

Se imaginó la carta claramente, muy blanca, caída de cualquier manera en el felpudo negro de la puerta principal. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que estaba allí. Esperar era una tortura; tenía que haberlo pensado antes. ¿Y si era algo importante?

Irguió la espalda, cerró el libro y lo dejó en la mesa. «Llamo a Angela —pensó— y le digo que pase mañana por casa, a ver si hay algo. Sabe que la llave de la puerta de atrás está escondida debajo de la maceta. Será una tontería, pero es que no puedo esperar esa carta. A lo mejor me pregunta algo y quiere que le responda inmediatamente».

Le costó un poco levantarse del sillón. Estaba entumecida después del largo y húmedo paseo que había dado con Bingo por la tarde, antes de que la tormenta estallara en un temporal. Bingo abrió un ojo y movió la cola al verla coger la lámpara e ir hasta la otra parte de la salita, debajo de la estructura de vigas en la que antes había una pared. Hacía frío lejos del fuego. El teléfono estaba en la mesa de al lado de la ventana; mientras lo descolgaba, oyó las rachas de la lluvia contra el cristal y el gemido del viento, que había cruzado desde las marismas y rugía alrededor de su casa.

El teléfono estaba mudo.

—Hola... Hola...

Colgó y descolgó varias veces, pero ninguna voz femenina y malhumorada dejó de tejer para decir en tono acusador: «Weatherby. ¿Qué número desea?». Ni un zumbido. Solo silencio. Seguro que el temporal había derribado las líneas. «Maldita sea». Pensativa, volvió sobre sus pasos arrastrando las holgadas zapatillas por el suelo de madera. Pasó por encima de Bingo, se sentó de nuevo mordisqueándose el dedo, se retiró el pelo hacia atrás y luego se recostó con las piernas estiradas, la barbilla contra el pecho y el ceño fruncido. En realidad, daba igual, no parecía probable que fuera a llegarle otra carta tan pronto, después de la última, pero era irritante. A la mañana siguiente bajaría al cruce, cogería el autobús al pueblo y llamaría desde allí. Era lo mejor, porque, en cualquier caso, nadie podría remitirle nada esa noche. Se relajó con un suspiro y

volvió a coger el libro. Eso es lo que haría mañana. «Espero que haga bueno», pensó.

Cuando el plato azul y blanco dio las nueve con su nota delicada alargó automáticamente el brazo y encendió la radio. «¡Estas interferencias! A ver si la llevo a arreglar. Pero es tan...», pensó al oír las primeras palabras sin prestar atención:

> El Ministerio de Marina lamenta comunicar que el destructor británico *Phantom* ha chocado con una mina a primera hora de la mañana y se ha hundido. Algunos supervivientes han sido rescatados por dos barcos mercantes que respondieron a su SOS, pero se teme que tres de los siete oficiales y veinte miembros de la tripulación hayan perdido la vida. Los familiares más cercanos de los desaparecidos han sido informados. El *Phantom* se botó en 1927 y era un destructor de mil trescientas toneladas de clase X...

Apagó la radio; cuando cesaron las palabras, fue como si nunca las hubieran pronunciado. Se quedó sentada bajo la luz amarilla de la lámpara de la mesa, con la taza de café medio vacía en equilibrio en el brazo del sillón. El fuego todavía lamía los bordes del carbón con pequeñas lenguas anaranjadas y amarillas; Bingo seguía tumbado con las patas en posición de galope, la cabeza vuelta hacia un lado y una oreja levantada; el reloj blanco y azul seguía haciendo tictac. Nada había cambiado, pero nada era lo mismo. Una tregua de la tormenta produjo un silencio en el aire, fue como si la habitación guardara un compás de espera conteniendo la respiración hasta ver cómo se lo tomaba Mary. Se quedó en el sillón y, con un escalofrío, empezó a comprender. Aunque cada vez con menos convencimiento siguió diciéndose: «No es verdad, no es verdad».

«Los familiares más cercanos han sido informados». Entonces, podía haber algo en el felpudo de la puerta principal; pero no un sobre blanco, sino amarillo, y tenía que esperar hasta el día siguiente para saberlo. El pensamiento le vino a la cabeza injustamente y sin razón: «Bueno, ahora mamá podrá decir: "Te lo advertí". Había sido una locura ir allí».

Curiosamente, no tenía ganas de llorar. Estaba muy tranquila, aunque el corazón le latía con tanta fuerza que lo veía por debajo de la fina bata de seda.

—Bingo —dijo—, Bingo, ha pasado algo horrible.

El perrito saltó de la cesta, se sacudió, bostezó, se desperezó y echó a andar detrás de ella hasta la puerta. Al abrirla y asomarse a la furiosa oscuridad, un remolino de viento y lluvia la golpeó en la cara. Volvió a cerrar con resignación, tiritando. Había tenido el impulso de ir andando hasta el pueblo y llamar a la puerta de alguien que tuviera teléfono..., hablar con Angela, con el ministerio, con quien fuera. Pero con esa tormenta no llegaría; había más de ocho kilómetros. Además, no encontraría el camino y, aunque lo encontrara, tendría que entrar en una casa desconocida; tendría que dar explicaciones; y a lo mejor había alguien en la habitación mientras ella telefoneaba.

Su desesperación aumentó al oír el impacto de una teja que cayó al patio desde el tejado de la cocina. Era una tormenta salvaje. Tenía que esperar. Esperar... y procurar no pensar. Volvió al otro lado de la habitación. Quizás si se sentaba otra vez y cogía el libro todo volvería a ser como antes. El tiempo retrocedería y sería como si no hubiera pasado nada.

Esto no podía pasarle a ella..., a ella no. Las tragedias les pasan a los demás, no a uno mismo. Se habían salvado cuatro oficiales y, por supuesto, él era uno de ellos. «Tengo suerte, siempre la he tenido». ¿No había dicho eso él en el casino de Cannes aquella noche maravillosa cuando...? ¿No había sido hacía nada, en mayo? Parecía que hubiera sucedido en otra vida.

«Oh, amor, ya nunca iremos los dos a los países cálidos del otro lado del mar».[1]

Lo único que podía hacer era no pensar. Se puso en movimiento: se llevó el café a la pequeña

cocina de suelo de piedra, encendió otra lámpara, cogió el hervidor de agua, que estaba al lado del fuego, y fregó los cacharros de la cena. Fuera hacía frío, así que cogió el abrigo para ponérselo encima de la bata. En el armario en el que colgaba el abrigo de pelo de camello había un par de botas grandes de goma, un viejo y estropeado gorro de marinero y unos pantalones grises de franela deformados y con manchas de grasa. Cerró la puerta con un movimiento rápido y temeroso, y volvió al fregadero procurando distraerse con detalles como a qué hora tendría que ponerse en marcha por la mañana para coger el primer autobús y a quién llamaría por teléfono.

Cuando terminó, no quiso volver junto al fuego. Subiría a la habitación del suelo irregular y las cortinas amarillas de cretona, y se acostaría en la cama, que estaría caliente y blanda, y a oscuras, a esperar a que llegara la mañana.

—Vamos, Bingo. —Inclinó la cesta hasta que salió el pequeño cairn terrier, adormilado y resentido—. Hala, que esta noche puedes dormir en mi cama.

Después de llenar una bolsa de agua caliente, cepillarse los dientes y el pelo —igual que cualquier noche—, apagó la luz y se metió entre las sábanas, que olían a limpio, con la sensación de ser muy pequeña. Se tumbó boca arriba, mirando al bajo techo, con el cálido peso del perro en los pies y los ojos muy abiertos en la oscuridad, luchando contra la idea que se empeñaba en rechazar desde que la voz afligida de la radio hizo añicos su seguridad. La idea de que quizás, nunca más, nunca más...

No podía permitirse pensar en eso ni en el futuro. El pasado, se tenía que aferrar al pasado, que era incuestionable. Era más seguro mirar hacia atrás que hacia delante. Mientras esperaba acostada, mirando la forma borrosa de la cortina, que se movía a merced de la ventana entreabierta, y oyendo el viento, la lluvia y el ladrido de un perro insensato en las marismas, pensó en las cosas que se habían ido, en los años que la habían conducido a esa noche..., la crisis de su vida. Todo lo trivial, lo trascendental, lo emocionante que había vivido día a día para llegar a la mujer tumbada en la oscuridad con olor a sábanas limpias que esperaba a que le dijeran si su marido estaba vivo o muerto.

CAPÍTULO DOS

El olor a sábanas limpias le recordó a lo que de niña llamaba el «olor a Charbury». Era lo primero que se percibía al entrar por la puerta principal, una mezcla indefinible de todas las cosas aromáticas de la casa: rosas, humo de leña, suelos encerados, pan y lavanda guardada entre la antigua ropa de cama. Solo se notaba al principio, al llegar de Londres. Unos días después se convertía en parte del propio yo campestre, como las prendas viejas de vestir, los rasguños en las rodillas y despertarse los sábados por el ruido que hacían los jardineros al barrer el camino de grava con escobas de retama.

A veces, en el colegio en Londres o en el piso cerca de Olympia, donde vivía con su madre y el tío Geoffrey, percibía algo que le recordaba al olor de Charbury, y todo su pequeño ser se conmovía de nostalgia y se le llenaban los ojos de lágrimas anhelando las vacaciones, la baja casa gris de estilo isabelino de Somerset, que tenía el tamaño justo: suficientemente grande para todo menos para la ostentación.

A su modo de ver, todo era perfecto en Charbury, sin la menor duda. Incluso los primos más antipáticos le parecían aceptables solo porque estaban allí. No analizaba el encanto del lugar, pero era muy consciente de la magia que irradiaba; años más tarde, se compadeció de los adultos al descubrir inesperadamente que habían desaprovechado el paraíso del que los niños disfrutaban con toda naturalidad.

—¡Ah, era terrible! —le contó su madre—. ¡Qué peleas teníamos entre nosotros! Siempre se ofendía alguien, el ambiente se enrarecía y luego todo el mundo pedía perdón a los demás alegando que no había sido culpa suya.

—Pero ¡qué pérdida de tiempo! —dijo Mary, incrédula—. Yo no me daba cuenta de esas cosas. Pero no sería siempre así, ¿verdad?

—No, no, claro que no. Lo cierto es que pasamos muy buenos ratos. Era un lugar paradisiaco, ¿no crees? Pero ya sabes cómo son las cosas: uno proponía un plan para el día a la hora del desayuno, otro quería improvisar sobre la marcha y pretendía que los demás se unieran; cuando por fin nos poníamos todos de acuerdo, ya era la hora de comer y no podíamos hacerlo. Teníais suerte vosotros, los niños. No os enterabais de que los criados se despedían continuamente porque no tenían adónde ir en su medio día libre; ni de que la tía Mavis descubría de pronto que los desagües estaban en malas condiciones y nos alarmaba a todos con la posibilidad de contraer fiebres tifoideas; ni de las quejas continuas del tío Lionel porque la caza escaseaba, y encima acusaba a tu abuelo de que su guardabosques era un cazador furtivo. Imagínate, ¡hasta le oí dar gracias cuando el abuelo se deshizo de la casa!

Aunque se enteró de estas cosas mucho después de que se vendiera Charbury, nada estropeó el recuerdo perfecto que conservó toda la vida, glorificado casi hasta la leyenda, porque esos tiempos nunca volverían.

Charbury House pertenecía a los abuelos de Mary, cuyo segundo hijo, George Shannon, era su padre. No tenía recuerdos de él porque había muerto en la batalla cuerpo a cuerpo de Thiepval, en 1916, cuando ella tenía un año. La fotografía que su madre le había dado para que la colgara en la pared de su habitación era la de un hombre muy joven vestido de uniforme, con la cara redonda, el pelo claro y rizado, y una sonrisa en la boca que se reflejaba en los ojos. A Mary le pareció una cara hecha para sonreír y se lo dijo a su madre esa misma noche, cuando fue a arroparla; la señora Shannon apagó la luz y salió muy deprisa de la habitación, como si se hubiera irritado por algo. Nunca le habló de su padre, pero Mary estudiaba la fotografía a fondo, de rodillas en la almohada para verla más de cerca, porque era muy interesante tener un padre muerto. Nunca le dio tristeza pensar en él hasta que fue a la refinada escuela privada de Cromwell Road. La señorita Carson, la directora, le preguntó por su padre, y cuando Mary le dijo con orgullo: «Murió en la guerra», la profesora rechinó los dientes y la llevó al despacho, que estaba tan lleno de helechos, palmas y muebles de bambú que apenas se podía respirar. Allí la señorita Carson, que olía a pan con mantequilla, sentó a Mary en el regazo y, acariciándole el pelo, le dijo que era muy muy triste quedarse sin padre, pero que tenía el deber de ser una chica valiente y no llorar por él, puesto que había hecho el sacrificio supremo; entonces Mary estalló en lágrimas y sollozó de todo corazón sobre la recatada pechera de la señorita Carson. Después, apenas soportaba mirar la foto de su padre, porque se había convertido en una más de las muchas cosas que la hacían llorar. Aunque no tenía idea de lo que significaban las palabras «sacrificio supremo», le parecían las más tristes del mundo. Cuando lloraba, nunca le decía a su madre que era por él, fingía que era por cualquier otro motivo, como la ilustración de *Peter Pan* en la que se ve a Wendy en el suelo con la flecha en el pecho, o porque no la dejaban ver afeitarse al tío Geoffrey.

Geoffrey Payne era el hermano mayor de la señora Shannon. Cuando volvió del ejército de ocupación para retomar los frágiles hilos de su carrera teatral, se instaló en el piso de su hermana y, por una u otra razón, allí se quedó. Se especializó en papeles de tonto, que estaban en auge en los primeros años veinte, y tuvo cierto éxito principalmente por su aspecto. Tenía la cara como un huevo, con la frente y la barbilla retraídas, una nariz insignificante y unos dientes delanteros que sobresalían por encima de la mandíbula inferior. Siempre se dejaba un bigote rubio y siempre se lo afeitaba sin darle la oportunidad de ser algo más que un indicio. En el escenario, y a menudo fuera de él, llevaba un monóculo en cualquiera de los dos ojos, cuellos altos, pajaritas y trajes que llamaban la atención por el estampado, más que por el corte. Era amable, pero de una forma pasiva, y bastante sincero cuando, a menudo, expresaba su deseo de ganar más para que su hermana no tuviera que trabajar.

—No dejaría de trabajar aunque ganaras quinientas libras a la semana —decía la señora Shannon—. Me gusta. ¿Qué demonios iba a hacer todo el día, si no? —Y se reía y chasqueaba los dedos para que le lanzara un cigarrillo.

Cuando murió el padre de Mary, la señora Shannon rechazó con agradecimiento la asignación que le ofrecieron sus suegros, que eran los propietarios del famoso restaurante Shannon de Trafalgar Square. Sus padres no podían ayudarla, pero decía que quería ser independiente y ganarse el pan para ella y para su hija. Cuando Mary tenía ocho años, su madre trabajaba en una próspera y anquilosada tienda de ropa, de la que se marchó exasperada un día para probar suerte en el oficio de enseñar confección en un gran colegio de economía doméstica

en South Kensington. Mary se enteró de todo esto más adelante. En aquel momento aceptó que su madre «fuera a trabajar» igual que iba ella al colegio, y le sorprendió muchísimo descubrir que no todas las madres se iban de casa por la mañana y volvían por la noche. La señora Shannon estaba libre casi todas las vacaciones escolares, coincidiendo con su hija, y siempre las pasaban juntas en Charbury House en compañía de casi toda la familia Shannon.

Y ahí estaban madre e hija, en la estación de Paddington, un Jueves Santo, abriéndose paso entre la desesperante multitud ociosa, con solo tres minutos para coger el tren de las diez y media a Taunton. A primera vista, podría decirse que se parecían, porque ambas eran menudas y de piel blanca, pero en realidad no se parecían en nada. A los once años, Mary era una niña enclenque y sin color natural, por eso la gente afirmaba rotundamente que era delicada. Parecía un gnomo cuando sonreía, con la barbilla estrecha y unas orejitas puntiagudas que el pelo no le tapaba. Llevaba una coleta sujeta en la nuca con un prendedor, que caía sobre la ordenada melena hasta la mitad de la espalda. Tenía el pelo de un color castaño desvaído, mientras que el de su madre era casi negro azulado, y los ojos de la señora Shannon eran mucho más oscuros que los de ella, y pequeños y redondos como botones llenos de energía. La cabeza y la cara resultaban pequeñas en proporción, un poco más grandes que las de la niña, pero la delicada línea de la mandíbula era cuadrada, y el labio de abajo, recto, siguiendo la línea de la barbilla, mientras que la de Mary era puntiaguda, con una boca tan grande que no casaba con ninguno de los rasgos de la cara. «A ver cuándo creces en consonancia con el tamaño de tu boca», le decía siempre el abuelo.

Llegaron por fin al andén y corrieron a lo largo del tren, donde los mozos de estación ya estaban cerrando las puertas y la gente asomaba la cabeza por las ventanillas para despedirse.

«Aquí, aquí», insistía Mary tirando de su madre mientras pasaban los compartimentos semillenos de tercera clase, pensando a cada minuto que el tren iba a arrancar; vio al jefe de estación junto al vagón de equipajes, ahora ya con el silbato en los labios. La señora Shannon siempre estaba segura de que iba a encontrar mejores asientos más adelante; cuando iban de merienda al campo, siempre veía «el sitio perfecto» justo más allá de donde todos se habían instalado. Al final, para alivio de Mary, se encontraron con el jefe de estación, que les dijo: «Señora, si quiere irse, más vale que suba ya», y levantó el brazo que sujetaba la bandera, por lo que tuvieron que meterse como pudieron en el compartimento más cercano, que estaba lleno de gente que las miraba. No era un tren con pasillos, así que tuvieron que quedarse allí y los ocupantes se vieron obligados a hacerles sitio.

La señora Shannon consiguió que dejaran sentarse a Mary en un rincón insistiendo en que, si no iba al lado de la ventanilla, se marearía; cuando ella se acomodó en el centro del lado opuesto, le hizo a su hija un guiño de triunfo. Mary le devolvió una sonrisa, pero con reservas, porque, aunque no mirar por la ventanilla habría sido una tortura, no le parecía bien esa táctica de su madre de dar la lata a los demás hasta que se salía con la suya. Como era tímida, lo relacionaba todo consigo misma, y lo que le preocupaba no era lo que la gente pudiera pensar de su madre, sino lo que pensarían de ella por ser su hija.

Había otras cinco personas en el compartimento; tres mujeres poco interesantes que no parecían conocerse; un hombre feo, más bien joven, que evidentemente tenía algo que ver con una de ellas, porque solo gruñía cuando ella le decía algo y, en el rincón de enfrente de Mary, un orondo anciano con un bigotazo blanco que seguramente se disfrazaba de Papá Noel para sus nietos. Estaban ya inmersos en la apatía que adoptan algunas personas cuando viajan, pero la

señora Shannon podía animar el ambiente más aburrido sin proponérselo. Incluso cuando se quedaba quieta, que no era lo normal, irradiaba una sensación de alerta que la acompañaba adonde quiera que fuese, como si viviera siempre al límite. Antes de llegar a Ealing, se quedó mirando la ventanilla, que empezaba a llenarse de vaho, y casi se le veía el movimiento de los pensamientos en el cerebro.

—¿Me permite? —Se levantó y pasó por encima de los pies del anciano caballero hasta la ventanilla—. Solo unos centímetros... Hace un calor tremendo aquí dentro, ¿verdad?

Miró a los demás pasajeros como pidiendo permiso, pero les daba igual una cosa que otra. Solo querían que les dejaran leer el periódico en paz. Mary retiró las piernas para hacer sitio a su madre y siguió mirando por la ventanilla con la barbilla apoyada en la mano.

—¡Ay, por favor! ¿Me ayuda usted? Creo que se ha atascado.

El anciano iba a irritarse, pero ella le dedicó una sonrisa tan deslumbrante que el hombre rejuveneció de pronto veinte años y, de paso, se puso muy caballeroso. Empezó a tirar de la ventanilla, resopló y jadeó hasta que por fin consiguió bajarla del todo con mucho estrépito. Ambos volvieron a sentarse, muy complacidos el uno con el otro, y empezaron a conversar. Una de las mujeres anónimas se estremeció ostentosamente y su marido hizo el gesto de subirse el cuello de la camisa sin levantar los ojos del periódico. A Mary se le posó un trozo grande de carbonilla en la nariz, y allí se le quedó. Lo veía por el rabillo del ojo, enorme, y siguió bizqueando mientras miraba por la ventanilla, aunque todo pasaba tan deprisa que tenía que bizquear de todas formas.

—Quizás es un poco excesivo —dijo la señora Shannon levantándose de nuevo.

Forcejeó con la correa frágilmente, en vano, hasta que el caballero se puso en pie otra vez, y cuando consiguieron dejarla a su gusto, el tren rugía ya por Slough Station con la orgullosa indiferencia de un expreso. La mujer del gorro de ganchillo, que iba al lado de la señora Shannon, le ofreció astutamente unas revistas y durante un rato reinó la paz.

Mary solo se daba cuenta a medias de lo que sucedía en el compartimento. Estaba acostumbrada a la actividad constante de su madre y seguía enfrascada mirando el paisaje, emocionada porque ahora ya nada, a excepción de un accidente de tren —tocó madera en la puerta rápidamente— podía impedirle ir a Charbury. Casi se puso a llorar pensando en lo mal que lo había pasado las vacaciones anteriores, cuando cogió el sarampión una semana antes del final del trimestre. Había resistido como una campeona con treinta y nueve de fiebre, los ojos llorosos y la cabeza a punto de estallar, hasta que al final se desmayó en clase de Geografía; sin embargo, ni el gran esplendor que le procuró todo esto ante sus compañeras ni que se la llevaran a casa en un taxi, envuelta en mantas, compensó en absoluto ni un solo minuto del tiempo que no pudo pasar en Charbury.

En otra ocasión le echaron a perder las vacaciones de Semana Santa sus abuelos maternos, que vivían en Dulwich derrotados por la humedad en una casa prácticamente cerrada. Al abuelo se le antojó sufrir un derrame cerebral justo la víspera de partir hacia Somerset. Las maletas estaban hechas y habían comprado el suministro de alpiste de los periquitos para quince días, porque no se podía confiar en que el tío Geoffrey gastara dinero en ellos, pero se tuvieron que quedar en Londres. El abuelo tardó una semana en morir, había que hacer incontables trámites y la señora Shannon tuvo que quedarse en Clarice Hill, en Dulwich, para convencer a su madre de que abandonara aquella melancólica casa, aunque fue inútil. No había nadie que pudiera llevar a

Mary a Charbury, porque todos los primos y tías ya se habían ido. Se enfadó muchísimo y lloró hasta que se le agotaron las lágrimas, dio patadas a los muebles y, resentida, le dijo un montón de atrocidades a la señora Duckett, la asistenta, que, aunque estaba sorda, le proporcionó la satisfacción de explayarse delante de alguien, cosa que no habría conseguido por más que rabiara a solas.

Mary solía tomarse las desilusiones como una afrenta personal, como si dijera: «¿Por qué me tiene que pasar esto precisamente a mí?», actitud a la que respondía el tío Goffrey con un exasperante: «¿Y por qué no?».

Todo esto había ocurrido en el pasado, la muerte del abuelo ya era historia y en esos momentos no quedaba nada de ellos. Sin hacer caso de la revista infantil que llevaba en el regazo, vio las casas diminutas de las afueras y, a continuación, el verde, el emocionante verde de la auténtica campiña, con las formas cambiantes de las praderas y con las vacas, que la miraban al verla pasar a toda velocidad como una reina camino de su reino. Un terraplén de escoria se alzó bruscamente entre ella y el paisaje; en medio del hollín, inexplicablemente, ¡había prímulas! Unos macizos estrellados que la invitaban a quedarse allí, a aspirar su perfume puro y delicado, pero el tren, indiferente a esos detalles, traqueteaba dándose importancia hacia el magnético West Country.

El montículo desapareció de pronto y aparecieron las primeras casas de un pueblo donde antes solo había prados. Hileras y más hileras de tejados de pizarra, líneas paralelas de perspectiva en movimiento, anunciaban la proximidad de una estación, pero la máquina, con el ojo puesto en un objetivo más lejano, pareció aumentar la velocidad, más que aminorarla, mientras los enclavamientos, los vagones y los cobertizos de ladrillo sin ojos aparecían a la vista, retumbaban al paso del tren y se quedaban atrás. Apareció el comienzo del andén y unos rostros claros, boquiabiertos, unos impermeables y la cara redonda de un reloj tuvieron su efímero momento de existencia al paso del tren, que arrastraba tras de sí una estela de vapor como si fuera una bandera. Pasaron de largo más tejados y se entrevieron una silueta fornida con delantal y un tendedero de ropa, y después, un grupo de fábricas y tres gasómetros, cuyas curvas reflejaban la luz de la mañana. Resurgió el terraplén, salpicado otra vez de prímulas, y cuando desapareció de nuevo, Mary supo que podía prepararse para una hora o más de verde apenas interrumpido. Iba con las piernas colgando porque no le llegaban del todo al suelo, el codo en el reposabrazos; de vez en cuando apoyaba la frente contra el cristal sucio de la ventanilla, hipnotizada por el traqueteo del tren y la interminable sucesión de encantos que pasaba, rauda, ante sus ojos. Cada prado, cada bosquecillo o granja semioculta parecía el lugar idóneo para pasar felizmente el resto de la vida. Los cables del telégrafo se elevaban en el aire y descendían a intervalos regulares entre poste y poste, en un vano intento sin fin de desaparecer en las alturas. Mary apenas se percataba del ruido que se oía en el compartimento: el bisbiseo y el zumbido de la charla de su madre con el anciano caballero y el crujido ocasional cada vez que la mujer del gorro de ganchillo pasaba la página del periódico y carraspeaba con un ruidito seco y breve, como si hiciera una declaración sin interés.

Mary se sabía todos los hitos del trayecto. Sabía que a continuación vería un terraplén con unas letras enormes grabadas misteriosamente en las piedras. Era una interrupción del paisaje muy larga, pero justo cuando, como siempre, creía que nunca terminaría, se zambulleron en la resonante oscuridad de un túnel y alguien que quería cerrar la ventana le pisó los pies. Sabía la

longitud exacta del túnel y lo que vería en el momento de salir. Tenía que estar atenta o se lo perdería, y se puso a frotar el cristal para que no se empañara. Una leve claridad iluminó la pared del túnel, creció, se intensificó, por un instante se convirtió en ladrillo a la luz del día, y luego, con un aumento repentino del ruido concentrado, la luz del sol la deslumbró. Habían salido ¡y allí estaba! El caballo blanco, el caballo de Westbury, de pie en la ladera de la loma, tan cerca del tren que, al mirar hacia arriba con los ojos entornados, se veía distorsionado y alargado. Le gustaba mucho más que el otro caballo blanco, más cerca de Londres, que trotaba a su aire a muchos kilómetros de la vía. Este le gustaba más porque estaba muy cerca y era la señal de que solo faltaban tres cuartos de hora para llegar a Taunton.

Luego el tren aminoró la marcha. «Frome», dijo el más joven del compartimento: no había abierto la boca desde Paddington. «Qué raro que no sepa que se pronuncia "Frum" —pensó Mary con lástima—, sobre todo porque parece que se va a apear aquí». Su mujer y él empezaron a bajar maletas y paraguas de la rejilla portaequipajes; era evidente que el anciano caballero se iba a apear también, porque sacó de entre las piernas una bolsa de viaje de debajo del asiento. En Frome, la señora Shannon lo retuvo en el andén improvisando unas cuantas cosas que decirle, luego intercambiaron tarjetas; cuando el tren arrancó, ya habían prometido volver a verse a pesar de la distancia que había entre West Kengsinton y Somerset.

Por fin Mary podía poner los pies en el asiento de enfrente; se le estaban entumeciendo las piernas porque no llegaba con los pies al suelo. Sin embargo, no fue así, pues su madre le dijo: «Mejor te vas poniendo el sombrero, querida», y empezó a preparar el jaleo de la salida. Emocionada, Mary vio pasar volando las primeras casas de las afueras mientras alisaba las arrugas del sombrero *cartwheel*, sobre el que evidentemente se había sentado. Se lo encasquetó en la parte de atrás de la cabeza, colocó la cinta elástica por debajo de la barbilla y se puso los guantes de lana de color claro. Entonces le pareció que estaba correctamente vestida y se sentó con recato, las manos en el regazo y una tensa emoción por dentro.

El tren frenó poco a poco, poco a poco, hasta que por fin silbó y se detuvo en medio de la actividad cotidiana del andén de Taunton. La señora Shannon no había terminado de alisarse la ropa y colocarse el pelo corto debajo del sombrero redondo de fieltro, así que Mary abrió la puerta y saltó al andén casi con la misma sensación de entumecimiento y extrañeza que cuando se bajaba del poni. Esperó a su madre aspirando como un perrito el aire dulce y limpio del campo, regocijándose al oír de nuevo la pequeña distorsión del habla de Somerset, hasta que un viejo maletero gritó: «¡Cuidado, a la espalda!». Aquí todo se movía a un ritmo más lento. Hasta el tren había perdido la impaciencia con la que resoplaba al salir de Paddington a la hora exacta, y parecía aguardar, satisfecho, a que cargaran y descargaran bultos por las puertas laterales. Mary y su madre fueron a ver si sacaban su equipaje, porque en una ocasión se lo habían llevado amablemente hasta Penzance. Mary se alegró en secreto de que su madre no descubriera que se había dejado los guantes en el compartimento hasta que el tren se fue, porque así no le pudo pedir que volviera a buscarlos y se enfrentara a unos viajeros poco dispuestos a ayudarla.

Faltaba casi una hora para que el pequeño tren de vía única saliera para Yarde; mientras esperaban siempre comían algo en la cantina de la estación. La señora Shannon había probado con interés todas las especialidades del mostrador en un momento u otro, y había llegado a la conclusión de que lo menos dañino era tomar galletas, chocolate con leche y té. Mary siempre pedía un rollo de hojaldre relleno de salchicha, un sándwich de jamón, dos rosquillas y un

botellín de piedra de gaseosa de jengibre, que al beberla le hacía cosquillas en la nariz. Este menú le resultaba divertido. Era una apasionada de las tradiciones, de cumplir con las mismas costumbres año tras año. Su madre se reía de ella y decía que era «una conservadora de tomo y lomo, como el abuelo», porque los regalos de cumpleaños y de Navidad tenían que ser siempre los mismos, y algunas cosas, como meterse en la cama de una forma particular o ir andando al colegio por el mismo lado de la calle, eran sagradas. Por lo que a los adultos se refiere, Mary descubrió que su madre era la compañera más divertida. La señora Shannon no la trataba con la animosa condescendencia con la que los mayores suelen tratar a los niños; hablaba con ella igual que con los adultos, diciendo lo que primero que se le ocurría y, como cómica, siempre triunfaba. Le hacían mucha gracia sus imitaciones; a veces, cuando su madre se ponía graciosa, el tío Geoffrey y ella se revolcaban por el suelo muertos de risa.

—¿Emocionada, gatita? —le preguntó cuando Mary volvió a la mesa con la segunda botella de gaseosa de jengibre—. Me pregunto si Denys ya habrá llegado —añadió sin darle importancia—. La tía Mavis me dijo que no estaba segura de si iban a venir esta semana o la próxima.

Mary se sonrojó como siempre que se pronunciaba el nombre de Denys inesperadamente y bebió un largo trago de gaseosa para recobrar la compostura. Denys era su primo, dos años mayor que ella; ese chico no solo lo hacía todo infinitamente mejor que ella, sino maravillosamente bien. Eran novios.

Aunque ella no se lo había confiado a su madre, a la señora Shannon no le había pasado desapercibido el romance y no pudo resistirse a tantearla un poco, disimuladamente, aprovechando la ocasión.

—Se va a Eton el trimestre que viene no, el otro, ¿sabes? Bates dice que se morirá del disgusto si no entra en el equipo de críquet —afirmó Mary, mirando con temor desde el borde del vaso, porque a Bates, el jardinero principal, que había sido una vez el número doce del equipo de Somerset, le habían salido las palabras de los labios como perlas.

—Entonces irás a Lord's con un vestido vaporoso y una airosa pamela para verle jugar el partido entre Eton y Harrow. Pero no con una carbonilla tan grande en un lado de la nariz —añadió mientras Mary soñaba con esa imagen tan agradable. Su madre sacó un pañuelo del bolso y mojó una esquina con saliva—. Quieta, deja que te limpie —dijo, y, sacando un poco la punta de la lengua por un lado de la boca, le limpió la nariz con delicadeza.

Una vez más, a Mary le llamó la atención que la saliva ajena oliera diferente a la propia. Era uno de los grandes misterios de la vida que ningún adulto sabía explicar; lo mismo que por qué el agua del lavabo, al irse por el desagüe, gira siempre en el mismo sentido.

Cuando terminaron de comer, salieron a pasear al sol por el andén, casi vacío, y llegaron hasta el final, donde descendía hasta la escoria de la vía; antes de dar media vuelta, Mary, para provocar al empleado del enclavamiento, sacó un pie como si fuera a desafiar la prohibición de pisarla. El aire bullía de ruidos placenteros y tranquilizantes: el ritmo pausado de sus pasos sobre la piedra, el canto de los pájaros en los olmos del otro lado de la vía, los ladridos de un perro en una cabaña y el golpeteo metálico e intermitente de las lecheras vacías que un hombre ponía en fila para el tren de Yarde. La señora Shannon se sentó en un banco en el que se leía: «Pattison's, desinfectante para ovejas», y encendió un cigarrillo; Mary se metió en una jaula limpia y jugó a que era un caballo, lo que significaba estar muy quieta y sentirse un caballo por dentro, sin ninguna mímica exterior.

Cuando el trenecito de Yarde entró despacio, con la máquina en la cola, se montó enseguida, aunque tardarían un cuarto de hora en salir, o incluso más, si al conductor le venía bien retrasarlo por un amigo. Había solo dos compartimentos con asientos a ambos lados, como en el metro, y los pasajeros que llegaban eran muy diferentes de los que iban en el tren de Londres. Había un granjero con barba, polainas y el chaleco abierto encima de una camisa sin cuello; campesinas con sus mejores sombreros negros de paja adornados con rosas; un hombre con gorra y traje de cheviot que llevaba un precioso spaniel blanco y negro de ojos tristes.

—¡Qué curioso! —dijo la señora Shannon entornando los ojos para mirar por la ventanilla—. Casi siempre coincidimos con algún conocido en este tren.

Mientras hablaba, la señora Cotterell subió a bordo con gran esfuerzo, vestida de grueso cheviot y con un sombrero rígido de fieltro adornado con una pluma de faisán. La señora Cotterell vivía en una casa roja en lo alto de una colina de Yarde. A veces iba a Charbury a tomar el té y llevaba a su hijo pequeño «para que retozara con los niños». Le llamaban «Pompas» y usaba bombachos de pana y camisas de seda, y había que dejarle hacer lo que quisiera, y siempre había que darle el mejor triciclo, porque si no echaba a correr llorando e iba a quejarse a los mayores.

La señora Cotterell se sentó al lado de ellas y preguntó:

—¿Qué tal está Margaret? —Y luego empezó a contar una larga historia de una entrevista que había tenido en Taunton con una cocinera—. Es que mi maravillosa señora Ellis ha resultado ser una traidora. Le parecerá increíble —la señora Cotterell bajó la voz, escandalizada—, pero no se imagina la trama que tenía preparada a mis espaldas... ¡Conspiraba con los proveedores para sisarme en las facturas!

Con un chirrido y una sacudida, el tren empezó a salir de la estación y Mary se arrodilló en el asiento para mirar por la ventanilla; de vez en cuando le llegaban indignados fragmentos de la historia de la señora Cotterell. «¡A saber cuánto tiempo llevaría con ese negocio!», salpicados de breves manifestaciones de comprensión de la señora Shannon.

Yarde estaba solo a unos veinte kilómetros de Taunton, pero el «tren caracol», como lo llamaba la familia, tardaba más de media hora en recorrerlos serpenteando tranquilamente entre los campos y subiendo empinados caminos, adaptándose a los contornos de la campiña, rodeando pequeñas montañas, en vez de acortar el trayecto, atravesándolas despiadadamente, como las líneas principales. Mary conocía el camino metro a metro; cada apeadero en el que paraban, con las voces de Somerset sonando muy nítidas en el silencio brusco, era un hito. A medida que se acercaban a Yarde, el panorama le resultaba más que familiar, porque lo había visto desde el tren infinidad de veces. Incluso había estado en algunos de esos lugares y volvería a visitarlos. ¡Cuántas tardes había ido a caballo hasta esa colina, coronada por una pequeña arboleda, desde la que se veía la carretera que llevaba a Taunton en coche! Y a continuación, el bosque en el que habían pasado muchas horas para ver salir el sol, cuando tío Tim los llevó a ella y a Denys en busca de crías de animales. La emoción, que había ido en aumento todo el camino desde Londres, se intensificó hasta casi desbordarse cuando el tren entró lentamente en la estación de Yarde; Mary se apeó de un salto y vio los mismos geranios rojos en el jardín del jefe de estación, al viejo mozo Jacob, con tres patos muertos en una mano y una cesta de perro en la otra, y para rematar tanto júbilo, Linney, grande y cuadrado, esperándolas al lado de la báscula con su uniforme verde oscuro y una sonrisa como una rodaja de melón que le dividía la cara en

dos. Echó a correr hacia él, y el hombre amortiguó el impacto con las manos, cubiertas por grandes guanteletes de cuero marrón, sin perder de vista a la señora Shannon, que estaba apeándose del tren.

—Bien, señorita Mary, ¿cuándo piensa crecer un poco, eh? —le preguntó, como siempre.

Ella respondió con esa vieja broma que invariablemente le hacía reír:

—¡Cuando usted adelgace!

—¡Tremenda! ¡Es usted tremenda de verdad! —dijo Linney con un gesto de resignación y una sonrisa más ancha que nunca.

La niña fue dando brincos a su lado hacia el vagón de equipajes y lo acribilló a preguntas sobre los perros, los caballos, el jardín de mostaza y berros, así como sobre los pies hinchados de su mujer.

La señora Shannon y la señora Cotterell se separaron por fin en el patio de la estación. La señora Cotterell se fue con todo su peso en un *governess cart*[2] y Linney acomodó a Mary, a su madre, el equipaje y un bidón de abono químico que había llegado en el tren, en el viejo Lancia verde que se usaba para ir a la estación.

—Dejé a la señora Ritchie en el pueblo, señora —dijo Linney mientras aposentaba su corpachón en el asiento delantero—. Tenemos que recogerla en la biblioteca.

—De acuerdo —respondió la señora Shannon—. Entonces, Denys ya está aquí —le dijo innecesariamente a Mary, y sonrió al verla sonreír para sí en un rincón del coche.

Mavis Ritchie las esperaba en la puerta de la Prensa y Papelería J. G. Ingledew, al lado del expositor giratorio de postales, cuyas fotografías de trenes, paisajes y niños pequeños con piernas gorditas diciendo «*I'se missin' oo*»[3] no se habían cambiado nunca, que alguien recordara. Siempre estaba preparada y a la espera antes de tiempo. Desde que su marido se olvidó de ella en una boda al coger el coche de vuelta a casa, creía que todo el mundo la iba a dejar plantada, incluso personas que era imposible que hubieran tomado demasiado champán. Era la hermana del padre de Mary, la mayor de la familia Shannon, una mujer alta con el pecho en quilla, de treinta y muchos años, de la que no se decía «¡Qué mujer tan atractiva!», sino «Tiene que haber sido una chica muy guapa». Solo se ponía un poco de polvos de arroz en la cara; por las noches se desvelaba pensando en si atreverse o no a hacerse un corte de pelo al estilo paje. Se esforzaba afanosamente en la vida, pero la vida siempre la sorprendía. Una de sus frases favoritas era: «Gracias a Dios que tengo sentido del humor».

—¡Hola, querida Lily! Y Mary... Veo que todavía no le has cortado el pelo.

Linney la ayudó a subir al coche, ella se acercó a Mary y le dio un beso húmedo y cálido.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó la señora Shannon mientras Linney entraba en la calle principal y empezaba a bajar la cuesta.

—Ah, bueno, unos pocos días, nada más. Ha sido un fastidio tener que cambiar ya el libro de la biblioteca, pero la chica me dio uno que dijo que era muy entretenido, y, querida, no lo era en absoluto. Ya sabes. Muy...

Mary, que volvió la cabeza para ver de qué demonios hablaba, la vio fruncir toda la cara como si notara mal olor.

—¡Qué lástima! —dijo la señora Shannon—. ¿Cómo se titulaba?

—No sé qué de la juventud. *Llena de juventud* o algo así.

—Ah, te refieres a *Plena juventud* —dijo la señora Shannon, y prefirió no decir que lo había

leído y que le había gustado mucho. Mavis no sería capaz de apreciar la belleza del Cantar de los Cantares porque era «regulín»—. Cuéntame cosas —siguió—. ¿Quién está en Charbury? ¿Alguien más que la familia? ¿Cómo están todos? ¿Ya han florecido los narcisos? Me encontré con la insoportable señora Cotterell en el tren. Me ha contado todos sus asuntos domésticos y lo mucho que le duele la garganta al pequeño Pompas. ¿Qué tal mamá?

—Bastante bien, dentro de lo que cabe, ya sabes, pero tiene una tos que no me gusta nada —dijo Mavis, y se echó hacia delante para agarrarse al asidero lateral del coche—. Lo cierto es que me preocupa.

—Pero la pobre ya lleva muchos años con esa tos, ¿no?

—Por eso mismo. Según el doctor Monroe, es crónica, pero creo que no es más que otra forma de decir que no sabe cómo curársela. Es muy seca, ¿sabes? Si fuera más suelta no le daría ninguna importancia, pero me rompe el corazón verla toser sin parar, y ¡es tan buena en todos los sentidos! —Suspiró—. No sé qué haría papá sin ella, aunque muchas veces creo que será un consuelo cuando...

—Mamá es muy feliz —dijo la señora Shannon escuetamente, y cambió de tema—. ¿Está Winifred?

—Pobre Winifred. Sí, ha vuelto. No le salió bien ese viaje. Por lo visto, tuvo una discusión con ese amigo suyo y volvieron a casa por separado, pero no habla mucho de ello. Desde luego, no tenía que haber hecho ese viaje.

—¿Quién más está?

—Pues toda mi gente joven, por supuesto. Ivy ha llegado en coche esta mañana. Tim está en el mar, como sabes. Lionel y Grace con sus dos...

—Tres, querrás decir.

La señora Shannon se rio y la tía Mavis torció el gesto y dijo:

—*Pas devant les autres.* —Frunció el ceño mirando primero la enorme y ausente espalda de Linney y después a Mary.

Mary cantaba para sus adentros lo que siempre cantaban los niños en la carretera entre Yarde y Charbury. Saludaban cada hito del viaje adaptando la letra al monótono sonsonete del estribillo de *The Keel Row*: «Ahora el camino de brea, de brea, de brea; adiós, camino de brea, tarín, tarín, tarán. Ahora la casa en ruinas, en ruinas, en ruinas... Aquí se mareó mademoiselle», en recuerdo del día en que la institutriz francesa de Denys y Sarah gritó: «¡Pare el coche! ¡Pare el coche! *Il faut... Il faut...*», y salió disparada con el pañuelo en la boca y se escondió entre los setos. El coche siguió avanzando entre los altos arbustos que flanqueaban el camino, todavía empapado en la lluvia del día anterior, y también la canción, pasando por el arbusto de madreselva, la granja de pollos y los cruces en los que Linney aminoraba la velocidad y metódicamente daba dos bocinazos. «Ahora la cuesta empinada, empinada, empinada», y al final, el vado al que habían bautizado con el fascinante nombre de «Marea Roja». Cuando no había adultos en el coche, Linney no lo atravesaba despacio, sino que aceleraba para levantar un leve chapoteo que mojaba el parabrisas y alborotaba a los niños.

Mary llegó por fin a «Y ahora la entrada a Charbury House», y el coche, con su madre y la tía Mavis todavía charlando como si no pasara nada emocionante, llegó al terraplén triangular y al viejo letrero que, al pie de un pequeño grupo de abetos, decía: «Charbury House. Propiedad particular». Linney tuvo que reducir la marcha porque, aunque la pendiente era suave, el Lancia

estaba viejo, y subieron rugiendo entre los setos de zarzas y los olmos, que de vez en cuando ponían un dosel al sendero de la entrada. Detrás de los setos de la derecha, Mary vio los pálidos tilos y la silueta más oscura de los robles y castaños, que se alzaban entre los terraplenes y las pequeñas hondonadas del parque. Al llegar a lo alto de la cuesta, cruzaron entre los postes grises de piedra y las verjas de hierro abiertas, y allí, finalmente, estaba la casa. Era baja y larga, con chimeneas en espiral, hastiales irregulares y muros de un gris claro, salpicado de invasivas enredaderas. El sendero hasta el porche principal era corto y recto, y Mary apenas tuvo tiempo de extasiarse mirando los narcisos del terraplén que limitaba con el césped cuando Linney paró el coche y las ruedas crujieron en la grava, ante la puerta principal; y sin más, se apeó y echó a correr alrededor del césped, por todas partes: solo sabía que tenía que correr, como un perrito.

—¡Mary!¡Mary! La hierba está húmeda —gritó la tía Mavis.

—¡Eh, ven a cambiarte de ropa antes de que te suelte! —añadió su madre.

Mary volvió jadeando y la siguió por la puerta principal para recibir la cálida y dulce bienvenida del olor a Charbury.

El recibidor de Charbury era la habitación más acogedora de la casa. Se llegaba cruzando un pasillo estrecho en el que se dejaban los sombreros, los abrigos y los bastones de paseo, y había un gran arcón de roble, que olía a cerrado y a alcanfor por dentro, atestado de alfombras, cojines, mazas de cróquet, raquetas rotas y cualquier cosa que le interesara guardar a cualquiera. Un macizo portón, que mantenía abierto un tronco de abeto con un aro de metal en lo alto, era la entrada al recibidor, que se ensanchaba un espacio cuadrado a cada lado, y al fondo, un tramo de escaleras ancho y poco elevado. En el centro de la estancia había una mesa redonda de roble con un gran centro de flores, que la mano rolliza de la señora Wilcox, el ama de llaves, recomponía cada día. Un arbolito ardía en la gran chimenea de piedra, con su guardafuegos acolchado alrededor, en el que se sentaban las mujeres con faldas cortas a exhibir una buena cantidad de pierna. Había también un asiento en la ventana que daba a la entrada de la casa y, repartidos sin orden ni concierto, unos cuantos sofás y sillones cuyos muelles estaban en el punto perfecto de comodidad, ni muy nuevos ni muy deteriorados.

En uno de esos sofás, delante del fuego, dormía el abuelo de Mary; el estómago subía y bajaba, los grandes pliegues de la cara se inflaban y se desinflaban al ritmo de unos discretos ronquidos.

—¡Chisss! ¡No lo despiertes de repente! —dijo la tía Mavis.

Pero lo dijo con un susurro tan agudo que su padre se despertó sobresaltado y se sentó con la boca abierta y con la mata de pelo gris, que le rodeaba la calva de la coronilla, de punta.

—¿Qué..., qué pasa? —tartamudeó todavía un poco perdido en el vacío entre sueño y vigilia—. ¡Vaya, Lily, querida! —dijo parpadeando—. ¡Qué susto me has dado! Bebí un poco más de oporto de la cuenta en la comida y me he echado una siestecita para que bajara.

Besó a su nuera y se levantó: de baja estatura, rechoncho, no obeso, pero bastante redondeado. En el campo le gustaba ponerse una prenda, intermedia entre bombachos y pantalones por la rodilla, que le hacía las piernas más cortas de lo que las tenía.

—Bien, bien, bien, y ¿cómo está mi muñeca? —dijo.

La sonrisa le profundizó las arrugas de la cara cuando se inclinó para dar un beso a Mary. Aunque estaba perfectamente afeitado, la pinchó en la barbilla, al abrazarla, con unos pocos pelos de barba canosa que la navaja no había alcanzado por culpa de una arruga. Ella lo quería

infinitamente. El abuelo inspiraba confianza y seguridad, era alegre y cordial, y hacía gala de un ingenio inteligente y sin sombra de sarcasmo. Siempre olía a limpio que daba gusto, a jabón Palmolive y a un potingue de lavanda que se aplicaba en la cabeza para que le creciera el pelo.

—Sube a cambiarte, Mary —dijo su madre—, y luego puedes salir. Violet te lleva la maleta enseguida.

Siempre ocupaba la misma habitación del piso más alto de la casa, a la que se llegaba por una puerta y un pequeño tramo adicional de escaleras. La llamaban «el camarote», pues era tan pequeña que habían tenido que empotrar el mobiliario; además, la cama tenía cajones debajo, como las literas de los barcos. Estaba justo al pie de la ventana; cuando se despertaba por la mañana, se sentaba y veía el centelleante verde del césped que se extendía en terrazas desde la casa hasta el parque, cerrado por un lado con un seto de tejo recortado y por el margen de un hayedo por el otro. A veces, si se despertaba en plena noche porque el aire frío le daba en la cara, se sentaba a contemplar esas terrazas, que parecían de piedra clara a la luz de la luna, y oía croar a las ranas en el jardín acuático del bosque. En su habitación todo era blanco. Había una alfombra azul en el suelo y, encima de la cómoda, un cuadro de un trigal de un sólido amarillo brillante, en el que segaban dos caballos, uno castaño y otro tan blanco como las nubes que pasaban, raudas, por el cielo azul.

¡Qué bien estar de nuevo allí y ver la cama hecha con sábanas limpias y almidonadas, y la habitación tan pulcra y ordenada! Aunque poco después sería un caos, porque siempre había tanto que hacer fuera que nunca le daba tiempo para arreglarla. Durante el día, solo entraba en su habitación para coger un jersey a toda prisa o pasarse someramente el cepillo por el pelo antes de cenar, y salía rápidamente, resuelta a no perder el tiempo, porque le aterrorizaba que pudiera empezar algo en su ausencia. Rebuscó entre la ropa de campo: una camisa azul, pantalones cortos de franela, grises, y un cinturón de chico con hebilla de serpiente, zapatillas de gimnasia y una vieja chaqueta de uniforme escolar, de color escarlata, con una cabeza de ciervo en el bolsillo, que había heredado de Denys. Se sacó el pelo por encima del cuello de la chaqueta con el dorso de la mano, echó a correr por el pasillo y bajó el corto tramo de escaleras, pero en vez de seguir bajando hacia el recibidor, se fue por las escaleras de atrás y aterrizó de un estruendoso salto en el pasillo de piedra roja, enfrente de la puerta de la cocina.

—¡Habrase visto...! —exclamó la señora Linney, que salió tambaleándose sobre sus hinchados pies, con las manos enormes embadurnadas de masa—. ¡Ya la tenemos aquí de vuelta, como la falsa moneda! Bueno, ¿un bollito, cielo?

Mary se metió en la boca el harinoso bollo recién salido del horno, todo de una vez, y siguió por un pasillo de baldosas hasta la puerta de atrás. Se detuvo un momento masticando, indecisa. ¿Dónde estaría? ¡Había tantos sitios en los que buscar...! Los establos, el pinar, la huerta, el campo de críquet, la juguetería... ¿Dónde miraría primero? Decidió probar en los establos, porque Tom debía de saber dónde estaban sus primos, si es que no estaban allí. Se fue por la izquierda y, al subir la cuesta, se encontró a Tom en la caballeriza, muy serio, quitando los pelos sueltos de la cola de Chuck, el gran caballo castaño de caza. Su abuelo tenía tres, dos para montar y uno para arrastrar la carreta, además de tres ponis peludos, sueltos por el parque, para los niños.

—Si busca al señorito Denys —dijo Tom, acompañando cada palabra con un pellizco a la cola de Chuck, que se estremecía—, no hace ni media hora que vino a darme la lata; quería una cuerda para ahorcar a no sé quién—dijo—. Ni idea de dónde se habrá metido ahora.

—Muchísimas gracias —dijo Mary, y bajó volando la cuesta del establo.

Si iban a ahorcar a alguien, casi seguro que estaría donde se aplicaban las torturas y los castigos importantes, en «la juguetería», una cabaña de madera grande y vacía, con un foso de arena, que el abuelo había construido en el hayedo para que los niños pudieran hacer todo el ruido y el jaleo que quisieran lejos de la casa. Al final de la cuesta, donde el camino se unía a la entrada de grava que llevaba al frente de la casa, se desvió en el lindero del bosque hacia la compacta pista de tierra batida, en la que el musgo, que parecía de terciopelo, se aferraba al pie de los árboles. Al llegar al claro de la juguetería, oyó un agudo chillido femenino y un grito triunfal de una voz ronca y quebrada de chico. ¡Denys!

Si Mavis Ritchie hubiera visto lo que se encontró Mary cuando levantó el pestillo de la puerta, se habría muerto allí mismo. Estaban ahorcando a su hija Sarah. Era una chica fuerte, de su misma edad pero con el doble de su tamaño, con los ojos castaños, tan inexpresivos como los de una vaca, y un carácter imperturbable, pero no era de fiar. Leía los diarios de los demás y se chivaba a las niñeras sin el menor escrúpulo. En ese momento estaba con un pie a cada lado de una trampilla abierta, por la que la arena que se barría caía a un espacio hueco debajo del suelo de la cabaña, con una cuerda al cuello que pendía, a su vez, de una viga del techo. Michael Shannon, el hijo de ocho años de Lionel, el tío de Mary, sujetaba la cuerda por el otro extremo. Llevaba un saco en la cabeza en el que habían cortado un agujero por delante; se le veían los ojillos de petirrojo, chispeantes de emoción. La hermana mayor, Margaret, con sus dientes saltones, las gafas de metal y las manos torpes y húmedas, a la que siempre relegaban a los papeles más aburridos del juego, levantaba en alto con mucho ahínco un tomo de *La enciclopedia de los niños*, en la que Denys, con la camisa por fuera de los pantalones, leía el servicio fúnebre.

Mary entró con toda naturalidad, casi como si solo hubiera salido un momento, e inmediatamente, con la misma naturalidad y desenvoltura, la acogieron en el juego.

—¡Hola, Maria! —dijo Denys—. Venga, vas a ser el verdugo. Quítate ese saco, Michael, enano, y que lo haga Mary. Tú puedes ser un pariente afligido. Vamos, toma mi pañuelo.

Lanzó un trapo sucio y arrugado al chico, que estaba intentando quitarse el saco de encima, resentido pero obediente, pues Denys siempre tenía la última palabra. Era un juego divertido. Consistía en recrearse denunciando los delitos del prisionero, luego Denys leía una breve oración imitando al pastor de Yarde con muy buenos resultados, y después de farfullar: «ceniza a las cenizas y polvo al polvo, así que serás colgada por el cuello hasta morir», la doliente víctima tenía que dejarse caer por la trampilla haciendo ruidos guturales, mientras Mary sujetaba la cuerda muy tensa; así, aunque Sarah tocara el suelo con los pies, se quedaba casi colgando.

La niñera de los Ritchie, que fue a buscar a los niños para tomar el té, llegó en la cuarta repetición de la escena y soltó tal alarido de horror que a Mary se le escapó la cuerda, y Sarah, sin sujeción de repente, se cayó de rodillas y se dio un golpe muy fuerte en la barbilla con el borde de la trampilla. Hizo un mohín lastimero y empezó a llorar mientras trepaba para salir del agujero entre quejas y lamentos incomprensibles. Los demás se quedaron desilusionados, sin saber qué hacer. Fue como un jarro de agua fría.

—¿Lo ven? ¿Ven lo que pasa? —dijo la niñera, triunfante—. Estas travesuras siempre terminan con lágrimas.

Era una niñera chapada a la antigua, redonda como un pan de pueblo; tenía un bigote gris y un lunar con tres pelos largos, y poseía una mina en lo que a repertorio de dichos de niñera se

refiere, como «la curiosidad mató al gato», «la palabra "imposible" no existe» o «se dice "me da igual" cuando no te da igual».

—Vengan todos a tomar el té y acuérdense de lavarse las manos —dijo iniciando la vuelta a casa con Sarah, que seguía quejándose amargamente.

—¡Eh, Maria! Vamos a rodear por el sendero de atrás —dijo Denys, metiéndose la camisa por dentro de los pantalones.

—¡Yo también voy! —dijo Michael, exultante.

—No, tú no vas a ninguna parte —dijo Denys—, tú vuelves a casa con Margaret. ¡Hala, zumbando!

Lo echó de la cabaña escalones abajo y, con un azote en el trasero, lo mandó, trotando enfurruñado, detrás de su hermana, que andaba muy despacio. Cada pocos pasos se volvía y agitaba un puño enclenque, porque era un niño peleón y enojadizo.

Denys se rio. La adoración de sus primos y la superioridad que le otorgaba ser el mayor le habían hecho tremendamente arrogante. Era el vicecapitán de su colegio, el capitán de críquet y boxeo, así como el héroe de los pequeños alevines. Los adultos toleraban ese engreimiento argumentando: «Bueno, da igual, se lo rebajarán a porrazos el primer trimestre, en cuanto empiece en la enseñanza pública», sin prepararlo para lo que se le venía encima. La devoción ciega que Mary le profesaba inconscientemente empeoraba las cosas, pues fortalecía su vanidad. Lo consideraba un dios. Le daba igual el trato que le dispensara y se volvía loca de gratitud cuando, en la más estricta intimidad, era amable con ella y le dejaba ser su novia.

Era un chico excepcionalmente bien parecido, una copia joven y suavizada de su padre. Tenía sus mismos ojos negros, con unas candorosas pestañas, largas y rizadas, que debía de haber heredado Sarah; la misma sonrisa contagiosa y las ganas de reírse de cualquier cosa solo por el placer de reír, y el mismo contraste de piel morena natural y dientes muy blancos. El pelo negro formaba un pico en el centro de la frente como el de su padre, aunque no tan pronunciado todavía. Ritchie irradiaba encanto por todos los poros de la piel de una forma natural, como el sudor, y su hijo Denys prometía ser igual; los hombres dirían de él: «Es un gran tipo», y las mujeres, en las fiestas: «Dios mío, ¿quién es ese hombre tan atractivo?».

Denys cogió a Mary de la mano, salieron juntos de la cabaña de un salto y echaron a correr en sentido opuesto a los otros, por la parte de atrás; se fueron por un sendero que llevaba a la parte más baja de las tres terrazas de césped. Mary se paró a mirar el salto de lobo, que caía desde el césped suave y bien recortado a la hierba menos cuidada del parque.

—¿Vamos a ver a los ponis? —propuso, deseando ver al pequeño y gris Mouse, al que consideraba suyo porque nunca lo había montado nadie más.

—No —le dijo el chico, tirando de ella en otra dirección—. ¿Para qué ir a ver a unos ponis viejos? Salí a montar esta mañana. Por cierto, salté un tronco así de alto, por lo menos. —Puso la mano plana a una distancia del suelo que indicaba que sería el árbol más grande de toda Inglaterra—. Tom me dijo que lo había saltado como un campeón. Mañana tienes que intentarlo. Oye —dijo, iluminado de repente por una idea—, ¿a que no te atreves a tirarte desde el salto de lobo? Si lo haces, vamos a ver los ponis antes del té —añadió, magnánimo—. ¡Vamos! —La empujó hasta el borde del muro—. ¡A que no te atreves, Maria!

Era una caída de unos cuatro metros. Normalmente se bajaba hasta el parque por unos escalones de piedra que sobresalían del muro cada cierta distancia. Ninguno de los niños, excepto

Denys, había saltado nunca, y él lo había hecho por primera vez las vacaciones pasadas, porque su padre lo había obligado. Mary se mareó y le entraron náuseas solo de pensarlo. Se quedó en lo alto del muro mirando el parque con los ojos como platos: un abismo de cardos, piedras y boñigas de vaca. Un reto era un reto, sobre todo si venía de Denys. Suplicante, se volvió hacia él.

—Tú primero.

—De acuerdo.

Se colocó en el borde, se enrolló las mangas de la camisa solo porque el gesto le daba confianza, y saltó ágilmente, como un gato; aterrizó a cuatro patas y maldijo a un cardo que le pinchó la mano. Mary respiró hondo. Ahora, sin él, el salto no parecía más fácil, sino más desesperado e ineludible. Cerró los ojos, oyó la voz de Denys, que empezaba a cantar: «Cobarde, gallina, capitán de la sardina», y se lanzó al vacío. Fue como si el estómago volara hacia arriba y el cuerpo cayera hacia abajo; llegó al suelo con un impacto que le taladró la planta de los pies, perdió el equilibrio, avanzó a trompicones y se cayó cuan larga era. Después se sentó, aturdida, el golpe en la cara le dolía de una forma humillante y rabiosa.

—¿Te has hecho daño? —Denys se agachó a su lado—. ¡Ay, Maria! —exclamó horrorizado, y ella vio que se ponía pálido—. ¡Estás sangrando!

Se tocó la cara y miró la mancha roja y pegajosa en la palma.

—¿Qué tengo? —preguntó—. No noto la herida.

—Te has hecho una brecha en la frente —dijo Denys, mirándola fijamente, fascinado y horrorizado—. Es muy profunda. Se ve como blanco por dentro. ¡Qué digo! ¡Creo que te has abierto la frente hasta el hueso!

Mary sintió náuseas, pero a la vez estaba emocionada. Era una cosa muy importante abrirse la frente hasta el hueso. Todavía no notaba ningún dolor fuerte, solo la molestia de las magulladuras que se había hecho en la cara al golpearse contra el suelo, que compensaban el dolor, y además le daban un motivo para presumir. Denys estuvo sublime y a la altura de las circunstancias. A Mary casi le estalla el corazón de amor cuando, con una seria mirada de preocupación, rasgó una tira de tela del faldón de la camisa y se la puso alrededor de la cabeza como buenamente pudo. Después la miró.

—Se está empapando de sangre. —Parecía bastante asustado—. Es mejor que vayamos a casa. —Se levantó y cuadró los hombros—. ¿Quieres que te lleve en brazos?

—No —dijo Mary, para su alivio—, estoy bien.

La ayudó a levantarse y luego subió los escalones del muro volviéndose para darle la mano. Se dirigieron a la casa, ella recostada en su brazo, tirando hacia arriba del vendaje, que se le caía y le tapaba los ojos. Empezó a notar un dolor más localizado en la frente, un dolor agudo y frío, como si la presionaran con un trozo de hielo.

—¿Adultos o niñeras? —preguntó Denys cuando llegaron al sendero de entrada.

Mary se esforzaba en contener las lágrimas, que se le escapaban porque el dolor era cada vez más fuerte.

—Niñeras —dijeron los dos a la vez.

Era la opción que desataría menos histeria, así que, al llegar a la terracita de piedra, entraron en la habitación de los niños por la puertaventana.

Estaban todos tomando el té. Nanny Ritchie abrió la boca y dijo:

—Siempre los últimos, como el rabo de las vacas.

Pero al ver a Mary llorosa y con sangre en la cara, soltó un grito apagado, una mezcla de alarma, preocupación y reproche automático, y se precipitó hacia ella.

—Mary se ha abierto la frente hasta el hueso —dijo Denys.

Sarah, Michael y Margaret la miraron fascinados, y Julia, la hermanita de Denys, empezó a alborotar con furia en la trona. Mientras Nanny retiraba la tira de camisa empapada de sangre, se le acercó la niñera de Margaret y Michael, y, entre exclamaciones de disgusto, discutieron sobre lo que debían hacer.

—Deje que la suba ahora mismo, es una herida muy fea —dijo la niñera más joven.

Pero, aunque la madre de Mary le había dicho una y otra vez a Nanny que tenía la misma autoridad sobre la niña que sobre los otros que estaban a su cargo, su rectitud se le impidió.

—No —dijo, frunciendo los labios—, eso no estaría bien. Nuestra obligación es llevarla con su madre, así que me la llevo tal y como está directamente a su madre. Vamos, corderita.

Mary lloraba copiosamente con sollozos incontrolables en los que se mezclaban el miedo y el dolor. Nanny la cogió por el brazo y se la llevó al recibidor, con Denys corriendo delante de ellas.

El niño irrumpió en el círculo de sillones y sofás colocados alrededor del fuego, donde los adultos tomaban el té; muy alterado, gritó:

—¡Mary se ha abierto la frente hasta el hueso! ¡Mary se ha abierto la frente hasta el hueso!

Las voces surtieron efecto. La conmoción que provocaron se convirtió en un verdadero escándalo cuando vieron a Mary. La niña se dio cuenta vagamente de que las mujeres corrían hacia ella y la miraban de cerca entre exclamaciones, y vio la expresión de susto de su madre, hasta que el tío Guy la cogió en brazos y, gritando, se la llevó escaleras arriba. Por el camino oyó a su espalda al tío Lionel, que, en medio del alboroto, dijo:

—Es profunda, pero no ha llegado al hueso ni mucho menos, estúpido jovencito.

—¡Pero yo he visto el hueso! ¡Te lo aseguro! —respondió Denys, disgustado y desilusionado.

El doctor Monroe le puso un par de puntos de sutura y le prometió que no le quedaría nada más que una cicatriz pequeña.

—Sé que eso es muy importante para las jovencitas. ¡Ja, ja!

Sin embargo, a Mary, aparte del dolor y un par de noches de tortura, en las que su madre le cantó y le dio una aspirina, el accidente apenas la afectó. Pronto le permitieron correr por ahí, montar a caballo, jugar al críquet y hacer lo que le apeteciera, con una sobresaliente cruz de esparadrapo encima del ojo izquierdo. En resumen: podía presumir de herida; además, a sus ojos, Denys ganó muchos puntos por el comportamiento caballeroso que había tenido con ella. Le agradecería eternamente que hubiera estado allí cuando se abrió la frente.

En cambio, entre los adultos la vida no era tan sencilla. Aunque Mary no supo lo que pasaba en ese momento, se enteró después de que la tía Mavis y su madre habían tenido una disputa tremenda sobre cuál de los dos niños era el culpable del accidente. Fue un estallido más que respondía a la antipatía mutua y no reconocida que se había cocido a fuego lento desde que Lily, hija de una modista, presumió de haber cazado a George, el hermano de Mavis, a la tierna edad de veintidós años. Lily no le hacía ascos a una buena discusión de vez en cuando. Decía que así descargaba energía y que la ayudaba a mantener la mente activa. En cierta ocasión sostuvo una disputa de seis meses con un carnicero de Kensington High Street únicamente a base de tarjetas postales, como juegan al ajedrez algunas personas, y hubo una *vendetta* continua entre ella y el director de correos, que gozaba del injusto privilegio de no tener que pagar los sellos.

Cuando el ambiente se ponía demasiado aburrido en Charbury, pinchaba deliberadamente a Mavis o a su cuñado Lionel. Como aquella vez en que, a la puerta del comedor, le dijo: «¡Las mujeres y los niños primero!», mientras se hacía a un lado para ceder el paso a su voluminosa esposa, cosa que lo ofendió en lo más profundo de su alma de solterona remilgada. Años más tarde, cuando la madre de Mary le contó todo esto a su hija, añadió su teoría de que, cuando sus hijos estaban a punto de nacer, Lionel se pasaba las horas del parto de Grace mirando debajo de todos los groselleros del invernadero.[4] A los once años, Mary consideraba muy aburrido a su tío Lionel. Tiempo después descubrió que era el colmo del aburrimiento.

Participaba en el negocio de la familia, como Guy, en el restaurante Shannon de Northumberland Avenue. Dividía su vida en compartimentos: oficina, casa, vacaciones, sociedad. Se entregaba con rigor alemán a cualquier actividad que se le ofreciera en Charbury, y allí nunca hablaba de trabajo. Era un marido excesivamente apegado a su mujer y un padre estricto, pero la escasa jovialidad que desplegaba en familia se marchitaba como una hoja en otoño cuando se acercaba a la oficina, que estaba encima de los salones para banquetes del restaurante de Trafalgar Square.

Tenía la cabeza estrecha y la nariz fina y blanca, sobre la que llevaba unos quevedos sujetos a una oreja con una cadena de plata. Era de huesos delgados, como un pollo, y a sus treinta y seis años parecía agostado y desgastado, como si nunca hubiera sido joven. Su esposa, Grace, era pequeña, rechoncha y plácidamente casera. Le daba lo mismo remendar calcetines que leer un libro, y parecía disfrutar siendo tan estúpida como para tener que consultar todo a su marido. Idolatraba a Lionel con una devoción que rayaba en lo malsano.

Margaret había heredado ese trato pegajoso de su madre, pero no lo limitaba a su padre. Solía echarse encima de la gente y colgarse del cuello de cualquiera con unos brazos flácidos de reptil diciendo: «Tiita» o «Tiito, dime una cosa: ¿te gusto?». Cuando la desairaban, se iba sigilosamente a consultar con su conciencia, que tenía un tamaño más que natural. Si no tenía pecados propios, se preocupaba de los de los demás. Se veía venir a la legua que se convertiría en una «buena mujer».

Un sábado por la tarde, los cinco niños estaban subidos al árbol del columpio, un enorme olmo viejo del parque que tenía una gran cantidad de recodos irresistibles y perfectos para sentarse a horcajadas por encima de la rama de la que colgaba el columpio. Siempre tenían que ayudar a Margaret a trepar por el tronco hasta llegar a las ramas. Todos los demás, incluido el pequeño Michael, trepaban solos. Cada uno tenía su propio sitio. Denys, arriba del todo, por supuesto, tan alto que juraba que veía la aguja de la catedral de Exeter. De vez en cuando gritaba: «¡Cielos, casi me caigo!», para que los de abajo recordaran lo peligroso que era estar allí arriba. Debajo, con la zapatilla de Denys colgando casi delante de los ojos, se sentaba Mary en una rama ligeramente curva, con la espalda contra el tronco del árbol. Desde allí, entre las hojas verdes y brillantes de principios de verano, contemplaba la vista desde el parque hasta la granja del otro lado de la avenida, y más allá, el amplio campo arado, los verdes rediles y los valles escondidos más lejos todavía, e incluso la chimenea de cemento y los tejados de Yarde. Abajo, a la izquierda, veía el lomo ancho de Mouse, que pastaba en el parque.

Lo había montado por la mañana para ir a Lymchurch, con Tom a lomos de Buck, y Denys en el viejo poni de polo, Warrior, que «tiraba como un tren», como decía Tom, tanto que el chico no siempre podía dominarlo. Luego le echó una carrera a Mary, y Mouse galopó muy rápido, como

un caballo de carreras, golpeando la tierra con sus cortas patas, extasiado con el ritmo de la velocidad y moviendo con vigor los hombros grises, oscurecidos de sudor. Había sido glorioso, estimulante; cuando pararon, tuvieron que esperar, con los ojos brillantes y las mejillas coloradas, a que llegara tan calmado el patilargo Buck, que iba a medio galope detrás de ellos.

—¡Son tremendos, tremendos de verdad! —dijo Tom.

El sol brillaba, las alondras piaban en las alturas y Denys y ella empezaron a cantar mientras trotaban por la carretera de camino a casa, radiantes en la intimidad de una alegría compartida. Mary llegó con mucha hambre a la hora de comer; sirvieron cordero asado y tarta de melaza.

La vida era perfecta. Ella estaba más que satisfecha ahí arriba, entre el verde follaje en continuo movimiento del árbol del columpio, con la charla despreocupada y los chistes sosos y horribles que pasaban de arriba abajo entre las ramas: era inmensamente feliz.

Al día siguiente era domingo y, según la costumbre en Charbury, uno de los niños podía comer en el comedor, un privilegio más deseado por la comida en sí que por la compañía.

—Mañana me toca a mí comer en el comedor —anunció Mary.

—No. —La voz de Margaret llegó arriba flotando desde el recodo seguro e incómodo en el que estaba sentada—. Me toca a mí.

—¡Vaya! —dijo Mary—. ¿De verdad le toca a ella, Denys?

El oráculo lo consideró.

—Seguro —dijo, juicioso—. Va detrás de Michael, y a él le tocó la semana pasada, ¿no es eso, Mike, enano?

—Sí. Había suflé de chocolate y me zampé dos raciones enormes y repetí de crema sin que me vieran.

—La señora Linney me ha dicho que mañana hay espinacas a la crema —se lamentó Mary —. Eres una cerda con suerte, Maggie.

De repente, Margaret oyó voces, como Juana de Arco. Miró hacia arriba y sus gafas lanzaron destellos entre las hojas.

—Te cedo el turno si de verdad lo quieres, Mary —dijo, exaltada.

—¡Cielos no, no puedes hacer eso! —respondió Mary—. Te toca a ti.

—Da igual —dijo Margaret, aferrándose a una rama por miedo a que se la llevaran directamente al cielo—. Quiero que vayas en mi lugar. Si tú no vas, yo tampoco, ¡hala!

—Bueno..., de acuerdo —dijo Mary, muy seca—. Es lo mismo.

Sabía que a Margaret le encantaba comer en el comedor, igual que a los demás. Había algo enfermizo y vergonzoso en su descarado y gratuito sacrificio que denigraba la perspectiva de ir en su lugar. Cuando Margaret creció, se entregó apasionada e indiscriminadamente a las obras de caridad de una forma tan compulsiva que todo lo que hacía llevaba la etiqueta «caridad».

Mary se olvidó de la cuestión enseguida, al ver a dos personas y un cochecito en el sendero.

—¡Mira, las niñeras! —dijo pellizcándole el pie a Denys.

—¡Bien, genial! —dijo—. Vamos a darles su merecido.

Darles su merecido era un juego de lo más ameno, que consistía en insultar a voces, escondidos en el árbol, a las dos cabezas con bonete cuando pasaban por debajo.

—La niñera de Margaret tiene bigo... ¡tes! —cantó Denys.

—Y cuando se agacha, los huesos le crujen entre el re... ¡fajo! —se sumó Mary con la música del himno.

—Nanny dice: «No sean ridículos, por favor» —soltó Sarah.

Y, Michael, tan emocionado que casi se cae del árbol, gritó:

—¡Y tiene un lunar en la cara, un lunar, un lunar, un lunar muy feo!

El árbol se agitó con las carcajadas, pero las niñeras sabían que, como no podían trepar, lo mejor era hacerse las sordas... hasta más tarde.

—No está bien —le dijo Nanny a la niñera Shannon mientras se alejaban perseguidas por los gritos de «Nanny dice "les he decido", pero eso está mal dicho»—. No está bien que no informe de esto, por el propio bien de los niños.

Al final fue la abuela la que habló con ellos. Todas las noches, antes de ir a la cama, los niños entraban por turno a desearle las buenas noches, y ella les daba un bombón de la inagotable lata que tenía detrás de la cama. En una ocasión, Sarah guardó todos los bombones; cuando acumuló bastantes para darse un atracón, se encontró con que todos estaban rancios.

Después de tomar leche caliente con galletas en el cuarto de los niños y antes de que su madre apareciera en traje de noche para meterla en la cama, Mary bajó el pequeño tramo de escaleras en zapatillas y bata azul, y se dirigió al pasillo enmoquetado para ir a la habitación de su abuela. Aplicó el oído a la puerta para ver si había alguien dentro, porque a la abuela le gustaba verlos a solas, pero no oyó nada, solo la tos. Llamó, entró al oír el suave «¡Adelante!», y fue directa a la gran cama, que estaba al pie de la ventana.

Hacía veintiséis años que la señora Shannon no podía andar. Poco antes de que naciera su última hija tropezó con el perrito, se cayó a plomo y se rompió la cadera. La niña, Winifred, nació prematuramente y con una leve dolencia cerebral; más tarde descubrieron que la señora Shannon tenía tuberculosis en la cadera y que se le había extendido. Mary aceptaba con naturalidad que su abuela viviera en la cama, en la silla de ruedas o en el sillón de mimbre de respaldo muy alto, como los títeres de Punch y Judy, que siempre estaba en el recibidor en invierno y, cuando hacía calor, lo llevaban a la casa de verano. Ella pensaba que su abuela no tenía piernas y presumía de ello entre sus compañeras de colegio.

Había un pequeño terrier tumbado al pie de la cama, un descendiente del que había causado la caída de su dueña, porque, aunque en aquel momento Herbert Shannon quiso que mataran al perro, su mujer se había opuesto alegando: «No, no, Sukie no tiene la culpa», y se encariñó más todavía con el animalito.

—Bueno, querida —le dijo a Mary, cuando se sentó en la silla, al lado de la cama—, cuéntame qué tal te lo has pasado hoy. No te vi a la hora del té porque Taggie no me dejó bajar: es un ogro.

Hizo una mueca de fastidio. Taggie era la enfermera MacTaggart, que cuidaba de ella y la llevaba a todas partes en sus oscuros brazos, como si fuera un bebé.

Mary le contó el paseo a caballo reviviéndolo con entusiasmo. Le encantaba contarle cosas a su abuela y oírla decir «Sí, sí, ¡como si lo viera!» cuando conseguía contarle algo tal y como había sucedido. La abuela siempre lo entendía todo enseguida, no como la mayoría de los adultos, que parecía que lo comprendieran todo al revés. A veces la interrumpía diciendo: «Y luego, supongo que él dijo...», y hacía algún comentario certero que demostraba que había captado el punto exacto. Cuando Marie terminó de contar la aventura, la abuela, en vez de decir: «Pronto habrá que buscar un poni más grande, señorita», como el abuelo, dijo: «Mouse debe de ser un poni maravilloso. Voy a decirle a Taggie que me baje al parque mañana, si hace buen día, y me lo

enseñas».

Después de cambiar impresiones sobre sus respectivas comidas, la abuela dijo como si tal cosa, mirando hacia abajo y sacudiéndose algo de la mañanita:

—Y después, me imagino... que... te subiste al árbol del columpio, ¿verdad?

—Sí, nos subimos todos, y Margaret se puso toda sensiblera, ya sabes cómo es, y luego pasaron las niñeras con Julia, y... —Se detuvo a tiempo, prudente.

—No me digas nada —dijo la abuela—, te vi con mi telescopio y te oí con mi trompetilla mágica. Querida —continuó, cogiéndole la mano—, os portasteis muy mal, ¿no te parece? Seguramente, tú ya lo sabías.

—Bueno, más o menos, supongo, abuela, pero es que es divertidísimo.

Mary la miró esperanzada; la abuela generalmente se ponía del lado de las bromas.

—¿No habría sido más divertido todavía si hubiera sido una broma de la que se pudiera reír todo el mundo..., incluidas las niñeras? ¿Recuerdas lo que le dijo la reina Victoria al cortesano impertinente?

—«No nos divertimos».

—Tú lo has dicho. A Nanny tampoco le hizo ninguna gracia. Tanto la reina Victoria como ella sabían que ser educado es una de las cosas más importantes del mundo. Por eso Victoria era una mujer tan grande y la quería tanta gente, porque era respetuosa. Sé respetuosa, mi querida Mary. Para mí eres un renacuajito tan querido que me gustaría que te adorara todo el mundo..., y todo el mundo quiere adorarte. —Atrajo a la niña hacia sí—. Ahora, primero un abrazo, luego un bombón, y después, ¡fuera de la cama!

CAPÍTULO TRES

El taxi se paró y Mary y su madre se apearon en la acera, entumecidas y cansadas, porque el viaje de vuelta siempre se les hacía más largo, desagradable y agotador. Cuando entraron por la puerta de los apartamentos 20 al 40 de Clifford Court, Olympia, Mary percibió un olor tan familiar como el de Charbury, pero en vez de aspirarlo con deleite arrugó la nariz. Era una mezcla de los cigarrillos del portero, el olor a electricidad del ascensor, que funcionaba muy despacio haciendo un ruido metálico, y la prueba fehaciente, que se filtraba por la boca del buzón del bajo derecha, de que esos vecinos se alimentaban únicamente de coles de Bruselas.

El portero, un joven con granos, dejó la edición en rústica de *El orgullo la venció* y se levantó de mala gana para acompañarlas al cuarto piso. El tío Geoffrey abrió la puerta del número 37 y dijo al instante:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué alegría que hayáis vuelto! He estado más solo que la una.

Llevaba puesta la bata de cachemira encima de una camisa vieja y unos pantalones, y se alisó el pelo hacia atrás con ese gesto suyo tan particular, como si quisiera aplanarse la cabeza más aún. A Mary le pareció estupendo que las recibiera alguien, pero, una vez pasada la ilusión del reencuentro con él y con los periquitos, y de ver que todas sus cosas estaban en su sitio, notó un vacío por dentro: desdicha y desolación.

—Cenamos en cuanto estéis listas —dijo el tío Geoffrey—, así que espabila, lávate, renacuajo, porque salgo para el teatro dentro de media hora.

Mary no tenía hambre. Se quedó en la ventana junto a la jaula de los periquitos pasando la uña por los barrotes; le temblaba el labio inferior pensando que el día anterior a esas horas Denys y ella estaban escondidos en un hueco húmedo y cálido, debajo del arbusto de laurel, mientras Nanny los llamaba en la oscuridad para que fueran a bañarse.

—Vamos, cielo —dijo la señora Shannon, recolocando los adornos y las fotografías de la repisa de la chimenea—. Me gustaría saber por qué te quedas ahí tan parada.

Mary salió cabizbaja de la sala y se fue por el pasillo hasta su habitación, a la derecha de la puerta de entrada. Estaba fría y mal ventilada por la falta de uso, y no parecía apreciar que hubiera vuelto. Quien no conociera el encanto del camarote, diría que era un cuartito muy acogedor. Tenía una cómoda con cajones, un armario, una estantería de libros encima de la mesilla de noche y muchos cuadros en las paredes, enmarcados o sujetos con chinchetas. Una alfombra de lana muy fina cubría una pequeña parte del linóleo marrón, y la colcha era muy alegre, de rayas multicolores, a juego con las cortinas, porque habían comprado muchos metros de esa tela en las rebajas de Ponting. Evidentemente, la señora Duckett había puesto patas arriba la habitación, y el tío Geoffrey decía que le recordaba a Cascara, porque había metido todas las muñecas y los peluches de Mary en un cajón y casi todos los libros de la estantería estaban bocabajo.

Se acercó a la ventana y miró con desaliento el oscuro paisaje de ladrillo gris de los edificios que había detrás de la fuente del patio, y las ventanas, casi todas de cocinas o baños, con alguna botella de leche en el alféizar o un paño de cocina colgado. Se quitó el sombrero y el abrigo y los guardó en el armario. El uniforme azul de alpaca le recordó, insolente, que faltaban dos días para que empezara el trimestre.

Su madre la llamó una vez y, a la segunda, se dirigió al comedor sin haberse quitado de las manos la suciedad del tren. Estaba muerta de cansancio. El tío Geoffrey y su madre cenaban macarrones al queso y cerveza embotellada; para Mary, había cacao, un huevo cocido y pan con mantequilla. Hacía bastante frío en el comedor. En Charbury estaría en la habitación de los niños, sentada en un taburete delante del gran guardafuego, con un tazón de leche caliente y azucarada en las manos y un plato con *petit beurre* y galletas rellenas en las rodillas. Tomó un sorbo de cacao y dejó la taza, pues de repente le vino la imagen de la habitación de la abuela tal y como estaba cuando iba a darle las buenas noches. Vio las cortinas corridas con el estampado de pavos reales, el leño en el fuego, las flores por todas partes y la moqueta verde en la que se hundía cuando iba hacia la cama en la que estaba la abuela, rodeada de almohadas y con una mañanita guateada a juego con el edredón.

Rompió la parte superior de la cáscara del huevo con la maestría y la limpieza que le había enseñado el tío Geoffrey, y el huevo se desparramó, aguado y poco hecho, precisamente como no le gustaba. Los otros dos charlaban por los codos y no se dieron cuenta de que la niña empezaba a llorar y a dar golpecitos a ciegas al huevo con la cuchara, mientras las lágrimas caían en el plato. Su madre se volvió hacia ella.

—¡Mary! ¿Por qué no te has lavado las manos? Llevas toda la porquería del tren. ¡Ay, cariño! ¿qué te pasa? —exclamó, mientras a Mary le salían las lágrimas a borbotones; dejó caer la cuchara y escondió la cara entre las manos—. Está extenuada —le dijo la señora Shannon a su hermano al levantarse y rodear la mesa para acercarse a Mary.

—La canción triste de West Kensington —dijo él—. Demasiado Charbury, creo yo.

—Vámonos ya —dijo la señora Shannon ayudándola a levantarse de la silla—, te llevo a la cama. Esta noche te puedes saltar la cena. Vamos, por la mañana estarás como una reina.

Efectivamente, en cuanto se vio arropada en la cama, con el osito de peluche que la acompañaba a todas partes, se encontró mejor, y más aún cuando se despertó después de dormir doce horas. Enseguida se hizo alegremente con la rutina de Londres y dejó de añorar las vacaciones pasadas pensando en las siguientes, que serían las de verano.

Tenía que hacer un curso más en Manton House, un colegio modesto de Cromwell Road, y luego, si aprobaba el examen de ingreso, iría a un gran colegio público diurno de Kensington. Su abuelo pagaría las tasas, aunque eso ella no lo sabía. Solo sabía que, un día, su madre, con los informes de final de curso de Manton House, le dijo:

—No, cariño, me temo que no eres de las que pueden optar a una beca. Si vas al St. Martin, y a mí me gustaría, nos tendremos que tragar el orgullo.

A Mary le daba igual no sacar buenas notas. Algunas chicas de Manton House no eran «nada del otro mundo», como decía la señora Linney de la tía Winifred, y Cicely Barnard, ni siquiera sabía escribir su nombre y no la dejaban cerrar la puerta del lavabo. Pero ella estaba un poco inquieta porque había leído en el folleto del St. Martin «el extenso currículo de deportes» y había visto fotos de chicas con unas piernas como salchichas empujándose con palos de *lacrosse*. En

Manton House solo se jugaba al hockey o al críquet, según la estación, dos veces a la semana en Kensington Gardens. La señorita Treadwell, una mujer joven con un silbato, pelirroja y colorada de cara, era la que estaba al cargo. Mary era la capitana de críquet, la única distinción que había conseguido en su vida. Se jugaba con una pelota blanda y, como había pasado horas entrenando con Denys y Bates entre las redes del campo de críquet de Charbury, seguramente no jugaba igual que las demás, que seguían, en su mayoría, el estilo de golpe inútil a una mano de la profesora. Incluso era capaz de eliminar a la señorita Treadwell, y entonces todas se ponían a saltar a la pata coja y a gritar «¡Bien jugado, Mary! ¡Vamos!». La educación en Manton House adolecía de falta de ortodoxia, porque algunas señoritas eran profesoras tituladas, pero a otras solo las contrataban para los trabajos manuales, como trabajar la rafia o pintar pantallas, y no sabían qué decir si les preguntaban algo que no aparecía en los libros de texto. Por suerte, la profesora de literatura resultó ser una señora inspirada, ya mayor, con el pelo blanco como la nieve, que llevaba colgado un lápiz de muelle con una cadena de oro, y lo abría y lo cerraba contra la pechera de vestido de tafetán. Conseguía contagiar a las niñas su entusiasmo por los poemas y los libros que estudiaban y, en vez de mandarles escribir redacciones sobre «Lo que hice en vacaciones» o «Mis mascotas», las animaba a inventar aventuras, cuentos de hadas o lo que les gustara. A Mary le llegó a fascinar tanto la actividad que compró cuadernos de un penique y, fuera de las horas de clase, los llenaba de historias de crímenes sangrientos y pasiones desenfrenadas, que empezaba muy emocionada, pero nunca terminaba.

Ese verano, para celebrar su cumpleaños asistió a una matiné de la nueva obra de teatro del tío Geoffrey: *Los jóvenes caballeros de Oxford*. Se sentó con su madre en primera fila de platea, en ascuas por si a tío Geoffrey se le olvidaba el papel o hacía alguna tontería, y al mismo tiempo emocionada y orgullosa porque era su tío el que estaba actuando y todo el mundo se reía y lo pasaba bien, y en los entreactos habló de él en voz alta para que la gente lo supiera. La protagonista se llamaba Renée Aimée, y a Mary le pareció guapísima. Cantaba, bailaba, decía cosas como «Amor mío, te quiero desde el primer momento en que te vi», casi todos los jóvenes caballeros la besaban, incluido el tío Geoffrey, y le pasaban cosas tan románticas que le inspiró una idea: escribiría una obra, sus primos y ella la representarían en Charbury las próximas vacaciones y los adultos irían a verla. De eso no cabía duda.

Cuando la representación terminó, el tío Geoffrey se cambió, se quitó el maquillaje y fue con ellas a tomar el té en el Criterion. Al principio, la intimidaba un poco, porque le seguía viendo como lord Footle, el papanatas joven y rico, pero enseguida le quedó claro que era el mismo de siempre, con los dedos manchados de nicotina y una debilidad por los sándwiches de anchoas. Durante el té, Mary, animada por la felicidad, la emoción y el montón de pasteles de chocolate que se había comido, les contó su gran idea.

—¡Por Júpiter! —exclamó el tío Geoffrey, que había interpretado el mismo papel tantas veces que a menudo se le escapaban frases de la obra—. ¡Una idea bárbara! ¿Cuál es el argumento?

—Ah..., pues... —dijo Mary, que en realidad no había ido más allá de imaginarse a sí misma como la ingenua protagonista llamada Chloë—, será de una princesa... y un príncipe que se enamoran, luego les sale todo mal, pero al final acaban juntos, por supuesto. Habrá algunos asesinatos también... —Se interrumpió porque las ideas empezaban a tomar cuerpo deliciosamente en su imaginación.

Mary escribía la obra por las tardes, cuando no tenía deberes, y los fines de semana. El tío Geoffrey resultó ser de gran ayuda. Al principio no le dejaba leer nada, pero se atascó un par de veces, le consultó a él y la respuesta fue brillante.

Un caluroso sábado de julio, la señora Shannon, despampanante y moderna con un vestido blanco de lino con botones rojos y un turbante blanco en el reluciente pelo, se fue a una merienda en el río que organizaba el tío Guy. Al tío Geoffrey también lo invitaron, pero, tumbado en el sofá y abanicándose con un periódico, dijo:

—Hace mucho calor. No cuentes conmigo, Lil. —Y añadió—: Sinceramente, tus parientes ricos me intimidan. Siempre tengo la sensación de que quieren que vaya a cambiarme de corbata.

Estaba descansando, en el sentido laboral y en el físico, porque los enredos de *Los jóvenes caballeros de Oxford* se habían terminado y el ocio lo paralizaba más que nada.

La señora Duckett fue a hacerles una visita después de comer, así que Mary preparó el té para las dos y pasó un mal rato intentando cortar rebanadas finísimas de pan y mantequilla con un cuchillo sin afilar y una hogaza que se desmenuzaba. Al final tuvieron que conformarse con rebanadas gruesas y melaza negra, y acabaron con la barbilla pegajosa. Después, con la sensación de ser ama de casa, recogió y fregó un poco por encima; luego sacó el cuaderno rojo del cajón de la ropa interior y volvió a la salita, donde el tío Geoffrey, en pantalones de lino color caqui y camisa deportiva de rayas, intentaba aprender a tocar el ukelele por su cuenta. Ya sabía tocar la flauta de émbolo pero, aunque a la vecina de al lado le parecía que ya estaba bien, a él no le parecía suficiente. Mary se sentó a la mesa junto a la ventana con un vestido de algodón de manga corta y la ventana abierta por abajo, por donde entraban el poco aire que corría y los ruidos cotidianos de Hammersmith Road. Lo único que se oía en la habitación eran los compases lentos y lastimeros del tío Geoffrey —que quería dominar *Ukulele Lady*— y los profundos suspiros de Mary, que chupaba el lapicero, se mordía las uñas, se colocaba imaginarios mechones de pelo detrás de las orejas y enroscaba las piernas en las patas de la silla. Tenía dificultades con la escena del rapto.

—Oye, tío Geoff —dijo por fin—, la tiene en el castillo.

—A quién..., ¿a la princesa? ¿Ya se han casado? No pueden estar juntos en el castillo si no están casados. Piensa en tu tía Mavis... A lo mejor pone el grito en el cielo...

—No, tonto, el príncipe no. Sir Egbert de Córcega. La ha secuestrado, ¿sabes? Amenaza con matarla si no se casa con él, pero ella ya sabe que el príncipe Federico viene galopando a rescatarla.

—Ah, ya. Así que está ganando tiempo. Buena situación. ¿Hasta dónde has llegado? ¿Qué le ha dicho el villano...? ¿Algo abominable?

—No mucho todavía. Han cenado... Tendremos que poner comida de verdad, creo yo, ¿no te parece...?, y luego el mayordomo, que será Margaret, por supuesto, entra con el oporto y sir Egbert dice: «¿Me acompañas a tomar una copa de vino?». ¿Quieres que te lea lo que tengo a partir de ahí?

—Sí, claro. —Empezó a rasguear suavemente el ukelele.

Sir Egbert: ¿Me acompañas a tomar una copa de vino?

Chloë: Encantada.

Sir Egbert: Una cosecha de oporto excepcional, rojo, como tus tentadores labios.

Chloë: Es el carmín nuevo que me he puesto, de la marca Houbigant.

Sir Egbert (suavemente): ¡Cuánta hermosura!

—Esto lo saqué de un libro, tío Geoff, pero no creo que tenga importancia, ¿verdad?

—Ninguna. No eres la primera que lo hace. Sigue, es sensacional.

—Bueno, solo he llegado hasta aquí. No puedo hacer aparecer a Federico todavía porque tiene que recorrer ciento cincuenta kilómetros y se puso en camino poco antes de la cena. Salió a hurtadillas de casa mientras su padre y su madre se vestían para cenar. Ellos no están de acuerdo con el compromiso, ¿entiendes?

—Ya —reflexionó el tío Geoffrey—. Léeme otra vez la última frase.

—«Cuánta hermosura».

—Ah, sí. Bien, entonces obviamente la respuesta de ella sería: «¡Ah, adulador!».

—Sí, me encanta, y entonces él dice: «No es adulación, es la pura verdad».

Y empezó a escribir febrilmente.

—No, con «la verdad» basta. —El tío Geoffrey tocó una cuerda. —¡Qué mareo! —dijo de pronto en un falsete agudo—. ¡El vino! ¡El oporto! ¡Me has drogado! —se agarra la garganta con las manos—. Oye —se irguió en el asiento, entusiasmado, y volvió la cabeza hacia Mary, que estaba sentada con el lápiz preparado—, esta es la idea: él la ha drogado y, mientras está inconsciente, llama al sacerdote para que los case, y así, cuando ella se despierte, será su mujer, quiera o no quiera... Eso es lo que dice él en su monólogo.

—Sí, pero si ella está inconsciente no puede decir «sí quiero».

—Sir Egbert es ventrílocuo, por supuesto. Oye, no está nada mal. Ella se desmaya, ¿comprendes?, y mientras cae, el pañuelo sale volando por la ventana... Tendrás que lanzarlo, por supuesto..., y queda atrapado en la hiedra...

—Y Federico lo ve —dijo atropelladamente Mary— y trepa por la pared y entra por la ventana con el pañuelo entre los dientes. —Ya veía a Denys haciéndolo—. Es maravilloso. No me digas nada más, no quiero que sea todo tuyo. —Empezó a escribir a toda velocidad—. ¿Cómo se escribe nupcias?

A las seis, el tío Geoffrey bostezó, dejó el ukelele en el suelo, estiró los brazos y dijo:

—Creo que voy a ir ahí enfrente a tomarme algo rápido. Este calor me da una sed brutal.

Mary le dijo adiós con la mano sin levantar la vista de la escritura; cuando su tío volvió, estaba muy colorada, despeinada y jubilosa, echada hacia atrás en la silla, resoplando como un corcel.

—¡La he terminado! —gritó en cuanto oyó el golpe de la puerta—. ¡He escrito la obra entera! Mira, esta es la última frase: «Amor mío, te quiero desde el primer momento en que te vi». Telón.

Lo miró inquisitivamente, a ver si se daba cuenta del plagio de *Los jóvenes caballeros de Oxford*, pero no dio señal.

—¡Muy bien, renacuajo inteligente! ¡Por Júpiter que es fantástico! ¿Y qué crees que le ha pasado a tu querido tío? —Agitó un sobre ante ella—. Es una carta de mi agente para decirme que la semana que viene empiezo los ensayos en... —adoptó una pose— ¡*Las noches de Montecarlo*! Esto hay que celebrarlo, ¿no te parece? ¿Y si nos vamos de juerga tú y yo? Anda, que te llevo al West End y te invito a la cena más abundante de toda tu vida. A mamá no le molestará. Un segundo —dijo, cuando Mary se levantó de la silla y empezó a bailar solemnemente en la alfombra, muy emocionada—. A ver si tengo suficiente dinero. —Rebuscó en los bolsillos y sacó unos billetes—. ¡Hurra, mira! ¡Fíjate! Se me había olvidado que Roddy me pagó lo que me debía,

bendito sea. Vamos a ir en taxi. No te molestes en ponerte elegante... Coge una chaqueta, y tampoco hace falta que te laves para celebrarlo. Aunque mejor te cepillas el pelo, pareces Lillian Gish.[5]

Mary salió disparada hacia su habitación y apareció unos segundos después, impecable, con la chaqueta azul del colegio encima del vestido de algodón. El tío Geoffrey estaba en el baño alisándose el pelo con más mejunje pegajoso, doblaba las rodillas para verse en el espejo. Luego se puso una corbata de color naranja con una camisa deportiva, una chaqueta azul de cheviot encima y se fueron.

Mary lamentó que fuera el día libre del portero, pues no los vería coger un taxi.

—¿Adónde vamos, tío Geoff? —preguntó inclinándose mucho hacia delante para ver las calles.

—¿Adónde te gustaría ir?

—Al Ritz —se atrevió a decir Mary, aunque no estaba completamente segura de si era un restaurante o un teatro.

El tío Geoffrey se rio a su espalda.

—Eso te pasa por tener un abuelo en el negocio de la restauración. Tampoco vamos a ir al Shannon —añadió—, aunque nos íbamos a ahorrar algo en la cuenta, pero no encaja con nuestros gustos. Es para gente a la que le da igual pagar mucho con tal de comer lo mejor o a las que les da igual comer lo que sea con tal de alardear de lo mucho que pagan. Ya sé adónde vamos a ir: al Café Royal. ¿Lo conoces? —Mary negó con la cabeza y abrió mucho los ojos—. Es un sitio estupendo. Además, puede que me encuentre con algún conocido —añadió con una chispa de optimismo.

Mary esperaba que no. Era mucho más divertido estar solos; con los amigos del tío Geoffrey nunca sabía si se reían de ella o hablaban en serio.

Todavía no había oscurecido cuando llegaron a Picadilly, pero ya brillaban los neones en la luz mortecina.

—¡Mira, una película de Tom Mix! —exclamó Mary, sentada sobre las rodillas, porque la esterilla del asiento le picaba—. ¿Por qué no..., después de cenar...? Bueno, si tú no quieres, no, por supuesto..., pero ¿por qué no...?

—Claro, claro. Primero nos pegamos un banquete y luego te llevo a ver la peli y te cojo de la mano cuando apaguen las luces. ¿Qué te parece?

El taxi giró en redondo, paró en la puerta del Café Royal, y Mary salió entusiasmada por debajo del brazo del enorme portero. Al entrar, tuvo la sensación de ser más pequeña que nunca, y le habría gustado coger del brazo al tío Geoffrey, pero se contuvo. No conocía ningún restaurante, solo el Shannon, aunque no era lo mismo, porque siempre iba con su abuelo, que era el dueño, y el Lion's Corner House, que tampoco era lo mismo porque siempre había tanta gente que nadie se fijaba en ella. Esperó a que entrara su tío y, fingiendo despreocupación, siguió andando detrás de él. Hacía muchísimo calor y el aire estaba cargado de voces, ruido de platos, humo y un suculento olor a comida. Tuvieron que cruzar toda la sala para llegar a su mesa y le pareció que todas las miradas se clavaban en ella. Lamentó no haberse puesto un chaquetón más nuevo. El tío Geoffrey se paró a medio camino para hablar con un hombre que estaba comiendo espaguetis, y ella se quedó revoloteando detrás, intentando pasar desapercibida. Estar de pie entre la gente sentada le daba una sensación incómoda e irritante. Por fin pudieron refugiarse en

un mullido sofá rojo de felpa y enseguida les colocaron la mesa delante; ahora Mary podía observar la sala más imparcialmente. El camarero hizo unas florituras impresionantes con las servilletas y, con un último juego de manos, les presentó una carta que parecía contener todos los platos del mundo.

—¿Qué tenemos hoy? —El tío Geoffrey se ajustó el monóculo y miró al camarero; el labio inferior desapareció.

—¿Qué le apetece, señor? —dijo el camarero, y se apoyó en la mesa con las puntas de los dedos, inclinándose con un ligero aire de aburrimiento.

—¿Qué te apetece, renacuajo? —Se volvió hacia Mary y pasó el dorso de la mano por la larga lista de la carta—. Elige lo que quieras.

—Sopa de tomate —dijo Mary señalando un plato con el dedo—. Oh... —Miró a su tío y, vacilante, susurró—: Cuesta un chelín. ¿Es mucho?

—Ya te lo dije... —respondió, riéndose de ella—, esta noche tiramos la casa por la ventana. Pero sopa de tomate en esta época...

—Sí, por favor. Es muy refrescante.

—De acuerdo. Eres tú la que se la va a comer. Bien, una sopa de tomate de primero, y yo me entretendré con unos entremeses.

Les llevó un buen rato elegir el resto de la comida, pero al final, después de muchas dudas y cambios de opinión de Mary, se decidieron por salmón con mayonesa, riñones estofados con guisantes y puré de patatas, más un helado de premio, para rematar. Era difícil saber dónde encajar exactamente una tostada con sardinas.

—Quizás al final —dijo el camarero, alzó las cejas, hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

El tío Geoffrey sacó un pañuelo de cuello y se secó la cara.

—Ya está resuelto, gracias a Dios. Con este calor me pongo a sudar como un cerdo al mínimo esfuerzo. —Se colocó de nuevo el monóculo en el otro ojo y se volvió hacia Mary. —¿Me acompañas a tomar un vino, princesa Chloë?

—No sé, sir Egbert —dijo entre risitas, porque le pareció exasperante.

—Champán, borgoña, ron, ponche, agua mineral Apollinaris... ¡Pedid y se os dará!

—¿Pu..., puedo pedir sidra? ¿Te parece?

—¿Por qué no? Seguro que con este calor te provoca un efecto tremendo. —Tenía un vaso largo y helado de cerveza rubia, lo vació de un trago y enseguida pidió otro—. Esto ya es otra cosa —dijo dejando el vaso medio vacío y mirando a todas partes con más interés. —Fíjate en esa mujer tan impresionante —dijo, mientras Mary hundía la cuchara en las profundidades cremosas de la sopa—. Lo tiene todo. —Suspiro y siguió mirando la sala, distraído, con una sardina pinchada en el tenedor, a medio camino de la boca. Mary miró, pero no le pareció que la mujer tuviera nada especial, aparte de unos labios escarlata en una cara blanca como la muerte y un enorme sombrero con velo, así que volvió a la sopa—. Te voy a decir una cosa, renacuajo —dijo, empezando su ensaladilla rusa—, si no fuera tan asquerosamente perezoso, creo que podría casarme. Pero uno se pregunta si merece la pena el esfuerzo.

—Entonces, ¿te gusta alguna chica, tío Geoff?

—Cientos..., pero no una en especial, he ahí la cuestión. Para eso hay que concentrarse. A lo mejor me caso contigo.

—¡Ah, lo siento! —Mary lo miró sonriente—. Ya tengo novio.

—¡Vaya, vaya, vaya! Esta alegre juventud... Sigue comiendo, anda —dijo de repente— y no digas bobadas.

Mary siguió comiendo tan contenta y bebió dos vasos de sidra, que le dieron un ligero zumbido en la cabeza.

—¿Algo más? —dijo el tío Geoffrey con mucha aprensión mientras ella perseguía el último trozo de helado con la cuchara por toda la copa.

—No, gracias —suspiró, satisfecha—. EQR.

—¿Qué demonios es eso?

—«Estoy Que Reviento», claro. ¿Vamos al cine?

Él pidió la cuenta, parpadeó ligeramente al verla, pero dejó un par de billetes con indiferencia, como si fuera el precio del autobús. Mary se horrorizó.

—¡Una libra diez! ¿De verdad ha sido tanto?

—Una bagatela —respondió, chascando los dedos—. Si te hubiera llevado al Ritz...

—Eres estupendo, tío Geoff. Gracias, de verdad. ¿Nos vamos al cine?

Se aflojó el cinturón del vestido y se puso el chaquetón. Al pasar entre las mesas hacia el otro lado del comedor, donde los manteles almidonados habían dado paso a las encimeras de mármol y la clientela empezaba a deteriorarse, se oyó gritar: «¡Percy!», desde una mesa de la derecha. El tío Geoffrey giró en redondo, sorprendido. Un hombre gordo con la cara blanca y fofa, y unos ojos pequeños, le hacía señas con la mano.

—¡Ven a tomar algo, amigo mío!

Mary siguió al tío Geoffrey hasta la mesa del hombre gordo, que estaba con dos chicas, un hombre con una barbita semicircular muy corta y un montón de botellas.

—¡Vaya, vaya! —los saludó el hombre gordo—. ¿Qué novia te has echado? ¿No las eliges muy jóvenes, Percy?

Todo el mundo se echó a reír y el tío Geoffrey dijo:

—No seas indecente, Uncle, por amor de Dios. Es la hija de mi hermana. Mary, este es Uncle Joe, esta es Babs, este del musgo en la barbilla es Raymond y esta mujer de sombrero rojo tan excepcionalmente hermosa responde al nombre de Wanda. Colegas, os presento a Mary. Acabamos de descubrir que es una niña prodigio, así que lo estamos celebrando.

Al principio le parecieron todos muy simpáticos y le hicieron mucho caso, sobre todo la chica que se llamaba Wanda, que tenía el pelo rubio, corto y brillante, con un rizo en cada mejilla, y una nariz respingona demasiado empolvada. La sentaron entre el tío Geoffrey y Raymond, la invitaron a cerveza de jengibre, le preguntaron por la obra que había escrito y le dijeron: «¡Pero, cielo, qué maravilla!». No creían que tuviera más de ocho años, y ¿qué hacía con un tío como Percy? A Mary le pareció que había triunfado, en parte porque la sidra todavía le zumbaba en la cabeza, pero pasado un rato empezaron a hablar entre ellos de asuntos ininteligibles, de gente que se llamaba Dezzy y Marge, y se olvidaron de ella.

—¿Qué hay del cine? —le susurró al tío Geoffrey tirándole de la manga.

—¿Qué? Ah, sí..., sí, claro, renacuajo. Ahora nos vamos.

Se desentendió de ella otra vez y siguió tomando whisky con soda y charlando animadamente con Wanda, que estaba al otro lado. Mary no se enteraba de lo que hablaban, pero oyó decir a Wanda: «¡Vamos, Percy!», y le dio una palmadita en la mano. Mary tamborileó con los

tacones en la silla, suspiró, tomó un sorbo de cerveza de jengibre, dejó pasar unos minutos y lo intentó de nuevo. Esta vez su tío no la oyó y prefirió no intentarlo más. «Eres un auténtico encanto, te lo aseguro», le dijo a Wanda, con los dientes prácticamente fuera de la cara. Mary se volvió a Raymond, que sostenía pensativamente un vaso de cerveza muy cerca de la boca, humedeciéndose la barbita mientras escuchaba a Babs, que llevaba una boina verde ladeada, coronando la demacrada cara, y hablaba con un oscilante acento americano.

—Y cuando llegué —estaba diciendo—, se lo solté: «Bien, señor Hammerstein, lo toma o lo deja», le dije. «O digo todo mi texto, o no digo nada». Y me di la vuelta y me fui..., ¡delante de sus narices! —Chasqueó los dedos cerca de la naricilla de Uncle.

—¡No puede ser, Babs! —exclamó Raymond alzando la cabeza con la barba manchada de espuma.

—No... —De repente la mujer se echó a reír—. ¿Por quién demonios me tomas? Pero habría sido fantástico, ¿no crees? ¿Qué tal, cielo? —dijo de repente al ver que Mary los miraba—. ¿Te aburres?

—No, en absoluto, gracias. ¿Me dice la hora por favor?

—Las nueve y media —dijo Raymond, sacando una muñeca peluda de la chaqueta de color verde guisante.

—La hora de irte a la cama ¿no? —dijo Babs.

—Y la de Percy también, por la pinta que tiene —dijo Uncle, riéndose por lo bajo y agitando todo el cuerpo.

—Cierra el pico, Uncle —dijo Babs—. ¡Eh, tortolitos! —Lanzó el tapón de la botella de cerveza por encima de la mesa—. Salid a tomar el aire, y tú ¡haz algo por tu descendencia!

—No pasa nada, de verdad, gracias... —dijo Mary.

Prefería quedarse sin cine a que armaran tanto jaleo por ella. El tío Geoffrey la miró y Wanda se apoyó en él y babeó un poco.

—¡Ay, Dios! Se me había olvidado... Le prometí llevarla al cine —dijo. Wanda hizo un puchero y se apartó—. Oye —prosiguió el tío Geoffrey con la cara brillante—, ya eres mayor. ¿Qué tal si vas tú sola? Toma, diez machacantes, y luego te vas a casa en taxi. No quiero perderme esta noche de juerga. ¿Qué me dices?

—¡Ah, Percy...! —empezó a decir Babs.

Pero Mary cogió los diez chelines encantada. Nunca había ido al cine sola, ni tampoco en taxi. Le olió a aventura. Se sacudió la somnolencia que le rondaba desde la cena y empezó a levantarse.

—Muchísimas gracias, tío Geoff, seguro que me las arreglo bien. ¿Me puedo ir ya?

—La llevamos nosotros, ¿eh, Geoffrey? —dijo Wanda; se mojó un dedo y se retocó un poco la cara mirándose en un espejo diminuto. Se volvió a poner los zapatos, cogió un gran bolso de charol y un par de guantes con borlas y se levantó—. Pues ¡hala, patito, vámonos! —dijo—. Dame la mano.

Mary se adelantó, así que fue Wanda la que le dio la mano al tío Geoffrey. Los otros tres se despidieron de ella y le dijeron: «No hagas nada que yo no haría» y «Escribe un papel para mí en tu próxima obra», y ella se rio y se puso a la pata coja.

—¡Andando! —dijo el tío Geoffrey, y salieron los tres juntos.

Fuera hacía una noche tórrida y sofocante; las primeras estrellas asomaban en el cielo

verdoso. Se agradecía estar al aire libre otra vez.

—Gracias por la magnífica cena —dijo Mary educadamente mientras esperaban en una isleta en medio de la carretera.

—Pero qué suerte tienes, Mary —dijo Wanda desde el otro brazo de Geoffrey—, por tener un tío que te saca por ahí. A mí no me sacaba nadie cuando era pequeña. —Se echó a reír como un caballo relinchando.

—Cielo, en estos momentos no eres más que una niña, ¿verdad? —preguntó el tío Geoffrey; Mary pensó que parecía tonto cuando le vio la cara brillante de sudor a la luz de la farola.

El cine estaba unos metros más allá, y Mary tenía muchas ganas de separarse de ellos para entrar en el emocionante e iluminado vestíbulo. La desazón se apoderó del tío Geoffrey cuando vio que, antes de la película de Tom Mix, actuaba Leatrice Joy en *Eve's leaves*.[6] Miró las fotografías con mucha atención, cambiándose el monóculo de ojo.

—*Eve's leaves* —dijo, pensativo volviéndose a Wanda—. Oye, ¿qué te parece si entramos con ella?

—No, no —dijo Wanda haciendo un puchero, porque tenía tantas ganas de escapar como Mary de perderlos de vista.

—Bien. Oye, renacuajo —dijo el tío Geoffrey—, si te parece que hay cosas que no deberías ver, te metes debajo del asiento. ¿Seguro que no te va a pasar nada? —Avanzó unos pasos por la acera, con Wanda pegado a él como un tumor—. Cuando salgas, le das seis peniques al acomodador para que te busque un taxi y, por amor de Dios, llega a casa antes que tu madre. Dijo que volvería tarde. ¿Tienes la llave?

—Sí, sí a todo. ¡Adióóóóós!

Mary le lanzó un beso antes de volverse para marcharse y Wanda le lanzó a ella otro que olía a las pastillas de lavanda que la señora Duckett tomaba para el aliento. Por fin entró y fue hacia la taquilla dándose importancia.

Leatrice Joy estaba en la mitad de una escena de seducción con un sombrero de campana cuando Mary pasó hasta su asiento molestando a todo el mundo y no hizo el menor esfuerzo por seguir o entender la película; era sentimentaloide, estaba claro. Los personajes movían mucho la boca y todo sucedía muy deprisa, así que Mary se apoltronó tranquilamente con la sensación de haberse emancipado.

Por fin empezó Tom Mix; Mary se echó hacia delante, tensa, con el asiento medio levantado. Aunque apenas era consciente de las personas que respiraban a su alrededor y llenaban la misteriosa oscuridad, la emoción de estar sola reforzó el hechizo de la pantalla. No tenía quien la hiciera volver a la Tierra leyendo los subtítulos ni explicándole en un susurro penetrante cosas que ya había entendido. No se dirigiría a nadie educadamente para decir: «Estoy disfrutando mucho, ¿y tú?». Estaba con el apuesto e increíble vaquero. Si cabalgaba sobre Tony, su caballo blanco, ella iba a su lado a lomos de Mouse. Juntos se agachaban para esquivar los silenciosos disparos de sus perseguidores, juntos iban como el rayo hacia el *saloon* de madera, saltaban de la silla de montar y entraban con aplomo entre los malos haciendo ruido con las espuelas. La lluvia que había caído sobre Leatrice Joy también cayó en Arizona, pero Mary ni se enteró.

Cuando terminó la película, se quedó en pie como transida mientras sonaba el himno *God Save the King*; luego suspiró profundamente y salió a la noche. Era la primera vez que se encontraba en la calle a esas horas. Se paró en la acera a mirar los coches, los taxis y los alegres

grupos de gente que pasaban, algunos iban del brazo; unos hombres cantaban a gritos una canción estúpida. A pesar de todo, la vida nocturna de los adultos debía de ser muy divertida. No se encontraba cansada. Si fuera mayor, probablemente iría a bailar a un club nocturno. Ese pensamiento le evocó innombrables imágenes fascinantes de depravación. Bostezó y retrocedió rápidamente cuando un hombre mayor que se tambaleaba chocó con ella y dijo: «¡A ver si miras por dónde vas, demonios!». Y entonces supo lo que quería hacer: coger el metro para retrasar el momento de llegar a casa y, de paso, ahorrar dinero. Su madre siempre hablaba de economizar y ¡qué contento se pondría el tío Geoffrey cuando le devolviera los diez chelines menos media corona y cuatro peniques!

Muy satisfecha de sí misma, bajó en el ascensor mirando las cadenas, que se deslizaban hacia arriba en el hueco mientras descendía a las entrañas de la Tierra. Sabía qué línea coger y dónde tenía que hacer transbordo porque había hecho muchas veces ese trayecto después de un día de compras o de una fiesta. Algunos viajeros la miraron, otros sonrieron y un par de mujeres hicieron un comentario crítico a sus acompañantes, pero ella era totalmente dueña de sí misma. Tenía una sensación de calma, casi de dignidad, que nunca había sentido cuando iba con alguien. Con otras personas, ella era una más del grupo; en cambio, sola, era una entidad completa en sí misma. Se sentó y miró con orgullo su tenue reflejo en la ventana de enfrente, con las luces y los cables del túnel que pasaban por detrás y, adormilada, intentó recordar las cabriolas que Tony le enseñaba a Mouse, según las había visto. «Earl's Cooooourt!», vocearon. Mary se levantó como un rayo y quiso abrir por la fuerza las puertas corredizas, presa de un pánico repentino, por si el tren arrancaba sin darle tiempo a salir. Podría ser que se la llevara un torbellino a un destino desconocido y siniestro, como la chica de aquella historia horrible, que se quedaba encerrada en un compartimento y daba vueltas y más vueltas en la línea Inner Circle, pasando una y otra vez por la estación en la que se quería bajar, hasta que por fin la encontraron loca de remate, con el pelo arrancado de raíz.

Tuvo que esperar el siguiente convoy un buen rato. Se sentó en un banco y pensó en su cama y en lo bien que había hecho en no volver a casa en taxi. Ya oía al tío Geoffrey diciendo «¡Por Júpiter, menuda sobrina tengo!» cuando le devolviera, orgullosa, el dinero. Bostezó otra vez a lo grande y se quedó escuchando el eco de los suaves pasos de un hombre que iba de un lado a otro en el irreal silencio del andén. El reloj le recordó que era casi medianoche. Por fin, a lo lejos, se oyó un rumor débil, que se convirtió en un rugido trepidante hasta que por fin un dragón salió de la negrura arrastrándose a toda velocidad, arrancando chispas azules a los raíles, y se paró con un chirrido disonante. Mary entró en el vagón cuando empezaba a emitir ese ruido agudo que hacía siempre en Earl's Court y, después de esperar inútilmente unos momentos, por fin arrancó. Mary bajó tambaleándose en Addison Road, le entregó el billete a un cobrador, que daba la impresión de estar pensando en lo loca que estaba la gente para no estar en la cama a esas horas, y subió las escaleras hasta la calle más muerta que viva. Su casa no estaba muy lejos, ya se divisaba la mole poco acogedora pero bienhallada del cuartel de Clifford Court. Esperaba que su madre estuviera en casa para recibirla. Se imaginó la sorpresa que se llevaría al verla llegar sola, lo orgullosa que se sentiría, la ilusión que le haría saber qué tal le había ido la velada y contarle también de la suya, porque las dos pensaban que parte de la gracia de pasarlo bien estaba en revivirlo después con alguien.

No habían cerrado todavía la puerta de los apartamentos, pero el portero no estaba y

tampoco el ascensor, que no respondió al dedo de Mary cuando apretó el botón. Cansada, inició el ascenso de los cuatro pisos agarrándose a la barandilla; en el tercero le sacó la lengua al ascensor, porque ya no le servía para nada, y terminó de subir a pie dando tumbos. ¿Llevaba guantes cuando salió de casa? Ahora no, eso seguro, pero si los había perdido, qué se le iba a hacer, pensó al poner la llave en la cerradura.

Antes de que le diera el tiempo a traspasar la puerta, un torbellino la aprisionó y la engulló derramando incoherencias..., ¡llorando! Su madre estaba llorando..., en bata, arrodillada en el linóleo del pasillo diciendo cosas como: «Ay, cielo, creía que... ¿Dónde estabas? Cómo has podido, cariño... No sabes lo mal que lo he pasado... ¡Ay, mi Mary! ¡Mi niña!». Mary estaba anonadada. Era evidente que había hecho algo mal. Empezó a llorar también, por el cansancio y por el disgusto, y su madre tuvo que recobrarse para consolarla.

—Bueno, a ver —dijo, cuando Mary se calmó y solo lloriqueaba—, ¿dónde has estado?

—El tío Geoffrey me llevó a cenar.

—Fue lo primero que pensé cuando llegué a casa, pero, al ver que se hacía tan tarde, empecé a preocuparme y llamé a ese club, Teddy's, al que va a veces, y me dijeron que acababa de marcharse con un grupo de gente. «¿Iba con una niña?», pregunté, pero no. Así que me puse de los nervios. No hacía más que imaginarme lo que te podía haber pasado; incluso salí a la calle y te busqué por todas partes. Luego llamé a la policía, dos veces; seguro que ahora están peinando los suburbios buscándote...

Hablaba atropelladamente, alterada, con un discurso incoherente, exagerando e incluso disfrutando de lo que contaba, ahora que ya había pasado. A Mary empezó a darle vueltas la cabeza.

—Lo siento, mamá... —dijo, pero la señora Shannon la cortó sin darle tiempo a explicarse.

—Pero ¿qué pasó? ¿Te perdiste? ¿Cómo es posible que Geoffrey te llevara a cenar y te perdiera? Al menos podría haber dejado una nota... ¿Dónde habéis estado? ¿Por qué no me has llamado o algo? No lo entiendo...

—He ido al cine. —Mary se fue a su habitación y su madre la siguió sin dejar de quejarse—. El tío Geoffrey no quería ir, así que he ido yo sola. Ha sido... —Iba a contar lo maravilloso que había sido, pero de repente se vio incapaz de describirlo. Estaba muy cansada y ya le parecía todo muy lejano—. Ahora me acuerdo —siguió—: el tío Geoffrey me dijo que tuviera cuidado y que llegara a casa antes que tú, y me dio dinero para un taxi, pero he venido en metro porque..., porque... —Una lágrima salada le cayó por la mejilla y se le coló por la boca abierta.

—Tenías que haber cogido un taxi, pero la culpa no es tuya. Mira que es imbécil... Solo él haría semejante estupidez. Me va a oír cuando lo vea... Dios mío..., me va a oír —se desahogaba la señora Shannon mientras ayudaba a Mary a meterse en la cama.

Desanimada, Mary intentó explicarle que el tío Geoffrey no había tenido ninguna culpa, pero no pudo hacer el esfuerzo porque ya casi estaba dormida. Lo aclararía por la mañana, para evitar que su tío se lo reprochara y no volviera a sacarla nunca más.

En realidad, lo que pasó al día siguiente fue que el tío Geoffrey, que no llegó hasta las cinco y media de la mañana, durmió como un tronco hasta media tarde. Se despertó quejándose y, sin fuerzas, pidió té. Mary se lo llevó; muy animosa, le preguntó si se encontraba mal y le dio la alegre noticia de que Wanda había telefoneado dos veces cuando estaba durmiendo, y que la segunda vez había dejado el recado de que iría a verlo a las cuatro. El tío Geoffrey se sentó con

mucho esfuerzo. Tenía el pelo de la parte delantera encima de los ojos, y el de atrás, de punta, tieso de gomina. Y estaba blanco amarillento, como la cera, con una sombra de barba alrededor de la barbilla.

—¿A verme? —preguntó como un bobo, con los ojos desorbitados— ¿Hoy...?

—Sí —contestó Mary—, y dice mamá que te diga que, si quieres invitarla al té en casa, tendrá que conformarse con pan, mantequilla y miel, porque no está de humor para salir a comprar pasteles.

—¡Por Dios! —exclamó, completamente despierto—. No puede venir aquí. Ah..., empiezo a recordar... ¡Ay, Dios mío! —se quejó, y se dejó caer en la cama sin fuerzas, con los ojos cerrados—. Estaba amaneciendo... ¿Por qué no se lo quitaste de la cabeza?

—Pero, tío Geoff, me pareció que te gustaba. Anoche...

—Mary, por favor —se estremeció—, anoche yo era joven; hoy soy un hombre muy viejo. Déjame, voy a echarme a llorar.

Mary se alejó confundida, pero le alivió comprobar que su madre parecía haber olvidado lo de volver a casa sola. La señora Shannon entró en la habitación de su hermano y después salió riéndose, alzando los ojos al cielo. El tío Geoffrey la siguió atándose el cordón de la bata.

—Si la dejas entrar, Lily, te mato..., y a ti también, mocosa —dijo, al ver a Mary, que rondaba por el pasillo para enterarse de lo que pasaba—. ¿Tenemos Eno? —Se arrastró hacia el cuarto baño.

Todavía estaba allí cuando sonó el timbre de la puerta y, como su madre estaba atareada en la cocina, Mary fue a abrir. Ahí estaba Wanda, con falda corta y chaquetón negro, un sombrero de ala ancha y una capa de polvos encima de los que llevaba anoche.

—¡Hola, cielo! —Entró antes de que pudiera impedírselo, y Mary rehuyó el beso cargado de lavanda.

—Si es esa mujer —se oyó decir con claridad al tío Geoffrey desde el baño—, no la dejes entrar, por amor de Dios. —Se asomó al pasillo alisándose el pelo—. ¡Madre mía! —dijo al ver a Wanda, y retrocedió.

Mary no sabía qué hacer. Wanda se quedó de piedra.

—¡Vaya! —dijo—. ¡En mi vida me habían insultado así! —Se le frunció el gesto.

Mary temió que se echara a llorar. Sintió un gran alivio cuando apareció su madre por la esquina de la cocina y se hizo cargo de la situación.

—Lo siento, señorita..., eh... —dijo suavemente—, lamento decirle que mi hermano no se encuentra muy bien. Lo cierto es que no está visible.

La condujo hacia la puerta; Wanda, aturdida como si le hubiera caído encima un ladrillo, solo pudo protestar débilmente.

—¡Ya puedes salir, rata! —dijo la señora Shannon golpeando la puerta del baño.

—¿Se ha ido? —preguntó el tío Geoffrey, asomándose, nervioso como un conejo—. ¡Ay, Lil! Muchas gracias, de verdad.

—No me des las gracias —le contestó con el ceño fruncido, cruzada de brazos—. No me he deshecho de ella para hacerte un favor. Es que he pensado que esa pobre chica estaría mejor sin ti. Siempre la misma historia —lo miró maliciosamente y sacó la punta de la lengua por la comisura de la boca—; por la cara que ha puesto, seguro que le pediste que se casara contigo. A lo mejor te denuncia por incumplimiento de palabra.

Se limpió un poco las manos frotándolas una contra otra y volvió a la cocina.

—¡Ay, Dios! —exclamó el tío Geoffrey—. Me vuelvo a la cama. Si no me despierto por la mañana, llama a la funeraria.

Cerró de un portazo y Mary se quedó sola en el pasillo, intrigada y perpleja, pero con el presentimiento de que, por muchas preguntas que hiciera, nadie le iba a explicar lo que había pasado exactamente.

En Manton House no se celebraba un día de discursos y entrega de premios, pero al final de curso se organizó un concierto escolar en el que Mary, con un vestido floreado de seda *tussar* y una expresión de intensa angustia, tocó la *Marcha militar* de Schubert, y los padres del público asentían y tarareaban, e incluso llegaron a decir: «¿De qué me suena esta música?». La señora Shannon pudo asistir porque su curso había terminado antes, y le prometió que, si tocaba bien, le daría media corona. Le salió muy mal porque apenas había practicado, pero su madre le dio el dinero de todas formas con la excusa poco convincente de que «realmente lo has intentado».

Después del concierto se entregaron las medallas a la buena conducta. Mary, que nunca había recibido ninguna, creía que ese trimestre la merecía, porque había afilado varias veces los lapiceros de la profesora de matemáticas, y además le había regalado a la señorita Carson una maceta con un helecho.

No le dieron ninguna..., no era justo.

—¡Qué timo! —le susurró amargamente a su madre cuando pronunciaron el nombre de Cicely Barnard—. Es tan tonta que ni sabe ser mala.

Después entregaron a los padres los informes de fin de curso y les ofrecieron té y galletas de mantequilla, y así se acabaron las clases hasta dos meses más tarde. De camino a casa, Mary daba carreras para adelantar a su madre, balanceaba la mochila de delante atrás, tocaba los postes de las farolas y los buzones, y volvía a su lado. La señora Shannon andaba despacio, leyendo el informe con una leve sonrisa en las comisuras de la boca.

—¿Me dejas verlo? ¿Qué dice? ¡Anda, déjame leerlo! —insistió la niña dando saltos a su alrededor y tirándole del brazo.

—Espera a que termine. Después lo lees tú; ¿no puedes esperar un minuto? De todas formas, no es gran cosa, mi niña.

—Termina, anda.

Le dio un golpecito en el trasero con la mochila y salió disparada, sobrecargada de emoción y alegría. Charbury, Charbury, ahora Charbury; el curso escolar ya era historia; cuando su madre le lanzó el informe desde el otro lado de la mesa a la hora del té, Mary había perdido casi todo el interés.

«Aceptable; puede hacerlo mejor; suficiente; falta de concentración; falta de atención en el trabajo...». Leyó la lista de asignaturas; lo de siempre: «Deportes: Mary tiene un nivel alto en el críquet, pero como capitana le falta iniciativa», afirmaba la señorita Treadwell con una letra descuidada y un poco infantil. En dibujo iba bien y también en literatura: «Muestra interés y entusiasmo, especialmente por la poesía. La caligrafía y la ortografía dejan mucho que desear, pero en las redacciones es original e imaginativa. Progresa adecuadamente». La satisfacción de Mary se vino abajo, como era de esperar, cuando leyó: «Puesto en clase: 7.º. Número de alumnas: 10». Levantó la vista y pilló a su madre observándola, sonrió como excusándose y volvió a «Consideraciones generales»:

«Mary es una buena niña», empezaba la señorita Carson con su estilo coloquial y poco académico, «pero encontramos en ella una rebeldía a la autoridad que raya en la resistencia. Aunque goza de la simpatía de sus compañeras, no hace buenas migas con nadie porque al mismo tiempo es intolerante y desconfiada y no se molesta en integrarse en la dinámica de grupo. Pero tiene buen corazón y estamos seguras de que cuando supere las dificultades de esa forma de ser tan reservada, madurará y se convertirá en una gran mujer».

—¡Dios nos libre! —dijo el tío Geoffrey cuando lo leyó—. Parece Clara Butt[7] haciendo de Britannia. Esas maestras de escuela me sacan de quicio. ¿Por qué no dicen sencillamente: «Por ahora es un desastre, pero ¿hay esperanza»?

En agosto, lo primero que hizo Mary cuando llegó a Charbury fue convocar una reunión en el árbol del columpio para contarles a los demás lo de la obra. Margaret y Michael se entusiasmaron, y Sarah no dijo nada; Denys se debatía entre la admiración y el asombro por que la idea no fuera suya.

—¿Quién va a dirigirla? —preguntó, indeciso.

—Bueno... —Mary había pensado que lo haría ella, pero dijo—: Tú, si quieres, por supuesto.

—Un poco engorroso —contestó—, pero... de acuerdo. ¿Cuándo empezamos?

En las semanas siguientes, los ensayos comenzaban con muchas risas, disputas e incluso violencia física, y generalmente terminaban cuando alguien decía: «Estoy harto de esto..., vamos a cazar escarabajos de agua al estanque de los nenúfares» o «¡Están segando en la pradera grande, vamos a ayudar!». Montarían el escenario en la juguetería, separándolo de la sala con unas cortinas, para que el público estuviera aparte, según dijo Denys.

—¿Cortinas? —dijo la señora Wilcox, irguiéndose, resuelta e imperturbable entre un montón de niños vociferantes—. Supongo que las tendré que sacar de la chistera, ¿no? ¡Anda, anda, no me atosiguéis, por favor!

—¡Pero, Wilkie, cariño, tiene que dárnoslas! —chilló Mary, mientras Michael trataba desesperadamente de mantenerse haciendo el pino—. La obra es mañana, ¿sabe?

—Vamos a ver... ¿Qué tal las sábanas guardapolvo? Hay de sobra en el desván del oeste, pero tenéis que...

Michael se volvió a poner de pie y salieron corriendo de la sala de la servidumbre sin dejarla terminar la frase, escabulléndose por el camino de piedra como una familia numerosa de ratones escandalosos.

—¡Mary y yo vamos al desván..., los demás id a los establos y coged montones de cuerda, clavos y un martillo! —gritó Denys—. ¡Epa! Vamos, Maria..., ¡te echo una carrera hasta el desván!

Subió las escaleras de atrás a saltos y Mary se lanzó tras las piernas desnudas que se levantaban en el aire.

Había sido un día bochornoso, incluso se habían oído truenos, y el aire estaba cargado de una electricidad prometedora que había contagiado a los niños y los había descontrolado, para desesperación de las niñeras a la hora de comer, y el terreno estaba preparado para una explosión de locura a medida que la tarde se oscurecía antes de la inminente tormenta. Mary siguió a Denys por el estrecho pasillo de la parte de arriba con una sensación cosquilleante, como si fuera a explotar de euforia. Sabía que Denys estaba tan alterado como ella y, después de doblar la última esquina y subir los tres escalones hasta el desván, él empezó a tirar sábanas al suelo salvajemente, de un gran montón que había debajo de las vigas inclinadas, y a reírse, y a gritar y a tirarse

encima de ellas, y a envolverse en ellas y dar patadas. «¡Sábanas guardapolvo! ¡Sábanas guardapolvo!». Era una diversión descomunal. Mary rodó por el suelo y gritó con él, mareada por el sofocante olor a alcanfor. Entonces, sin previo aviso, Denys la sujetó y la besó. Por un segundo sintió en los labios la calidez de los suyos y en la frente el roce del pelo revuelto. Luego se sentaron separados, más calmados, mirándose, y vio en los ojos de Denys, tan grandes y oscuros, una extraña mirada salvaje.

—Hola, Maria —dijo, y soltó una risita nerviosa—. Estoy..., ¡diablos, no sé cómo estoy...! —Se levantó y estiró los brazos—. Estoy como..., como loco por dentro, ¿tú no? Va a pasar algo, seguro. —Se fue hacia la ventana del hastial—. ¡Ahí va, qué negro está el cielo! ¡Ven a verlo!

De repente, Mary se dio cuenta de que ya no había nada de luz. Solo distinguía la camisa blanca de Denys al fondo del desván. Se acercó y se quedaron mirando, asombrados.

Todas las cosas del jardín se veían extrañamente nítidas y en calma bajo el cielo opresivo. Aunque estaba muy oscuro, casi se distinguía cómo esperaba cada brizna de hierba seca... Cayeron las primeras gotas, grandes, pesadas, una a una; cobraron fuerza y: «¡Ya está aquí!», gritó Denys, y estalló la tormenta con rayos, truenos y cortinas de lluvia, todo a la vez.

¡Qué sensación tan rara contemplar la tormenta allí arriba con Denys! Como si estuvieran solos en casa. Se dieron la mano y se quedaron muy juntos, la manga de la camisa azul contra la blanca, los codos desnudos rozándose, y ninguno dio señales de miedo ni cuando un rayo rasgó el cielo negro con una blanca vena dentada ni cuando un trueno retumbó sobre sus cabezas con un estruendo como si se hubieran caído un millón de tablones.

—¿Dónde estabais, por Dios? —preguntó Nanny cuando bajaron después de la tormenta cargados con las sábanas guardapolvo; todavía un poco mareados, se quedaron mirando la mesa del té.

—Estábamos viendo la tormenta por la ventana del desván del oeste —dijo Denys despreocupadamente—. Ha sido impresionante.

—Me alegro mucho —dijo Nanny retirando la cubretetera, y, muy digna, se sirvió otra taza de té—. Aquí, Margaret estaba muerta de miedo. Hemos tenido un circo estupendo, ¿verdad?

—En efecto —dijo la otra niñera—. Gracias, Nanny, solo una taza más, si no es mucho pedir.

Margaret, orgullosa, levantó la vista de su rollito suizo para presumir de lo pálida que se había quedado.

—Tú, imbécil —dijo Denys—, ¿dónde están el pan de grosellas y la mantequilla?

—Se han terminado y no vamos a cortar más —dijo Nanny—. Los que llegan tarde se quedan sin merienda. Mary, deje las sábanas ordenadas en el rincón antes de sentarse. Se lo voy a decir una vez: en casa de su madre puede hacer lo que quiera, pero no consiento que convierta mi cuarto de los niños en una pocilga.

—¿Cuándo vamos a colgarlas? —preguntó Michael levantando la cara de la taza con un bigote blanco.

—Después del té —dijo Denys.

—Pónganse los impermeables y las botas de goma antes de salir —añadió Nanny automáticamente.

En un repentino ataque de inspiración, Mary dijo: «Preparamos el escenario después del té y las sábanas guardapolvo son veintitrés».

Y lo repitió porque le gustó mucho. Le encantaban las rimas. Le encantaba leer en los anuncios de las inmobiliarias: «Casa para alquilar con vistas al mar».

Y lo único que sabía de historia era: «En 1666 se declaró en Londres un incendio que causó al país un cuantioso estipendio».

Y: «En el 44 la costa sur sufrió la invasión de una hueste de la Galia que causó gran turbación».

Después del té, la tía Winifred entró en el cuarto de los niños a coger un libro. Era una persona muy particular; leía los libros ilustrados y las revistas infantiles; una vez, Mary perdió su *golliwog*[8] y se pasó muchos días buscándolo, hasta que apareció en el bolsillo de la gabardina de la tía Winifred. Las niñeras y los criados hablaban de ella en voz baja y rechinaban los dientes, y los adultos les decían a los niños que tenían que tratar a la tía Winifred con mucho cariño y no reírse de ella jamás. Tampoco se les había ocurrido, la verdad; la aceptaban sin curiosidad, como si no fuera ni adulta ni niña, solo una especie de híbrido que casi siempre estaba taciturna y enfurruñada, y no molestaba a nadie. Era solamente la tía Winifred, que llevaba ropa recta de colores apagados, era corpulenta y tenía cara grande y pálida bastante rara, como si todas las facciones se le hubieran desdibujado un poco y no formaran lo que se dice un rostro. A veces se ponía de mal humor, y entonces nadie tenía que hablar con ella, y se iba sola a andar por ahí horas y horas, y volvía con los zapatos de cuero y los calcetines de lana llenos de barro y con algunos mechones de pelo seco y pardo fuera de los moñitos que se ponía a cada lado.

—¿Vas a venir a ver nuestra obra, tía Winifred? —le preguntó Sarah mientras buscaba un libro en la estantería con puerta de cristal.

—Sí, sí —respondió, volviéndose—, si no os molesta. ¿Me habéis invitado?

—Claro —dijo Denys—, va a venir todo el mundo.

La tía Winifred se alegró, se volvió hacia la estantería con una gran sonrisa en su extraña cara.

—Me encantan las obras de teatro. ¿Cómo se titula?

—*El venturoso desenlace del amor* —dijo Mary, y la tía Winifred dio media vuelta apretando contra el pecho *Los golliwogs en la playa*.

—¡Ah, qué bonito, qué hermoso! ¡*El venturoso desenlace del amor*...! —dijo con la boca floja, mirando embelesada la pared de enfrente.

—Bueno, en realidad la idea me la dio el hermano de la señora Linney. No se me ocurría ningún título; un día, cuando se lo conté a la señora Linney, él estaba delante. Tiene una papelería en Taunton, ¿sabes?, y entiende mucho de libros y esas cosas, y dijo inmediatamente: «¿Por qué no la titulas *El venturoso desenlace del amor*?». ¿No te parece ingenioso? Le he dedicado la obra a él. Bueno, adiós, tenemos que irnos ya.

Se pusieron las botas de agua y los impermeables, y la niñera le ató a Michael un gorro impermeable, que él se quitaría en cuanto desapareciera de su vista. La tía Winifred no quería que se fueran. A veces pasaba muchos días sin acercarse a los niños, pero otras se pegaba a ellos casi humildemente, como si hubiera perdido algo y pensara que la ayudarían a buscarlo. Salieron corriendo a la lluvia, gritando: «Preparamos el escenario después del té, y las sábanas guardapolvo son veintitrés», saltaron desde la terraza a un charco del camino, chapotearon entre las hojas empapadas y entraron en el hayedo bajo el golpeteo de la lluvia. Mary miró atrás un momento y vio a la tía Winifred mirándolos en la puertaventana, con el libro todavía contra el

pecho y la lluvia torrencial rebotando en la terraza de piedra como una cuadrilla de hombres diminutos moviéndose a sus pies.

Sin tener en cuenta que los actores, que representaban tres papeles diferentes cada uno, se confundieron constantemente en el texto, que Michael no dejó de improvisar en toda la obra, y que Sarah, que hacía de reina madre, perdió los bombachos en la mitad del primer acto, la obra fue un éxito aplastante. Asistieron todos los adultos; ocuparon sillas, taburetes y cajas de embalaje, con la abuela en el centro en su silla de ruedas. La señora Cotterell llevó a Pompas, pero el pequeño se puso tan furioso por no estar en el escenario que, a mitad de la obra, cuando estaba a punto de darle un ataque de histeria, se lo llevaron a casa.

Las niñeras, a su pesar, dejaron a Julia y al recién nacido John al cuidado de la señora Wilcox, que dijo que el teatro no le interesaba, «guardaron las distancias» sentadas en un banco en un lateral y algunos criados se quedaron pegados a la pared del fondo como si quisieran fundirse con ella.

El público se rio cuando tocaba y solo algunas veces a destiempo, y la casa se vino abajo cuando Margaret, haciendo de mayordomo, agitó una licorera con un desinfectante que hacía las veces de oporto.

—¡El oporto no se agita! —clamaron al unísono el abuelo, el tío Guy y el tío Tim, y Margaret, que llevaba unas gafas de lentes gruesas, se quedó bizqueando desconcertada y miró a su madre con desesperación.

—No pasa nada, cariño —susurró la tía Grace levantando la vista del ganchillo—, lo has hecho muy bien. Continúa, cielo.

Mary sacó la pierna por detrás de la silla y le sacudió una patadita a Margaret en el tobillo, y Denys, que esperaba impaciente en la ventana a que le diera la entrada, dijo en voz alta:

—Vamos, sigue, tonta del culo.

Antes del último acto, el mayor de los pequeños se plantó delante de las cortinas con una capa de terciopelo ribeteada de algodón, que había sacado de la caja de disfraces del desván, para hacer una aclaración que le parecía esencial, según su larga experiencia con padres y adultos.

—Damas y caballeros: rogamos que en el siguiente acto, durante la escena de la ejecución, las madres —miró directamente a la suya— se queden en sus asientos y no se abalancen al escenario, porque no es tan peligrosa como pudiera parecer.

Con este anuncio alarmante, la sábana que colgaba de una cuerda a su espalda se deslizó a sacudidas y apareció un nudo corredizo. A la tía Mavis se le escapó un grito ahogado, la abuela dijo «¡Ay, Dios mío!», y Taggy, que estaba detrás de ella le preguntó «¿Va a verlo?», y las orugas peludas que tenía por cejas se proyectaron hacia arriba y se escondieron debajo el pelo. «Un poquito macabro. Tirando a Chéjov diría yo», murmuró el tío Guy cruzando las largas piernas y reclinándose hacia atrás, dispuesto a disfrutar. Ni que decir tiene que, cuando Sarah, haciendo de sir Egbert de Córcega, con los calzones y las botas de montar de Denys y una blusa verde de satén de su madre, cayó por la puerta de la trampilla y se quedó colgada, las madres y las tías, todas a una, corrieron al escenario protestando. La obra terminó abruptamente, sin que Denys pudiera decir «Amor mío, te quiero desde el primer momento en que te vi», y sin el beso final.

—¡Os lo advertí! —protestó entre el jaleo—. ¡Bah, mujeres! —Se encogió de hombros, salió del escenario y se fue con los hombres.

Mary estaba tan entusiasmada con el éxito de la obra que no se disgustó porque terminara

de esa forma, pero le decepcionó perderse el abrazo de Denys, aunque solo fuera teatral. El gran disgusto se lo llevó Michael, porque tenía preparada la armónica en el saco del verdugo para tocar *God Save the King* y nadie le prestó atención.

Después fueron todos a tomar el té a la casa de verano con el vestuario de la obra. Mary se sentó en las rodillas de su abuelo con el traje de noche de su madre, que le llegaba a los pies, aunque le habían acortado la falda, y compartieron una porción de tarta de chocolate mientras le decía lo inteligente que era. Incluso el tío Lionel alabó la obra, aunque hizo gala de su acostumbrada tendencia a proponer mejoras *a posteriori*, motivo por el que nadie quería jugar al *bridge* con él. La abuela lo amonestó suavemente:

—No se puede mejorar lo inmejorable, Li —dijo desde el sillón de mimbre de respaldo alto —. Mavis, querida, dame otra taza de té, por favor. Se me seca mucho esta estúpida garganta.

Empezó a toser tapándose la boca con un pañolito bordeado de encaje que olía levemente a lavanda.

—No hagas esfuerzos con la voz, mamá, ya lo sabes —dijo Mavis—. No te conviene hablar cuando estás cansada.

El abuelo bajó a Mary de las rodillas, se acercó a su mujer y le dio unas palmaditas entre los hombros, que se agitaban con la tos.

—¿Quieres que te traiga las pastillas, querida?

—No, que vaya uno de los niños. ¡Margaret: sal disparada! ¡Rápido! —dijo el tío Lionel en el tono militar con que daba órdenes a sus hijos.

—Por supuesto, papá —dijo Margaret, y se fue por el césped levantando las piernuchas flacas en todas direcciones.

—Vamos a ver, Denys —dijo la tía Mavis—. No te quedes ahí sentado mientras una niña sale a toda prisa. ¿Qué modales son esos?

—A ella le gusta —contestó—. Además, prometí a Bates ir a ayudarlo una hora, antes de que se vaya la luz. Con permiso.

Se levantó, echó a andar tranquilamente y, con la espada de madera, rozó una rosa al pasar.

—¡No, Denys...! —exclamó la abuela, alarmada.

—¡Ajá! —Se volvió inmediatamente—. ¡No la iba a cortar! ¡Te voy a destripar a ti, bellaca inmunda! —Le brillaron los ojos negros al lanzarle una estocada, pero la abuela se rio de buena gana.

—¡Anda, vete ya! —le dijo.

Empezó a toser de nuevo y Denys se fue contoneándose como si creyera que todas las miradas confluían en su espalda.

«Este verano está como nunca —pensó Mary—, tan moreno después de las largas vacaciones al aire libre», y cuando fueron en el viejo Lancia a bañarse a Lyme Regis, primero cavó un hoyo en la arena tan profundo como él y luego se echó al agua y nadó mar adentro, mientras Mary chapoteaba al estilo perro donde cubría poco, siempre tocando el fondo con un pie. En la gincana de Taunton, ganó la competición infantil de salto a lomos de Warrior y terminó completamente entumecido, pero jubiloso, y el tío Tom, que estaba en casa de permiso, le presentó al ínclito y coloradote Maestro de Perros, que dijo que era un joven prometedor y que lo iniciaría la próxima temporada. Además, iba a empezar en la enseñanza pública el mes siguiente, a las tres semanas, dentro de quince días, por así decir, y eso lo hacía más admirable aún. Mary

casi le tenía miedo. Cuando se fue a Londres, se despidieron como si no pasara nada; después ella subió al desván del oeste, se puso justo en el mismo sitio en el que increíblemente la había besado y, en voz alta, en el silencio polvoriento dijo:

—Dios mío, haz que disfrute, que le nombren capitán del equipo de críquet lo antes posible y, por favor, que le siga gustando cuando vuelva.

CAPÍTULO CUATRO

Aunque Mary recitó: «He hecho muchas expediciones al distrito de las minas de oro» en vez de: «He recorrido muchas tierras ricas en oro»,[9] y tuvo que escribir en francés una redacción sobre los árboles sin saber cómo se decía «hoja», aprobó el examen de ingreso en St. Martin's High School.

Lloró cuando se fue de Manton House, pero no de pena, sino porque era lo que había que hacer. En el estudio, que estaba a la temperatura de un invernadero, la señorita Cardew le dio un beso de despedida y le dijo que nunca olvidara el lema de la escuela: «No temas ni desfallezcas», a lo que Mary estuvo a punto de responder con una rima tan asonante como la del lema: «El recreo se acerca, y también las galletas y la cerveza».

Con una cartera nueva de cartón que parecía de piel, un incómodo abrigo azul marino y un sombrero de velvetón increíblemente duro y feo, se acercó al imponente edificio del St. Martin. Debajo del abrigo llevaba un pichi de sarga azul oscuro con un escudo rojo y blanco bordado en el pecho, y una camisa blanca un poco grande, por si mermaba. A los trece años, todavía era muy pequeña para su edad y no le habían cortado el pelo, que llevaba ahora por encima de las orejas y empezaba a ondularse de una forma que a la señora Shannon le encantaba.

En aquellos primeros días en el St. Martin descubrió por qué se ahorcaban algunas en la puerta del dormitorio con el cordón de la bata. De las doscientas cincuenta y pico chicas, ninguna hablaba con ella. No sabía dónde estaban los retretes y a la hora de comer se escondía porque no tenía dónde sentarse. Pasaba las horas de clase en silencio, evitaba el campo de deportes y paseaba alrededor del patio como una marginada, más sola que la una. Nunca le había pesado la soledad hasta entonces, incluso la había deseado a menudo, pero en el colegio resultaba despreciable y manifiesta. El rebaño era feliz; las parias, unas desgraciadas; y ella no albergaba la menor esperanza de llegar a formar parte del rebaño algún día. No es que la otras le parecieran atractivas en particular, pero su rechazo le resultaba más mortificante justo por esa falta de encanto. Había una chica a la que veía a todas horas: un ser alto, radiante, con un pecho de verdad cubierto de medallas, que siempre iba a toda prisa a alguna parte, como si tuviera muchísimo que hacer. Cada vez que pasaba, presurosa, por delante de Mary, que nunca tenía nada que hacer, esta se ruborizaba y se quedaba mirándola con un gran respeto, sin respirar.

Todos los años que pasó en el St. Martin, incluso cuando ya estaba en medio de todo el meollo y se había convertido en una diosa que petrificaba a las nuevas, nunca pudo decirse: «Soy parte de este sitio; formo parte de todo esto». Jamás dejó de pensar que el colegio era de otras personas y que ella solo estaba allí por obligación.

En su clase había otras tres chicas nuevas, pero dos eran amigas de antes, iban juntas a todas partes y miraban a las demás con suspicacia. La otra, que se llamaba Angela Shaw, estaba loca. Era tan excéntrica y decía cosas tan desconcertantes que las demás la miraban con asombro y

decían: «Oye, Shaw, ¿tú estás mal de la cabeza o qué?». Poco después resultó que era bastante normal y con el tiempo se convirtió en la mejor amiga de Mary.

—Cuando llegué aquí —le contó a Mary un día—, nadie me hacía el menor caso, así que me dije: «Bien, pues ahora se van a enterar; voy a volverme loca». Así que me volví loca y me hicieron caso.

A Mary le pareció admirable; se pasó el primer trimestre procurando ser exactamente igual que las demás y ponerse al día con los estudios, lo cual era infinitamente más difícil que en Manton House. Tenía que dedicar horas a los deberes, después del té, y daba pena verla con el pelo alborotado, fuera del prendedor, cayéndole por los hombros, con los dedos y la nariz manchados de tinta; su madre se sentaba a su lado con el ceño fruncido, intentado acordarse de su época en Dulwich High School, y el tío Geoffrey le soplaba en el cogote, incapaz de ayudarla, pero intentando solucionar un problema de álgebra que los superaba a los tres.

—Si tres grifos llenan un depósito en 97 ¾ horas —decía el tío Geoffrey como si fuera Arquímedes elucubrando en la bañera…

—Y el depósito tiene una capacidad de 9 ⅞ metros por 14, por 131 ⅐… —añadió Mary, desazonada, chupando el lapicero.

—¿Qué es esto? —terció la señora Shannon—. ¿Se trata de la presión del agua?

—¡No! —exclamó Mary, irritada—. Estás mirando la suma siguiente. ¡Ay, nunca lo resolveré, y la señorita Withworth es un hueso, ¿sabes? Dice que podría sacarlo si le dedicara más atención. ¡Si me viera ahora…!

—Supongamos que x es el volumen del agua —aventuró la señora Shannon—. No, con eso no hacemos nada; la respuesta tiene que ser en horas. ¿Qué demonios significa todo esto?

—Si tres grifos… —dijo el tío Geoffrey, que, ante la duda, tenía la costumbre de volver siempre al principio.

—Mami —dijo Mary—, supongo que, cuando salga del colegio, todo esto servirá para algo, ¿no? O sea…, bueno, que no sé por qué tenemos que aprender estas cosas.

—Querida mía, si quieres encontrar trabajo cuando seas mayor…

—¡Ah, no! No voy a trabajar, voy a casarme y a tener veintiséis hijos que se llamarán por orden alfabético, por ejemplo, Arthur, Barbara, Chloë, Egbert, Felicity, George, Harriet, Ipheginia…

—Bien, bien —dijo su madre—, me lo imagino. Pero, aunque no trabajes, tienes que educarte para hacerte un sitio entre la gente y ser capaz de mantener una conversación con cualquiera.

—Pues tú no sabes nada de álgebra y me parece que eres muy capaz de hacerte un sitio y de llevar una conversación perfectamente.

El tío Geoffrey soltó un bufido y la señora Shannon dijo:

—Sigue con los deberes. Se te ocurren cosas que no corresponden a tu edad. Bien, digamos que x es la velocidad a la que se llena…

—Si tres grifos —murmuró el tío Geoffrey tenazmente.

Había mucho que aprender en el St. Martin, además de las asignaturas. Era preciso conocer toda clase de sutilezas, como poner apodos a la gente y llamar «rancho» a la comida. La primera vez que jugó a *lacrosse*, una giganta le atizó un golpe en la cabeza y le dio en la nariz con la red. Los ejercicios físicos se llamaban «gimnasia» y, aparte de trenzarse el pelo y lucirse en pantalones azules de sarga con goma en la cintura y en las rodillas, tenía que colgarse con una mano de una

barra que estaba en el techo o esforzarse inútilmente en trepar por una cuerda que se movía y rascaba la piel de los pies y de las manos.

Como todavía no había aprendido que la primera persona que se dirige a ti en un crucero resulta ser siempre la más pelmaza del barco, le pilló por sorpresa que una chica con el cutis lleno de granos y el pelo rizado, recogido en una gruesa cola de caballo que le caía por la delgada espalda, se acercara a ella en el patio. Tardó casi dos meses en deshacerse del opresivo apego de Muriel Hopkins.

Muriel era como esos universitarios cuyas convicciones políticas y religiosas son tan molestas y llamativas como su nuez, y que, perdida la esperanza de convertir a sus contemporáneos maduros, tantean a todos los novatos que están en la primera flor de la credulidad. La estrategia inicial, según las comparaciones que hizo Mary después con Angela Shaw, era siempre la misma.

Un día, a la hora del recreo, Mary paseaba sin rumbo alrededor del patio, solitaria entre la horda gregaria que gritaba jugando con la pelota, cuando Muriel se destacó del rebaño y se puso a andar a su lado diciendo:

—Eres Mary Shannon, ¿verdad? —Tenía la costumbre de acercarse mucho para hablar, y, mientras andaban, la miraba a dos palmos de la cara—. Eres nueva, ¿no?

—Sí —respondió Mary, agradecida de que alguien se dirigiera a ella.

—¿Dónde vives?

—Cerca de Olympia, en un piso.

—Yo vivo en Sheen. Mi padre es médico, ¿sabes?

Mary pensó que era una lástima que ese padre no hiciera algo por el aliento de su hija. Muriel preguntó:

—¿A qué se dedica el tuyo?

—Ha muerto.

—¡Ay, madre, qué pena! ¿verdad? —Tenía la manía de reforzar cuanto decía con una pregunta al final, como empeñada en que la otra personara le respondiera.

Después de contarse todos los pormenores, Mary con timidez y Muriel espontáneamente, de pronto, acercándose tanto a ella que los prominentes ojos azules parecían solo uno, le preguntó:

—¿Quieres ser mi mejor amiga?

—Pues... —Era bastante sobrecogedor, pero significaba salvarse de la soledad y de la ignominia, cuando la profesora decía: «¡Pónganse todas por parejas!», por eso, con cierta vacilación, respondió—: Sí, si quieres tú.

Muriel suspiró de alivio y, gracias a Dios, se alejó un poquito.

—¿Intentamos cambiarnos de sitio para sentarnos juntas en clase? —le propuso con alegría.

Fue Muriel la que le preguntó delante de otras chicas: «Avril Goss te parece un ángel, ¿a que sí?». Aunque no tenía ni idea de quién era Avril Goss, evidentemente se esperaba que dijera que sí con mucha ilusión, y así fue como Mary tuvo que cargar con su primer y único «flechazo».

Resultó que Avril Goss era la chica que la había deslumbrado el primer día. Se había comprometido con una pasión imperecedera que no tenía vuelta atrás y, aunque el sistema era completamente nuevo para ella, empezó a descubrir poco a poco las emociones que se suponía que debía tener. Entre la sugestión y el fanático ejemplo de Muriel y de la mitad del primer curso, enseguida aprendió a atolondrarse cada vez que pasaba Avril; cuando la diosa, que era capitana

del equipo de *lacrosse*, cayó al suelo a manos de la brutal portera del All Saints', Ruislip, Mary y Muriel llegaron al colegio riéndose entre ellas y con dos dedos de la mano izquierda vendados.

Cuando, en vacaciones, se zambullía en su otro mundo, le contaba a Denys todo lo que pasaba en el St. Martin, excepto lo de Avril Goss. Aunque él hablaba mucho de un héroe que se llamaba Elder Thompson, Mary temía que la considerara tonta o tal vez infiel. Quizás no entendiera que el asunto Goss no era más que una forma de dar un poco de sabor a la vida del colegio y que no afectaba en absoluto al amor que le profesaba a él.

Pasó casi todo el segundo trimestre escondida en umbrales o esquinas, ya fuera para ver pasar a Avril, ya fuera para zafarse de Muriel. La conversación de su mejor amiga se ceñía casi en exclusiva a anécdotas del metro de District, por ejemplo, cuando se le olvidó el bono de viaje o cuando se pasó de estación y llegó a Richmond: «¡Qué horror! ¿No te parece, Mary?». Por lo visto, el aliento de su amiga no mejoraba ni con la primavera.

Tardó tiempo en quitársela de encima. En una ocasión se dejó llevar por un impulso y la invitó a casa a tomar el té. La señora Shannon todavía no había vuelto de sus clases y el tío Geoffrey, después de echar una mirada a Muriel, se fue a ver a un hombre por algo de los cuartos traseros de un caballo. Las chicas se quedaron solas con el té cuando la señora Duckett, después de preparárselo, les dijo que las quería y que se iba, y se fue a su casa, en Fulham. Muriel comió cuanto pudo y dijo:

—¿Esos pájaros son tuyos? ¿Ese era tu tío? Qué raro que no haya más cuadros en las paredes. En Sheen tenemos un piano de cola en el salón.

Mary vio por primera vez lo sucio que tenía Muriel el cuello; en clase, por algún motivo, no se veía tanto.

—¿Qué te apetece hacer? —le preguntó después del té.

No respiraba a gusto. Muriel estaba fuera de lugar, no encajaba allí. Se dio cuenta de que en su casa no encajaba nadie, menos las personas que resultaban tan naturales como los muebles.

—Lo que sea, me da igual —dijo Muriel, moviendo la cola de caballo del hombro a la espalda y viceversa, como solía—. ¡Ah, ya sé! —exclamó con una risita—. ¿Le escribimos una carta a Avril? Y mañana se la ponemos en la taquilla. No sabrá de quién es. ¿Te parece?

—No —respondió Mary—, mejor no. —Avril tampoco encajaba en su casa. Tanto ella como Muriel tenían que quedar confinadas para siempre entre los muros del St. Martin—. Supongo que lo que tenemos que hacer es los deberes; hay montón de problemas de geometría para mañana.

Empezó a despejar la mesa.

—¡Ah! ¿Tienes que recoger tú la mesa? —dijo Muriel, y no hizo el menor esfuerzo por colaborar.

Pusieron los libros, los cuadernos y los estuches en la mesa de la ventana. Muriel tenía un estuche estupendo, con sus iniciales estampadas en la tapa, lleno de plumas y lápices de todos los colores, y una carpeta de piel con suficientes instrumentos geométricos para dibujar el plano alzado de la catedral de St. Paul, además de una pluma estilográfica prendida en el escote del pichi. Mary, que hasta el momento jamás había necesitado nada más que un lápiz mordisqueado hasta reducirlo a astillas y una estilográfica en las mismas condiciones, una regla manchada de tinta y un par de compases sin tornillo, se irritó. Y no era capaz de demostrar el teorema.

—¿Sabes hacer el primero?

—Sí, claro. Hace siglos que lo hice. Es facilísimo. Voy por el tercero.

—Dime cómo se hace, anda, por favor.

—No, no; eso es trampa.

—Bueno, pero al menos dame una pista —dijo Mary de mal humor.

Se acordó de la cantidad de veces que la había visto mirando lo que hacía Felicity Peters, que se sentaba delante de ellas en clase.

—De acuerdo, te doy una pista. Tienes que dibujar una línea en ángulo recto con la base del triángulo; y no puedo decirte más.

—Eso no me sirve de nada —dijo Mary, enfadada, y tiró el cuaderno al otro lado de la habitación—. No voy a hacer esta maldita porquería.

—Pues te pondrán una mala nota —dijo Muriel.

Escribió QED al pie de la página, lo subrayó con tinta y dos líneas perfectamente simétricas y se quedó muy satisfecha. Mary parpadeó para no llorar de rabia. Muriel sacó el libro de historia y empezó a copiar una lista de fechas; parecía que tuviera intención de quedarse a dormir. ¿Cómo se deshacía uno de los invitados? Su madre lo sabría; deseó que volviera pronto a casa.

La señora Shannon llegó cansada, pero con la idea de que tenía que tratar bien a las amigas de Mary, fueran como fueran, así que entretuvo a Muriel charlando con ella e incluso propuso jugar al *rummy*. Muriel no conocía el juego y era lenta y torpe, no sabía barajar, siempre había que avisarla cuando era su turno y al final ganó.

Obligó a Mary a ir a Sheen a fuerza de insistir, una visita que calificó de penosa como el purgatorio, cuando se lo contó después a su madre. Tomaron leche en vez de té, tarta de dos clases, a cuál más insípida, y bollos con poquísima mantequilla, en una inmensa mesa de caoba, en el comedor, entre cuadros de bodegones y olor a comida de domingo.

Conoció al doctor Hopkins, que, evidentemente, sabía tratar a los niños, y habló con Mary sin parar, con una incansable coquetería, mientras tomaban el té; y al hermano menor de Muriel, que llevaba botas de fútbol y se reía con la boca llena, abriéndola mucho; y a la hermanita pequeña, que llevaba un inmenso lazo blanco en el pelo y que debía de tener seis años, pero aplicaba con gran provecho la política de comportarse como si fuera una niña precoz de tres o cuatro, y a la señora Hopkins, una versión de Muriel más gorda que llamaba «gente menuda» a sus hijos y se empeñó en atraer a Mary a la sencilla felicidad de su vida familiar.

Después jugaron a las serpientes y escaleras; los hermanos de Muriel hicieron trampas; luego Muriel la llevó a su habitación y le enseñó seis álbumes de fotografías y una colección de postales de las playas más feas de toda Inglaterra. Se sentaron en la cama, Mary golpeó sin querer algo que había debajo y que hizo «pin», y le dio un gran escalofrío, al igual que los pelos del cepillo y del peine de Muriel, que estaban en el tocador.

Poco después de esta visita, Mary y Angela Shaw descubrieron que se caían bien, y así, como Mary ya no necesitaba la compañía de Muriel, la destetó con más determinación y brutalidad. Muriel no tardó en dejar de seguirla a todas partes y de decirle: «¿Te sientas conmigo?» y «Somos amigas, ¿a que sí?», y, con el brillo de siempre en los ojos, atacó al grupo de chicas nuevas que llegó a principios del trimestre de verano.

Angela Shaw fue la primera chica a la que Mary apreció de verdad. Era mucho más alta que ella, tenía unas piernas tan largas que parecían infinitas con las medias negras del uniforme, y el pichi siempre le quedaba más corto que a todas la demás. De cara, parecía un niño con sus pecas,

su nariz corta y respingona, y unas cejas y unas pestañas suaves y leves, pero la mata de rizos rubio rojizo era muy femenina, con un mechón enternecedor que le caía de cualquier manera sobre un ojo. Las profesoras, según el grado de autoridad que tenían, calificaban su actitud de desafortunada, desafiante, injusta o completamente grosera. A veces, Mary podía ser tan hosca o rebelde como cualquiera, pero jamás logró alcanzar el maravilloso abandono con el que Angela hacía sencillamente lo que se le antojaba sin ningún miramiento. Evitaba el rechazo radical porque era inteligente y capaz de traducir a Ovidio en un visto y no visto, o escribir una redacción sobre las causas y consecuencias de la Reforma con la misma facilidad con que tiraba un tintero por la ventana a la profesora de hockey, que llevaba un corte de pelo al estilo Eton.

Ese verano, Mary pidió permiso para invitarla a Charbury, y la abuela le respondió: «Claro que sí, querida mía, puedes invitar a todo el colegio, si quieres». Se lo dijo en un partido de críquet, mientras esperaban turno para salir a golpear por su equipo contra la demoniaca lanzadora del segundo curso. En ese momento se acordó de Muriel Hopkins y la asaltó una duda pasajera. ¿Entendería Angela que iba a ir al paraíso?

Le había hablado tanto de Charbury como para saturar a cualquiera menos entusiasta, pero reaccionó de una forma muy gratificante: se emocionó.

—Pero me voy a quedar tiesa de miedo —dijo—. ¿No es todo maravillosísimo, y se organizan partidas de caza y de tiro a todas horas, y unos mayordomos que se llaman Muerte desfilan con cabezas de jabalí en sólidas bandejas de oro?[10]

Mary se echó a reír y le habló de la habitación de los niños, donde comían todos los pequeños, menos Denys, bajo la vigilancia cada vez más descuidada de la niñeras; de los tés en la salita del servicio y de la sirvienta que les leía el futuro, que, según se decía, era gitana y la habían abandonado de recién nacida al pie de un seto; y de cómo se quedó el tío Guy cuando se cayó de Buck delante de todo el mundo y fue a parar a un montón de estiércol, un día en que los perros de caza se reunieron en Charbury.

—¡Shaw! ¡Shaw! ¡Vamos, despierte! —la llamó la señorita Simmons agitando las manos y tocando el silbato con frenesí desde el campo de juego.

—¡Ah, mierda! ¿No hay nadie ahí fuera? Entonces me toca a mí. Hasta luego y muchísimas gracias; vuelvo enseguida, como siempre.

Echó a andar hacia los palos moviendo el bate, empezó a golpear a ciegas toda pelota que se encontraba por el camino y le dio a unas cuantas, para su gran asombro y para disgusto de la señorita Simmons, cuyo lema era «Estilo antes que tantos».

En cuanto Mary comprendió que Angela sabría apreciar la invitación, no veía el momento de poder presumir de Charbury ante ella. Angela vivía con una holgura natural en una casa grande en Regent's Park. Algunos domingos, Mary iba a comer allí con ella, y siempre la paralizaba el negro mar de la mesa del comedor, con sus islas solitarias de mantelitos de encaje, cubertería y copas, y con la aristocrática anemia de la señora Shaw y su delicada comida especial, servida aparte en un plato de plata, y con sus pies, que no parecían aptos para caminar, ni sus manos para hacer nada más que pintarse las uñas la una a la otra de un sutil color rosado concha. Mary se cohibía cuando le acariciaba el largo pelo diciendo que su aire anticuado resultaba encantador y que le recordaba a *La edad de la inocencia*, de Reynolds. Era curioso que fuera la madre de Angela, que trataba su imponente entorno como si fuera una covacha de una sola habitación, que se metía debajo de la mesa tranquilamente si le apetecía o estallaba en carcajadas con la boca

llena de refresco de jengibre y cubría de gotitas la pulida mesa.

—Poco a poco, cielo, poco a poco —le decía la madre con calma, mientras Mary, en silencio, se preguntaba cómo comer los espárragos.

Siempre se encontraba más cómoda en presencia del señor Shaw, porque, aunque podía sacudirte un manotazo en la espalda cuando tenías la boca llena, era muy simpático e inspiraba confianza. Parecía un gran hipopótamo de pies planos, se reía a carcajadas estentóreas y adoraba a su única hija hasta el extremo de la imbecilidad, e inmediatamente desencadenaba el huracán de su afecto con cualquier amiga de Angela.

—Conque eres nieta de Herbert Shannon, ¿eh? —le dijo, mientras la envolvía entre sus brazos, la primera vez que se vieron—. Seguro que soy uno de sus mejores clientes. Bien, jovencita, dile a tu abuelo de mi parte que su *Filet de sole maison* es sencillamente...

Se besó los dedos, mandó el beso al aire y limpiamente le dio una palmadita a Mary debajo de la barbilla. A veces jugaba al tenis con ellas en la dura pista del jardín. Angela era muy buena, y Mary muy mala, y el señor Shaw, que había sido campeón en su desaparecida y esbelta juventud, se bamboleaba de un lado al otro de la red, deshaciéndose en sudor ante sus ojos, con los pantalones por la mitad del estómago. Sin embargo, no siempre estaba en casa, porque hasta los domingos tenía mucho dinero que ganar haciendo algo que Angela denominaba con indiferencia: «no sé qué de publicidad». Cuando no estaba fuera en su largo Chrysler negro, se encerraba en su gabinete con una bandeja de cerveza y sándwiches, y las chicas, al pasar por la puerta, lo oían hablando por teléfono a todo gas.

También había festivos horribles: cuando la señora Shannon la llevaba a comer con sus abuelos en Dulwich. El tío Geoffrey también tenía que ir si no encontraba una excusa plausible.

—*Mi vida en dos continentes* —le dijo a Mary en tono abatido una mañana en el autobús, mientras la señora Shannon charlaba en el asiento de atrás—. O *De Regent's Park a Crystal Palace*, de Mary Shannon.

—El domingo pasado —dijo Mary soñadoramente— nos dieron una especie de *mousse* de langosta, ensalada de pollo y helado de chocolate.

—Pues este —replicó él— ya verás como será cordero hervido con guisan... san... santes —pronunció venenosamente—, patatas medio crudas, salsa fría y después, con mucha mucha suerte, un delicioso pudin de sebo. Lo ideal para un día caluroso.

—¡Calla, Geoffrey! —le dijo su hermana—. Bastante contrariada está por tener que ir a casa de madre, no hace falta que la chinches más.

—¡Ja! —replicó él, y se encerró en un silencio mohíno de niño pequeño.

Mientras subían la cuesta desde la parada del autobús, la señora Shannon dijo:

—¿Te acuerdas de cuánto nos cansábamos subiendo esta cuesta al salir del colegio, Geoff? No sé si no sería pura crueldad con los niños. ¡Pobres piernecitas nuestras!

Siguieron andando y dejaron atrás las grandes y tristes casas de Clarice Hills, donde parecía imposible que hubieran vivido niños alguna vez, y entraron por la verja que no tenía pérdida, porque el revocado de las columnas era el más sucio de toda la calle.

—Las sombras de mi infancia —dijo el tío Geoffrey al dar la vuelta al semicírculo de laureles y llegar a la puerta principal—. «Las sombras de la casa cárcel empiezan a cerrarse»[11] —añadió cuando la desmejorada Annie les abrió les abrió la puerta y entraron en el largo y oscuro pasillo de «Laureldene».

Mary siempre identificaba los sitios por su olor: el olor de Charbury, el olor de Clifford Court, el olor de chicas sudorosas en los vestuarios del St. Martin, la pintura limpia y la densa fragancia de flores demasiado exóticas del espacioso recibidor de los Shaw. El que impregnaba el recibidor de la casa de su abuela era de los peores de la colección: una mezcla de ropa vieja y comida. Pero no comida recién hecha, el apetitoso aroma de un asado, por ejemplo, al llegar muerta de hambre a la puerta, sino la sombra oculta de comidas antiguas; la historia rancia de pretéritas sopas de col o el tufo perpetuo de guisos que se cuela y se aposenta en toda la casa desde la cocina y el comedor.

La señora Payne los recibió en el salón. Aunque innecesariamente grande, no había querido cerrarlo y, puesto que Annie, con la misma tozudez, no quería limpiar el polvo innecesariamente, habían acordado cubrir la parte del fondo de la estancia con sábanas guardapolvo y periódicos, y utilizar solamente la parte del frente. Mary no sabía si Annie se aprovechaba de la visión cada vez más débil de su abuela, pero el caso es que, cada vez que veía esa habitación, le parecía que la parte útil había mermado, como si las sábanas guardapolvo, cual marea en alza, fueran absorbiendo imperceptiblemente todas las cosas, hasta que al final, incluso la anciana y desaliñada señora del sillón tapizado se convirtiera en otro bulto fantasmagórico más cubierto con tela de algodón.

La casa de la abuela siempre le inspiraba ideas inquietantes y la propia abuela tampoco era una presencia tranquilizadora; de pequeña, le infundía verdadero terror. Un día la pusieron a dormir la siesta en la cama de la abuela y, al despertarse, se encontró con el rostro amarillento de ojos acuosos, que siempre temblaban un poco, inclinado sobre ella. El susto fue tan grande que la desquició por completo; estuvo horas llorando y gritando, tuvieron que darle bromuro y llevársela a casa totalmente traspuesta. Nunca se supo cómo le sentó semejante ofensa a la abuela. Casi nunca decía lo que pensaba, así que no se sabía si las cosas le eran indiferentes o las guardaba para sacarlas a relucir victoriosamente en algún momento inoportuno, como el día del Juicio Final, por ejemplo. Solo tenía un par de años más que la otra abuela, pero a Mary le parecía que eran de dos generaciones distintas. La abuela Shannon no tenía edad porque parecía eternamente joven, pero la abuela Payne no tenía edad porque sus años de decrepitud eran incontables.

La ayudaron a bajar las escaleras su hijo y su hija, Mary iba detrás con un escabel, y fue tal como había predicho el tío Geoffrey: cordero hervido. La chica miró a su tío cuando la abuela preguntó: «Geoffrey, ¿trinchas tú el cordero en el aparador?», y él le guiñó un ojo y después el otro, porque en Dulwich no se ponía el monóculo. La señora Shannon dijo con entusiasmo: «¡Ah, qué bien, madre! El cordero siempre apetece», y fulminó a su hermano con la mirada. Annie les pasó una fuente de verdura con una actitud tal de «lo tomas o lo dejas», que las coles de Bruselas parecían más marchitas y las patatas más exhaustas, y la comida se regó con un estimulante vaso de vino tónico por cabeza, rebajado con agua para Mary.

En el St. Martin decían que si podías comer la comida del colegio podías comer cualquier cosa, pero a Mary le costaba un esfuerzo tragarse la de su abuela. La señora Payne tenía buen apetito, aunque muy poco sentido del gusto, y seguro que Annie, amparándose en esta circunstancia, sacaba provecho de algún acuerdo económico con los proveedores, que descargarían en «Laureldene» todo lo que nadie quería comprar. Evidentemente, el cordero de ese día se llevaba la palma de todo el rebaño. Llegó el postre, pero no fue pudin de sebo, sino de pan y mantequilla con unas pocas y engañosas uvas pasas por arriba y ninguna por dentro.

—Y hoy, un extra especial: nata batida —dijo la abuela.

Pero resultó ser solo nata tal cual, y un poco agria ya.

Como la señora Payne llevaba una vida de reclusión total y ni siquiera leía la prensa, pues la desazonaba, ni ningún libro más moderno que los de la señora Humphry Ward,[12] el único tema de conversación que tenía eran sus achaques. Mary se acordaba de que el abuelo también había sido muy quejica; siempre sacudía una pierna y decía que el dedo gordo le cosquilleaba, o pedía que le tocaran las manos para ver lo frías que las tenía. La abuela hacía ruido al masticar y, entre bocado y bocado, se quejó de la evolución de su ciática y el cosquilleo del cuero cabelludo, y les contó que una corriente de aire frío la había pillado desprevenida sin su chaquetilla *spencer*. Su hija Lily hizo intrépidos esfuerzos por distraerla con noticias del exterior, pero la mujer llevaba tanto tiempo fuera del mundo que no sentía el menor interés. El tío Geoffrey apenas habló, solo preguntó si había queso al ver el pudin de pan y mantequilla.

La abuela tenía la desconcertante costumbre de mirar cuando no estaba comiendo o hablando. En un momento de la comida, Mary levantó la vista de la clara bebida rosada y se encontró con los ojos de gruesos párpados fijos en ella, como si la abuela le estuviera leyendo hasta el último pensamiento.

—Parece que este año las moscas están más pesadas que nunca.

Curiosamente, no supo si lo había dicho a propósito para disimular lo que estaba pensando o si en realidad no estaba mirándola a ella. Poco después, cuando creía que la abuela estaba observando al tío Geoffrey, dijo de pronto:

—Me han contado que Mary es la delegada de todo el colegio.

Evidentemente se lo acababa de inventar para ocultar sus verdaderos pensamientos, porque era imposible que le hubieran dicho semejante cosa. Nanny la habría llamado «saco de embustes», hasta el punto de que a veces Mary dudaba que fuera la madre de su madre realmente. Tenía la teoría, inspirada por el origen de la sirvienta de Charbury, de que la señora Payne había encontrado a Lily en una cesta a la puerta de su casa, y que lo había ocultado, como era típico de ella.

Después de comer, tenían que quedarse hasta el momento en que la anciana señora se retirara. «Lo cierto es nunca duermo», dijo, aunque, más de una vez, Mary había oído sus ronquidos, que reverberaban por toda la casa, antes incluso de haberse puesto el sombrero y el abrigo para marcharse. En el salón, la señora Shannon y el tío Geoffrey fumaban mientras su madre agitaba la mano por delante de la cara y tosía ostentosamente. Del anaquel más bajo de la librería salió la misma colección de libros infantiles que aparecía siempre para Mary desde que tenía seis años. Se sentó en el suelo y miró con desgana las desagradables ilustraciones de *Pedro Melenas*,[13] que se sabía de memoria, y se preguntó cuántos años creería su abuela que tenía.

Por fin apareció Annie en la puerta con una botella de agua caliente y dijo:

—Es la hora de la siesta.

Después de pasar el tormento del beso de despedida, Mary fue libre por fin. Libre para apremiar a su madre y a su tío para que se pusieran el abrigo y poder salir de allí cuanto antes, libre para pasar corriendo entre los laureles, salir zumbando por la verja y bajar Clarice Hill a toda velocidad lanzando pelotas imaginarias, quitándose de las jóvenes piernas los miasmas de la vejez.

Al final del trimestre de verano, el Día del Discurso, la madre de Mary y el padre de Angela

se conocieron y se entendieron tan bien que la vieja Smithie, la profesora de geografía, tuvo que pedirles silencio en pleno discurso de la directora sobre epidemias menores, el buen tiempo y las becas de Girton. También fue el día en que se extinguió la última chispa del «flechazo» de Mary por Avril Goss, que se presentó el último día con una gargantilla de perlas de color rosa y unas brillantes medias de seda que dejaban ver la auténtica naturaleza de sus piernas.

El día después del festivo, la señora Shannon, Mary y Angela se fueron a Charbury. El tío Lionel y su familia no estaban ese verano porque se habían ido al Golf Hotel de Digues-sur-mer, en Bélgica, con toda la parafernalia de niñeras mareadas, leche maternizada y cochecitos plegables. La tía Mavis escribió diciendo que las tuberías hacían un ruido escandaloso y que Margaret y John estaban con fiebre aftosa.

En Charbury, Angela triunfó inmediatamente con todo el mundo. Llegó con un guardarropa de prendas caras que a su madre le pareció adecuado para una visita a una casa de campo, pero se pasó las vacaciones con unos calzones de fútbol de Denys y cualquier camisa que encontrara puesta a secar en el armario del cuarto de baño. El abuelo y la abuela dijeron que era una niña encantadora; el tío Guy dijo que era el atractivo sexual en embrión, a lo que la tía Mavis replicó: «No sé qué quieres decir con eso». La señora Linney dijo que era un verdadero cielo; Bates dijo que jamás sería buena jugadora de críquet; Tom dijo que sería capaz de irse en coche de caballos a dar una vuelta por Aintree si se lo proponía. Nanny dijo: «Me alegro de no haber tenido que criarte desde pequeña»; Julia dijo: «Angela, apina, cuenta cuento a Ju-ju»; y Denys dijo que Mary y ella eran las únicas chicas con las que pasaría cinco minutos. Al principio, Mary tenía mucho miedo de que a Denys no le gustara Angela, y después, de que le gustara demasiado.

Denys acababa de cumplir dieciséis años, era tan alto como su padre y tenía el honor de ser el capitán del segundo equipo de fútbol y el número doce del primero, además del campeón del colegio de peso medio de boxeo. Desde aquel primer beso tierno en el desván, no había hecho demostración alguna de lo que sentía por Mary. A ella le parecía bien, porque sabía que besarse era desagradable e insano. En una ocasión, el ascensorista de Clifford Court, que poco después fue condenado por atacar a una niña pequeña en Barnes Common, intentó besuquearla por todas partes en el ascensor. Mary juró que jamás en toda su vida besaría a nadie, ni siquiera a Denys.

Mary nunca iba con él a cazar conejos porque no soportaba que los mataran, y él la llamaba aguafiestas porque decía «¡Bien!» cada vez que fallaba, así que se llevó a Angela. Un día estuvieron casi cuatro horas de caza, mientras Mary se angustiaba en el jardín comida por unos celos que la avergonzaban un tanto. Cuando la hora del té llegó y pasó, empezó a formular breves y valientes frases para Denys: «No pienses en mí; me alegro de que la quieras» y «Espero seguir siendo tu amiga para siempre». Estaba a punto de romper a llorar en el momento en que la lustrosa cabeza de Angela apareció en lo alto del salto de lobo. Al ver a Mary a lo lejos, en la terraza, la saludó y subió las tres terrazas de césped a toda velocidad moviendo en el aire un conejo que agarraba por las patas traseras.

—¡Mira lo que he hecho! —exclamó a voces—. ¡Es horrible! ¿Verdad? Creí que me moría de vergüenza cuando me felicitó por haberle dado. Aunque en realidad fue por casualidad, porque no tengo puntería para nada. Con este pelaje tan sedoso y todo... —Acarició el cuerpecillo tieso pesarosamente—. ¡Ay, perdona! ¡No me acordaba! Esto no te gusta nada, ¿verdad?

Se sentó en el banco de piedra al lado de Mary, estiró las largas piernas bronceadas y se quedaron mirando a Denys, que subía despacio por el césped con tres conejos más y el rifle al

hombro, muy viril todo él.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien —dijo Mary con nobleza y esperando no echarse a llorar.

—Me habría encantado que estuvieras tú también —dijo Angela—, y a Denys, me lo dijo él. Ojalá tuviera yo un primo así. Los míos me tratan peor que a sus hermanas. ¡Qué suerte tienes, desgraciada! Y además puedes venir a este sitio tan estupendo siempre que se te antoje. Lo más parecido al campo que conoce mi familia es Sunningdale.[14]

Denys saltó a la terraza y depositó los conejos a los pies de Mary.

—¿Qué te parece este morral? —dijo con un orgullo espontáneo.

Mary le sonrió y el último sol de la tarde proyectó su alargada y fantástica sombra en el suelo de la terraza y lo iluminó todo con un maravilloso resplandor dorado.

En el invierno de 1931, Mary tenía dieciséis años y sucedieron cinco cosas. La primera fue que empezó a crecer. De ser la más baja de su clase, cada vez avanzaba más puestos en la clase de gimnasia; los revisores de los autobuses dejaron de llamarla «penique de queso» y en casa tuvieron que comprarle toda la ropa con cinco centímetros de más en el bajo para poder alargársela. Según los informes del St. Martin: «Aunque sigue faltándole espíritu de equipo, empieza a participar con mayor asiduidad en las actividades escolares y esperamos que la posición relativamente destacada que ha alcanzado la dote del sentido de la responsabilidad, que tan esencial es para todo miembro útil de la sociedad».

En los de Angela seguía diciendo: «Demuestra sin ningún pudor un gran desprecio por la autoridad» o «Su impetuosidad la lleva a una insubordinación lamentable».

Mary se consideraba mayor. El principal tema de conversación en casa era: «Mamá, ¿cuándo podré cortarme el pelo?».

—Espera a salir del colegio y a ver qué tal te queda recogido —respondía la señora Shannon.

—Entonces, ¿cuándo podré salir del colegio?

—Cuando apruebes los exámenes de ingreso.

—Eso es como decir nunca. Mami, ¿tengo que..., acaso tengo que perder los mejores años de mi vida jugando al hockey y al críquet en ese convento de monjas? Tendrías que ver lo que pasa cuando llega un hombre. Las profesoras se ponen de todos los colores, enrojecen hasta las orejas y les tiemblan los labios. Me voy a volver una pervertida.

—Cielo, no digas tonterías. Solo tienes dieciséis años. Nadie sale del colegio antes de esa edad.

—Las indias se casan a los doce... y tienen hijos. Mami, Angela va a bailes y cosas así. Una vez fue a un club nocturno. Y además usa pintalabios, ¿por qué yo no?

—Porque no te hace falta, mi niña. ¿A qué viene tanta prisa por llegar a otra edad? ¿Por qué no intentas disfrutar un poco de la que tienes? Los polvos tampoco te hacen ninguna falta, tienes una piel maravillosa.

—¡Mamá! ¡Sí que me hacen falta! Me brilla la cara como si fuera un faro. En el colegio, tenemos que empolvarnos en los lavabos. Una vez encontraron una polvera flotando en la taza del retrete, pero nadie se atrevió a decir que era suya y nos castigaron a todas las mayores una semana sin natación. ¡Qué absurdo! ¿No te parece?

La fe que la señora Shannon tenía en el St. Martin flaqueó, pero no quiso reconocerlo.

Mary se moría por los sofisticados trajes de baja calidad que veía en las tiendecitas de Kensington High Street y se burlaba de los sencillos e ingeniosos vestiditos que le hacía su madre. En una ocasión ahorró el poco dinero que le daban para comprarse lo que le pareció el sombrero rojo más elegante del mundo. Cuando entró en casa con el sombrero puesto, canturreando con fingida despreocupación, la señora Shannon soltó un grito y se dejó caer en el sofá con los ojos cerrados, y el tío Geoffrey la miró:

—¡Dios mío! ¡Una furcia! —dijo, y siguió haciendo el crucigrama.

Lo segundo que pasó fue que la madre de una alumna de la señora Shannon, que tenía más dinero que experiencia, le ofreció el puesto de jefa en una tienda de ropa que acababa de adquirir en South Molton Street. Ganaría más que en el colegio, le dijo la señora Wilkes Armitage, y un porcentaje de los beneficios si estaba interesada en aportar algún capital al negocio. La señora Shannon no disponía de dinero para aportar, pero aceptó el puesto inmediatamente, se sacudió de los zapatitos el aborrecible polvo del Colegio de Economía Doméstica y «se fue hecha un pincel», como dijo el tío Geoffrey con su mejor acento de aristócrata de teatro.

Lo tercero fue que el cénit de la carrera del tío Geoffrey, que había decaído hacía un tiempo, relegado al nadir de las farsas pasadas de moda y de las giras por la costa, remontó de nuevo con la esperanza de una oferta de contrato que le hizo un agente de Hollywood que estaba de visita.

—¡Maravilloso! ¡Apabullante! —dijo, cuando anunció la noticia a su hermana y a su sobrina con una alegría sin precedentes y un incipiente acento estadounidense—. Creía que la farsa había muerto, pero, al parecer, niñas mías, en Hollywood todavía está en boga y... ¡yupiii! ¡Yo también!

—Me alegro mucho por ti, Geoffrey —dijo Lily—. Te echaremos muchísimo de menos, desde luego, pero... ¡Ah, es maravilloso! Imagínate, Mary y yo en el cine y ¡ver de pronto tu fea jeta en la pantalla! ¡Querido! —Lo abrazó con tanto ímpetu que lo tumbó en el sofá—. ¡Espero que te hagas millonario!

Mary se entusiasmó. Era muchísimo mejor tener un tío en el cine que en el teatro.

—Tienes que conseguirme un autógrafo de todo el mundo —le dijo, sentándose en sus rodillas y tirándole de la corbata—. ¡De todo el mundo! Y dos de Douglas Fairbanks, uno para Angela. ¡Dios! Supongo que vas a conocerlos a todos. ¡Qué suerte tienes, desgraciado! Pero ¿por qué se...? En fin, ya sé que eres increíblemente bueno y todo eso, pero ¿cómo se les ocurrió...? Es decir, ¿por qué precisamente...?

—¿Quieres decir que cómo es posible que se fijaran precisamente en mí? ¡Que me registren! Cuando me lo dijo mi querido Oik mientras tomábamos unos whiskys en el ambigú del Picadilly casi me desmayo, pero, por lo visto, según Zachariah Stinkenbaum, soy la encarnación del típico milord inglés, y..., bueno, ¿para qué iba a desilusionarlo? Déjame levantarme, renacuajo, tengo que ir al Murray Arms a anunciarle a la rubia que está a punto de perder a su mejor parroquiano.

Mary no se dio cuenta del cariño que le tenía hasta el momento en que las dejó. Aunque fuera irritante, desastroso, aborreciblemente haragán y no se pudiera confiar en él, lo quería muchísimo. Siempre tenía detalles innecesarios pero encantadores, como llegar a casa con una botella de champán y con pollo cada vez que encontraba una excusa que celebrar, y en una ocasión tiró la casa por la ventana y compró un palco para ver el estreno de una comedia musical, mientras el sastre estaba en la puerta de casa con el ultimátum de una denuncia. Había sido el hombre de la casa tantos años que de pronto la vida parecía imposible sin él. El día en que se fue,

por la mañana estuvo a punto de llorar encima de los monstruosos cuadros de su abrigo nuevo.

—Vamos, vamos, renacuajo, pórtate como un hombre —le dijo—. Oye, si se me dan bien las cosas, te mando un telegrama y te vas directamente y te conviertes en una estrella de cine. —Mary se imaginó cosas deslumbrantes y perfectamente creíbles—. Y pon a esa amiga pelirroja tuya en hielo hasta que vuelva —continuó—. Tú me rechazaste una vez, me acuerdo; pero no creo que ella sea tan desdeñosa con Giorgio Pimento, el Casanova de la pantalla.

—Te acompaño a la estación —dijo Mary de repente.

—No puedes, cielo —dijo su madre—, ya vas a llegar tarde al colegio. ¡Dios mío, qué tarde es! Tengo que irme ya, Geoff, no puedo quedarme más, no me atrevo a que el carcamal me apunte en la lista negra a estas alturas.

Se separó de su hermano y se fue con mucha prisa a South Molton Street, el tío Geoffrey dijo adiós a su querida tortolita viuda, dio al portero una propina inusitada y se fue con su variopinto equipaje, y Mary, con remordimientos, pero resuelta, lo acompañó.

En la estación, se lo tomaba todo con gallardía y elegancia; mientras pasaba el rato deambulando por la sala de la báscula, tocando las cosas con el bastón, Mary desapareció un momento y volvió con un clavel.

—No había claveles rojos —dijo, jadeando—. ¿Te parece bien el rosa?

—Mariposa, ¿no? —dijo, mientras ella se lo ponía en el ojal.

Geoffrey llevaba el monóculo en un ojo y no dejaba de mirar a las mujeres que pasaban preguntándose si irían en el mismo barco que él. Se asomó a la ventanilla del compartimento, Mary estaba abajo, en el andén, subiéndose las medias y tímida de pronto ante su tío.

—Has sido muy amable, pequeña, pero no te quedes. Es una tortura ver alejarse el tren y quedarte diciendo: «Mándame una postal» o «Si no hay pan, buenas son tortas».

—No, no; quiero ver salir el tren. —Iba a llegar tan tarde al colegio que lo mismo daba retrasarse un poco más—. Que no se te olvide lo de los autógrafos —le dijo por enésima vez.

Un momento antes de que arrancara el tren llegaron cuatro o cinco amigos y amigas chillando y cotorreando por el andén, y el tío Geoffrey tuvo que apearse otra vez para que le dieran golpecitos en la espalda y le hicieran bromas a voces todos a la vez. El tren empezó a moverse.

—Bien, bien —dijo un mozo—, ¿alguno de ustedes tiene que subir al tren?

El tío Geoffrey buceó entre sus amigos para dar un beso a Mary, que se había quedado tímidamente al fondo, y subió de nuevo al tren pidiendo perdón a una mujer enfadada que llevaba violetas en el sombrero y en el escote. Luego, a medida que el convoy aceleraba, desapareció su querido tío, tan tontorrón y divertido. Mary se quedó sola, incapaz de llorar delante de los amigos.

—¿No nos hemos visto una vez? —le preguntó uno de ellos, cuando dieron media vuelta para marcharse. Mary reconoció a Uncle, el hombre gordo del Café Royal. Estaba más gordo que nunca y mucho más desaliñado, pero no menos exuberante—. ¡Vaya, vaya, vaya! —dijo, dándole un fuerte apretón de mano—. ¡Qué regalito! La sobrina de nuestro querido Percy... y ¡hecha toda una pollita! —Lejos de soltarle la mano, se la puso en el brazo—. Entonces, ¿qué? ¿Han abierto ya? Vamos, señorita Comotellames, ven a tomar un trago a la salud de tu tío Percy.

—¡No, no, de verdad! —dijo Mary—. Tengo que irme. —Se había quitado el sombrero del colegio y, con el chaquetón abotonado hasta el cuello, era imposible verle el uniforme—. Tengo

que ir a otro sitio.

—¡Vamos, vamos! ¡No seas antipática! O ¿es que todavía no puedes entrar en los pubs?

—Claro que sí; no es por eso. Es que, de verdad...

—¡Pues andando!

Fueron a un establecimiento muy grande, a la salida de la estación, y se sentaron en un sofá de piel, en el salón, que tenía el suelo cubierto de colillas de la noche anterior.

—Va por mi cuenta —dijo Uncle—. ¿Qué va a ser?

Mary imitó a una de las chicas y pidió jerez; cuando se lo llevaron, se lo tomó deprisa porque sabía que no le gustaba el sabor. Después se quedó un tanto inquieta, no sabía cuándo podría irse sin parecer grosera. Los demás empezaron a pedir la segunda ronda como si pensaran apoltronarse allí todo el día.

Se levantó con el sombrero del colegio a la espalda y con una leve sensación de borrachera.

—Tengo que irme, de verdad; muchísimas gracias, ha sido delicioso.

Se deshizo como pudo de las amables protestas, se parapetó detrás de una mesita, derramó una copita de oporto y huyó. En la calle, tuvo que esperar casi diez minutos a que llegara el autobús, y pensó que parecería tonta de remate si los amigos y las amigas de su tío salieran y la vieran allí. Hipó un par de veces y se encontró mejor.

No paró de mirar relojes con preocupación en todo el trayecto. Cuando llegó eran casi las doce; cruzó la calle principal a la carrera, para mayor fastidio del conductor del autobús y de un coche con dos hombres que viró bruscamente. Las doce en punto: en ese momento, el sexto curso estaría entrando en el aula entre suspiros y golpes de la tapa de los pupitres para la clase de historia de la señorita Langford. Era la tutora del curso de Mary, así que, al verla, sabría que acababa de llegar al colegio. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué iba a contarle a esa paralizante mirada de lagarto? Un jerez no bastaba para resistirse a la aprensión, que aumentaba a cada paso que la acercaba al St. Martin. En el cuarto de los percheros, se quitó el chaquetón y subió las escaleras sin pararse a cambiarse los zapatos: un delito por sí mismo. Qué sensación tan rara estar sola allí; el silencio de los pasillos vacíos resultaba premonitorio. La señorita Everard, la profesora de *lacrosse*, salió de la sala de profesores al pasar ella y la miró con suspicacia.

—Al paso, Shannon, al paso —se limitó a decir, como si fuera un caballo.

Por la lucera de la puerta de su clase vio la escena de la que a menudo formaba parte ella también. Las cabezas bajas, los cuerpos despatarrados de aburrimiento o en guardia, con toda atención, y la señorita Langford más melosa e inhumana que nunca. Estaba de pie, escribiendo en la pizarra, de espaldas a la clase; Mary respiró hondo, entró sigilosamente y cerró la puerta sin ruido. Pasó entre murmullos y risitas, le dio en la mano a alguien que la quiso pellizcar y se quedó al lado de la mesa de la profesora, en la tarima.

—¿Sí, qué hay? —La señorita Langford se volvió con la tiza en la mano—. ¡Ah..., buenas *tardes*, Shannon! —Mary se alegró al darse cuenta de que nadie, ni siquiera Muriel Hopkins, se reía—. ¿Trae un justificante para su falta de puntualidad?

—No, me temo que no. He ido a despedir a mi tío a la estación... por, porque se va a América.

—Su tío..., hum. —La señorita Langford despreció al Casanova de la pantalla con un leve parpadeo—. Tenía que haber pedido permiso ayer. No puedo consentir... ¡Ah, Shannon! —Se le acercó más—. ¡Ha bebido!

Mary oyó a la espalda unos susurros de compañeras risueñamente escandalizadas: el odioso regocijo de las virtuosas. Ante ella, la señorita Langford, con sus facciones meticulosas, esperaba triunfante una explicación o una negativa que estaba dispuesta a no creerse.

De repente le surgió algo de dentro, algo que ignoraba que tuviera, en forma de borbotón rojo candente de locura bolchevique. Sin tiempo para detenerse, soltó:

—Lo que haga fuera del colegio no es asunto suyo. ¡A usted solo le pagan por darme órdenes aquí dentro!

La flamígera locura que había producido esas palabras murió en el mismo instante en que fueron pronunciadas. Mary se quedó pasmada. ¿De verdad había dicho eso? No, era imposible. Un temor helado se apoderó de ella y, en el silencio de la boquiabierta aula, que contenía la respiración, oyó los latidos de su corazón en la cabeza. En la lisa garganta reptiliana de la señorita Langford se formó un nudo que subió, se agitó y desapareció.

—Puede sentarse —le dijo.

Mary se pasó todo el día de un lado a otro, pendiente del sino que la aguardaba. Nadie podía entender del todo la angustia aprensiva que la embargaba, ni aliviarla tampoco, ni siquiera Angela. Se decía constantemente que era absurdo agobiarse tanto a los dieciséis años, que no había cometido un asesinato y que dentro de unos meses todo el asunto le parecería ridículo, pero no le sirvió de nada. Estaba aterrorizada. Aunque el angosto mundo del St. Martin hubiera sido el universo entero, ella estaba aterrorizada.

Casi fue un alivio que terminara el suspense. Iba cabizbaja por el patio, durante el recreo, arrastrando los pies por el asfalto, cuando se le acercó una niña muy pequeña con unos moñitos que le sobresalían a ambos lados de la cabeza.

—Oye, ¿te llamas Mary Shannon o algo así de insulso?

—Sí —dijo ella, sin fuerzas para replicar.

—Tienes que ir al despacho de la Estrambote —dijo la mocosa—. Inmediatamente —añadió con gran regocijo, y se quedó mirándola con ojos saltones mientras Mary daba media vuelta en dirección a su sino.

La Estrambote era la directora, la señorita Gertrude Strawbridge, maestra en Arte por la Universidad de Cambridge y miembro de la Real Academia de Profesores, que era tan asexuada, omnipotente y terrorífica como Dios. Mary bajó las escaleras del patio, pasó por la puerta batiente, subió las otras escaleras y cruzó el pasillo que llevaba al santuario pensando que nada de lo que pudiera sucederle en la vida sería tan horrible como esto. Era el fin del mundo. Años más tarde, asombrada ante semejante distorsión de las proporciones, recordaba la sensación de fatalidad con total exactitud: era un reo condenado al patíbulo. Llamó a la puerta del despacho y en ese momento, antes de entrar, se hizo un juramento. Diez minutos después, cuando salió de allí, el juramento se había reforzado: «Si algún día tengo hijas, jamás de los jamases consentiré que vayan al colegio».

No fue el castigo lo que la afectó, aunque resultó bastante severo, sino la humillación del refinado desprecio que le impartió una vieja máquina disecada de descontento cultivado. ¿Era la envidia de la juventud lo que desgarraba el pecho intacto de la Estrambote? ¿Le amargaba que despuntara en las demás la oportunidad que ella había perdido para siempre? Años más tarde, Mary comprendería que lo que tenía que haber sentido era compasión en vez de odio.

La cuarta cosa que sucedió fue entre Mary y Denys. Aquel año, ella tenía un vestido de

noche largo, blanco, de gasa, para el banquete de Navidad en Charbury.

—¿Seguro que no parece un camisón, abuela? —insistió, haciendo posturitas y poniendo caras en medio del dormitorio de su abuela, antes de bajar a comer.

—Se parece más a un vestido de sílfide, si sabes a lo que me refiero —dijo la abuela sonriendo desde la cama—. Es una monada, mi niña. Ideal para… —Dejó la frase a medias al oír una rítmica llamada a la puerta—. ¡Ahí está Timmy! Sabía que llegaría a tiempo. ¡Adelante!

El esfuerzo de levantar la voz le provocó otro ataque de tos y el tío Timmy se acercó rápidamente a la cama, cogió la mano a su madre y la miró con un gesto compungido en su redondo y colorado rostro, más colorado que nunca porque venía del frío de fuera.

—Ya está, ya ha pasado —dijo la abuela, y su hijo le dio un beso.

—Feliz Navidad, querida madre. He conseguido apañármelas, ya ves, hasta me han dado un permiso de dos días. He hecho el trayecto de Plymouth aquí en dos horas y media. ¿Qué te parece?

—Demasiada velocidad, Timmy. Debes tener más cuidado. Ahora ve a cambiarte, anda, haz el favor, o llegarás tarde a la cena. Fíjate en Mary, ¿a que está preciosa?

—Hummm, no está mal. —Se detuvo cuando iba hacia la puerta y la miró de frente, poniéndole la mano en el hombro—. Tienes que ir al barco un día para que te conozcan algunos jóvenes del cuerpo de oficiales.

Mary se sonrojó al oír esa propuesta tan intrigante pero bastante temible, porque le recordó a lo que le sucedía a la heroína de una de las obras de su tío, *El teniente seductor*.

Cuando el tío Tim se fue, Mary se acercó a la cama. La manita de la abuela parecía un trozo de pergamino, apoyada en el edredón, y Mary se la cogió y se puso a juguetear con el gran anillo de rubí y diamantes, dándole vueltas con holgura en un dedo que antes lo llenaba por completo.

—Cuánto me gustaría que bajaras a cenar, abuela —dijo.

Hacía ya más de dos años que la abuela había «tenido un achaque», como decían las doncellas cuando hablaban de ello en susurros. Desde entonces, le habían prohibido bajar al recibidor; habían guardado la silla de ruedas en la cochera, pero el sillón de mimbre de las obras de Punch y Judy seguía en el recibidor, en el hueco entre la chimenea y el asiento de la ventana, como si albergara esperanzas de que la anciana volviera algún día.

—Taggy me va a acostar temprano —le dijo a Mary—. Esta noche siento que soy muy vieja y tengo mucho sueño. ¡Ah! ¡No te he dado el bombón! —Cogió la lata—. Te quitará el apetito, pero da igual. Toma… el último. Dile a Wilkie que me pida más mañana, por favor, cielo. Que no se te olvide, no me gusta quedarme sin bombones.

—No, claro —dijo Mary—. Hay que respetar las tradiciones. Buenas noches, abuela. Es mejor que baje ya.

Se inclinó, le dio un beso y fue hacia la puerta con la sensación de ligereza y emoción que le daba el vaporoso vestido, pisando la blanda moqueta con las zapatillas de noche como si fuera descalza. Al abrir, se volvió a mirar y vio que la abuela la miraba a su vez con la cabeza ladeada en la almohada, sonriendo.

—Buenas noches —repitió.

—Buenas noches. Que te diviertas, cariño mío.

Hacia el final de la cena, cuando todos cascaban nueces o pelaban mandarinas, se había servido oporto y la tía Grace se había adueñado de un cuenco de dulces *fondant*, apagaron la luz

eléctrica y dejaron solo las velas. En el gran árbol de Navidad de la ventana florecieron cien redondeles de luces amarillas y, a lo largo de la mesa, los altos candelabros de plata resplandecieron como islitas en la habitación llena de sombras. Empezaron a charlar en grupos y colocaron las sillas de una forma más íntima. Mary se repanchingó, satisfecha, jugueteando con el tallo de la copa en la que, con gran entereza, guardaba para el brindis un sorbito de divino champán, que hacía cosquillas en la nariz. Pasó la mirada por toda la mesa contemplando los conocidos rostros, que la favorecedora luz de las velas tornaba en misteriosos y desconocidos.

El abuelo ocupaba la cabecera, su sitio de siempre enfrente de la ventana; en la otra punta, tío Lionel, con el árbol de Navidad brillando detrás de su estrecha cabeza. Al abuelo le abultaba mucho la pechera de la camisa blanca, se le salía por encima del chaleco; unas sombras profundas le arrugaban la risueña cara, que salía de un cuello demasiado apretado, mientras le contaba a la madre de Mary una graciosa y complicada anécdota. Ya llevaba diez minutos hablando y no parecía que estuviera a punto de terminar, pero Lily lo escuchaba con una atención incansable. Estaba preparada para reírse a carcajada limpia al final, tanto si la entendía como si no. El abuelo no era de esos viejos diabólicos que le cortan a uno la risa amable en seco diciendo: «Y ¿qué le encuentras de gracioso, querida?».

Le pareció que esa noche su madre estaba más suave que de costumbre. Movía la cabecita, con su pelo corto y negro, como un pájaro, limpiamente, de un lado a otro, sobre el cuello, que se alzaba, blanco y descubierto, de un vestido de noche sumamente elegante de South Molton Street, del que la tía Mavis todavía no sabía qué pensar. Mavis estaba al otro lado del abuelo, con un vestido de terciopelo de color burdeos que se le arrebujaba en todas las partes que la edad ya se encargaba de destacar. A su lado, Michael en uniforme de cadete. Solo llevaba un trimestre en Dartmouth, pero su actitud era como si llevara toda la marina británica incorporada en el cuerpo, corto y fuerte. El tío Tim y él se habían pasado la cena hablando, con Mary en el medio, como dos viejos lobos de mar. Cada vez que el tío Tim se inclinaba hacia delante, Mary veía al otro lado a Sarah, alta, vestida de satén azul, sentada al lado de tío Lionel. Estaba más desarrollada que Mary y llevaba el pelo corto: alguien se lo había rizado con las tenacillas para la velada, pero, aunque pareciera mayor, Mary sabía que no lo era tanto. Estudiaba en un internado, y Mary siempre se burlaba de ella porque lo adoraba y lo único que deseaba era que se terminaran las vacaciones. Hablaba constantemente de una tal señorita Soper, tenía una foto de ella en el cajón de los pañuelos y le escribía cartas largas y prolijas que leía a Mary en voz alta, aunque después no tenía valor para mandárselas. El tío Lionel y ella no se llevaban muy bien, aunque él estaba tan decidido a favorecer el espíritu navideño que había abierto un paquete sorpresa al principio de la velada y se había puesto un ridículo gorro de color malva que no se quitó en toda la cena. La tía Grace, que estaba al otro del tío Lionel, también llevaba uno: un casquete que le quedaba muy bien con su cara redonda y sus ojos como platos. Llevaba un vestido floreado de *georgette* con una casaca corta de terciopelo que ella misma había bordado con motivos de lana. Vestía de una forma que pregonaba lo «buena que era con la aguja». Le dedicaba mucho tiempo y esfuerzo a su vestuario, pero habría sido mejor que no. El tío Guy estaba entre ella y Margaret, sacando el labio inferior y aburriéndose mucho. Mary se preguntó si en Londres lo habrían invitado a una cena más divertida. Iba a muchas fiestas. Angela se lo había encontrado una vez en una recepción a la que fue con sus padres: había hablado con ella y la había invitado a un cóctel de champán.

—Baila muy bien —le contó a Mary al día siguiente—, pero es un viejo verde.

Después de Margaret, que iba de amarillo con una cinta descolorida a juego en el pelo, se encontraba Denys. Ahora que ya era mayor, la gente comentaba más que nunca lo mucho que se parecía a su padre, pero Mary lo veía mucho más apuesto de lo que lo hubiera sido el tío Guy en toda su vida. Con el traje de etiqueta, el pelo oscuro, liso y brillante, estaba tan atractivo que casi no podía soportarlo. Se parecía a Rupert Brooke,[15] según una foto que había visto, con esos ojos oscuros y tiernos, con esa boca soñadora. Al año siguiente iría a Oxford, y ya se afeitaba y fumaba en pipa. Se quedó mirando el resplandor y las profundas sombras que la luz de las velas proyectaba en su rostro al acercarse a su madre amablemente. Mary se preguntó si le gustaría el vestido blanco que llevaba; si no, no valía la pena lucirlo en esa velada puramente familiar.

La había visto cuando ella bajaba las escaleras para ir al comedor, pero no le dijo nada, ni siquiera le sonrió, se limitó a mirarla atentamente y después se dio media vuelta y siguió llenando de cóctel las copas de la bandeja.

A Mary le permitían sentarse a la mesa en Navidad desde los siete u ocho años, y siempre había sido igual, casi nunca faltaba nadie. Este año no estaba la tía Winifred, que se encontraba fuera; se había ido a hacer caminatas a Escocia con su amiga Kathleen Perron, la hija del vicario de Yarde. Mejor, la verdad, porque no le gustaban las fiestas, y el año anterior se había echado a llorar de repente en pleno pudin navideño, cosa que puso a todos en un aprieto tal que tuvieron que fingir que no pasaba nada.

A Mary le encantaba la Navidad porque siempre era igual, un año tras otro; el comedor se llenaba del olor dulce y penetrante del árbol, que habían cortado en sus propios pinares, y por todas partes, alrededor de ellos, el movimiento de la acogedora e iluminada casa, vieja y segura, encantada de tenerlos a todos allí.

Para ponerse en pie, el abuelo separó la silla hacia atrás provocando un leve ruido que atrajo la atención general.

—Os propongo un brindis —dijo.

Se levantaron todos y alzaron las copas, y Michael, que sabía lo que tenía que hacer, se fue a abrir la puerta del comedor.

—Por mi mujer —dijo el abuelo con una rígida y curiosa inclinación de cabeza mientras entrechocaban las copas.

Se hizo una breve pausa para escuchar y entonces llegó de lejos el débil tintineo de la campanilla de la abuela, que indicaba que lo había oído, que se lo agradecía y que brindaba por ellos con agua de cebada.

Aunque el abuelo ya no montaba, todavía tenía dos caballos en el establo, y Denys había iniciado a Mary en las emociones de una partida de caza de vez en cuando a lomos de una briosa yegua baya llamada Joy.

—Pero, Mary —le recriminó Margaret con una mirada de preocupación—. ¿Cómo puedes hacer eso? ¡Es tan cruel...! Sé que a ti tampoco te gusta que maten animales, porque me acuerdo de aquella vez que te mareaste cuando Michael le partió el pescuezo a un pollo.

—No me lo recuerdes —contestó Mary—. Pues claro que odio que maten animales, tonta, ¿y quién no? Voy por montar, no por la caza. Siempre rezo para que el zorro se escape. Denys dice que «no monta para ir de caza, sino que va de caza para montar». Además, si no, me vetarán en los condados, que no sé lo que es, pero da igual.

—Peor me lo pones —dijo Margaret, agarrándola con fuerza del brazo. Era incapaz de

hablar sin tocar a la gente—. Así propicias la crueldad; todos esos perros y toda esa gente detrás de un pobre zorrito...

—La verdad, Maggie, no sé qué más da que vaya o deje de ir.

—Pero esos pobres animalitos tan bonitos, con esa cola peluda tan preciosa... —protestó Margaret tontamente, con los ojos llorosos.

—No les tendrías tanto cariño si los hubieras olido alguna vez —replicó Mary, con la dureza que a menudo le inspiraba Margaret.

Ese año la cacería del día de San Esteban se reunió en Coombe St. George, a unos diez kilómetros de la casa, y Denys y Mary desayunaron opíparamente gachas y salchichas y se fueron antes de que la familia se despertara. Mary quería ir a enseñarle a su abuela lo bien que le quedaba el bombín nuevo, con la larga melena recogida en un moño en la nuca, pero Taggy se lo impidió cuando iba a entrar.

—No entre ahora —le dijo—. Está dormida. Ha pasado muy mala noche la pobre.

Así que Mary se tuvo que conformar con el visto bueno de la señora Linney.

—Está perfecta, ¿verdad que sí? Dese la vuelta, cielo. ¡Ah, cariño! ¡Es lo que tiene ser toda una dama!

Aunque esto último lo decía a menudo, Mary todavía no sabía si lo decía por sí misma o por ella.

—Aquí tiene los sándwiches, y esto para el señorito Denys, y no me pida galletas de jengibre porque no tengo ni las tendré hasta vaya *usté* a saber. —Siguió a Mary hasta la puerta trasera—. ¡A ver si nos trae un conejo para la cazuela! —le dijo.

Mary subió la cuesta hasta el establo pisando fuerte, satisfecha del ruido que hacían las botas de montar.

Denys ya estaba a lomos de Buck, y Tom sacó a Joy, que pateó en los adoquines y resopló moviendo las orejas adelante y atrás, como si supiera que llevaba una silla y unas bridas inmaculadas, que le habían peinado las crines y le habían engrasado los cascos.

—Acuérdese de lo que le he dicho, señorita Mary, no la deje saltar a toda velocidad —dijo Tom, y le dio a la yegua una palmada en el turgente trasero cuando salían del patio.

Se fueron al trote corto por el sendero de atrás, por debajo del pinar, y salieron por la cancela de la cabaña de Bates al hundido camino de piedra. Hacía un día fresco y precioso, con nubes ondeando como velas en el pálido cielo azul de invierno, un día para ser más consciente que nunca del valor de la vida. A Mary le cosquilleaba la piel de emoción y tocó varias veces el firme y esquilado cuello de Joy para percibir la vitalidad y el calor, mientras la yegua daba unos pasitos de baile para demostrar que prefería trotar, y no ir al paso. Denys y Mary hicieron algunos comentarios sobre la velada de la víspera, pero sobre todo siguieron al trote sin hablar, disfrutando de la mañana y de la emoción de la jornada que les esperaba. Cada vez que salía de caza, Mary estaba firmemente convencida de que volvería a casa en camilla; cuando se acercaba a un obstáculo que tenía que saltar, se veía tirada en el suelo, al otro lado de la valla, cosa que aumentaba su júbilo cuando Joy aterrizaba de cuatro patas y seguía al galope con ella incólume en la silla.

El cruce del pueblo de Coombe estaba atestado de gente, caballos y coches, porque todo el mundo acudía a la cita del día de San Esteban. Por lo visto, Denys conocía a casi todo el mundo: no paraba de levantarse el sombrero saludando a personas que ella no había visto jamás.

—Allí está el comandante Wiley —dijo, señalando con la fusta a un veterano de grandes bigotes con casaca de color rosa que estaba al otro lado del gentío—. Tengo que ir a darle un recado del viejo. Es mejor que me esperes aquí, Maria, van a salir todos por este lado, hacia el bosque de Chuffey en primer lugar.

Mary no se explicaba que supiera esas cosas tan misteriosas, pero siempre acertaba. Para ella, la ciencia de las cacerías no existía, pero Denys sabía qué dirección tomaría el zorro, adónde se dirigía y quién era el niño que lo adelantaba en el camino. Guio a Joy a lo alto de un terraplén, al fondo, para no patear a ningún perro ni estorbar a ningún casaca de color rosa, bigotazos negros y vozarrón, ni a ninguna señora aterradora con sombrero de copa y silla de mujer de las que se abrían paso entre la multitud a lomos de altos caballos de patas finas. La más impresionante de todas era la mujer del jefe de la partida, la señora ffrench-Burrowes, que avanzaba con un abrigo de pieles amarillo encima del vestido llamando a todo el mundo —gente fina, campesinos y perros— por su nombre de pila. Bajo la tiesa chistera, su cara parecía un hacha; el perfil, una sucesión de filos de cuchilla. El caballo, tan aterrador como ella, un gigante negro con una cinta roja en la cola y un destello amarillo en los ojos, salía en ese momento de un remolque entre juramentos y alboroto, con un pequeño mozo colgado de la inquieta cabeza del animal. Mordió el bocado, enseñó lo blanco de los ojos y se apartó a un lado cuando el mozo ayudó a montar a la señora ffrench-Burrowes. En cuanto asentó los finos huesos en la silla, Mary la oyó decir: «¡Maldito seas, Charlie!», aunque no supo si se lo decía al mozo o al caballo.

Parecía que todos se conocían, y a Mary le alivió que la saludaran desde el camino de abajo, aunque, al volverse, viera que se trataba de la señora Cotterell. Hacía tiempo que esta señora había dejado de ir de caza debido a su delicado corazón, pero estaba muy animada con su sombrero de pesca, su impermeable blanco y sus botas Newmarket. También llevaba un asiento plegable con forma de bastón en el que se plantaba inadecuadamente con las piernas separadas cada vez que un caballo, un coche o unos cuantos perros querían pasar.

—¡Eh, hola, Margaret! —dijo, mirando a Mary desde bajo—. Llevas una yegüita muy mona. ¿Qué tal es? ¿Salta?

—¡Ah, maravillosamente, gracias! —dijo Mary.

—Hoy ha venido Pompas —dijo la señora Cottorell, señalando a un niño con gorro de jinete y pantalones de pana que estaba paralizado de miedo a lomos de un poni pequeño y peludo, junto a un mozo que sujetaba firmemente la cabeza del animalito.

—Es la segunda vez —pregonó la madre con orgullo—. Aunque, claro, solo irá detrás de los demás hasta el primer puesto o así. Ya sabes que debemos tener mucho cuidado con su salud. Los médicos dicen que tiene el cerebro tan grande que resulta una gran carga para el cuerpo.

Se le acercó un coche tocando la bocina y la mujer tuvo que subirse al terraplén para que no la atropellara. A Joy le pareció muy apetecible la hierba del otro lado de la carretera y se llevó a Mary, que le permitió agachar la cabeza para comer y se alegró de que estuviera tan tranquila.

—No se lo consienta, señorita —dijo un mozo entrometido que llevaba un caballo muy elegante con una manta blasonada—, le puede dar el tétanos...

—Gracias —respondió Mary con frialdad, y tiró de la cabeza de Joy.

—Permítame apretarle el freno, señorita, no querrá que tengamos que hacernos cargo de usted.

Mary tuvo que dejarle apretar el freno deseando que se fuera y se ocupara de su propio

caballo. Seguro que se había dado cuenta de que llevaba botas de segunda mano.

—¡Paso a la jauría, por favor!

El gentío de la carretera se apartó a ambos lados, y por el centro, detrás del látigo, echó a andar con entusiasmo la cuadrilla negra, blanca y marrón, empujando y correteando alrededor de las patas del caballo del jefe. La señora ffrench-Burrowes iba detrás, sacudiendo con la fusta a los perros que se paraban aunque solo fuera un instante a investigar un olor, regañándolos duramente:

—¡Tira, Dainty! ¡Ah, vamos, Ransome, sigue! ¡Adelante, adelante, Boxer!

Apareció Denys entre los demás jinetes, y Mary llevó a Joy hasta ponerse a su lado. Denys le presentó a un joven de expresión ausente que llevaba sombrero de copa e iba a su lado en un caballo bayo.

—Buenos días —dijo Mary, mientras intentaba enderezar la fusta y las riendas.

—Buenas —respondió el joven, y dejó caer la mandíbula otra vez como agotado por el esfuerzo.

—He visto a la señora Cotterell —le contó a Denys mientras trotaban en medio de la muchedumbre, entre roces y ruido de cascos—. Pompas también se ha unido. ¡Qué hombrecito tan valiente!

—¿Ah, sí? Pues a ver si salto por encima de él —dijo Denys.

Salieron por una cancela y la compañía se desplegó y subió una suave pendiente verde a medio galope. Joy, encantada de estirar las patas en la hierba, dio unos saltitos que obligaron a Mary a agarrarse a las crines.

—Todavía no puedes galopar —le dijo, jadeando, mientras la frenaba—. Ya te diré yo cuándo.

La señora ffrench-Burrowes, que iba delante de ellos, hizo unos impresionantes pases de rodeo poniendo al caballo a dos patas, primero sobre las traseras, después sobre las delanteras, mientras ella, tiesa e inconmovible como un mosquito al picar, insultaba a todo el que se cruzaba en su camino.

—Por aquí, Maria —dijo Denys, adelantándola a medio galope, como si Buck y él se hubieran pasado la vida juntos.

Ella lo siguió hasta un rincón del bosque. Aguardaron diez minutos prestando atención a los emocionantes toques de corneta y a los gemidos del interior del bosque hasta que, como era de esperar, llegaron los perros saltando y esforzándose a ese rincón, y siguieron loma arriba ladrando a pleno pulmón, seguidos por la señora ffrench-Burrowes, que saltó un seto alto y aterrizó estruendosamente casi por encima de Mary. Ella y Joy se dejaron arrastrar por el tropel, que, lanzado a la carga, se estrechó al llegar a una salida y la cruzó estrujándose; Joy, sin darle tiempo a Mary a pensar, saltó por encima de una valla, tropezó, se levantó de nuevo y siguió al galope.

La emoción aumentó cuando atravesaron un campo inmenso a toda velocidad y salvaron limpiamente la zanja del final. Iba a ser una carrera y ella se encontraba en los primeros puestos. Un enorme seto negro se levantó ante ellos y los jinetes se dividieron siguiéndose entre sí hacía los dos únicos sitios por donde se podía saltar.

—¡Sígueme! —le dijo Denys mirando atrás.

Se dirigió hacia el hueco de la derecha y salvó el obstáculo con limpieza, y los cascos de Buck destellaron al sol todos juntos.

Mary lo seguía de cerca preparándose para el salto cuando la adelantó un hombre gordo en un caballo que parecía trastornado y echaba espuma; para su gran irritación, tuvo que frenar para que saltara él primero; saltó moviendo los codos y salpicándola de barro. Joy estaba demasiado cerca del seto para salvarlo, se paró en seco y casi lanza a Mary por encima de su cabeza.

—¡Apártese, fuera! —gritaba la gente desde atrás.

Aturdida e hirviendo de rabia, tuvo que apartarse y volver al final de la fila. Cuando todos terminaron de saltar ya casi no quedaba seto que superar, pero Joy y ella se habían amilanado; se acercaron al trote con poco convencimiento y, por segunda vez, Mary estuvo a punto de saltarlo sin caballo.

—¡Dele con la fusta! —gritó un palurdo que estaba allí.

—Vamos, Joy —dijo Mary, retrocediendo para intentarlo otra vez—. ¡Tienes que saltar, tienes que saltar! —le dijo apretando los dientes, y le dio un manotazo en las costillas que la puso a correr—. ¡Salta, salta! —gritó, desesperada.

Joy frenó de nuevo y se quedó en el sitio, pero de pronto sonó detrás de ellas un estruendo como de motor.

—¡Arrea, arrea, arrea! —aulló el palurdo, agitando unas ramas de espino.

Joy, perpleja, se encontró de pronto al otro lado del seto, con Mary aferrada a su cuello.

Cruzaron trabajosamente un campo arado y embarrado. Habían perdido a la partida. Cincuenta personas a caballo, una jauría y un zorro habían desaparecido de la faz de la Tierra. Mary se quedó muy afligida. Solo se veían unos cuantos corredores moviéndose torpemente por el sembrado, un campesino barbudo en un caballo de tiro y una anciana con una vista trasera tan ancha como su montura avanzando por el barro como buenamente podía, con una serena sonrisa en la cara y un gran ramillete de violetas en el abrigo, tan calmosa como si fuera domingo por la mañana en Rotten Row.[16]

Salvaron un pequeño terraplén y salieron a un campo de hierba sembrado de altibajos, que Joy cruzó a trancas y barrancas como un vagabundo en un mar erizado. Alcanzaron al campesino.

—Sígame, señorita —le dijo—, enseguida los alcanzamos.

Dio la vuelta al caballo describiendo una amplia curva, como un acorazado, y se dirigió al trote hacia una salida. Mary miró con incertidumbre a la anciana, que seguía su camino alegremente a lomos del caballo, que se movía como uno de cartón, y siguió al hombre hasta la carretera asfaltada.

Se alegró de que Tom no pudiera ver a Joy pateando el pavimento. Se desviaron por una loma de yeso resbaladiza, al final pasaron por otra cancela, y, como era de esperar, allí estaba toda la compañía, a un lado del bosque; una multitud de caballos resoplaban y echaban vaho por los ollares.

Mary encontró a Denys, que le prestó el pañuelo para que se limpiara el barro de la cara, y en las dos horas siguientes no pasó gran cosa más. Recorrieron al trote los diversos puestos, los bosquecillos y los campos de nabos, pero no encontraron nada. Fue muy agradable; el sol calentaba más de lo esperado, el aire estaba transparente y se veían kilómetros y kilómetros de campiña brillante y fresca, como puesta a propósito para cabalgar. Mary y Denys comieron los sándwiches.

—¡Ay, madre! —exclamó Mary en medio de un bocado—. Se me olvidó decirle a Wilkie que pidiera bombones para abuela. Me lo encargó expresamente.

Julia y John todavía eran pequeños y se llevarían una desilusión cuando fueran a dar las buenas noches a la abuela. Seguro que llorarían. En cualquier caso, sería la primera vez, que ella recordara, que la reservas se acababan. ¡Qué vergüenza, romper la tradición así! Se quedó un poco preocupada, aunque no le duró mucho: hacía un día espléndido y, al aire libre, nunca se preocupaba tanto como dentro de casa.

La señora ffrench-Burrowes había encontrado un amigo: un hombre con cara de sabueso y una chistera sucia en la nuca, que parecía que tuviera una resaca navideña. Hablaban en voz muy alta y compartían una cantimplora sin limpiar la boca entre trago y trago. Para facilitar el proceso, la señora ffrench-Burrowes se había levantado el velo y se lo sujetaba en la punta de la afilada nariz. Poco después, su marido, irritado, salió a caballo de la mimbrera en la que llevaba media hora buscando.

—Ni la menor esperanza del demonio —dijo—. Ese idiota de Martin no ha tapado las guaridas.

—Siempre he dicho que era un desgraciado —dijo su mujer con calma. Mary escuchaba como en trance—. De todos modos, ¿dónde diablos están los caballos de refresco, Jumbo? —continuó—. Este bruto se ha cortado el espolón.

—Quién sabe —contestó Jumbo—. Voy hasta Withy Wood.

Se llevó la trompa a los labios y partió en su montura llamando a los perros, que salieron de la mimbrera cubiertos de barro, con la lengua fuera, y echaron a correr tranquilamente detrás de él.

La compañía desapareció por la estrecha cancela. Una chica permitió temerariamente que su montura mordisqueara la cola de un caballo negro y, aunque no le rompió la pierna de la coz que le soltó, la ristra de insultos del jinete la apabulló tanto que se escabulló como pudo, roja hasta el ala del sombrero hongo, que no era de su talla.

Mientras esperaban en el lindero de Withy Wood, la señora Cotterell, que los seguía en coche, apareció con todo el equipo, incluido el asiento plegable, y se sentó para contarles a Mary y a Denys que Pompas había saltado una zanja y se había hundido en el barro hasta el cuello.

Al descender, el sol de la tarde empezó a enfriarse poco a poco.

—Me gustaría que pasara algo —le dijo Mary a Denys.

En ese momento, un grito que helaba la sangre y un «¡Se ha idoooo!» puso a todo el mundo en acción. Un jinete solitario que estaba en lo alto de una loma, lejos, hacia la derecha, agitaba la gorra en el aire, contra el horizonte y, en la carga de caballería que siguió, la señora Cotterell tuvo que subirse a la cerca para que no la mataran. Mary iba de los primeros. Delante de ella, los perros corrían por la hierba ladrando a coro, muy juntos, como una bandada de pájaros. La señora ffrench-Burrowes, que evidentemente había encontrado caballo de refresco, pasó a su lado como una exhalación, forzando al caballo de tiro, y alrededor, delante y detrás, el emocionante y cerrado tamborileo de muchos cascos al galope.

Era magnífico. Joy volaba por encima de las cercas sin perder velocidad y Mary sentía por dentro un delirio cada vez mayor. Era una diosa a lomos de Pegaso; nada podía pararla. Cargó temerariamente contra un seto de endrinos sin elegir por dónde. Era demasiado alto para Joy, pero lo intentó, una pata trasera se enredó en lo alto del seto y terminó de morros en el suelo. Mary rodó por la hierba, perdió las riendas y se levantó; la cabeza le daba vueltas y vio a Joy preparándose para seguir a los perros sola. Sin darle tiempo para romper a llorar de frustración,

Denys, su querido Denys, volvió al trote llevando a Joy, que tenía los ojos desorbitados y los estribos colgando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó. Mary asintió—. Pues ¡arriba! —le dijo con la emoción bailándole en los ojos—. No los perderemos, se han parado en aquel rincón. Esto es tremendo, ¿no?

—El paraíso, sin duda —dijo Mary, y contuvo el aliento porque Joy se lanzó sin darle tiempo a llegar a la silla.

Era la mejor carrera de su vida. Los perros volaban sin tregua, nunca se detenían mucho a husmear, y Joy parecía incansable. Cuando no podía saltar, trepaba y brincaba o se abría paso entre el obstáculo con su pechito cuadrado. Siempre estaban entre los primeros. Mary habría podido ponerse a cantar de júbilo y emoción. En una ocasión, se precipitó hacia una barrera al mismo tiempo que la señora ffrench-Burrowes y, al saltar juntas, los estribos entrechocaron y la falda de la señora le rozó los pantalones; Mary, tan exaltada como estaba, le gritó: «¡Apártese de mi camino, haga el favor!», antes de que la otra pudiera abrir la boca para maldecirla.

La carrera duró más de una hora y terminó en un pozo de grava cubierto de hierba, donde el zorro se había refugiado. Mary tuvo la satisfacción de comprobar que varias personas habían renunciado; los demás estaban por allí, en una nube de vaho, mientras los perros arañaban la tierra y gemían de impaciencia. Mary se apeó, cansada y triunfante, y Joy se quedó plantada con las patas separadas y los ollares completamente abiertos, hinchando y deshinchando el costillar como un fuelle. Estaba empapada, con una gota de sudor en cada una de sus negras y tiesas pestañas. Mientras Mary le daba golpecitos y le decía que era maravillosa, la yegua le puso la frente en el pecho e intentó quitarse la blanca espuma de la cabeza frotándose contra la chaqueta de Mary.

Se alegró mucho en su fuero interno de que un inquieto terrier de pelo duro no consiguiera desenterrar, ni vencer ni humillar al zorro.

—¡Lástima, maldita sea! —dijo el joven de expresión ausente, que se acercó a Denys con los pies colgando, fuera de los estribos, y un cigarrillo en el labio inferior—. Tenían que haberlo abatido.

—¡Sí, sí! —mintió Mary con fervor.

—La carrera, soberbia. Adiós.

Con un esfuerzo sobrehumano, se levantó el sombrero y se fue con las riendas sueltas en el cuello del cansado caballo bayo.

—Hay que irse ya —dijo Denys—, tenemos un montón de kilómetros por delante.

—¿Ah, sí? —respondió Mary—. No sé dónde estamos; no se me había ocurrido pensarlo. ¡Ah, ha sido increíble! ¿Verdad, Denys? No me lo habría perdido por nada. Vámonos, ¿te parece? —Estaba entumecida y montó como pudo—. ¡Dios, mi trasero! No te das cuenta hasta que te apeas.

—Yo también lo tengo dolorido —dijo él—, pero vale la pena. Hacía años que no disfrutaba tanto. Por cierto, Joy y tú lo habéis hecho muy bien.

—Ha sido maravilloso —dijo Mary sumamente satisfecha—. Pues, la vez que se cayó fue culpa mía y solo mía. Todos los demás saltos han sido como si volara, en serio. Si hubieras visto la anchura del sitio por el que saltamos el arroyo, y por debajo de un sauce llorón, todo embarrado...

—Seguro que no era tan ancho como el sitio por el que salté yo: parecía un río inmenso.

¿Cómo te las arreglaste con aquella cancela que no te dejaba ver la zanja hasta que estabas metido en ella hasta el cuello?

—¡Ah! Para nosotras fue pan comido, Denys; salté una cancela de cinco travesaños..., o no, a lo mejor eran solo cuatro, ahora que lo pienso.

Y siguieron al trote corto alegremente por la carretera, hacia la oscuridad, alardeando, charlando, reviviendo cada momento, cansados, relajados y absolutamente felices.

—¿Me viste cuando choqué con la señora ffrench-Burrowes? —preguntó Mary—. Creo que hasta la insulté, o eso espero. Es horrenda, ¿no te parece? Es mejor argumento contra las cazadoras que cualquiera de los que me da Maggie.

—Es una perra —dijo Denys.

Ahora siempre decía cosas así con una naturalidad que impresionaba a Mary y ofendía a la tía Mavis.

Al caer la noche llegaron a un pueblo. Mary dijo entre bostezos:

—¿Qué te parece si...? Sería estupendo tomar un té. ¿A los caballos les sentaría mal parar un momento? Estoy hambrienta, deshecha y tengo un poco de frío. ¿Tú no?

—¡Buena idea! —dijo—. Creo que hay una tabernita bastante aceptable por aquí; seguro que a los rocines también les apetece beber algo.

Entraron en el patio sucio y pequeño del Red Lion; un hombre salió de la casa limpiándose los brazos en el mandil y los llevó a un pesebre en el que podían dejar las monturas.

—¿Se las apañan? —les preguntó, mirando furtivamente al cuadrado de luz de la puerta trasera—. Estoy haciéndole un trabajito a mi mujer y ya saben lo que pasa si desaparezco de pronto. Hablando del rey de Roma... —añadió con un orgullo incómodo al oír el grito de «¡Willy!»—. Una auténtica fiera, ¿ven?

Cuando el hombre se fue se rieron en la oscuridad del cobertizo mientras buscaban a tientas, siguiendo el borde roto del pesebre, las argollas para atar a los caballos.

—¿Qué trabajito será ese? —preguntó Mary riéndose por lo bajo—. ¿Fregar los platos?

—O lavar los pañales de los niños seguramente. ¡Maldita sea! Aquí hay una carretilla o algo.

—¡Ah! ¿Te has hecho daño, Denys?

—Solo me he partido la pierna. —Encendió una cerilla—. ¡Ahí está! ¿Qué te he dicho? ¡Un cochecito de niños! Fíjate; no podemos dejarlos aquí, Mary, no hay más que cachivaches. Seguro que al salir nos encontramos con que uno se ha clavado una horca en la pata o cualquier cosa, y además no tendríamos que dejarlos aquí de pie sin la manta. ¿Te fastidiaría mucho que no fuera a buscarte el té?

—No, claro que no; pero acabo de atar a Joy muy bien atada.

—Pues desátala. Vámonos antes de que Willy vuelva por aquí.

—No puedo. He hecho los nudos tan fuertes que ahora no los puedo deshacer.

—A ver, que lo hago yo. —Denys se acercó a ella a tientas, tirando de Buck—. Pero ¿qué clase de nudo has hecho aquí? —preguntó, manipulando las riendas de Joy.

—Espera, que desabrocho la hebilla —dijo Mary.

Mary se agachó a su lado. Se había quitado el sombrero, y el pelo, suelto y despeinado, rozó la cara de Denys.

—¡Maldito nudo! —dijo—. No puedo... —Se interrumpió—. ¡Qué bien te huele el pelo! —dijo de pronto, con una voz rara, como entrecortada, y, sin darle tiempo a ella a reaccionar, le

pasó los mechones sueltos por un lado del cuello y la atrajo hacia sí—. Mary..., déjame besarte.

Ella no le veía bien la cara en la oscuridad.

—¡Ay, no, no! —balbució Mary. Se le desbocó el corazón, notaba los latidos contra la chaqueta, latidos de emoción y de miedo, y una timidez repentina. Las escenas románticas que se había imaginado con él siempre terminaban antes del último primer plano. Intentó separar la cabeza, pero él la sujetaba con fuerza por el pelo—. ¡No, no! ¡No lo hagas! —repitió, mientras él empezaba a besarla con pasión, torpemente, por toda la cara—. ¡Ay, Denys!

Buck se agitó, inquieto, a su espalda, y pateó el duro suelo. Denys levantó la cabeza y tiró de las riendas.

—¡Para! —Miró a Mary en medio de la penumbra—. ¡Dios! llevo desde anoche deseando hacer esto, cielo. Cuando bajaste las escaleras con aquella cosa blanca, fue como si te viera por primera vez. De repente comprendí que ya no eras una niña. Es que siempre te imagino correteando por ahí en pantalones cortos.

La estrechó más. El alfiler de corbata que llevaba en el pañuelo blanco se le clavó en la frente al intentar esconder la cara contra él y, murmurando, dijo:

—Pero, si ya me besaste una vez en el desván, ¿no te acuerdas?

—Bueno, sí. —Le besó el pelo—. Pero no fue más que un juego. Creo que de pequeños éramos muy ñoños. Mary, ¿me quieres?

—Siempre te he querido —murmuró, retorciéndole un botón de la chaqueta.

—No, tonta —apartó el botón—. No quiero decir eso. Me refiero a ahora.

—Sí.

—Te quiero, Mary. Es divertido decirlo, ¿verdad? Mírame.

La obligó a levantar la cara empujándole la barbilla con la mano y empezó a besarla otra vez. Mary cerró los ojos. La quería; quería besarla; se lo permitió.

—¿Todo en orden por aquí? —Al oír la voz de Willy en el umbral se separaron, avergonzados—. Me manda mi mujer a preguntar si quieren té, que si entran a tomarlo o no. No saben cómo se las gasta. En cuanto echa el té al agua, no hay más remedio que tomarlo, tanto si lo quieren como si no.

—Bueno, lo sentimos muchísimo —empezaron a decir los dos a la vez, y se echaron a reír.

Denys le apretó el brazo.

—Me temo que no podemos quedarnos. Creíamos que..., bueno, es que es mucho más tarde de lo que nos imaginábamos y tenemos que volver. Si media corona le compensa por las molestias...

Se acercó a la puerta tocándose el bolsillo. Mary se quedó maravillada ante tanta sofisticación. «Le quiero», le susurró a Joy, apoyando la mejilla en el cálido cuello de la yegua, y Joy le resopló en la mano con un aliento caliente y húmedo. Cuando Denys consiguió desatarla, salieron al patio con los caballos, bajo la mirada de Willy, que no los perdía de vista y murmuraba desde el escalón de la puerta trasera preguntándose si sería mejor dar la media corona a su mujer en señal de paz o gastársela en cerveza.

En cuanto salieron del pueblo se pusieron al trote por la carretera y se subieron el cuello de la chaqueta porque hacía frío. Mary no dejaba de mirar a Denys en la luz violeta del anochecer, y le encantaba lo que veía. De vez en cuando, él se acercaba y le daba un beso; cuando pensaba en ese «Te quiero, Mary», se alegraba tanto que los labios se le abrían solos en una gran sonrisa. Se

acordaba de todo lo que le había dicho.

Había dicho que de pequeños era muy ñoños. La ñoña habría sido ella, en todo caso, por haberse enamorado y haberse creído que estaban comprometidos desde entonces. Se preguntó si lo estarían ahora; él no había dicho nada, pero daba igual. La quería; no tardaría en pedirle la mano y todo sería increíblemente romántico. Jamás le contaría todas las cosas que se había imaginado de pequeña; había sido una niña ñoña. Qué curioso, no saber en qué se diferenciaba la ñoñez del amor auténtico. Él la consideraba mayor. Se cortaría el pelo, aunque fuera sin el permiso de su madre, y así parecería mayor aún, y entonces le pediría que se casaran.

La oscuridad y el trocotó constante de los cascos contra el suelo arrullaban sus pensamientos mientras ella botaba suavemente al ritmo del trote de Joy. Buck se movía a su lado, casi invisible, a un paso más largo y cadencioso. Si estiraba la mano, Denys se la cogía, se la apretaba y le mordisqueaba los dedos por encima del guante. Era de noche cuando entraron por fin en el sendero de atrás; la ventana de Bates era un cuadrado de luz que alumbraba el camino. Entre los visillos de encaje vieron una mesa de té y a la señora Bates con un delantal de flores; estaba cortando pan. Mary juraría que había visto salmón en lata.

—¡Dios, qué hambre tengo! —dijo con un suspiro—. Espero que nos hayan guardado algo de comer. A lo mejor hay magdalenas... y bollitos.

—A mí no me vendrían mal un par de huevos, además.

—Ni a mí; y un baño..., ¡será como ir al Cielo! Con quinientos kilos de esas sales de baño que mi madre le regaló a la tuya por Navidad.

—Creo que mi madre no las usa, así que...

En el patio los recibió la luz que salía por la puerta del establo. Tom estaba dentro limpiando las camas de los caballos; se acercó al umbral rastrillo en mano y cogió las bridas de Joy cuando Mary se bajó completamente entumecida.

—Hay que ver la paliza que les han dado, y eso que solo están entrenados a medias.

—Pero, ¡Tom! —Mary lo siguió hasta el cubículo de Joy—. No me ha parecido que se cansara nada, y la carrera ha sido la más maravillosa de toda mi vida; hemos corrido kilómetros y kilómetros y ha saltado todos los obstáculos, y yo me caí una vez, y terminamos más allá de Ilfracary. Por eso hemos vuelto tan tarde.

Quería contárselo todo. Siempre le interesaba saber lo que habían hecho, pero se limitó a decir:

—Así está bien tapadita la yegua. —Le pasó la mano por las costillas—. Tendría usted que saber que no se la puede tratar de esa forma.

—¿Qué pasa, Tom?

Denys entró por la puerta con Buck y parpadeó a la cruda luz eléctrica.

—No, claro, no lo sabe —musitó Tom, con la cabeza debajo de la silla, aflojando la cincha a Joy—. Su abuela... Ha muerto esta tarde.

Esa fue la quinta cosa que sucedió aquel invierno.

CAPÍTULO CINCO

—Mary —dijo la señora Shannon mirando por la ventana, con desagrado, a la masa de gente con impermeable que se iba tragando la exposición de El Hogar Ideal,[17] en la acera de enfrente—, ese sitio me saca de quicio. ¿Qué te parece si no renovamos el contrato este otoño y nos buscamos una casita en otra parte? Me gustaría tener mi propia puerta y, la verdad, dudo que se pueda vivir en Kensington últimamente: este barrio parece un circo. Además, me gustaría vivir más cerca de la tienda, de mi tienda.

Gracias al dinero que le había dejado la abuela, se había asociado con la señora Wilkes Armitage, que era una mujer caprichosa y empezaba a cansarse de su último antojo, así que agradecía compartir la responsabilidad del negocio.

—¿Qué opinas, cielo? —continuó, volviéndose—. Tú y yo en una linda casita con macetas de geranios y visillos de cuadritos en la cocina.

—Hum —dijo Mary sin levantar la mirada de la lección de historia que intentaba estudiar mientras tomaba el té.

Solo faltaban cuatro semanas para los exámenes de ingreso y se estaba llenando la cabeza febrilmente de fechas y acontecimientos..., parecía que le iba a estallar. Quería recuperar el tiempo que había perdido cuando se enteró de que su abuelo iba a vender Charbury para quedarse a vivir permanentemente en el piso de Berkeley Square, que, hasta el momento, le había hecho las funciones de simple segunda vivienda en la ciudad. Le parecía todo tan inútil que se le habían quitado las ganas de trabajar. Ahora ya nada le importaba, y Denys no le contestaba las cartas, solo le había mandado una vez una postal de un pabellón de críquet diciendo: «Ánimo. Ocupadísimo. Nada más por ahora. Con cariño, D.».

Se habían visto en las últimas vacaciones, unas tristonas vacaciones de Semana Santa, en un Londres más feo e indeseable que nunca, sin nada más que hacer que ir al cine o a pasear al parque, cosas que a él no le gustaban. Un día Mary fue a su casa a tomar el té cuando toda la familia se había ido. Se sentaron en unos cojines delante de la chimenea del salón y, durante media hora, todo fue perfecto, como antes. Luego apareció Sarah, encendió todas las luces y dijo:

—Pero ¿qué hacéis aquí con todo a oscuras? ¡Subnormales!

Los exámenes duraron tres días y se llevaron a cabo en el vestíbulo del colegio, previamente equipado con sillas y pupitres plegables tan separados unos de otros que ni Muriel Hopkins, experta en miradas de soslayo, pudo copiar. Una profesora pasaba la mirada sin descanso por toda la sala, como un águila; cuando Beryl Massey tuvo que salir porque se mareaba, la acompañó una prefecta al lavabo, de ida y de vuelta, para que no consultara la fecha de la batalla del Boyne mientras vomitaba.

Mary perdía el ánimo a razón de un punto por cada nueva pregunta que tenía que responder. Eran imposibles, eran injustas, eran cosas que no le sonaban ni de lejos. En plena

lucha contra una oda latina cuyo sentido le resultaba intraducible, que ni siquiera tenía el detalle de contar con un verbo en los cuatro primeros versos, se acordó de pronto de Charbury y, con disimulo, lloró sobre los brazos cruzados, con lo que perdió diez minutos de un tiempo precioso. Estaba tan acobardada cuando llegó la prueba oral de francés que casi no pudo decir nada más que *oui*, *non* y *oh, natur... elle... ment*, por lo que la examinadora chasqueó la lengua y, olvidándose de las buenas formas, dijo:

—Oh, no, no, no. La siguiente, por favor.

Cuando salieron los resultados, Angela aprobó con buenas notas, y a Mary la suspendieron. Angela iría a Suiza en otoño, y Mary, que habría podido ir con ella, tuvo que quedarse en el St. Martin para volver a examinarse en primavera. Nadie supo decirle nunca por qué era tan importante; no era más que una cosa que se les había metido entre ceja y ceja a su abuelo y a su madre, y no se la podía quitar por muchas patadas que diera a los muebles. La única luz en el horizonte de Mary era que iría a ver jugar a Denys el encuentro entre Eton y Harrow en Lord's. Él era el capitán. ¿Qué mayor gloria podía alcanzarse en este mundo? La llevaría la tía Mavis, y la señora Shannon había encargado en la tienda un vestido amarillo de muselina a medida, con sombrero a juego.

—Pero, mami, es que tengo que cortarme el pelo, tengo que cortármelo, ya sabes. He intentado recogérmelo, pero se me cae. Parezco la tía Winifred, y las horquillas se me resbalan todo el rato. No puedo ir con la melena suelta; parezco una cría.

A Denys no le gustaría presumir de una niña pequeña delante de sus amigos.

—Cielo, me prometiste que esperarías a terminar el colegio. No suelo imponerte mi voluntad, pero esta vez sí. Este pelo tan precioso... —se lo levantó y lo dejó caer otra vez.

—No te burles de mí —replicó Mary, resentida, y fue a lamentarse a otra parte.

Eligió una peluquería y se pasó cinco minutos paseando de un lado a otra fuera del establecimiento, hasta que se atrevió a entrar.

—Quiero hacerme un corte de pelo a lo paje, por favor —le dijo en un susurro a la chica que estaba detrás del mostrador pintándose unas uñas tan largas como garras, que daban escalofríos.

—¿Tiene hora? —preguntó la chica sin dejar de pintar.

—Pues... no.

—¡Ay! —Se raspó las uñas al pasar las carpetas del archivo—. El señor Piegg la atenderá dentro de media hora —le anunció.

Mary se fue a un salón de High Street a tomar té y un pastel de roca, pero la espera le ponía los nervios de punta. Cuanto más pensaba en ello, más adorable le parecía el peso de la melena, el calorcito que le daba en la nuca y la caricia del cepillo por las noches. En el salón, las mujeres tomaban té con sándwiches de jamón y otras cosas con mayonesa de huevo y filetes de lenguado frito, que tanto apetecen después de una sesión de compras. Casi todas llevaban el pelo corto. Se preguntó si cortárselo les habría costado tanto como a ella, o si un buen día su marido, por hacer una gracia, les habría puesto un orinal en la cabeza y les habría pasado las tijeras con la misma naturalidad que quien recorta el seto del jardín. Después se acordó de Denys, se levantó, dejó dos peniques debajo de la bandeja, pagó la cuenta y se volvió decididamente a la peluquería.

A medida que los gruesos mechones caían al suelo por obra de las hábiles tijeras del señor Piegg, cuyo acento era más *cockney*[18] que francés, el pálido rostro que la miraba desde el espejo se asustaba más y más. Se veía desnuda, casi calva.

—¿No me lo ha cortado demasiado? —le preguntó tímidamente, tocándose con horror el pelo corto y tieso del cogote.

—¡No, no! Le ha quedado un corte precioso —dijo Piegg, pasándole un cepillo por los hombros—. ¿Qué va a hacer con el pelo cortado? —Se sacudió el mar de cabellos de los zapatos—. ¿Un cojín para el sofá?

Cuando el peluquero se fue, Mary cogió del suelo el mechón más ondulado que vio y se lo guardó en el bolso. A lo mejor a Denys le hacía gracia conservarlo. Le había dicho: «¡Qué bien te huele el pelo!».

Al ponerse el sombrero pensó que parecía un huevo, así que se lo quitó y se fue andando a casa con la cabeza descubierta, moviéndola para ver si notaba el gozoso soplo de la libertad, pero lo único que percibió fue una corriente desagradable. Para su gran alivio, su madre aún no había vuelto. Salió otra vez a la calle, compró salchichas y coliflor y la preparó gratinada para la cena. Puso la mesa; se quitó el uniforme del colegio y se puso un vestido marrón con un gran lazo blanco, y acababa de pensar en ir a la floristería de la esquina a comprar un ramo cuando oyó la llave en la cerradura. Se sentó rápidamente en el sofá y, con el corazón en un puño, fingió que leía un libro. Fue la primera vez que Mary vio a su madre muda de asombro. Se quedó en medio de la habitación con sus brillantes ojitos negros casi fuera de las órbitas; Mary empezó a ponerse colorada poco a poco mientras intentaba sostenerle la mirada.

—Voy a decirte una cosa —anunció la señora Shannon, cuando recobró el habla—. ¡Que jamás se te ocurra ser madre!

Mary y la tía Mavis llegaron a Lord’s justo a tiempo para ver rematar a Denys un impresionante turno de cincuenta y tres y... salir expulsado por lo que el abuelo y su camarilla declararon un lanzamiento nulo.

—Pero ¿qué demonios te has hecho? —fueron las primeras palabras que Denys le dedicó a Mary—. ¡Te has cortado el pelo, chiflada!

—¿No te gusta?

—Claro que sí, de ti me gusta todo. Ven, vamos por este lado, a ver quién ha venido.

Mary no cabía en sí de gozo y de orgullo por que la vieran con él. Estaba tan espléndido con los pantalones blancos, la casaca azul claro y el cuello de la camisa desabrochado que se parecía más que nunca a Rupert Brooke. Todo el mundo los miraba; Mary oyó decir: «Es el capitán, el chico que ha marcado cincuenta». A unos niños pequeños con sombrero de copa casi les da un patatús cuando pasó a su lado y, propinando un codazo en las costillas a sus mayores, les dijeron con voz ronca: «¡Mira, *mater* —o *pater*, o tío Benjamin—, ese es Ritchie!». «¡Ah, qué chico tan guapo!», decían las madres con aire soñador, y se llevaban los impertinentes a los ojos.

Después de comer, cuando Denys salió al campo, Mary se quedó con el abuelo, que se sentó con el sombrero echado hacia delante, las rodillas separadas y las manos apoyadas en la empuñadura del bastón, siguiendo centímetro a centímetro el recorrido de cada pelota, tanto si le daba con el bate como si no. ¡Pobre abuelo! Todos decían que estaba estupendamente y que «lo llevaba de miedo», pero a Mary no le parecía que estuviera tan bien. Había cambiado; las arrugas de la cara tenían ahora un rictus de preocupación, como de perro, y, cuando soltaba sus típicas gracias, era como si lo hiciera por obligación, repitiendo las de siempre con esfuerzo porque no le salían solas. Iba a la oficina todos los días, en vez de solo de vez en cuando, pero le había confiado a Lily que parecía que ya no hacía falta ni en su querido restaurante. Era su creación, era como un

hijo, y ahora se le estaba escapando de las manos. Ya no tenía nada que hacer allí gracias a Lionel y a Guy, que se lo quitaban de encima dándole tareas sin importancia.

—¿Qué tal el Shannon's? —le preguntó Mary, porque sabía que le gustaba que se lo preguntaran.

—Boyante, gracias, muñeca. Tienes que ir a comer conmigo un día de estos, así te educaré el paladar, porque supongo que no sabes gran cosa de comida y vinos, ¿verdad? Verás, cuando nació tu padre, guardé unas botellas de oporto para él, igual que hice con los otros chicos. En realidad, ahora serán tuyas. ¿Te las doy cuando te cases? Bueno, si te casas con un hombre que sepa apreciar lo bueno, claro está.

—¡Sí, sí, por favor! —A Denys le encantaba el oporto—. Y me apetece muchísimo ir a comer contigo, abuelo... ¿Un sábado, tal vez?

—Cuando quieras, no tengo nada que hacer. Y de paso ves la última monstruosidad de tu tío Guy —añadió con cierto fastidio.

—¿Qué es?

—Una coctelería, nada menos..., pretende americanizar el restaurante. Con esa cosa brillante como se llame por todas partes...

Mary iba a decir: «¡Qué bonito!», porque el Shannon's siempre le había parecido muy anticuado, pero se contuvo a tiempo.

—No le dejes, abuelo, si no quieres —le dijo, sin perder de vista a Denys, que corría velozmente por la línea exterior del campo para interceptar la pelota.

—No tengo ni voz ni voto en ese asunto; solo soy el propietario del local. ¡Ah, bien interceptada esa pelota, caballero! ¡Por Zeus, qué chico tan bueno! ¿Has visto eso, Tomlinson?

Se volvió hacia un hombre que estaba detrás de ellos, que tenía una nariz como una fresa pasada.

—Una jugada preciosa —dijo Tomlinson—. No he visto mejor equipo en mi vida. ¡Ah! ¡Bien lanzada, caballero! En el palo del medio...

—¡Un golpe limpio! ¡El palo ha salido volando! ¡Así se hace, así se hace! —El abuelo, entusiasmado, golpeaba los tablones con el bastón—. ¡Ya son nuestros! ¡Aunque la luz los deje seguir jugando!

Se volvió de nuevo a Tomlinson. Parecía que se le había olvidado la ofensa de la coctelería. Mary pensó que era muy triste que los pobres mayores necesitaran que les dieran alegrías. Si la vida pudiera ser una partida de críquet sin fin para el abuelo, a lo mejor nunca se sentiría solo ni innecesario. Le cogió la mano y se la apretó, pero él estaba pendiente de un jugador que hacía todo lo posible para que lo expulsaran y le dio unos golpecitos en la rodilla mecánicamente.

Después del partido fue a comer con la tía Mavis, pero se acobardó bastante porque había mucha gente elegante a la que no conocía, además de otro chico que había jugado también, que era baronet y que llamaba a todo el mundo «amiguito mío».

Cuando a Mary le llegó la hora de irse, Denys la acompañó a la puerta y le dijo que era una niña encantadora y, en el vestíbulo, le dio un beso un tanto formal, porque dijo que tenía que volver con los invitados.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó Mary.

—Pronto, pronto..., al final del trimestre. Aunque no sé, porque en cuanto terminen las clases nos largamos a Francia y después me voy con la familia de Cape a Escocia. Oye, cielo,

tienes que ir a Oxford el próximo trimestre. Te lo enseñaré y nos los pasaremos en grande.

—Estaré en el colegio —dijo ella con un mohín—. Tengo que quedarme otros dos trimestres.

—¡No, imposible! Diles que lo he dicho yo. Bueno, es que tengo que volver. No queremos que nadie sepa lo nuestro. —La besó otra vez.

—Me da igual que...

Mary era temeraria en el amor, y más si la impulsaba la idea de no volver a verlo en tanto tiempo. De todos modos, tarde o temprano tendría que saberlo todo el mundo.

—¡Por Dios! A mi madre le darían diez síncopes si lo supiera y mi padre diría que es incesto. Mira, encanto, ahí llega tu taxi, es mejor que te vayas. ¡Hala! —Le besó la punta de la nariz y la empujó suavemente hacia fuera—. Adiós, querida.

—Adiós, Denys, querido. —Bajó un par de peldaños y se dio la vuelta—. Denys, ¿qué es «incesto»?

Pero la puerta ya estaba cerrada y, confusa, siguió su camino con el vestido amarillo de muselina, marchito y arrugado ya como un narciso seco.

En agosto, la señora Shannon, que estaba cansada y había trabajado muchísimo, aprovechó su creciente influencia sobre la señora Wilkes Armitage para insistir en tomarse tres semanas de vacaciones, que pasó con Mary en un crucero por el Mediterráneo. Su socia, que se ponía alheña en el pelo, se quejó de que la dejara sola, atada a la tienda en la época tonta de Londres, pero tuvo que quedarse retorciéndose las manos entre las balas de cheviot que había que transformar en ropa deportiva «para los páramos».

La señora Shannon compró toda clase de sombreros, bolsos y baratijas en Gibraltar, en Marsella, en Génova, en Palermo, en Argel, en Tánger, en Madeira y en Lisboa. Después, cuando volvió al ambiente del canal de la Mancha, la decepcionaron; así pues, en cuanto dejaron atrás las Needles, se las puso en las manos a la camarera. Mary jugó al tenis de mesa con un alegre grupo de jóvenes con floreados atavíos de playa, y un telefonista vivales de Glasgow la besó en cubierta. Sobre el fondo de la luna de Tánger, que emergía de la bahía blanca y misteriosa, todo parecía un agradable romance tropical, hasta que la hizo gritar de pánico cuando le preguntó si quería ser su «niñita bonita» de una noche.

Su madre se pasaba el día y la noche jugando al *bridge*, con una boquilla larga apretada entre los dientes. Se hizo amiga de un especialista en huesos que tenía un bigote rojizo y se llamaba Gerald Rigley, cuya mujer disfrutó de mala salud casi todo el viaje, encerrada en su camarote. La señora Shannon le hacía reír y la seguía a todas partes como un caprichoso airedale terrier diciéndole *bons mots* sin parar.

Pero no era Charbury.

Cuando volvieron, Mary se fue con los Shaw a una casa que habían alquilado en la isla de Wight, y descubrió la maravilla de la navegación. La señora Shaw se tumbaba en una hamaca en el césped vestida con exquisitos modelos blancos y tomando zumo de naranja a sorbitos, y el señor Shaw iba los fines de semana, rebosante de jovialidad. Llevaba una gorrita de capitán en la parte de atrás de la cabeza y hacía más ruido que nunca, sobre todo cuando hablaba con los pescadores y con los marineros, a los que casi llamaba «corazones míos». La casa siempre estaba llena de jóvenes íntegramente bronceados y de chicas que tenían la virtud de hacer que Mary sintiera que iba desaliñada. Hasta el creciente *savoir-faire* de Angela y su atractivo personal la

cohibían más que nunca.

—Estás muy callada —le decía a voces el señor Shaw en las comidas—. Apuesto a que estás enamorada. ¿Te has enamorado? ¡Confiesa!

Ella se ruborizaba muchísimo y no respondía ni lo negaba. Cualquier excusa servía para justificar su incapacidad de estar a la altura del relampagueante intercambio de bromas y tópicos, y de la vivacidad aplastante de los demás. Se lo pasaba mejor cuando salían a navegar; por lo general, Angela la arrastraba para que fuera la tercera de una compañía de tres:

—Cielo, tienes que venir. Es que no soporto estar a solas con él.

En cuanto superó la fase de equivocarse con los cabos y de golpearse la cabeza con la botavara, Angela y el joven la dejaron encantados al timón, sin ayuda, mientras ellos se divertían y retozaban en la pequeña cubierta de proa. Mary se sentaba de mil amores en el hueco de popa con un traje de baño amarillo que el agua marina había encogido y descolorido, y mantenía el rumbo diligentemente; disfrutaba del suave tirón de la caña y el cabo, que tanto se asemejaba a cabalgar, así como del roce de la brisa en la cara, mientras se deslizaban y el sol bailaba entre las crestas de las pequeñas olas del Solent. Cuando quería ejecutar un viraje elegante gritaba, emocionada: «¡Atención: viramos!», y se arriesgaba moviendo la vela y el timón: cuando no conseguía dominarlos, casi tiraba a los otros dos al agua. Todo muy peligroso, según señalaba el tío Tim cuando se lo contaba después, y estimulante en grado sumo.

Pero no era Charbury.

Angela se fue animadísima a Suiza, con mucha ropa nueva, y Mary tuvo que volver, desanimada, a un St. Martin más lóbrego que nunca sin su amiga y que no le ofrecía nada más que *lacrosse* y estudio; como aborrecía el *lacrosse*, tuvo que conformarse con el estudio. En esos momentos vivía con su madre en un estado de semitraslado a una casita en Marguerite Street, al lado de Sloane Square. Parecía que lo único que se pintaba era la puerta de la calle, que llevaba ya no menos de tres capas de color escarlata «porque parece que al pintor le gusta mucho la puerta; seguro que es un artista en paro, pobre hombre», decía la señora Shannon.

—Más bien porque el rojo es el color más caro —respondía Mary.

La señora Shannon se lo pasaba muy bien entre invitar a té y dar su opinión a los carpinteros, a los de las mudanzas, a los del gas y al hombre que siempre pasaba a preguntar si tenían problemas con las ratas.

Mary aprobó los exámenes en primavera y se fue del St. Martin con casi dieciocho años y la sensación de ser más vieja que las montañas, como si no quisiera volver a hacer nada en la vida.

—Bien, veamos —dijo la señora Shannon una noche por enésima vez, mientras se frotaba la cara enérgicamente con crema limpiadora—. ¿Qué piensas hacer? ¿Lo has pensado un poco más?

Se frotó la mandíbula y se miró con ojo crítico en el espejo del tocador.

—¡Ay, mami, no sigas con eso! Acabo de terminar el colegio. ¿Es que no tengo derecho a un minuto de descanso? Ya me he sacado el dichoso ingreso. ¿Qué más quieres?

—Pues, ahora que ya lo tienes, puedes buscar trabajo o empezar a prepararte para algo.

La madre se quitó la crema y procedió a aplicarse una loción astringente en la cara a vengativos bofetones.

—Ah, secretariado o algo así, descuida, para gastarme las uñas hasta los muñones y escribir a los consultorios sentimentales todas las semanas preguntando si mi jefe insinuará algo cuando me invita a cenar en el Strand Palace y me cuenta que su mujer no lo comprende —respondió

Mary burlonamente—. ¿No podría hacer algo en la tienda..., como de maniquí o de..., o de maniquí o algo así?

—No hay trabajo para ti en la tienda. La pobre Wilkie siempre tiene que cargar con debutantes necias.

—Bueno, si me dejaras ir a la escuela de arte dramático con Angela...

—¡Ay, cielo! ¿Otra vez con lo mismo?

Se lo dijo muy enfadada, pero de pronto estiró la boca en una sonrisa artificial para aplicarse carmín en los labios.

—¿Cómo sabes que no serviría para eso? Parece que no tienes muy buena opinión de tu hija.

Mary daba vueltas por la habitación, inquieta. Cogió un frasco, se le cayó y salpicó de loción la nueva moqueta verde de su madre.

—¡Ay, Mary! ¡Deja de toquetearlo todo! Vete a buscar un trapo antes de que deje marca.

—Porque, claro —continuó Mary, que volvió con una toalla de la cara—, al fin y al cabo, me viene de familia. Fíjate en el tío Geoffrey: estaba maravilloso en esa película, y eso que era la primera.

—Estuvo estupendo, ¿verdad? —dijo la madre en medio de una nube de polvos—. ¿Te acuerdas de la escena en la que tropieza con el felpudo al ir hacia la puerta? Creí que me moría. Bueno, a lo mejor no soy muy imparcial, pero, no sé..., cuando se encuentra con el policía gordo en el parque...

Y siguió con lo mismo, así que Mary tuvo que esperar a que se callara un momento a pintarse los labios para volver a su asunto.

—Sí, bueno, muy bien —dijo la madre—. Me gasto un montón de dinero en una escuela de teatro para que luego te cases.

—No es tan cara, es un sitio bastante cochambroso. Por otra parte...

—Por otra parte, ¿qué? —balbució la señora Shannon, con la boca distorsionada porque se estaba aplicando rímel en las pestañas.

—No, nada.

Mary iba a decir: «Denys y yo no podremos casarnos hasta dentro de años y años, si piensa ser abogado», pero su madre no sabía que se iba a casar con Denys, y Mary tampoco, en el fondo. Ese era el principal motivo por el que quería hacer algo emocionante, como ir a la escuela de teatro, algo que le quitara de la cabeza esa duda pequeñita que la corroía y que no reconocía ni para sí misma.

La señora Shannon se levantó, se embutió en un ceñido traje negro de noche, se lo colocó en su sitio y se tocó con satisfacción algunas partes de su bien conservada anatomía.

—¿Con pendientes o sin pendientes?

—Me da igual —dijo Mary, sentándose en la cama; se puso a dar pataditas a la cenefa de la cortina y a tirar de los hilos de la colcha—. A mí no me parece bien que salgas con un hombre casado.

—¡Ay, mi niña! —Su madre se rio mientras se ensartaba unos pendientes de diamante que le había regalado su marido hacía casi veinte años—. No te pongas así. De todos modos, a mí no me parece que una mujer que no quiere tener hijos y que prácticamente está postrada en cama sin motivo, que yo sepa, sea una mujer casada. Si no quiere ir a la ciudad con su marido, pues...

no pensará que va a salir con sus amigotes todas las noches.

—Gerald viene a Londres solo por verte a ti.

—No digas bobadas —replicó la madre, halagada—. Tiene que venir todos los meses para dar unas clases.

—Bueno —dijo Mary tomando aire por la nariz—, pero, de todas formas, dejarme aquí sola...

—¡Ay, cariño! Lo siento mucho. ¿Te molesta? —dijo, y se dio media vuelta rápidamente con el peine en la mano—. No, claro que no —se respondió a sí misma, y volvió a mirarse en el espejo—. Estás un poco enfurruñada, nada más; te encanta estar sola. Mabel te ha dejado una cena riquísima y creía que me habías dicho que ibas a ir al cine después con esa chica tan sucia... Toots, Boots o como se llame.

—Se llama Poo[19] y no es sucia. Y, aunque lo fuera, a ti te pasaría lo mismo si vivieras con cuatro hermanos, una madre tísica y un padre que se mata haciendo no sé qué..., se me ha olvidado, pero algo bastante asqueroso, para poder comer cordero los domingos en un piso horrible, encima de una corsetería, en el que, para entrar y salir, hay que pasar por encima de montones de ligueros, protectores de axilas y...

—Está bien, está bien, no hace falta que te sulfures. Haz el favor de pedirme un taxi, anda, bonita.

Mary acompañó a su madre a la puerta cuando esta salió envuelta en una delicada aura de perfume, con una capa de terciopelo alrededor de los hombros.

—Por última vez —le dijo, mientras le abría la puerta—: ¿puedo ir a la escuela de arte dramático?

—Por última vez: no —respondió la señora Shannon, y bajó los dos peldaños y cruzó la calle para meterse en el taxi.

El tío Geoffrey escribió desde Hollywood, en tinta verde y en papel finísimo:

> Mi queridísimo renacuajo:
>
> Gracias por escribirme. No, no me he casado todavía, ni me he divorciado, aunque hay por aquí una mamita monísima de Springfield (Illinois) que me ha hecho cosquillas en este corazón de niña que tengo, o quizás sea la primavera. Me alegro de que te gustara la película. Pronto podrás ver la siguiente, a no ser que decidan retirarla y rehacerla de nuevo. La han rehecho tantas veces que una más da igual.
>
> Vaya, vaya, conque quieres seguir los pasos de tu tío, ¿eh? Te deseo mucha suerte y más dotes que las que he tenido yo, pero ¿por qué una escuela de arte dramático? Creo que en mis tiempos no existían, pero las cosas cambian, claro, y nada más lejos de mi intención, etc. A lo mejor un día tú y yo montamos nuestro propio espectáculo en Broadway. Echo de menos el escenario después de un año y medio de esto, pero... la pasta manda.
>
> Con cariño, hasta la muerte,
>
> TÍO GEOFF
>
> P. D. A lo mejor me meto donde no me llaman, pero ¿se te ha ocurrido pensar en buscar un trabajo con el que tengas más posibilidades de ayudar un poco a tu madre económicamente? Dice que las cosas le van bien, pero es que ella es así. Olvida lo que he dicho... No soy quién para hablar de esto.

El curso en la escuela de arte dramático no empezaba hasta el otoño, así que Mary pasó el verano sin hacer gran cosa, más que engordar.

—Has tardado en crecer, y ahora se te está poniendo cara de pan a destiempo —le dijo su madre, cosiendo una falda que le estaba ensanchando—. De pequeña eras muy delgadita, pero te afinarás, ya verás. Tienes que estilizarte antes de que aparezca tu nombre en letras de neón.

—Eso espero, por favor —dijo Mary.

Terminó la última onza de una tableta de chocolate y se fue al comedor a buscar un plátano.

La cima hacia la que se elevaban todas sus esperanzas, sus sueños y su emoción era el baile de conmemoración en la facultad de Denys, al que la había invitado.

Solo había estado en Oxford una vez, con Linney y su abuelo, en el Daimler, y habían tomado té y bollos con mantequilla en las habitaciones de Denys; después habían ido a ver todas las facultades; el abuelo tenía recuerdos de cada metro del camino, y los llevaba por desvíos para enseñarles rincones insospechados por los que entraba en el recinto a altas horas, o en los que su amigo Sickert —«ahora es juez del Alto Tribunal»— había trepado por una farola con un casco de policía.

—Y solo bebíamos cerveza, no esos alcoholes venenosos que parece que podéis permitiros, chicos. La cerveza era cerveza en aquellos tiempos, no zumo de hierbas en botella. Me acuerdo de que mi secretario la traía en jarras grandes, de las que teníamos en los dormitorios. —Denys guiñó un ojo a Mary a espaldas de su tío, que siguió contándoles la historia de Entwhistle—: Estudiaba teología, y ya sabéis cómo son esos, todo Dios y sin agallas para nada. Se licenció con sobresaliente y quería celebrarlo, así que, ¿sabéis lo que se le ocurrió? Invitó a diez compañeros a su habitación, los encerró y, enseñándoles una botella de clarete que llevaba oculta a la espalda, dijo: «A ver, demonios, de aquí no sale nadie hasta que se termine la última gota de esto».

Vieron el césped del New College, la torre Magdalen y el monumento en memoria de los mártires, con su tradición de que uno de cada generación de determinada familia tiene que escalar hasta arriba y colgar algo grosero en la aguja más alta. Mary, que llevaba tacones, estaba muy cansada y desanimada, porque pasaría toda la tarde a solas con Denys. Le impresionaba la gran categoría que había alcanzado en ese mundo esencialmente masculino, el estudiado desaliño en el vestir, con una tira de tela negra y vieja llamada «toga» colgada de un hombro y esa nueva actitud despreocupada que le hacía sentirse una niña pequeña.

Sin embargo, ya no era una niña pequeña. Había descubierto la mejor forma de peinarse, había ido a un par de fiestas y a un club nocturno, y se había pintado los labios con la idea de que cada capa de carmín era una capa de sofisticación.

La señora Shannon no estaba segura de si debía dejarla compartir una habitación en un hotel con una chica desconocida que se llamaba Greta Daniel e ir al baile, con una tal «la tía de Old Nick» por carabina. No obstante, como la obstinada Mary echaba mano constantemente de su buen talante, cosa que le minaba la moral, solo protestó débilmente, por cumplir, se encogió de hombros y dijo:

—Bien, bien; supongo que las cosas han cambiado desde mis tiempos.

Y saber que la tía Mavis se había enfadado mucho porque Denys había invitado a Mary al baile, en vez de a Sarah, reforzó su consentimiento.

Mary y Greta Daniel tenían que ir juntas a Oxford. Quedaron en el kiosco de prensa de Paddington, con un periódico para identificarse, y fue rechazo a primera vista.

Greta era extraordinariamente presuntuosa, aunque no tenía motivos: un aspecto insignificante, unas piernas gordas, una cara mona, pero de las irritantes, y una permanente muy mal hecha. Había estado muchas veces en Oxford. Sabía el andén, en qué vagón del tren había que subirse, prácticamente tenía un bono mensual. Por lo visto, George Gurney, el amigo de Denys, era su prometido. Le enseñó un pequeño conjunto de amatistas bastante normal que

llevaba en el anular de la mano izquierda.

A Mary le habría gustado que Denys le hubiera regalado un anillo, para enseñárselo a Greta. «¡Ah! Sería todo un detalle por su parte», le murmuró por dentro una voz a la que nunca prestaba atención.

—¿Qué curso hace tu primo? —preguntó Greta.

—Primero.

—¡Ah, sí, claro! George hace segundo.

En el trayecto, la conversación no acababa de despegar. Como tenían que pasar la noche en la misma habitación —qué perspectiva tan horrenda— Mary pensó que sería mejor hacer un esfuerzo por llevarse bien, pero fue imposible. Greta portaba una armadura impenetrable de engreimiento. Cuando se acercaban a su destino, Mary vio que se ponía un protector labial casi transparente, así que ella optó por pintarse los labios de escarlata más que nunca, como desafiándola. Rogó que no les tocara una cama de matrimonio.

Denys y George Gurney fueron a buscarlas a la estación. Greta se hizo cargo de George en silencio, como si fuera su dueña, desde el momento en que se dieron la mano y no volvieron a soltarse, y Mary pensó que, si ese era su prometido, aún tenía menos motivos para ser tan presuntuosa. Era muy alto y bastante fuerte, sin duda, pero rígido, y ancho desde los hombros hasta el suelo, como un armario. Tenía el pelo liso, espeso, rojo; una cara como una caja y gafas de carey; hablaba mucho y con gran entusiasmo, con una voz sorprendentemente aguda y nasal.

—Es buchmanita[20] —le explicó Denys a Mary en un aparte al salir de la estación.

Se separaron en la residencia y Denys se llevó a Mary a tomar el té en sus habitaciones.

—Cielo —le dijo—, ¿te conformas con unos bollos con mantequilla?

Entró un tal Fat, con unos pantalones de franela estrechísimos y una chaqueta de punto amarillo canario, se comió casi todos los bollos y se quedó mucho tiempo tirado en el viejo sofá. Mary deseaba que se fuera. No tenía ganas de oír sus groseros ripios humorísticos; quería estar a solas con Denys. No podía dejar de mirarlo; era tan consciente de su presencia cuando estaban en la misma habitación que le resultaba imposible portarse con naturalidad. A Fat le pareció muy sosa, ella lo notó, y, un rato después, se puso de pie por fin y se largó bostezando. Denys y Mary se sentaron en el sofá y él la besó. Esos besos eran diferentes, mucho más emocionantes, pero... curiosamente distintos. Así que esta era una de las cosas que enseñaban en Oxford.

Sonó un reloj en alguna parte del edificio.

—Cariño mío —dijo Denys—, podría quedarme aquí contigo toda la noche, pero si vamos a asistir a ese espectáculo, más vale que empecemos a cambiarnos. Hemos quedado en las habitaciones de Nick a las siete y media, y no podemos retrasarnos mucho.

Mary deseó que no hubiera baile, poder pasar toda la noche los dos solos. Cuando estaban con más gente, siempre temía que la comparara con las demás desfavorablemente, que pensara que no era tan lista, tan elegante y bonita, que advirtiera su timidez.

—Te acompaño al hotel —le dijo, y la levantó del sofá. Ella buscó un espejo en el que mirarse—. Puedes arreglarte en mi habitación, si quieres.

Mary entró en el otro cuarto y se puso a curiosear en cuanto la puerta se cerró; miró con cariño la ropa que se ponía él, las cosas que tocaba a diario. Vio fotografías de su padre y de su madre, en las que la tía Mavis parecía toda pecho, e instantáneas de Julia y Sarah de vacaciones; Sarah, en traje de baño, también parecía toda pecho. «Debería tener una mía —pensó Mary—; se

la mandaré junto con el mechón que he guardado».

Mientras se peinaba delante del espejo, Denys entró y la abrazó por la espalda; le clavó la barbilla en el hombro y frotó la cara contra la de ella. Mary lo miró en el espejo. ¡Qué atractivo era! ¡Qué maravilla estar enamorada de una persona de la que sentirse orgullosa! Sería tan vergonzoso tener que presentar a George Gurney como tu prometido…, y, sin embargo, era el prometido de Greta, mientras que Denys… Pero daba igual. Lo único que pasaba era que los hombres lo daban todo por sentado; no necesitaban decir las cosas siempre con palabras, como las mujeres.

—¿Dónde está la tragedia? —le preguntó Denys, sonriendo al serio reflejo de Mary.

—No hay tragedia. —Se volvió hacia él, que la besó estrechándola.

—Vaya —dijo—, ahora tienes que empolvarte la nariz otra vez. No tardes, tenemos que irnos ya.

Le pareció divertido ir andando con él entre la multitud de la residencia, cruzar las calles entre los autobuses y el tropel de bicicletas, con el cielo del anochecer tan claro por encima de los antiguos y fantásticos edificios. Como de costumbre, Denys conocía a todo el mundo. No paraba de saludar a otros estudiantes, que llevaban pantalones grises de franela y chaquetas deportivas que casi eran un uniforme; unos eran bisoños, otros mejor plantados, muchos acompañados por chicas. Mary agarró a Denys del brazo con un sentido de posesión tan evidente como el de Greta Daniel.

Cuando llegó a la habitación, Greta estaba lavándose la cara vigorosamente con agua y jabón; llevaba un quimono verde y unas zapatillas de terciopelo con una estúpida escarapela en la punta. Había dos camas. El vestido de noche de Greta —verde claro, de tafetán— estaba preparado encima de la grande y más cómoda, cerca de la ventana. Mary no dijo nada, solo suspiró intencionadamente al dejar la maleta encima de la otra.

—Vas a tener que darte prisa —dijo Greta, quitándose la toalla de la cara, roja de tanto frotar.

—No tiene importancia —respondió Mary—. ¿Me puedo dar un baño?

Empezó a quitarse la ropa. Greta se puso de espalda para iniciar un complicado proceso de vestirse sin quitarse el quimono, del que salió milagrosa y decentemente ataviada con unas enaguas indesmallables.

Cuando Mary volvió del baño, Greta estaba sentada al tocador, mal iluminado, maquillándose con la ayuda de un tubito de muestra de crema hidratante y una polvera. Se aplicó el claro carmín de labios con mucho cuidado y, con el mismo cuidado, se lo quitó de nuevo pasándose el meñique por la boquita; después se colocó una redecilla en la cabeza antes de ponerse el vestido.

—¡Qué vestido tan mono! —dijo Mary amablemente, paseándose por la habitación casi desnuda, para fastidiarla.

—Sí, es mono, ¿verdad? —dijo Greta sonriendo ante el espejo de cuerpo entero—. El verde me parece un color difícil de llevar, pero si eres capaz, debes ponértelo.

Se calzó un par de zapatos plateados con forma de barca y tacón bajo.

—¿Por qué no llevas tacones altos? —preguntó Mary, y se fue hasta la ventana con un espejo de mano para hacerse cosas complicadas en las pestañas—. Así serías un poco más alta para bailar con tu prometido. Yo siempre me pongo tacones altos, y eso que soy más alta que tú.

—Pues —respondió Greta— es que no me gustan mucho los tacones altos. —Se atusó los lanudos rizos de la permanente, se ahuecó las mangas del cándido vestido de tafetán y dijo—: Bien, creo que voy a bajar ya. George me está esperando. ¡Qué divertido! ¿Verdad?

Greta se fue y Mary se puso el vestido e intentó verse en el espejo con los ojos de Denys. Había ahorrado para comprarse un vestido blanco porque a él le había gustado verla de blanco aquel día Navidad, hacía más de año. Era precioso, pero le apretaba en la cintura y, si respiraba hondo, el cierre del lado saltaría y se le vería un trocito de piel. «Ojalá estuviera más delgada —pensó—. Tengo que ponerme a dieta. Aunque a los hombres les gustan las curvas».

Se colocó en el pelo un prendedor de pasta que le habían regalado el invierno anterior por haber sido dama de honor en la boda del tío Tim; se había casado con una chica de Southsea que se llamaba Annabelle, aunque no era tan glamurosa como su nombre. Más tarde se enteró de que llevaba años merodeando por la Marina y que se la conocía por el apodo de «la Jamelga de Portsmouth». Sin embargo, después de unas cuantas ginebras, las crecientes ganas de domesticidad del tío Tim pudieron con todo y terminó desfilando bajo un arco de espadas, muy colorado, con Annabelle como un caballo triunfador a su lado. En las fotos, el que parecía una víctima propiciatoria era el tío Tim, no la novia.

Cuando Mary bajó, Denys ya estaba en el vestíbulo terminando una copa.

—¿Puedo tomar algo? —preguntó, para alargar el tiempo que pasarían solos.

Denys pidió dos cócteles y después tomaron otro más; al final, Mary salió a la calle por las puertas giratorias con una sensación de contento, como si tuviera los pómulos más altos que de costumbre y tuviera que sonreír.

Llegaron a las habitaciones en las que iban a cenar, donde los invitados ya estaban sentados a una larga mesa. Había nueve personas, incluida la tía de Old Nick, a la que evidentemente habían desenterrado de algún sitio oscuro para la ocasión; la mujer tenía dificultades para que el pelo no se le moviera de su sitio. Mary tuvo que soportar que le presentaran a todo el mundo; las otras chicas la miraban como perros hostiles, furiosas, porque Denys era mucho más guapo que todo lo que tenían a mano. Greta, que estaba comiendo un pomelo con el meñique bien estirado, seguía plenamente satisfecha con George; cuando le tocó que le presentaran a Mary dijo:

—¡Ah! Nosotras ya nos conocemos.

Algunas de las otras chicas eran tremendamente *soignée* y parecían mucho mayores que los hombres, e incluso un par de ellos parecían niños disfrazados con su pajarita blanca y su frac. Al lado de Denys había una rubia platino que tenía un cutis increíblemente blanco y llevaba una orquídea en el pelo. Parecía que se conocían. Mary se horrorizó al oír que se dirigía a él diciéndole: «Denys, cariño»; esperaba que hiciera lo mismo con todos los hombres. Bebió una copa de champán rápidamente y se encontró mejor. A su lado estaba el propio Old Nick, bajísimo, como un monito cómico. Se entendió enseguida con él mientras Denys hablaba con la rubia platino, y Mary creyó ser nada menos que madame Du Barry[21] cuando Denys se volvió y dijo:

—A ver, a ver, Nick, nada de coquetear con mi chica.

Después del refrigerio, la tía, que seguía recolocándose las horquillas, se llevó a las chicas abajo a empolvarse la nariz. Pasaron por un patio y Mary vio que el jardín de la residencia se había transformado en el país de las hadas, con luces de colores, lámparas chinas y sugerentes rincones para sentarse entre las sombras.

En una habitación pequeña y oscura, un montón de mujeres intentaba asomarse a dos

espejos llenos de manchas, y proliferaban las miradas suspicaces. Mary vio que la rubia platino se pintaba los párpados de azul y pensó en comprarse sombra de ojos al día siguiente.

—Se te ha desabrochado el vestido por el lado —dijo Greta al pasar.

A Mary le encantó ver que le había salido una irritación en el cuello por causa del champán.

Después salieron de allí y Mary bailó con Denys en un entoldado tan grande que no se oía a la banda desde el otro extremo. Alrededor, sentados en sillas, había varios especímenes viejos, hombres y mujeres del pasado de Oxford, diciéndose unos a otros: «El corazón se alegra de ver divertirse a los jóvenes». Cada vez que la música se paraba, Mary aplaudía con entusiasmo y rogaba que volviera a empezar enseguida. Entre el champán y el amor, la cabeza le cantaba de felicidad. Con solo levantar un poco la mirada veía el perfil de la mejilla de Denys. La tenía fuertemente enlazada y bailaban sin hablar. Después, la llevó al césped y le dijo cosas tiernas en la oscuridad. Ella movía los dedos por su manga, acariciándolo. Con un repique de tambor y un estallido de platillos, la banda anunció que, de momento, no volvería a tocar *Little White Lies*.

—¡Ay, Dios! —dijo Denys—. ¡Necesito un trago! Vamos.

Mary se quedó como perdida mientras él se abría paso hasta la barra y volvía con champán para los dos. Se lo tomaron y se metieron entre la gente, que hablaba, se reía y gritaba. Denys saludaba a unos y a otros constantemente. La rubia platino de la orquídea en el pelo llegó con Nick escabulléndose entre la multitud y tomaron otra copa los cuatro juntos. La rubia hacía comentarios agudos y desesperantes sobre todo el mundo que se le ponía a tiro, y Mary tenía la sensación de ser muy sosa, pero se consoló con una de sus frases de reserva: «A los hombres no les gustan las mujeres maliciosas».

A lo lejos se oyó a la banda, que empezaba a tocar un vals antiguo.

—¡Ay, Señor! —exclamó Nick—. Eso sí que no lo puedo hacer, Anne.

—Pero a mí me encanta el vals —respondió Anne, con un mohín en los húmedos labios rojos.

Antes de que Mary tuviera tiempo de decir: «Y a mí también», la rubia se llevó a Denys como por ensalmo en dirección a la pista de baile.

—Vamos fuera a sentarnos —dijo Nick.

Salieron y se sentaron en unos asientos muy incómodos, detrás de un seto; Mary se alegró porque Nick era simpático y coqueteó un poco con ella.

—Supongo que pedirías socorro a gritos si te besara, ¿no? —le dijo.

—Sí —respondió ella.

Se preguntó si sería verdad. Aunque la noche todavía era joven, parecía que todo el mundo ya estaba besándose. Mientras buscaban un sitio en el que sentarse habían visto muchas sombras ocultas y se oía mucha respiración intensa en el aire. Casi parecía una tontería estar ahí fuera sin besarse.

—Tenemos que volver —dijo Mary; se levantó y miró con preocupación si se le había quedado la marca de la silla en la parte de atrás del vestido blanco—. Le prometí a Denys el siguiente baile.

Fue horrible no encontrarlo por ninguna parte; finalmente se deshizo de Nick con el pretexto de ir al tocador, donde coincidió con Greta; una mujer ajada, vestida de alpaca negra, le estaba cosiendo un adorno del vestido.

—Ya está; no puedo hacer más por usted —dijo, y rompió el hilo con un suspiro—. No

sabría hacerlo mejor.

Clavó la aguja en un acerico que llevaba en el pecho.

—Me lo descosió George —le dijo a Mary con satisfacción—. ¡Qué chico tan malo! ¿Verdad?

—¿Qué diría el doctor Buchman? —replicó Mary, asqueada y desdeñosa.

—Bueno, es que —dijo Greta, siguiéndola hasta el espejo—, si te empeñas en hacer una cosa, tienes que hacerla. George está empeñado en enamorarse locamente de mí. ¿Te cuento lo que me ha dicho?

—No, gracias —dijo Mary—. No soy del grupo.

La antigua Greta era despreciable, pero esta otra, tan segura, era peor todavía. Por lo visto, no había nada, ni siquiera el sexo, de lo que no pudiera presumir. Mary salió rápidamente, se perdió entre los soportales y, para su gran alivio, encontró la forma de volver a la barra, donde vio a Denys levemente despeinado, bebiendo y riéndose con un grupo de gente.

—¡Cariño! —la saludó—. ¿Dónde te habías metido? Creía que Nick te había raptado. Vamos a bailar.

Denys perdió el paso un par de veces y la hacía girar más y más deprisa, entusiasmado, riéndose, con un mechón de pelo en la frente. Se acordó de aquella vez en el desván de Charbury, cuando estaban como borrachos con la electricidad de la tormenta. Después del baile la sacó fuera, al césped, y empezó a besarla; pero había algo en la situación que a ella no le gustaba. Eran otra pareja más que se escondía, de las que se reían otras parejas cuando pasaban en busca de un sitio en el que esconderse a su vez.

—Cariño, ¿no podemos volver a tus habitaciones? —le preguntó.

Pero no podía ser porque estaba prohibido, y además era la hora de cenar.

En la cena había más champán y una variedad de platos poco apetecibles que la gente parecía más inclinada a tirar que a comer. Así que Mary también tiró el suyo, había que hacerlo porque era lo divertido. Denys la besó en los labios delante de todo el mundo, y a ella le sentó muy mal. «¡No!», le dijo enfadada, pero él se echó a reír y la sacó a bailar. Mientras bailaban, la euforia que le había dado el champán se le pasó de repente y se dejó caer, cansada y triste por todas las cosas que Denys tenía que haber dicho y hecho, pero que había omitido. Al final del baile hubo un momento horrible, porque estaba harta. No quería salir y que la besara en el jardín, no quería beber más, Denys no estaba de humor para hablar; ¿qué podía hacer? Estaba harta. Pensar esas cosas cuando estabas con una persona a la que querías era horroroso, una traición.

Se encontraron con una pandilla de amigos de Denys, y Mary se obligó a animarse y a decir tonterías, cosas divertidas. No era precisamente ingeniosa, pero tampoco hizo falta. Uno de los chicos, un bufón cuadrado y atlético con un bigote esponjoso le preguntó si «le concedía un baile».

—¿Te parece bien, Denys?

De pronto comprendió que era mejor ausentarse un ratito, un ratito muy corto. Con ese pelo cayéndole sobre la frente estaba más encantador que nunca.

—Me parece perfecto, cariño —le dijo, haciendo un gesto impreciso de despedida con la mano—. Pero ¡guárdame el siguiente! —añadió, cuando ya se iba con su pareja, que se llamaba Tuppy.

Tuppy no bailaba muy bien. La empujaba sin parar por toda la pista sin seguir el ritmo del vals, y se preguntó si le podría decir que era un vals, y tal vez contar: «Un, dos, tres. Un, dos,

tres», como en una clase de baile. Pero el chico parecía satisfecho, sudando a mares y dando vueltas y vueltas como si fuera una batidora de leche. Después se sentaron en un sofá debajo de unas escaleras; Mary se aburrió más que nunca. Tuppy ni siquiera quería besarla; se puso a hablar de coches, y a ella le dolía la mandíbula por contener los bostezos. El efecto agradable se le había pasado y solo le quedaba el desagradable; el mal sabor de la boca, el dolor de cabeza y la impotencia para aclarar las ideas.

Por suerte oyeron que la música empezaba otra vez, y Mary se levantó y se abrochó el cierre del lado por enésima vez.

—Muchas gracias; ha sido muy bonito —le dijo—. Tengo que ir a buscar a Denys.

—¡Ah, oye! —tartamudeó Tuppy, sorprendentemente— Bailarás otro conmigo, ¿verdad? Bueno, es que me pareces una chica muy agradable, de verdad. Y además tienes cabeza —dijo, tocándose una frente casi inexistente.

Mary se despidió de él entre la gente que había en la entrada del entoldado.

Mirando a las parejas que daban vueltas con una vitalidad envidiable se preguntó cómo podían seguir todos tan alegres tanto tiempo. Eran casi las tres. Así que en esto consistía la diversión de los mayores, el objetivo de sus ambiciones de niña. Necesitaba muchísimo a Denys, estaría buscándola. «Guárdame el siguiente», le había dicho en un tono apremiante. Era bonito pensar que dos personas se estaban buscando y se iban a encontrar en medio de toda esa confusión. Pero ¿dónde estaba? Se acercó a la barra, a los soportales, a las salas de estar. Tal vez en el jardín. A lo mejor lo tenía atrapado una chica y no podía deshacerse de ella. Salió al césped, pasó al lado de una pareja, de otra, de otra... Era la única que estaba sola. Una lámpara japonesa más luminosa que las demás alumbró una escena horrible en un banco. Ese vestido verde de tafetán, esa cabeza pelirroja; solo podían ser Greta y George abrazándose de la forma más grosera y apasionada. Y, por si fuera poco, a la luz de la lámpara más brillante. Las personas menos atractivas eran siempre las más desvergonzadas. Pasó de largo pensando en frases hirientes que decirle a Greta cuando se encontraran a solas en la habitación, aunque sabía que jamás se las diría.

Volvió a los soportales, buscó por todas partes, por todos los pasillos, pasó por el entoldado varias veces para ver si estaba allí. ¡Ay, Denys! Siguió buscando frenéticamente, empujando a la gente que taponaba las entradas y salidas por las que quería pasar, corriendo de un lado a otro como si tuviera que cumplir una misión desesperada. Incluso abrió la puerta de algunas habitaciones, cerca de las escaleras. En una de ellas había un hombre en la cama, y la insultó. En otra, encendió la luz y se encontró con nada menos que tres parejas, que la miraron parpadeando con furia desde tres muebles diferentes. Pensó que podía pedir a algún hombre que entrara en los servicios de caballeros, y volvió a bajar los soportales. Tres tipos, que aparecieron cantando al doblar una esquina, chocaron con ella.

—¡Eeeeh! ¡Cuidado con la linda señorita!

Nick estaba entre ellos.

—¡Oye, Nick! —dijo, cogiéndolo del brazo—. ¿Has visto a Denys? Llevo horas buscándolo y no lo encuentro por ninguna parte.

—¿Denys? —dijo el que más se tambaleaba—. Por casualidad no te referirás a Denys Ritchie, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo has visto?

—Claro que sssí. Denysss Ritchie, visssto por última vez abrazando a una rubia platino en el sofá de mi habitación. ¡De mi habitación, fíjate! —respondió, apuntándole a la nariz con un dedo.

—¡Cierra la boca, Arthur! —dijo Nick, molesto—. Ven, Mary, te acompaño a tomar una copa.

Intentó cogerla del brazo, pero ella lo rechazó.

—No —dijo, procurando parecer frívola, pero con la sensación de que el estómago se le iba a salir del cuerpo—. Nos gusta saber esos detallitos. Supongo que estás seguro de que era Denys, ¿no? —le insistió a Arthur.

—Pu... puesss sssí. —Soltó una risita por esa boca floja e inútil.

—Y la chica, esto..., ¿llevaba una orquídea en el pelo?

—Ssseñorita —dijo Arthur, y se acercó a Mary tambaleándose, apestando a alcohol—, puede que llevara una orquídea en el pelo cuando entró en la habitación, pero cuando la vi yo —alargó una mano para apoyarse en una columna—, essstaba claramente... ¿cómo hossstias ssse dice? *¡Dérangé!* —soltó por fin con orgullo.

—¡Ah! —exclamó Mary con debilidad.

Dio medio vuelta y se fue enseguida sin hacer caso a Nick, que le decía: «Un segundo... ¡Mary, espera!».

Se le revolvió el estómago. Tenía que irse a algún sitio, a cualquier parte en la que pudiera estar sola. Vio la puerta del guardarropa y entró sin pensar.

—¡Ay! —exclamó la mujer ajada—. ¡Qué mala cara tiene! ¿Se encuentra mal?

—Un poco —respondió; se volvió hacia el espejo y fingió que se arreglaba la cara.

—Seguro que no puedo ayudarla —dijo la mujer, derrotada.

—No pasa nada —musitó Mary, enfadada, y salió de nuevo.

Iba a echarse a llorar. Salió corriendo al oscuro jardín. Gente, gente por todas partes. ¿Es que no había ningún sitio en el que pudiera estar sola para disolverse en autocompasión por lo que le había hecho Denys? Se dirigió a ciegas a la sombra de un edificio; al pasar por una puerta, un hombre salió al camino. Era Denys.

—Hola —dijo con toda naturalidad—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—¡Ay, Denys! —Lo miró a la luz del umbral; tenía carmín de labios en la cara.

Mary rompió a llorar.

—Pero... ¿qué...? Vamos, cálmate, por amor de Dios.

La llevó a las sombras y echó a andar por el camino.

—¡Ah! ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido...? —Iba tropezando a su lado, buscando un pañuelo en vano, intentando limpiarse los ojos con el vestido—. Me besas, finges que me quieres..., y ¡luego te vas de cabeza con otra chica! —le gritó.

—¡Ah, vamos, por amor de Dios! —dijo él, enfurecido, dando patadas a la grava—. Hablas como si yo fuera propiedad tuya.

—Pero yo creía..., creía que... —Si al menos dejara de andar podría decírselo. Todas las dudas que había aplastado en el fondo de la cabeza durante tanto tiempo se le cayeron encima como una sola y desgraciada certeza. No sabía ni lo que decía—. ¡Creía que nos habíamos prometido! —le soltó.

—Que nos habíamos... ¿qué?

Por fin dejó de andar y la miró a la cara, y ella vio que estaba lívido de ira. «¡Ay, qué tonta,

qué tonta! ¡Haber dicho una cosa como esa!». Se llevó las manos a la cara, con los dedos debajo de los ojos, y gimió contra las palmas sin dejar de mirarlo con perplejidad. De pronto él se echó a reír absurdamente, intentando convertirlo todo en una broma.

—En algún momento lo has interpretado mal —le dijo; metió las manos en los bolsillos y la miró, estaba muy pálido—. «Solo se viaja más deprisa», ese es mi lema.

—Pero en Charbury... —Tendió la mano para tocarlo, pero él retrocedió, molesto.

—¡Ah, Charbury! ¿Por qué sacas eso a relucir? ¿Qué demonios tiene que ver Charbury con esto?

—Aquella vez que volvíamos de la cacería...

—Ah, ya.

Echó a andar otra vez, y ella tuvo que correr detrás, sin resuello, llorando.

—Dijiste que me querías, lo dijiste... en aquel pesebre...

—¿Vas a echarme en cara todo lo que he dicho en mi vida? —le contestó, furioso. Habían llegado al final del camino y él se volvió y empezó a andar otra vez a la sombra del edificio, murmurando—: ¿Hasta la última maldita palabra...? ¿No lo entiendes, Mary? Mira..., me obligas a decir cosas despreciables..., pero ¿no entiendes que entonces todo era distinto? Es decir, yo todavía era un crío, no conocía a ninguna otra mujer. Al fin y al cabo, somos primos... —Hablaba casi avergonzado, pero ella lloraba tanto que apenas lo oyó—. ¡Oye! —Denys se detuvo otra vez y la miró a la cara con desesperación—. Deja de llorar, Mary, por favor. Haces que me sienta el peor canalla del mundo. Toma... mi pañuelo. —Se lo tiró a la mano—. ¡Dios, qué malo soy! —dijo, y se llevó la mano a la frente—. Oye, ¿estoy borracho o lo estás tú?

Mary ya estaba histérica. Arrugó el pañuelo en la mano y no se lo llevó a los ojos.

—Eres un bruto, un animal. ¡Te odio! Lo único que quiero saber —hipó— es si me quieres o no. Si es que no, dímelo. ¡Vamos, dilo! —Casi se pone a gritar al ver que Denys no contestaba —. ¡Dilo, vamos!

—Bien, tú me lo has preguntado. —Tenía una expresión horrible, estaba muy enfadado de repente—. Tú me lo has preguntado: ¡no!

Le lanzó la palabra a la cara y desapareció. Mary oyó sus pasos corriendo por los escalones de piedra, por la puerta del edificio, por los tablones de madera, y después, un portazo, y se quedó sola en el silencio y en la oscuridad.

Un hombre gritó jubilosamente en alguna parte con voz de borracho y se oyó un coro de risas; después, otra vez el silencio; a lo lejos, el zumbido átono de la banda.

Se sentó en los escalones con el bonito vestido blanco y se enjugó las lágrimas con el pañuelo de Denys. No podía llorar más. Un rato después se levantó como un autómata y se fue lentamente por el césped hasta el guardarropa. Ocultó el rostro mientras la mujer la miraba al entregarle el abrigo y el bolso, y luego, con el abrigo colgado al hombro, se fue sola a la entrada de la residencia. Ni siquiera se molestó en empolvarse la nariz.

—¿Taxi, señorita? —preguntó el conserje, sorprendido.

—No, gracias.

—¿No se queda para la foto, señorita? ¡Qué lástima!

Bajó las escaleras y siguió andando por la calle. Le temblaban las piernas y tenía un dolor de cabeza cegador. Al llegar al cruce, miró al fondo de la calle y vio un pálido resplandor de luz en el cielo del este. Empezaba a clarear imperceptiblemente. Llegaba otra mañana a la que le seguiría

otra mañana, y otra después. Días y días de pena en los que no podría pensar en otra cosa más que en lo tonta que había sido.

En la habitación, fue incapaz de mirarse al espejo. Sencillamente tiró la ropa y se encogió en la cama, con las cortinas corridas para que no entrara la luz. El bonito vestido blanco era una mancha blanca y arrugada entre la silla y el suelo. Le dolían los ojos, se le habían hinchado los párpados y le palpitaban, pero no podía dormir. Temía que llegara Greta. La cabeza le daba vueltas. Le pesaba mucho y tenía la sensación de que se le hundía más y más en la almohada, como si cayera y siguiera cayendo hacia el olvido, y de pronto, ¡clic!, la luz eléctrica se encendió con un brillo doloroso, y ahí estaba Greta, despeinada y satisfecha, con la cara brillante como un trozo de piña. Ni se había molestado en subirse la hombrera del vestido, que llevaba caída, con el hombro al descubierto. Venía dispuesta a contarle hasta el último detalle de los pseudorreligiosos requerimientos sexuales de George, pero Mary se dio media vuelta y fingió que dormía sin responder a la charla de Greta: «Bueno, espero que te hayas divertido tanto como yo» y «George dijo que le gustaba muchísimo con este vestido, pero que le gustaría más sin él. Qué tremendo es, ¿verdad?».

Greta se levantó temprano, fresca como una rosa, y pidió salchichas; Mary salió de la espesa niebla de un sueño anestésico y, con gran esfuerzo, volvió a la consciencia, a la opaca desdicha que la esperaba en cuanto recobró la memoria.

—No me encuentro bien —le dijo a Greta—. Voy a coger el tren más temprano de lo que pensaba. Es mejor que volvamos a casa por separado.

—¡No, no! —dijo Greta, saliendo de la cama con un pijama de color malva de pantalones cortos y estrechos—. No puedo consentir que te vayas sola si no te encuentras bien del todo. George tendrá que conformarse sin su paseo por el río.

—No, no —replicó Mary—. Prefiero estar sola, de verdad.

Empezó a meter sus cosas en la maleta sin el menor cuidado.

—¡Ajá! —exclamó Greta, volviendo a las salchichas—. La mañana siguiente a la noche anterior, ¿eh? Sé lo que necesitas: ¡un gran vaso de sal de fruta Eno!

—¡No me hagas vomitar! —murmuró Mary, metiendo las zapatillas en la maleta tan a lo bruto que las suelas crujieron.

Greta mordió ruidosamente una tostada. Mary cogió el bonito vestido blanco y lo dobló de cualquier manera. Debajo, en la silla, estaba el pañuelo blanco de Denys hecho una bola. Mary volvió a notar el picor de las lágrimas en los ojos y metió el pañuelo al lado de las zapatillas, con el vestido encima.

Se arregló la cara lo mejor que pudo, pero se le quedó igual de hinchada y horrible.

—Sí, la verdad es que tienes muy mala cara —dijo Greta, dando vueltas por la habitación con el quimono verde—. Si tuviera un termómetro, te tomaría la temperatura.

—Estoy bien —dijo Mary, y se encasquetó el sombrero de un tirón—. Adiós. —Cogió la maleta y levantó la mano—. Me voy volando, no quiero perder el tren.

—Adiós, querida. Espero que volvamos a vernos pronto. Vas a venir a nuestra boda.

Mientras pagaba la cuenta en la recepción, el encargado le entregó un sobre.

—Señorita, lo ha dejado un caballero esta mañana para usted.

Era la letra de Denys. Si hubiera sido la chica de una película, lo habría roto sin abrirlo y al final resultaría que era una carta en la que le pedía la mano y todo se arreglaba. Pero aquello no

era una película, así que abrió el sobre en el tren, y decía:

Querida Mary:

Solo puedo decirte que lo siento y que espero que sigamos siendo amigos para siempre. Si no quieres que volvamos a vernos, lo entenderé.

D.

Con una nueva determinación, rompió la carta en pedacitos muy pequeños y los vio volar hacia atrás por la ventanilla a medida que el tren ganaba velocidad.

CAPÍTULO SEIS

—Ahora, chicas, vamos a pasar de la desesperación al miedo, a la ira, al valor, a la esperanza y al éxtasis en seis sencillos movimientos. ¡De rodillas! Empezad con la cabeza agachada e id levantándola poco a poco para terminar echándola hacia atrás en el ¡éx-tasis!

La señorita Dallas echó la cabeza atrás con tal abandono que casi se rompe el cuello.

«Esto es mucho pedir a las nueve y media de la mañana», pensó Mary, dejándose caer de rodillas como un camello enfurruñado; echó la cabeza hacia delante de manera que el suave pelo oscuro le tapó la cara. Las clases de movimiento eran casi peores que las múltiples torturas que había descubierto en los dos trimestres y medio que llevaba en la Escuela de Arte Dramático Rockingham, sobre todo si no eras una de las estrellas. Para colmo de la degradación, tenían que asistir a esas clases en mallas verdes y un breve vestido holgado, de seda, con cuello de pico y mangas por el codo.

—Desesperación —anunció la señorita Dallas, y Mary, mirando de lado entre su cortina de pelo, vio a Myrtle Drew retorciéndose prácticamente en el suelo en un ataque de realismo—. ¡Miedo! —Las quince chicas levantaron la cabeza un poco, miraron hacia arriba y se encogieron. Myrtle dio un paso más llevándose la mano a la boca—. ¡Ira! —aulló la señorita Dallas, y las cabezas se levantaron un poco más, los ojos se pusieron en blanco y los puños se apretaron. Mary se sacudió el pelo hacia atrás y se preguntó si parecería tan necia como se sentía—. ¡Valor! —Todas intentaron imitar a Sybil Thorndike haciendo de santa Juana—. ¡Esperanza! —dijo la señorita Dallas tomado aire, y las cabezas empezaron a inclinarse hacia atrás con los ojos hacia el cielo y la boca ligeramente abierta—. ¡Éx...tasis!

La palabra sonó como una onomatopeya, y algunas, como Myrtle Drew, se esforzaron por alcanzar el delirio, mientras que otras, como Mary, dejaron la cabeza colgando hacia atrás y levantaron los brazos esperando lo mejor.

—¡Bien! —gritó la señorita Dallas poniéndose de pie de un pequeño brinco, con el vestido, que era ligeramente más largo que el de sus alumnas y que llevaba un broche de perla en el cuello, revoloteando alrededor de las mallas verdes de algodón—. Ahora, vamos a hacerlo todo seguido rápidamente: un solo movimiento expresivo, veloz y continuo, desde la desesperación hasta el éxtasis, ¿de acuerdo?

Su entusiasmo tuvo poca respuesta, excepto por parte de Mirtle, que, con las manos unidas y conteniendo el aliento, esperaba otra oportunidad de demostrar sus dotes.

—Cabezas abajo..., ¡empiecen!

La señorita Dallas las animaba dando palmadas secas para marcar cada cambio de emoción con una sonrisa valiente fija en el pequeño espacio entre la nariz y la barbilla, impávida ante la escena de locas que tenía delante. Repitieron estos gestos frenéticos varias veces más, con una pausa entre cada tanda para que la señorita Dallas dijera:

—Middleton, no me gusta su miedo. Preciosa esperanza, Drew. Enséñesela sus compañeras, por favor. Chicas, dense media vuelta y contemplen la esperanza de Drew. Entréguese más, Shannon, querida, no veo diferencia entre su miedo y su ira.

Se pusieron de pie, las rodillas de las mallas se les quedaron arrugadas y manchadas de polvo, y empezaron a andar por la sala, diez minutos, con una bolsa de alubias en la cabeza. Este ejercicio era fácil y se podía hablar por un lado de la boca con la persona que estaba delante o detrás mientras la señorita Dallas las animaba.

—Esto es lo que nos enseñan por veinte guineas al trimestre —musitó Mary a Angela, que andaba delante de ella con sus preciosas piernas largas y rectas—. Qué poco nos lo imaginábamos cuando soñábamos con venir aquí.

—De todos modos, vale la pena si así conseguimos subir a los escenarios.

—Sí, «si». Yo empiezo a desanimarme; estas chicas le matan la ambición a una. Por otra parte, ni siquiera sé actuar, y mucho menos demostrar éxtasis justo después del desayuno. En tu caso es distinto, tú eres buena...

—¡Uf, qué va! Soy pésima...

—Vamos, vamos, vamos, Shaw. Hemos venido a trabajar, no a charlar. ¿Cómo cree que va a actuar si no sabe ni andar por el escenario? —La señorita Dallas dio unas palmadas, de un saltito colocó los pies en la quinta posición y dijo—: ¡En fila! Vamos a hacer un poco de mímica, de una en una.

Esta era la peor parte. Las alumnas se ponían en fila contra la pared y, por turnos, salían al centro de la habitación y representaban sin palabras lo que se le ocurriera a la caprichosa imaginación de la señorita Dallas.

La primera chica, un ser extraño llamado Muriel Willoggby, con pelos de loca y una piernecitas largas y delgadas, tuvo que representar el espíritu de la primavera. Fue una encarnación brillante de Nervo y Knox.[22] Pero no hizo ninguna gracia; resultó muy triste y vergonzoso, y recordaba dolorosamente a lo que, con seguridad, parecía una misma.

Myrtle Drew triunfó representando a una pastora que se miraba en un estanque tranquilo al anochecer. La señorita Dallas la aplaudió y dijo: «Espléndido», y Myrtle vio su nombre en luces de neón.

Mary empezó a quedarse helada de aprensión a medida que se acercaba su turno. Miró a Angela, que salió al centro con su brillante pelo cobrizo y sus ricitos por toda la cabeza, descubrió un cadáver y se desmayó del susto. Era buena, se dijo Mary con envidia, sin la menor duda.

—Ahora, Shannon —dijo la señorita Dallas, que no tenía muy buena opinión de Mary, pero le pagaban para que fuera imparcialmente entusiasta con todas—. Veamos lo que puede hacer con Puck.[23]

¡Oh, demasiado! ¿Por qué no se lo mandaba a otra que supiera hacer cosas raras con las piernas y los brazos? Lo único que se le ocurrió fue clavar los dedos en el aire, muy separados, al estilo tradicional de la pantomima, y dar unos pasitos de puntillas parándose de vez en cuando en una actitud de alerta. Notó que se ponía como la grana, que el calor le subía en oleadas a la cara como si abrieran la puerta de un horno, y terminó la actuación en cuanto se atrevió.

Volvió a la pared echando siniestras miradas a la profesora, que se limitó a decir: «Bien» con el mismo garbo que siempre y pasó a disfrutar mirando a Lola Stubbs, que disparó una flecha sacando el pecho y enseñando los dientes.

A las diez y media, las chicas salieron en tropel de la desnuda sala haciendo la reverencia de rigor, torpe o elegante, a la señorita Dallas. Tenían que ponerse el abrigo sobre los hombros para ir a los vestuarios, para que ningún estudiante masculino las viera en mallas, si se cruzaban con alguno.

Los vestuarios olían a pintura grasienta, a zapatos, a impermeables húmedos. Mary se puso su blusa y su falda en medio del barullo de cuerpos y, sin querer, vio que la ropa interior de Margaret O'Gorman necesitaba un buen remojo de doce minutos con detergente Rinso.

—¿Qué toca ahora, Angel? —le preguntó a Angela en el momento en que su preciosa cara puntiaguda emergía por el cuello del vestido.

—Recitado.

—No con Rocky, ¿verdad?

—Hum. Por eso me estoy pintando los labios.

—No te va a servir de nada. Solo le gustan los chicos.

Todo el mundo insultaba, menospreciaba y ridiculizaba a Julius Rockingham a su espalda, porque delante de él se paralizaban de miedo. Frisaba los setenta años, era muy alto y delgado; tenía una cara arrugada y ascética, así como una nariz imponente que debió de estropearle el perfil, que por lo demás habría sido perfecto, antes de que abandonara las tablas para ponerse a enseñar.

Empleaba un método sádico llamado «limar asperezas» con el que reducía a sus alumnos, sobre todo a las chicas, a un amasijo de humillación. Cuando alcanzaban el nivel requerido de autodegradación, procedía a reconstruirlos con entusiasmo según sus propias ideas, hasta que, tres años después de haber cruzado las puertas de la escuela con toda la espontaneidad y la ambición, salían tambaleándose, desilusionados y con una tendencia mortal a tomarse en serio a sí mismos. Afortunadamente, la llamada de las tablas moría para siempre en la mitad de los casos. En cuanto a la otra mitad, que eran los favoritos de Rocky, algunos conseguían entrar en una compañía itinerante con obras de repertorio gracias a la influencia del profesor o sin ella, y los demás se daban cabezazos contra las puertas de los agentes, hacían de extras en películas o sacrificaban su supuesta inocencia a cambio de un papelito o una oportunidad en un cabaret. Mary empezó a ver todas estas cosas poco a poco. Se dio cuenta de que el tío Geoffrey tenía razón: el teatro no era sitio para ella, pero, como la idea había sido suya, no podía reconocerlo. Había descubierto desde el principio que jamás sería actriz, pero siguió con los estudios por estar con Angela, que tenía talento y belleza, y, entre los momentos de degradación y de terror, la escuela era bastante divertida.

El arte dramático la ayudó a superar lo de Denys; ya podía comportarse casi con naturalidad en su presencia y el corazón no se le subía a la garganta cuando se lo encontraba de improviso. Al principio creía que se le había secado el corazón. Se decía que había vivido una experiencia desgarradora que, como mujer, la había apartado del amor y la había convertido en un personaje trágico. Esta idea había sido su sostén, lo que la había ayudado a salir adelante después de la desgracia del final del verano anterior, hasta que la emoción y la novedad de la escuela le dieron otra cosa en qué pensar. No le había contado nada de Denys a su madre, pero sospechaba que la señora Shannon lo sabía todo. No era propio de ella no intentar satisfacer su curiosidad cuando se encontraba a su hija llorando por los rincones de la casa. No le había hecho preguntas; simplemente había adoptado el papel de madre comprensiva y discreta, le había dado muchos

golpecitos en el hombro y le había regalado un vestido caro de la tienda. Mary no se imaginaba cómo podía saberlo, pero estaba segura de que si no lo hubiera sabido no habría descansado hasta descubrirlo.

Además de Julius Rockingham había en la escuela cuatro o cinco profesores de elocución, técnicas escénicas y producción, amén de la señorita Dallas y la señorita Yvonne E. Bullock, que impartía danza griega dos veces a la semana con una túnica sucia y una cinta en la cabeza, a la altura de la frente. Y también el conde Borchens, que enseñaba esgrima y que se había escapado de la revolución sin prácticamente nada más que un sensual ojo ruso y unas manos errabundas.

Los estudiantes se dividían en dos grupos, según el curso, y la mayoría de las clases eran mixtas, pero allí no surgían por las esquinas aventuras de escuela norteamericana entre chicos y chicas. Al contrario: entre los dos sexos prosperaban la envidia y el aborrecimiento bajo los auspicios de Rocky, que se deleitaba en menospreciar a los unos delante de los otros. Sea como fuere, los hombres eran la escoria de la humanidad o eran como Robert Darwin, el rey del segundo curso, que era alto y flexible, con el pelo castaño y un perfil que jamás se le iba de la cabeza.

Las clases de recitado de Rocky tenían lugar en el teatrito de la escuela, que presumía de un complicado y aparatoso juego de luces, pero casi no tenía escenario. La economía y la sencillez dramática se combinaban en unos largos telones verdes colgados por los tres lados del escenario, con unas cuantas aberturas para las entradas y salidas.

—¡Seguid vuestro ánimo! —declamó Enrique V blandiendo una espada de papel de estaño —. Y mientras ataquéis, gritad: «¡Dios, por Enrique, Inglaterra y san Jorge!».[24]

Recorrió el escenario con el brazo levantado desde el fondo y las rodillas ligeramente dobladas, al estilo Gielgud, pero tuvo que pelearse frenéticamente con los telones para encontrar la salida.

El mobiliario del escenario era adecuado y cómodo de tanto como se había usado. Había unas escaleras que habían sido de todo, desde un montículo «en el que crece el tomillo silvestre»[25] o donde la luz de la luna dormía dulcemente, hasta la subida a la guillotina de *Historia de dos ciudades*. Y un gran sillón de roble torneado que, cuando no servía de trono o de asiento de un juez, se levantaba en medio de la primera fila del patio de butacas y era desde donde Rocky dirigía las clases de recitado.

Resultaba horroroso; había que aprenderse un poema todas las semanas, subir sola y por orden alfabético al escenario y darle a Rocky lo mejor de ti, aunque lo mejor de ti jamás sería suficiente para él.

Mary y Angela estaban en la tercera fila de asientos; Mary echó un vistazo al cuaderno de apuntes y lo cerró diciéndose que no tenía por qué ponerse nerviosa. Le encantaba aprender poemas, los memorizaba fácilmente, y se atrevió a creer que esa semana recitaría el suyo bastante bien. Se había encerrado en su dormitorio y lo había recitado una y otra vez esforzándose por sacar todo el sentido y el mejor efecto de cada frase, mientras su madre clamaba en la puerta para saber si se encontraba bien. Había gemido, había gritado, había cambiado las inflexiones y los acentos cien veces, hasta el sonido de su voz dejó de tener sentido para ella, y el resultado, cuando lo recitó en el baño la noche anterior, le pareció bastante aceptable. Naturalmente, despreciaba a Rocky, lo aborrecía, pero sería maravilloso que le dijera: «Bien».

Cuando Julius Rockingham entró en el teatro fue como si llegara el juez a la sala del juicio. El murmullo de voces se redujo respetuosamente y todos los alumnos se levantaron al abrirse las puertas del fondo; él entró con pasos mesurados, con unos pantalones oscuros y un abrigo de alpaca con el que parecía un cuervo hambriento. Pasó entre ellos con un breve saludo, se sentó y abrió la lista como si tuviera prisa por terminar cuanto antes una tarea desagradable. Tenía una facilidad extraordinaria para desatar el terror incluso antes de abrir la boca. Sus movimientos y la expresión de la cara evocaban un sino fatal; cuando dijo el primer nombre, fue como un toque de difuntos.

—Armstrong.

Armstrong era un pobre joven de piernas cortas y hombros caídos que llevaba unos pantalones demasiado cortos y estrechos y que necesitaba cortarse el pelo, vaciárselo y darle brillantina. Tenía un aspecto sucio e iba sucio. Entregó su libreta a Rocky, subió al escenario por las escaleras laterales y se situó en el centro con los brazos pegados a los lados del cuerpo.

—La noche pasada, ah, anoche entre sus labios y los míos...[26]

Una de las torturas predilectas de Rocky consistía en asignar los poemas menos apropiados a cada alumno.

—Vamos, Armstrong —lo interrumpió al final del cuarto verso—. La última palabra que ha dicho es «pasión». Supongo que sabe lo que significa.

—Sí —dijo Armstrong; no lo sabía, pero había leído muchos libros.

—Entonces, ponga un poco de pasión en las palabras.

Armstrong tragó saliva y volvió a empezar, pero la nueva interrupción de Rocky en el mismo punto, sin entonación en la voz, «Empiece de nuevo, por favor», fue más demoledora que la peor crítica. El chico soltó un suspiro de agobio y, haciendo acopio de virilidad, adelantó un pie, tendió las inútiles manos y vomitó el alma entera. Con una floritura de manos, terminó:

—¡Te he sido fiel, Cynara, a mi manera! —Se quedó a la espera, jadeando un poco.

—¿Por qué se empeña en convertir un bello poema en una parodia? —le preguntó Rocky —. Mire y aprenda.

El profesor subió al escenario y, apartando al encogido Armstrong de un empujón, recitó el poema impecablemente, había que reconocerlo. Su voz tenía una profundidad y una resonancia, un tono anticuado, casi melodramático, que realmente conmovía. Como el eco de la voz con la que Forbes-Roberson declamaba *Hamlet* o Irving hechizaba al gran público con *The Bells*.[27]

Armstrong se quedó hecho polvo y no quiso volver a recitar nunca más.

—¿Lo ve? —dijo Rocky, tranquilizado por el sonido de su propia voz—. Recítemelo otra vez la semana que viene.

Volvió a su asiento y llamó a Edna Barrow, una rubia platino guapa y nerviosilla que soltó gota a gota un fragmento de *L'Allegro*[28] sin que Rocky hiciera nada más que imitarla de vez en cuando.

Mary deseaba que su apellido no empezara por la letra ese. Resultaba insoportable tener que esperar el turno mientras se iba perdiendo la confianza a cada minuto. No podía disfrutar escuchando a sus compañeros. Si lo hacían bien, le entraba la envidia; si lo hacían mal, su decepción le recordaba que podía pasarle a ella.

A continuación se sucedieron en el escenario cuatro o cinco chicas, a las que el profesor dejó en evidencia y que tuvieron que retirarse, avergonzadas, a lamerse las heridas. Luego apareció en

escena un joven grosero que se llamaba Davy Morgan y empezó a recitar con una voz como el viento en las montañas galesas:

Ahora que llevamos tanto tiempo de separación
y ahora que tú te acercas, te hago mía en la canción.
Te espero en la alta y solitaria torre de mi pensamiento
bajo la muda penumbra elísea de las estrellas,
conozco tu advenimiento, como el de esa flor, tan cierto,
del amanecer que en valles ha de florecer sin tregua.
Oh, nunca más te apresures; porque muy dulce el tiempo es,
y ahora estás revestida con la prenda de mis sueños:
guiados por el encanto de mi corazón, tus pies
se mueven con el murmullo del errante riachuelo
en la oscuridad del bosque por encantador terreno
para hallar el paraíso de este tu amante imperfecto.[29]

Cuando terminó se hizo el silencio, Rocky carraspeó y rompió el encanto. Mary suspiró y pensó en el amor. Había que tener un amor, había que tener el paraíso de un amante imperfecto, y ella estaba más lejos que nunca de encontrarlo. Había creído que la respuesta a todas las cosas era Denys; cuando descubrió que no era así, se quedó sola, sin nadie en quien volcar su carga de adoración romántica.

Davy recibió la aprobación de Rocky con una sonrisa torcida. Como era uno de sus favoritos, siempre le daba los mejores poemas, no como a la pobre y sólida Margaret O'Gorman, que se sonrojó recitando una fantasía horrenda sobre los adornos de porcelana de la repisa de una chimenea. Mary dejó de pensar en el amor porque le iba a tocar a ella; se le empezó a secar la boca y se le encogió la boca del estómago.

—Shannon —dijo el señor Rockingham sin placer.

Mary subió al escenario metiéndose la blusa amarilla por la parte de atrás de la falda.

—¡Por amor de Dios, deje de toquetearse la ropa! —dijo la voz desde abajo sin molestarse en tranquilizarla un poco.

Tomó aire, puso las manos atrás y empezó rápidamente:

Muy negro musgo cubre todo
macizo en flor con costra espesa...

—¿Título? —la cortó Rocky.

—¡Ay, lo siento! Pues... *Mariana*...

—¿Autor? —le preguntó sin darle tiempo a decir «Tennyson».

Estaba ya muy nerviosa y el comienzo del poema le salió bastante distinto de cuando lo había recitado en el baño, pero después las palabras le contagiaron el ritmo y el profesor la dejó llegar hasta:

Muy cerca, un chopo expuesto siempre,
es verde plata, costra y nudos:
no muestra en leguas árbol, ni uno,
despojo tal, el gris lo envuelve.

Rocky levantó la mano.

—¿Por qué tuerce los pies? No es usted deforme, ¿verdad?

—No, no.

Los enderezó rápidamente y odió al profesor. ¿Por qué no la dejaba seguir con el poema? Era

típico de él: interrumpir justo cuando le encontrabas el ritmo. Sacó el labio inferior y continuó. Ni Rocky fue capaz de estropear el triste momento de belleza del poema.

Pero ella odiaba más la hora
de cuando el rayo el sol ponía
hendiendo estancias, cuando el día
bajando va a su oscura alcoba.
Entonces dijo: «Estoy muy triste,
pues no vendrá», se dijo ella;
«cansada estoy, cansada», gime,
«¡ay, Dios, querría estar ya muerta!».[30]

Como le permitió terminar el poema sin criticarla y como no había agachado la cabeza para cogérsela entre las manos con un gruñido ni se había mesado los cabellos ni levantado los ojos al cielo ni dijo: «¡Ay, Dios!» entre dientes, Mary creyó que se había salvado. Se quedó en suspenso, mirándolo como un perro que espera que lo saquen a pasear.

—Esto… Shannon, querida —dijo, más condescendiente que afectuoso—, has recitado el poema como si te gustara. —A Mary le dio un vuelco el corazón. Rocky se miró las uñas y prosiguió con voz de aburrimiento—: Dígame, ¿usted cree que él volvió, el hombre al que esperaba la mujer?

—Pues… no, creo que no —dijo Mary, sorprendida.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! ¿Puedo preguntar por qué?

«Puede preguntar —se dijo Mary—, pero eso no quiere decir que pueda darle una explicación coherente». No estaba preparada para esto; no pensó que el profesor le haría preguntas, el tono del poema era de desolación. ¿Sería una de sus trampas? Buscó palabras, pero con esa mirada de depredador fija en ella, era difícil no trabarse o salir de: «bueno, pues…» y «es que…».

—¡Es que, es que, es que! —respondió Rocky, levantando la pierna que tenía cruzada como si le hubieran hecho una prueba de reflejos—. Es que nada; está claro que no tiene ni idea. Baje aquí. No, muchacha… —dijo cuando Mary se puso a obedecer de la forma más rápida que se le ocurrió: saltar al patio de butacas—, por las escaleras. ¡Por amor de Dios! Muévase como una mujer, no como un elefante.

Mary se enfadó. No estaba tan gorda. ¿Cómo se atrevía? Se acercó al trono en silencio y notó un hueco entre la blusa y la falda, pero no se atrevió a hacer nada por remediarlo.

—¿Alguna vez piensa un poco? —le preguntó Rocky fríamente, apoyando los codos en los brazos del sillón y juntando las yemas de sus largos dedos.

—Pues, claro, sí… Yo…

—¡Ahí lo tiene! —dijo, triunfante—. Eso es lo que le pasa, Cannon…, Shannon…, o como se llame. La lleva escrita en la frente, en llameantes letras de fuego, la única palabra: «Yo». Está tan absolutamente imbuida de sí misma que no le interesa nada que no sea su ego. Es evidente que está acostumbrada a salirse siempre con la suya, a disponer siempre de alguien que haga esto o aquello por usted, que se haga cargo de sus quejas y que sea condescendiente con sus cambios de humor…

Mary contuvo las lágrimas de rabia mirando a una grieta que había entre los tablones del suelo, mordiéndose el labio, hirviendo por dentro. Aunque lo que decía fuera verdad, ¿por qué se le consentía ser tan redomadamente cruel? ¿Solo porque tenía fama de ser un «hueso»? Además,

había recitado el poema bastante bien, al menos se lo parecía a ella, y seguro que ni siquiera le había prestado atención porque se había entretenido inventando algo con lo que machacarla. Cuanto terminó de atacarla, la despachó diciendo:

—Puede sentarse. Son las chicas como usted las que me hacen perder el tiempo.

—¡Cerdo! —musitó Angela cuando Mary se dejó caer en la silla, a su lado.

—¡Cerdo asqueroso! —repitió Mary.

Se sonó la nariz, levantó la vista y sacó la lengua a Davy Morgan, que, apoyado en el respaldo de la silla, la miraba con una sonrisa burlona, o eso pretendía.

Angela saltó a escena cuando le llegó el turno: estaba tan atractiva con el reflejo de la luz en los rizos y su descarado vestido de cuadros, que seguro que había costado una fortuna, que hasta Rocky debió de ver que había en ella cierto futuro. A pesar de eso, o tal vez por eso mismo, la hizo parar en mitad de la primera estrofa Endymion para decirle:

—Por favor, no venga a mi clase con brazaletes..., no son apropiados.

Angela se agarró los tres brazaletes de oro que le había regalado por su cumpleaños un hombre divino llamado David.

—Lo siento —respondió con una sonrisa.

—Siga, siga —dijo Rocky.

Pero la había distraído, perdió el hilo y se confundió sin remedio, mientras Rocky esperaba dando sufridos golpes con el pie.

—¿Puedo empezar desde el principio, señor Rockingham?

—No —respondió el profesor, harto de todo—, queda para la próxima semana.

La última de la lista era la pobre Muriel Willoughby, que siempre parecía acatarrada. Se situó en medio del escenario como si fuera una picota, puso un gesto amable en la boca para empezar a recitar y declamó con monotonía:

—Vinieron, ya ves, y me dijeron *cabías* muerto.[31]

No pasó del primer verso, porque, después de que Rocky se lo hiciera repetir cinco veces e imitara su acento con una exactitud cruel al final de cada vez, el reloj dio las doce, se levantó y la despidió con un tiro de gracia:

—¿Tiene un grano en la cara? —Seguramente Muriel llevaba horas intentando disimularlo—. No se puede tener granos en la cara, estropean el maquillaje —le dijo, y se fue murmurando para sí.

El trimestre de verano transcurrió con los mismos desprecios mezquinos y las mismas envidias, chismorreos crueles y escasos entusiasmos de siempre, y con momentos de terror o ira más frecuentes. Mary nunca se planteaba adónde la llevaría tal aprendizaje, si es que la llevaba a alguna parte, pero al saber que el tío Geoffrey volvía a casa para trabajar en unos estudios cinematográficos ingleses, con mayor empeño se esforzó en seguir los estudios.

La señora Shannon desarrollaba una actividad febril. Estaba preparando el cuarto de invitados, que durante mucho tiempo solo había servido para almacenar baúles, cortinas viejas y cajas de cartón de los vestidos.

—¿Cuál crees que le gustará más, este, ese o aquel otro?

No paraba de consultar a Mary mostrándole patrones, cortinas y hornillos de gas. Cuando por fin terminó, cierto día se paró de repente en plena calle.

—¡Ay! —dijo, horrorizada.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary, poniéndola a buen recaudo justo a tiempo, antes de que las arrollara un autobús.

—Y si resulta que no quiere vivir con nosotras, ¿qué? Ahora tiene más dinero y seguramente prefiera un piso para él solo, o algo así. ¡Ay! Ni se me ha pasado por...

—No, no, mamaíta. Seguro que quiere que todo vuelva a ser como antes. —Mary la cogió del brazo y la llevó a la acera de enfrente. Era preocupante cuando cruzaba una calle con tráfico, porque no se concentraba—. Siempre ha sido muy hogareño, y cuando vea cómo le has preparado la habitación...

Pero su madre no quería creérselo. Le mandó un angustiado telegrama y no dejó de preocuparse hasta que le llegó la respuesta; subía de vez en cuando al cuarto de invitados, se quedaba en medio de aquella perfección masculina y decía:

—¡Ay, si lo hubiera pensado antes...!

Cuando llegó el telegrama de su hermano, que decía: «CÓMO QUE UN PISO STOP NO TE VAS A DESHACER DE MÍ ASÍ COMO ASÍ STOP TUYO HASTA LA MUERTE GEOFF», ella exclamó:

—¿Lo ves? ¡Sabía que querría vivir con nosotras!

Se puso el sombrero parisino más elegante que tenía y se fue alegremente hasta South Molton Street.

En cambio, Mary no se fue alegremente al Rochingham College, pues los exámenes finales empezaban a cubrir sus horizontes como una nube cada vez más negra. Era el gran momento social del año. Cada alumno tenía la oportunidad de representar una escena de una obra ante un público de padres orgullosos y amigos nerviosos, además de los personajes del mundo del teatro a los que Rocky hubiera convencido con sobornos para asistir a la celebración.

La señorita Gould eligió las obras para los alumnos de tercero y repartió los papeles; como era una discípula fanática de Rocky, disfrutó tanto como él asignando a cada uno el papel más incompatible con su personalidad. A Mary, que en escena se trasformaba en algo levemente más animado que un palo, le dio el personaje de Margaret Dearth, la hija soñada de *Querido Brutus*.[32] Todo el mundo le dijo que había tenido mucha suerte, pero ella sabía que no era su estilo. En realidad, ni ella ni nadie había descubierto todavía cuál era su estilo, pero desde luego no consistía en revolotear alegremente entre árboles imaginarios diciendo versos que Barrie había escrito en el filo de la navaja entre lo encantador y lo caprichoso, para que la actriz eligiera hacia dónde prefería llevarlo.

En la escuela había menos chicos que chicas y por eso ellos intervenían en más de una escena, sin tener en cuenta de qué curso eran.

—Tanto peor —le dijo Angela a Mary mientras tomaban un café y chocolate con avellanas en los vestuarios—, porque así se creen más necesarios.

—Bueno, bien pensado, los hombres son necesarios —dijo Mary con desánimo.

—Estos no, gracias a Dios. Cielo, ¿te he contado que anoche conocí a un hombre divino? Con las sienes nevadas, cariño, como en una historia de revista. Bastante mayor, desde luego, pero dicen que es un diablo con las mujeres...

—Sí, me lo has contado dos veces.

—¿Ah, sí? Lo siento. ¿Qué te pasa? Estás de muy mal humor.

—También lo estarías tú si acabaras de oír lo que he oído yo. —Mary suspiró. En Rochingham College era normal quejarse de cosas, pero en esta ocasión ella lo veía todo negro—.

Por si fuera poco tener que hacer un papel imposible —prosiguió—, ¿quién crees que va a darme la réplica?

—¿Armstrong?

—Peor.

—¡Ay, cariño! ¿No será Stringy Henshaw? —dijo Angela, realmente preocupada.

Stringy era delgaducho, soso y pálido como un espagueti, repelente a la vista y baboso al tacto.

—Peor todavía. Ni más ni menos que Robert Pansy Darwin.

—¡Ah, bueno! —dijo Angela, que, aliviada, volvió a sentarse—. No me parece tan mal. Al menos es limpio.

—Solo en comparación con los demás. Es un actor pésimo. Lo único que sabe hacer es presumir de perfil. Yo también soy muy mala, pero ni siquiera tengo perfil del que presumir, así que será la monda. Él ni siquiera lo va a intentar porque sabe que Rocky sobornará a los jueces para que le pongan una buena nota. Me quedaré en la cola. Pero tú estarás en cabeza, que ya es algo —añadió con un entusiasmo débil.

—¡De eso nada, tonta! —replicó Angela, encantada—. Soy malísima. La señorita Gould dice que soy la peor joya que le ha tocado en suerte. Vamos, se nos hace tarde para esgrima. Tengo que coserme este agujero de las mallas antes de que me lo vea el conde.

Los estudiantes ensayaban en calzones y trajes rectos de cheviot con la señorita Gould, pero se suponía que también tenían que prepararse por su cuenta, entre las horas lectivas. Bob Darwin no estaba dispuesto a perder mucho tiempo con Mary, así que cuando se acercó la fecha del examen y Rocky empezó a ensayar las escenas, *Querido Brutus* no había progresado mucho.

Mary temía las sesiones semanales con Rocky. Aguzaba la lengua con ella, y ella empezaba a tener manía persecutoria.

—Bien, ahora la escena de *Querido Brutus* —decía con un sutil tono amenazante.

Mary y Bob subían al escenario desde partes opuestas de la sala: Bob, con aburrimiento, y Mary, con un miedo cada vez mayor. Se encontraban entre bastidores; a veces él la saludaba con una mirada condescendiente, y otras, murmurando: «A ver si esta vez me das bien los pies, por Dios» o «Más vale que hoy no la fastidies en ese momento en que te recoges el pelo. El viejo está de un humor de perros».

—¡Arriba el telón! —dijo Rocky, que significaba «empiecen», porque el telón no estaba bajado.

Con la misma desesperación y el mismo valor con que se había tirado del salto de lobo en una ocasión, cuando Denys se lo había ordenado, Mary salió al escenario y echó a correr notando demasiado las manos, gritando con un tono muy agudo, aunque no se dio cuenta hasta más tarde:

—Papá, papá, he ganado. ¡Diana! ¡Espiad al anfitrión!

Bob jamás entraba enseguida al oír el pie porque se había acostumbrado a que Rocky los interrumpiera con hastío en esa frase:

—¿Cuántas veces le he dicho, querida niña, que no parecería tan ñoña si dijera: «¡Espiar al anfitrión»?

—Espiar el anfitrión —repitió con desánimo.

Bob entró con un asiento plegable y un caballete imaginario; tenían que fingir que lo

montaban aparatosamente, pero a ella le resultaba muy difícil seguir las indicaciones escénicas de cometer torpezas con el montaje del caballete inexistente. Seguramente les dejarían utilizar uno de verdad el día de la representación.

Mary había exagerado solo un poco cuando dijo que Bob era un actor pésimo. Por su físico y su agradable voz, podía desempeñar papeles de protagonista joven, pero un personaje como Will Dearth, el pintor ya granado que entrevé lo que podía haber sido en el misterioso bosque de *Noche de verano*, le quedaba un tanto grande. Entre los dos conseguían quitarle a la escena todo su encanto original. Las faltas que cometía él eran más negativas que positivas, y sus fallos de texto no tan flagrantes como los de ella. Lo único que tenía que hacer era sentarse en el asiento, hacer movimientos como si pintara y decir los parlamentos de Gerald du Maurier con una pipa en la comisura de la boca, mientras Mary, con todo el escenario para ella sola, tenía que brincar y retozar sin descanso. Rocky le dirigía las críticas a ella casi en exclusiva y, con todos los compañeros mirando, tejiendo, arreglándose las uñas y haciendo comentarios desesperantes, la vergüenza la iba paralizando por momentos.

Cuando llegó la escena en la que Margaret, la chica, se recogía el pelo mirándose en un estanque del bosque, Mary siempre descubría que se le había olvidado meter las peinetas en el bolsillo, e incluso cuando se acordaba, llevaba el pelo demasiado corto para recogérselo con facilidad. ¡Si no se lo hubiera cortado…! Por primera vez tuvo que lamentar el trabajo del señor Piegg. Creía que tener la melena necesaria para ese papel le habría dado mayor seguridad y habría cambiado toda su actuación.

—No, no, no —se lamentó Rocky tapándose la cara convulsivamente con una mano—. Esto no es pantomima. No puede convertirse en chico de esa manera. ¿Por qué no aprende a recogérselo?

—Lo intento, pero… —empezó a decir Mary acercándose a las candilejas con una parte del pelo recogida y la otra con mechones que se le escapaban por el cuello.

—Pues dígale a su niñera que le enseñe —suspiró Rocky, que seguía machacándola con el mito de que debía de vivir rodeada de una horda de sirvientes que la mimaban—. Si no, tendré que cortar ese fragmento, y si corto la escena más ya no valdrá la pena. Aunque en realidad ya no la vale —añadió audiblemente para sí—. Siga, siga. —Le hizo una seña con el libro en la mano—. No tenemos todo el día. Suéltese el pelo y siga desde ahí.

Mary miró a la apuntadora. Se le había olvidado el texto.

—«Estás pensando en lo ingobernable que va a ser» —le apuntó Myrtle Drew con una voz fuerte y clara que no hacía ninguna falta.

Mary siguió a la fuerza, cada vez más incómoda, hasta que empezó a sudar cuando tuvo que hacer cosas como abrazar a Bob por las piernas y decirle:

—¡Ay, papaíto, cuánto me quieres!

—Sí, bastante —respondió Bob con una sonrisa maravillosa en los labios y una mirada de desprecio en los ojos.

Y por fin el foco principal dejó de ser ella, pues Muriel Willoughby entró en el papel de vagabunda: una actuación corta pero horrorosa que Rocky puso de relieve desde su asiento con un comentario burlón.

Cuando Bob salió cantando una canción francesa con un acento más francés que el de un francés, Mary tuvo que correr de árbol imaginario en árbol imaginario, pero parecía que

tropezara, cosa que no tenía nada que ver con un fantasma que vuelve al mundo de los sueños, que en teoría era lo que representaba.

—Papá, vuelve —dijo, jadeando—. ¡No quiero ser solo lo que pude haber sido!

Como en los ensayos no se bajaba el telón, se quedó en el escenario sin saber qué hacer, mientras Rocky le decía que parecía un alma en pena, que tenía que ir a clases de danza y que él mismo era un criminal por mutilar de ese modo una de las escenas más adorables que había escrito Barrie.

Cuando terminó con ella, salió del escenario muy airada, le dio un empujón a Bob, siguió andando hacia su sitio sin decirle una palabra, se dejó caer en el asiento al lado de Angela y empezó a morderse las uñas encarnizadamente.

Mary y su madre fueron a buscar al tío Geoffrey cuando volvió a Londres; la señora Shannon, sin apenas poder contener la emoción, no paraba de decir «¡Ahí está!» indiscriminadamente, en cuanto veía a cualquier desconocido a lo lejos.

—¡Ahora sí! ¡Es él! —exclamó, y echó a correr.

—No, no es él —dijo Mary automáticamente.

Pero sí lo era, su querido tío Geoffrey, ligeramente desmadejado, como si todas las noches que había pasado en el Queen Mary hubieran sido horribles. Estaba igual que siempre, aunque con una sutil diferencia: llevaba monóculo, un sombrero *porkpie*, un traje casi imposible y sus correspondientes zapatos, pero daba la impresión de que llevara tales cosas no porque fuera el tío Geoffrey, sino porque quería parecerlo. Era como si hasta los dientes le sobresalieran solo porque lo ponía en el contrato, y hablaba como a trompicones impuestos y colando americanismos sin querer.

Saludó a una conocida diciéndole «¡Hasta luego!», y a otra: «¡Llámame un día de estos, encanto!».

Le emocionó ver cuánto había crecido Mary; la miró de arriba abajo con una expresión de *connoisseur* y dijo:

—¿Por qué nadie me avisó de que tenía una sobrina tan impresionante? Y, en cuanto a mi hermana: ¿de dónde demonios has sacado ese sombrero, Lil?

—¡Ah, cuánto me alegro de que te guste! —dijo la señora Shannon cogiéndolo del brazo—. Vamos andando a casa, tenemos mucho que contarnos. El equipaje, que lo lleve un taxi.

Mary lo cogió por el otro brazo, salieron juntos de la estación y se fueron andando por Victoria Embankment con el sol de la tarde en la cara, acosándolo a preguntas que no le dejaban ni contestar. Mary estaba tan locuaz como su madre. No pensaba más que en evitar que la escuela de arte dramático saliera a colación, porque, por las cartas, sabía que el tío Geoffrey se burlaría, y no quería que le preguntara a fondo por sus avances en la carrera teatral porque había mucho de lo que burlarse.

—Y qué, renacuajo —le dijo cuando llegaron a Elizabeth Street—, ¿todavía no tienes novio?

—No, no. —Rápidamente cambió de tema—. ¿Y tú?

—Querida, yo ya soy viejo para esos jueguecitos.

—¿Qué pasó con la rubia platino de Springfield, Illinois?

—Eso fue una triste historia. Resultó que tenía un papito en Salt Lake City.

—¡Geoff, no seas tonto! —le dijo su hermana—. ¡Deja de hablar como un viejo! Recuerda

que eres mi hermano menor.

—Es que hoy tengo la sensación de ser viejo, hermana —respondió—. Demasiados bares en ese maldito barco. Pero quiero saber cosas de Mary. —No había quien lo disuadiera—. ¿Ni siquiera sales con algún joven inglés distinguido, honrado y simpático?

—No, la verdad es que no.

—Bueno, Mary sale mucho —dijo su madre con orgullo—. Tiene muchos amigos, ¿verdad, cielo?

—No, no, mamá, no tantos, y además son bastante casposos —murmuró.

A fuerza de salir con Angela había conocido a un par de chicos; aunque le resultaban aburridos hasta las lágrimas, había que salir cuando te lo pedían, aunque solo fuera por salir. Nunca se paró a pensar por qué: se limitaba a hacerlo. Además, siempre existía la posibilidad de encontrarse con Denys en algún sitio y le compensaría demostrarle que había encontrado a otro hombre, aunque solo fuera Fred Baxter, que repartía tarjetas de visita a diestro y siniestro cuando nadie las quería, o Freddie Gordon, que tartamudeaba, tenía un bigote mal recortado y a quien los camareros no le hacían ni caso.

—Pero ¿qué fue del...? —insistió tío Geoffrey, pero Mary lo interrumpió.

—Mira al doblar esta esquina y verás. Esa es nuestra casa, la de la puerta roja. ¿A que es adorable? ¿Y los maceteros de las ventanas? ¡Los he hecho yo! Vamos. —Lo arrastró un poco por la calle—. Estoy deseando que lo veas todo. Y ya verás tu habitación.

Consiguió evitar el tema de la escuela de teatro hasta la hora de la cena, pero tenía que salir a colación.

Cenaron ensalada de pollo y champán en el comedor que daba a la estrecha franja del jardín de atrás; al otro lado de la ventana abierta, los pájaros cantaban a la suave luz del anochecer. Era muy agradable estar juntos otra vez. Ahora que el tío Geoffrey había vuelto se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Quería a su madre, pero tenían una forma de ser muy dispar, y últimamente Mary se irritaba a menudo. Era mejor ser tres que dos en casa, sobre todo ahora, que la vida se le estaba poniendo un poco negra.

—Bueno, Sarah Bern..., como se llame —dijo el tío Geoffrey al cabo de un rato—, ¿qué hay de lo tuyo? ¿Cómo va el teatro?

—Bien, bien, gracias —respondió ella con soltura.

—¿Ya te han hecho alguna oferta?

—No, no; claro que no. Estoy en el primer curso, que dura dos años.

—¡Por Dios! ¡Qué manera tan espléndida de perder el tiempo! —murmuró el tío Geoffrey al tiempo que sacaba un paquete de Lucky Strike y extraía un cigarrillo con pericia.

—¡Qué va! —Mary estaba dispuesta a defender la escuela hasta el último aliento—. Ahora la idea es aprender algo antes de presentarse en público —dijo con ímpetu.

—Huy, huy, huy. No sigas. ¿Un cigarrillo, Lil? Espero que te gusten; ahora solo fumo esta marca. ¿Garbo fuma? —dijo, ofreciendo el paquete a Mary.

—Gracias —dijo ella dignamente, y él le dio un cigarrillo.

—Volviendo a tu arte —prosiguió—, no quisiera parecer inquisitivo, pero no te extrañe que tenga tanto interés, porque mi futura primera actriz tiene que ser buena.

—¡Ah, Geoffrey, querido, ya basta! —lo interrumpió la señora Shannon, que se olía un antagonismo sin saber por qué—. Actúan a menudo. Obras de teatro, ya sabes, Shakespeare y

esas cosas. A Mary le han dado un papel importante en una obra de Barrie para el final de curso.

—Sí, pero hasta Shakespeare se merece un público. ¿Cómo vas a saber lo mala que eres si nadie te tira tomates? ¿No hacéis representaciones en público ni nada?

—Claro que sí —dijo Mary imprudentemente—. Van hordas de gente a ver los exámenes de final de curso; grandes aficionados, familiares, amigos y… —Horrorizada, se calló de repente.

—¿Ah, sí? —aprovechó el tío Geoffrey para contraatacar—. ¡Maravilloso! Allí estaremos tu madre y yo, en primera fila, aplaudiendo como locos, ¿verdad, Lil?

—¡Ay, no! —dijo Mary con un hilo de voz—. Preferiría que no…

—¿Por qué? No me lo perderé por nada del mundo.

—Claro que iremos a aplaudirte —dijo la señora Shannon—. No me habías dicho que podíamos ir. ¿Qué es? ¿La obra de Barrie?

—Sí. *Querido Brutus* —respondió Mary, disconforme.

—Ni idea —dijo el tío Geoffrey—. ¿Qué papel haces?

—Pues… soy Margaret, la hija con la que sueñan.

Parecía una tontería, pero estaba tan agobiada que no podía explicarse mejor. Por si fuera poco tener que hacer una actuación tan mala delante de desconocidos…, encima tendría que exhibir su vergüenza delante de los que la conocían: no podía soportarlo. Se lo había ocultado a su madre a propósito. Sabía que el tío Geoffrey se lo echaría en cara toda la vida. Ya se lo imaginaba imitándola después, muerto de risa, con «¡Espiar al anfitrión!» y «Papá, no quiero ser solo lo que pude haber sido».

Siguió sonsacándole información sobre la escuela, y ella continuó empeñada en defenderla con orgullo, aunque cada vez le gustaba menos. Los primeros días, el tío Geoffrey no paró de ir a ver a antiguos amigos ni de hacer cosas misteriosas, que él llamaba «establecer contactos», en los alrededores de Wardour Street, pero el domingo por la mañana se fue a pasear con Mary por el parque. Apoyados en las barandillas del Row mirando el desfile de viejos meneando el hígado y jovencitas meneando el pecho a lomos de los caballos, el tío Geoffrey, sin apartar los ojos de una corista que llevaba una camisa amarilla y mantenía el equilibrio sujetándose solo con las riendas, dijo:

—Por cierto, ¿te pasa algo?

—No, claro que no —respondió Mary al momento, aunque no paraba de darles vueltas a sus pesares—. ¿Por qué?

—No, por nada. Es que de pronto me he dado cuenta, y mándame callar si ya te lo había dicho, de que no te ríes tanto como antes.

—Me río cuando hay motivo. No creerás que voy a empezar a desternillarme tontamente por todo…, esa risa chillona que delata una cabeza hueca, o como se diga.

—¡No, demonios! Sabes que no me refiero a eso, pero… —Hacía dibujitos en la tierra con la punta del bastón, escondiendo la barbilla debajo de los dientes—. ¡Por Dios, no te tomes la vida tan en serio, pase lo que pase! Tienes que sacarle el jugo a cada minuto; lo comprenderás cuando seas tan vieja que ya no puedas disfrutarla como ahora. Vaya…, ya me he puesto en plan padre mayor. No me lo consientas. Vamos a andar un poco y a prestar oídos a la banda un ratito. ¿Te parece?

Le dedicó una de sus sonrisas especiales de a cinco dólares extra al día y empezó a caminar por el paseo moviendo el bastón en el aire. Mary lo agarró del brazo y volvió la cabeza a un lado,

pues veía borrosa a la gente que se acercaba en sentido contrario. Su intención era muy buena, siempre lo había sido, pero ni él ni nadie podía entender el alcance de sus penas. Se apoyó en el brazo de su tío y tropezó con un terrier pequeño; las lágrimas de autocompasión no derramadas le nublaban la vista.

A fuerza de abordar a Bob Darwin siempre que se le presentaba la ocasión, cuadrándose delante de él con firmeza y diciéndole secamente: «¿Qué te parece si repasamos la escena?», Mary consiguió que ensayara con ella un par de veces.

La escena requería una estrecha colaboración entre los dos personajes. El público tenía que captar la afinidad que había entre padre e hija, pero la única que había entre Bob y Mary era un desagrado mutuo. Ella se desanimaba más y más con cada ensayo. A Bob no le parecía necesario hacer nada más que soltar sus parlamentos a la mayor velocidad y con la mínima expresión; esbozaba sus movimientos superficialmente, como la luna en el caballete imaginario sobre el que pintaba. A Mary le intrigaba que no se preocupara más de perfeccionar su actuación para el examen. ¿Tan bueno se creía que era? No es que no le interesara, sabía que deseaba triunfar en el escenario y, aunque él visualizara su ambición en forma de admiradoras, telegramas de buena suerte y fiestas, más que en forma de actuaciones, no dejaba de ser ambición.

Le habría gustado preguntarle por qué no lo intentaba, pero, aunque le daba rabia, le intimidaba un poco la fama que tenía en la escuela, y también porque sabía que si no le gustaba una pregunta, se limitaba a no contestar. Sin embargo, un día se le hizo la luz cuando iban por uno de los oscuros y polvorientos pasillos buscando una sala de ensayo libre. Le preguntó si sabía quiénes iban a ser los jueces.

—No los conozco a todos —dijo, arrastrando unos zapatos claros de ante delante de ella—. Uno es Mervyn Garstein, que es amigo de mi viejo. Estuve hablando con él una noche en una fiesta y, que quede entre nosotros —dijo, andando más despacio y hablándole directamente por una vez—, este otoño se lleva *Cat's Whiskers* de gira y me ha prometido una prueba cuando salga de esta pocilga.

—¡Qué suerte tienes! —dijo Mary fríamente; no quería que la deslumbrara con esa clase de información, aunque le dio mucha envidia.

—Sí —dijo Robert lánguidamente—, este Garstein es un hombre prometedor. No va a tardar nada en ser uno de los grandes, ya lo verás.

«No podía ser de otra forma —quería decir—, puesto que iba a ser el descubridor de Robert Darwin, el ídolo de los asientos plegables».

La mañana del examen, Mary se levantó con una gran sensación de pesadez y, mientras se vestía, se le revolvió el estómago. Lo único que pudo desayunar fue un café, y se alegró de que el tío Geoffrey, que todavía no había empezado a trabajar en los estudios, no se hubiera despertado para preguntarle el motivo de tanta palidez y tanto silencio. Su madre estaba enfrascada en un nuevo lote de revistas de moda; cuando Mary le dio un beso en la cabeza al salir, lo único que le dijo fue:

—Buena suerte, mi niña. Me muero de ganas de verte; sé que vas a hacerlo maravillosamente.

Con una pesadumbre masoquista, se puso un sombrero que no le quedaba bien, hizo un mohín ante el espejo, y la puerta de la calle se cerró de golpe a su espalda mientras el inevitable hilo del destino tiraba de ella y la arrastraba hacia su peor temor.

Por la mañana, Rocky hizo un pase con vestuario de todas las escenas. La señorita Gould, inspirándose en visiones de los tés de Anne Hathaway,[33] a base de delicadas rebanadas de bizcocho e insuficiente agua caliente, había prescrito a Mary «un vestido de lino sencillo y favorecedor». La señora Shannon, enarcando las cejas con incredulidad, le había arreglado un corto vestidito infantil de lino de color azul, lino que había comprado Mary sin saber que se arrugaba con solo mirarlo. Se puso un lacito en el pelo y se presentó a Rocky sin ninguna esperanza; el profesor le preguntó si creía que era la hija prodigio de Kenwigs[34] o qué.

—Y, si se me permite una sugerencia —añadió, con una amabilidad empalagosa que significaba que estaba cansado, preocupado y muy dispuesto a no halagar—, ¿qué tal un calzado con suelas de goma? Así, cuando entre en escena, el efecto no será tan... ensordecedor, por decirlo de alguna manera.

—¿Zapatillas de gimnasia? —preguntó Mary.

—Sí, sí. He dicho suelas de goma, ¿no? ¿Qué más quiere? ¿Tengo que decirle la ropa interior que debe ponerse o cómo maquillarse o cómo peinarse? —Sulfurado, terminó con un «¡bufff!» que le hizo soltar su catarro—. Vamos, vamos; empiece la escena —dijo entre toses.

Bob estaba insultantemente atractivo: pantalones de franela, chaqueta deportiva azul oscuro y camisa azul con el cuello sin abotonar, que dejaba ver toda su bella garganta. Por la tarde tendría que maquillarse de anciano y pintarse algunas canas en el pelo castaño, pero de momento parecía Byron de joven. Rocky, recreándose la vista con él, dejó pasar la actuación de Mary sin criticarla.

—¿Qué tal lo he hecho, Angel? —le preguntó después a su amiga, preocupada.

—Lo has hecho muy bien —respondió Angela categóricamente.

Pero no sirvió de nada. Mary no se hizo ilusiones y siguió con el estómago revuelto.

La tarde se acercaba amenazante, como una nube de tormenta.

Todo eran nervios e irritabilidad en el ambiente. Todo el mundo estaba de un humor de perros, la gente iba de un lado a otro haciendo tantas cosas que no hacía nada. Los chicos, incluido Armstrong, que se mareaba con una limonada, decían que en cuanto terminara el espectáculo, se irían «a pillar una turca como un piano», y las chicas estaban como si les fuera la vida en encontrar un carrete de hilo negro.

A la hora del almuerzo fueron al pequeño restaurante de costumbre; a Mary le pareció que la comida estaba más pasada que otros días y apenas probó bocado. A modo de ilustración dramática de «estar de los nervios», se tomó tres tazas de café solo. Después, se fue con Angela a los vestuarios y luchó por un sitio en uno de los bancos de maquillaje, frente a los largos y cegadores espejos. Vio en la lista de la pared que *Querido Brutus* estaba casi en último lugar. Albergaba la esperanza de ser de las primeras y poder lavarse la cara y colarse al fondo de la sala para ver las tonterías que hacían los demás. Cuando le llegara el turno, los jueces estarían hartos y cansados; ella, completamente desmoralizada después de las horas de espera con los nervios de punta; y Bob, exhausto por la apasionada representación de *Romeo y Julieta*, actuaría con la indiferencia de la desgana.

La escena de Angela era la tercera de la lista, así que Mary se fue de la desordenada habitación llena de chicas que pedían a gritos un lápiz del número ocho o que les abrocharan los botones de la espalda y se coló en el patio de butacas, al fondo, sin que la detectaran los ojos soñadores de la señorita Yule, la profesora de elocución, que precisamente estaba allí para

evitarlo.

Cuando terminó la primera escena —Edna Barrow y compañía derramando las refinadas emociones de *Un mes en el campo*—, Mary echó un vistazo buscando a su madre y a su tío, pero al parecer todavía no habían llegado. ¡Si pudiera terminar la suya antes de que llegaran...! Vio al señor y a la señora Shaw: él, repantingado en un incómodo asiento de la segunda fila, y ella, sujetando delicadamente un pañolito de encaje delante de la boca como si estuviera todo lleno de gérmenes. Mary oyó una voz conocida fuera, en la puerta: en el momento en que entró su madre, se escondió detrás de la ancha espalda de un padre para no tener que saludarla. Se alegró de verla particularmente elegante, y el tío Geoffrey se había puesto una corbata bastante discreta y un clavel en el ojal. Mary esperaba que la gente hubiera visto sus películas y lo reconociera. Aunque había hecho papeles pequeños, habían sido espectaculares. Ella había cosechado algunos éxitos presumiendo de él en la escuela de teatro..., los únicos que había tenido, por cierto.

Se produjo cierta conmoción cuando el señor Shaw vio a la señora Shannon y le indicó de una forma bastante molesta que fuera a sentarse con ellos. Rocky se volvió y lo fulminó con la mirada, y a Mary le recordó al día de los discursos del St. Martin. El tío Geoffrey se sentó al lado de la señora Shaw, que seguía con el pañolito delante de la boca.

Cuando se levantó el telón para la escena de Angela, Mary se puso nerviosa, después se llenó de admiración y, finalmente, de pura envidia. Estaba fascinante, enternecedora de verdad, con una alegría muy natural, aunque su pareja no era más que Jordan Holmes, con un bigotito fino y una leve bizquera. Recibieron muchos aplausos, aunque no podían ser para Jordan, que había actuado como un vigilante de tienda, ni por Connie Rogers, que no había convencido ni a un alma de que era la tía soltera de nadie. Mary vio que, en la primera fila, los tres jueces inclinaban la cabeza sobre la mesa en la que se poyaban para escribir el veredicto. El de la derecha, que tenía el pelo rizado y negro y seguramente era Mervyn Garstein, le dijo algo al del medio, que asintió vigorosamente y volvió a escribir en su libreta. Rocky estaba a su lado, distante, como ofreciendo a sus alumnos con una actitud de «lo tomas o lo dejas». Seguro que, mientras comían opíparamente antes de la sesión, les había dicho quiénes eran buenos y quiénes no. Mary se quedó a ver a Bob Darwin con mallas negras y a Mona Ray, una de las estrellas de la escuela, del tercer curso, que hizo una representación bastante edulcorada de la escena del balcón; tras ver seis o siete escenas, salió del patio de butacas y se fue a los vestuarios más deprimida que antes. Nadie, ni el peor de todos, era tan malo como ella. Tenía la esperanza de que alguien lo hiciera fatal para atenuar el efecto que causaría su actuación, pero hasta el momento nadie había pasado de hacer un poquito el ridículo.

Con gran pesadumbre se aplicó el maquillaje esperando conseguir que, desde el otro lado de las candilejas, el efecto fuera el de una niña inocente con los ojos muy abiertos. Se puso las zapatillas de gimnasia, se acordó de meter las peinetas en el bolsillo y subió hasta las bambalinas a hacer un reconocimiento y a buscar a Angela. Necesitaba que la consolaran.

—Shannon —susurró la señorita Gould con voz ronca, acercándose a ella sigilosamente por detrás con sus sólidas suelas de crepé—, sabe de sobra que no puede estar aquí arriba hasta que le toque actuar. Váyase a esperar su turno abajo.

Mary pudo ver que *Escape me never*,[35] con Myrtle Drew disfrutando de la oportunidad de su vida para enseñar las piernas en pantalones cortos austriacos, estaba a punto de terminar. Solo faltaba una más para la suya. Deambuló por los pasillos oscuros repasando su papel para ver si

podía apaciguar ese creciente pánico que no la dejaba tranquila. Unos pies se acercaron a la carrera. Gladys Hoover, henchida de orgullo, le dijo que se diera prisa, que la llamaban a escena.

—Bien, bien —dijo Mary—, hay tiempo de sobra.

Sin embargo, en cuanto Gladys se fue rápidamente a poner nerviosa a otra persona, Mary volvió al escenario sin aliento y vio que todavía estaban retirando los muebles de la actuación anterior. Al cruzar al otro lado por detrás del telón se le ocurrió de pronto una idea loca, desesperada: «Supongamos que soy buena. Supongamos que cuando salga al escenario, con las luces, el público y todo lo demás, me inspiro». Se distrajo con este vano pensamiento durante la horrible espera entre bastidores, con Bob, que estaba encantador con las sienes plateadas, el maquillaje oscuro y un par de favorecedoras arrugas. En el otro extremo, cuando el escenario quedó limpio, vio a la señorita Gould con la mano en la manivela que levantaba el telón y de repente pensó: «No puedo hacerlo, no puedo salir»; sin tiempo para pensarlo otra vez, el telón se levantó bastante ladeado, como siempre, y ella salió corriendo al escenario con las zapatillas de gimnasia. Nada más decir la primera frase vio a su madre con los ojos desorbitados y a su tío Geoffrey.

Dicen que en el escenario no se es consciente del público y que uno puede abrir las profundidades de su ser sin vergüenza y verterlas en las bóvedas oscuras del piso más alto. Mary actuaba en una sala pequeña, poco oscura, y era dolorosamente consciente de las caras conocidas de los compañeros que estaban junto a sus padres; el señor Shaw se lo pasaba muy bien; su madre se agobiaba, tensa, en el borde del asiento; y el tío Geoffrey se clavaba el monóculo como si no pudiera dar crédito a lo que veía. En la primera fila, Rocky, con el ceño fruncido, hacía gestos negativos con la cabeza y movía los labios sin parar; a su lado, tres hombres, cada uno en un sillón: un judío joven, un hombre gordo que bostezaba y un rostro delgado y enfadado que reconoció con un estremecimiento de horror, porque era un actor famoso al que siempre había admirado mucho.

La vergüenza que la embargaba en las sesiones con Rocky no era nada en comparación con la agonía ardiente y el sofoco que la atenazaron en esos momentos. Oía cada frase que pronunciaba como si la dijera otra persona y cada movimiento se le antojaba grotesco. Para su gran asombro, Bob estaba actuando estupendamente. Había adoptado una actitud perfecta de descuido y tranquilidad. Curiosamente, a medida que él resultaba más y más natural, más se abochornaba ella, como si notara que el público los comparaba.

Hubo un momento horrible, cuando sacudió la cabeza para soltarse el pelo recogido y comprobó que se lo había sujetado tan bien que no se soltaba; cuando por fin se llevó las manos a la cabeza para quitarse las peinetas, observó que el tío Geoffrey tenía una sonrisa inmensa en la cara. Qué animal, qué cerdo tan cerdo. A partir de ese momento dejó de mirar al público y la mayoría de las réplicas que le dio a Muriel probablemente no se oyeron. Terminó la escena casi con lágrimas en los ojos y pronunció las últimas frases —«¡Papá, vuelve! No quiero ser solo lo que pude haber sido»— con una voz quebrada que debió de resultar el único momento convincente de su actuación.

Cayó el telón, Mary salió sin mirar a nadie y bajó a los vestuarios con la convicción de que acababa de pasar el peor momento de su vida. Todavía no podía pararse a pensarlo, pero notó una sensación de alivio maravillosa cuando se dijo que no volvería a soportarlo nunca más.

En los vestuarios, todo el mundo prodigaba elogios a todo el mundo con la esperanza de que

le dedicaran alguno a cambio. Mary empezó a desmaquillarse con una crema y Angela se acercó, deslumbrante con el maquillaje todavía en la cara.

—He estado viéndolo con nuestras familias —dijo—. Tu tío Geoffrey es la monda; ha intentado liarse con mi madre. Cielo, has estado estupenda. Ya te dije que te iba a salir bien.

—Ni me lo nombres —dijo Mary, estremecida—. Quiero olvidarlo todo, pero tú, Angel, tú has estado sencillamente...

La interrumpió la señorita Gould, que gritó desde la puerta:

—Vamos, al escenario. Venid, venid.

Mary se empolvó a toda prisa la grasienta cara y, todavía con el vestido de niña, subió al escenario con los demás, y allí se quedaron murmurando, dándose empujoncitos y esperando el veredicto de los jueces. Lo leyó el actor Ralph O'Connor, taciturno, brutalmente viril, atractivamente feo, como decía su público de las matinés. Desganado, se levantó con un largo papel blanco en la mano y leyó el nombre de cada alumno por orden alfabético, con la puntuación que les habían puesto y un breve comentario crítico para cada uno. Sin emoción alguna, haciendo una pausa de vez en cuando después de cada nombre, con la mirada puesta en el escenario y una voz bien modulada, sentenció:

—Ambrose... Argyll... Armstrong...

Llegó a:

—Darwin, noventa y dos. Ha dado un Romeo adecuado, pero el otro ha sido una interpretación extraordinaria de un papel difícil. —Se oyeron murmullos de emoción, que se redoblaron cuando leyó—: Shaw, noventa y dos. —Levantó la afilada cabeza una vez más para mirar con calma hacia delante.

Mary apretó el brazo a Angela como si aquello fuera un sueño, porque todavía le resonaban en la cabeza las palabras: «Shannon, veinte. Debería estudiar movimiento. Una actuación irrelevante, debido seguramente a la falta de ensayo». Mary se mordió el labio mientras el actor leía hasta el final sin inmutarse, como si no supiera que tenía los temores y las ambiciones de los alumnos en sus manos. «¡Falta de ensayo!». ¡Y pensar que había pagado tantas veces por ver y aplaudir a ese hombre...! Se juró no volver a acercarse jamás a ninguna de sus obras. ¡Veinte sobre cien! Nadie había sacado menos de veinticinco; bueno, Muriel Willoughby, pero eso no contaba. Se alegró de estar en la última fila, porque así no veía cómo se tomaban la desgracia su madre y el tío Geoffrey. Temía enfrentarse a ellos. ¿Qué iba a pasar? No se burlarían ni se enfadarían, se apiadarían de ella, le tendrían lástima, y no podría soportarlo.

Ralph O'Connor terminó la lista y se sentó sin haber anunciado al ganador de la deseada copa. Bob y Angela habían sacado la mejor puntuación y todo el mundo se preguntaba a cuál de los dos elegirían. Angela se quedó pálida como un muerto, agarrada al brazo de Mary con todas sus fuerzas, aunque su amiga no lo notó. Mientras los tres jueces debatían con Rocky, vio que su madre y el tío Geoffrey se levantaban y se preparaban para irse, aunque los padres de Angela —la señora Shaw al borde del desmayo— esperaban a oír el resultado.

La señora Shannon localizó a Mary, la saludó y, gesticulando con la boca, le dijo: «Nos vamos», y salió con su hermano, aunque causó un leve disturbio en la puerta porque, al parecer, insistía en que se había dejado los guantes en el asiento. Sin embargo, el tío Geoffrey arregló el asunto negándose a volver a buscarlos y la sacó de allí, no sin antes dedicarle a la señorita Yule una sonrisa de despedida que casi la tumba de espaldas.

En ese momento, Ralph O'Connor se levantó otra vez con las rodillas juntas, un poco cansado ya.

—Damas y caballeros —anunció—, los jueces han decidido que la señorita Shaw y el señor Darwin representen de nuevo su escena respectiva para saber cuál de ellos gana la copa.

Los más de cincuenta estudiantes que había en el escenario empezaron a cuchichear, Rocky se levantó con la sensación de que ya era hora de que se le oyera a él.

—Despejen el escenario, por favor. No hablen —dijo, haciendo gala de su autoridad.

Mary salió con los demás en un estado febril de ansiedad. ¿Qué escena iba a representar Bob? ¿*Romeo y Julieta* o *Querido Brutus*? No era posible que tuviera que someterse a la misma tortura otra vez..., esas cosas no pasaban en la vida. Angela, emocionada, voló a los vestuarios para arreglarse el maquillaje y casi todos los demás se amontonaron en el pasillo para dar la vuelta y sentarse entre el público. Mary se quedó por allí hasta que la señorita Gould se le echó encima como un toro furioso.

—¡Espabile, Shannon, vamos! —le gritó—. Hace usted la escena con Darwin, ¿no es eso?

—Sí, pero, ¿no va a ser *Romeo*? —le preguntó en tono implorante.

—No, no. El señor Rockingham dice que tiene que ser *Querido Brutus*. —Encaminó a Mary hacia los vestuarios—. Vaya a maquillarse. Van a representar la otra escena primero.

Mary bajó las escaleras dando puntapiés. Conque sí, ¿eh? Sabía por qué habían elegido la suya; si a Angela le favorecía tener a Jordan Holmes de compañero, porque era muy malo, Bob tenía que estar en la misma situación actuando con un palo de escoba. Mary y Jordan Holmes, los..., ¿cómo los llamaba el tío Geoffrey? Los comparsas.

Angela se dio los últimos retoques en el maquillaje, se pasó la brocha por la fina curva de las cejas, se ahuecó los brillantes rizos y los descolocó con arte; le brillaban los ojos de emoción.

—¡Ay, Mary! ¡Estoy aterrorizada! ¡Ay, deséame suerte! No dejes que Bob se luzca mucho en tu escena. ¿No puedes hacer que pierda la concentración o algo? ¡Ah, ahí está la necrófaga chillando...!

—¡Buena suerte! —dijo Mary—. Sé que ganarás.

Angela se fue al escenario a toda prisa y Mary se quedó sola entre la ropa tirada, los polvos derramados y los trocitos de algodón sucios. Se maquilló de cualquier manera, de mal humor, y se exageró más la triste caída del labio inferior.

—«¡Papá, vuelve! ¡No quiero ser solo lo que pude haber sido!» —le espetó como un insulto a su imagen del espejo con una sonrisa desagradable, de gárgola.

De pronto se le ocurrió una idea tan fantástica que la rechazó inmediatamente. Todavía no estaba loca, solo se estaba desquiciando poco a poco.

Se tiró del vestido y lo alisó con la mano en un vano intento de quitarle las arrugas, se ató de nuevo las zapatillas de gimnasia y se fue apesadumbrada a las bambalinas. La escena de Angela casi había terminado y se puso a mirar por una rendija entre las telas. ¡Ah, qué buena era! Se merecía el premio. Debía de ser maravilloso actuar así.

Tener que volver a pasar por lo mismo le pesaba como el plomo.

Cuando la escena terminó, Mary cruzó hacia la esquina por la que tenía que salir; le pareció que Bob no estaba tan guapo con la cara encogida de preocupación.

—¡Ay, por amor de Dios...! —empezó a decirle.

Pero Mary ya no podía más.

—¡Cállate! —le soltó, furiosa de pronto.

Hervía de rabia mientras unos ineptos manejaban un sofá en el escenario. Una víctima propiciatoria, eso era ella, a la que un mariposón cohibía y desdeñaba a su antojo; y ese rebaño de caras estúpidas que se reían con la boca abierta... Todavía hervía de furia cuando se levantó el telón y Bob la empujó para que saliera al escenario. Dijo la primera frase automáticamente. Después de tres horas, algunos espectadores ya se habían ido, pero la sala estaba llena de alumnos; en la primera fila, el hombre gordo y calvo estaba casi dormido, y los otros dos, aburridos y cansados.

Entró Bob. Cuando ella empezó a montar el caballete, que seguía siendo imaginario, la idea de locos que se le había ocurrido en los vestuarios la asaltó de nuevo, y el resentimiento hirvió a borbones y se desbordó. Le había pasado lo mismo una vez en el St. Martin: una locura cegadora se había apoderado de ella y escupió unas palabras sin poder evitarlo; en ese instante, igual que entonces, se volvió loca de repente y empezó a actuar como si el texto fuera una parodia.

Nunca pudo explicar lo que le sucedió a continuación, pero sí tuvo conciencia de un estado de exaltación, de gloria, al soltarlo todo y expulsar el rencor que la corroía. Mientras saltaba por el escenario con malicioso frenesí farfullando cada vez más, hasta la histeria, vio las caras paralizadas de terror del público, la ira y la perplejidad de Rocky, el comienzo de una sonrisa más y más ancha en la cara morena de Ralph O'Connor, y a Mervyn Garstein echado hacia atrás en el asiento, borracho de risa, y entonces empezó a decir algunas frases con acento francés. Hacía rato que Bob se había derrumbado; cuando tropezó con él, la agarró, le murmuró algo y la maldijo, y tuvieron que apuntarle casi todas las frases.

La señorita Gould no se hizo cargo de la situación y no bajó el telón hasta que las incrédulas risitas del público se convirtieron en carcajadas estentóreas. Mary, conmocionada, volvió en sí y se quedó clavada en el sitio, con un vaivén como si estuviera mareada, como si saliera de un trance. Al darse cuenta de lo que había hecho sintió un júbilo milagroso en el corazón. Era libre. La expulsarían y se alegraba. ¿Por qué había consentido que la oprimieran tanto tiempo sin ninguna necesidad? Tenía la sensación de ser un converso religioso que de repente ve la luz; al momento, varias personas muy ofendidas se precipitaron desde todas partes, y lo siguiente que supo fue que estaba en el despacho de Rocky, al otro lado de su enorme y vieja mesa de despacho, chascando los dedos imaginariamente mientras él soltaba su monólogo.

—¡Fuera! —le oyó decir—. Váyase en menos que canta un gallo. Si se atreve a abrir esa puerta otra vez...

—Adiós —dijo Mary con dulzura, agitando la mano—. Gracias por todo lo que me ha enseñado.

Salió rápidamente, antes de que el temor que le inspiraba la presencia de Rocky la acometiera otra vez y le estropeara esa digna despedida. En el pasillo la esperaba la señorita Yule, retorciéndose las manos, profundamente afectada. Lo que había pasado era demasiado para su anemia.

—He llevado todas sus cosas a la puerta —le dijo, mirándola con los ojos vidriosos.

—Pero es que tengo que bajar a los vestuarios a despedirme. Si no, les parecerá muy raro.

Deseaba ver a Angela.

—No —dijo la señorita Yule, que la encaminó hacia el pasillo agarrándola sin fuerzas por el brazo—, no va a ir a ver a nadie. Creo que el señor Rockingham teme su mala influencia...

Mary empezó a reírse. En la esquina de las escaleras se encontraron con Myrtle Drew, que se aplastó contra la pared y se recogió las faldas como con miedo a contaminarse. A Mary le hizo mucha gracia. Echó de menos a Angela, le habría gustado que lo viera ella también. Se puso el abrigo encima del escueto vestido azul mientras la señorita Yule recogía sus cosas y se las colocaba en los brazos, distraída, suspirando; los zapatos se cayeron al suelo.

—Pues —dijo, y abrió la puerta—, adiós, Shannon, le aseguro que no sé...

—¡Ah, no pasa nada! —dijo Mary—. Adiós, señorita Yule.

Cargada hasta la barbilla, salió a la calle en busca de un taxi para no tener que acarrear las medias, los zapatos de baile, el uniforme y todos los demás objetos despreciables, que ya se imaginaba humeando en una hoguera en el jardín de atrás al día siguiente.

En el trayecto, la alegría se tiñó de aprensión. ¿Cómo se lo tomarían? ¿Su madre se enfadaría por haber tirado treinta libras a la basura? ¿Qué diría el tío Geoffrey? ¿Cómo se lo iba a contar? Habría preferido ir a casa andando, así habría tenido tiempo de ordenar los pensamientos. Entró en casa sin hacer ruido y dejó la ropa en el suelo del vestíbulo. Se quitó el sombrero, cogió un peine y se peinó ante el espejo de la entrada. Todavía llevaba el maquillaje, pero, si iba a haber una escena, al menos quería tener buen aspecto.

—¿Mary? —dijo su madre desde el salón.

—Hola —le contestó animadamente.

Hizo un gesto de burla al tío Geoffrey al oírle decir arrastrando las palabras al estilo americano:

—«¡Papá, papá, no quiero ser solo lo que pude haber sido!».

Su madre replicó:

—Cállate, Geoff. —Añadió algo así como—: No es justo. —Después la llamó otra vez—: Entra, cielo. Estamos con Gerald.

Mary se alegró, porque eso significaba que no habría bronca; su madre jamás cometería semejante torpeza delante de un admirador, así que abrió la puerta del salón y se quedó en el umbral sonriéndoles con timidez; Gerald Rigley estaba de pie en el felpudo de la chimenea; su madre, sentada en el brazo de un sillón, y el tío Geoffrey, agitando cócteles, con un cigarrillo colgado de lado entre los dientes.

—Hola, Lo-que-pude-haber-sido —empezó a decir, pero Mary levantó la mano.

—No digas eso, porque no es cierto. No soy Lo-que-pude-haber-sido; no llego ni a Lo-que-habría-podido-ser. Mami, ¿te va a sentar como un tiro? Me han expulsado.

—¿Por qué?

—Pero, ¡gracias a Dios! —dijeron ella y su hermano al mismo tiempo.

Gerald se rio a pleno pulmón, como siempre que no estaba seguro de cómo tomarse algo.

Mary empezó a contarles la historia mirándolos a la cara con inquietud; para su gran alivio, vio que les parecía muy bien.

—¡Ah, Señor, Señor! —exclamó el tío Geoffrey, que se tomó el cóctel de un trago—. ¡No me reía tanto desde la muerte de papá! Cuéntanoslo otra vez, renacuajo. Es decir, ¿saliste al escenario y les hiciste una parodia? Habría dado cualquier cosa por verlo. Ya verás como Garstein te ficha para un primer papel en su próxima comedia.

—Espero que no —dijo la señora Shannon—. No te imaginas lo mucho que me alegro de que hayas dejado esa escuela, mi niña.

—¿Lo dices en serio? ¿Y las treinta libras que pagaste?

—¡Eso no es nada! —dijo, chascando los dedos—. Habría pagado el doble por que se te pasaran las ganas de ser actriz. Con un actor en la familia sobra, eso seguro, y además, no tenías condiciones para eso…

—Lo hice fatal, ¿verdad?

—No, cielo; me pareciste bastante prometedora —dijo la señora Shannon sin convicción.

—«Espiar al anfitrión» —murmuró el tío Geoffrey pensativamente.

—No le des más vueltas, Mary —dijo Gerald, y le dedicó una de sus sonrisas de lado—. Estoy seguro de que lo has hecho bastante bien. Vamos a cenar fuera y a pensar en lo que puede ser Mary. ¿Qué te parece, Lily?

Qué buenos eran, pensó mientras subía a cambiarse, y qué mal los había tratado, tan pendiente siempre de sus propios problemas, que tendía a magnificar.

Puso el gramófono en marcha y empezó a cantar mientras se movía por el dormitorio. Estaba muy contenta; solo le faltaba Denys para que todo fuera perfecto. Denys o cualquiera. El hombre mítico con el que se inventaba historias cuando estaba en la cama. Pero, si Denys no podía ser, ¿quién sería? ¿Dónde estaba esa mitad que se suponía que tenemos todos en el mundo? Le parecía que no estar enamorada a los diecinueve años no podía ser bueno.

CAPÍTULO SIETE

Por ser la ganadora de la copa de la escuela de arte dramático, contrataron a Angela en una compañía de Penzance que representaba un repertorio de verano con tragedias griegas y *Prometeo liberado* a un público que habría preferido un concierto al aire libre, pero que, no obstante, acudía al teatro para demostrar que era tan culto como el que más.

Mary fue a verla en una ocasión y se enamoró de un joven de la compañía que tenía el pelo rubio y sedoso, y también las pestañas. Martin Dwyer era sutilmente encantador y románticamente bello. Llevó a Mary a pasear por los acantilados a la luz de la luna y recitó emotivos versos al mar.

—Tenerte a mi lado toda la vida —le dijo— es lo único que pido.

Cuando él volvió a Londres, solían salir juntos y todavía conseguía ser bastante romántico en Lyons' Corner House, la sala de cine de a dos chelines con seis peniques, o en los pasillos del metro, con sus corrientes de aire y su eco. La víspera de su viaje a Irlanda para ir a ver a su «querida madrecita», se dio cuenta de que se le había olvidado cobrar un cheque y que por la mañana no le daría tiempo a ir al banco. La señora Shannon le prestó cinco libras de buen grado y, como era tan sutil, se desvaneció como un bello sueño y nunca más se supo de él.

Mary lo lloró una temporada, en parte porque le había herido el orgullo y en parte porque le venía bien para mejorar el tipo. Después de dejar la escuela de arte dramático se propuso adelgazar sin esperar a «afinarse» por sí sola, tal como había augurado su madre. Con una dieta drástica y mucho ejercicio indecoroso empezó a conseguir resultados satisfactorios; la tía Mavis o la tía Grace llamaban a su madre cada poco para decirle que la niña iba a perder la salud y para contarle casos de enfermedades femeninas horribles que se contraían por seguir dietas de adelgazamiento. Hasta Gerald le dijo que era una jovencita tonta y chiflada, pero a ella le daba igual.

No le gustaba que se pusiera paternal. Se preguntaba a menudo si tenía intenciones de divorciarse para casarse con su madre; en caso afirmativo, debería decirle que lo pensara mejor. Parecían muy buenos amigos, pero él era demasiado lento para ella; muchas veces tenía que explicarle las bromas, cosa que al principio era divertido, pero que a la larga cansaba. Su madre jamás se casaría con él. Además, resultaba evidente que, últimamente, lo más importante para ella era la tienda.

La señora Wilkes Armitage ya no pudo resistirse más a la llamada de la Riviera, que llevaba un tiempo tentándola, propuso a la señora Shannon que le comprara su parte del negocio y se escapó a Antibes para adquirir la villa de una actriz, una propiedad que acababa de salir al mercado. La señora Shannon se la compró a plazos, en contra de los consejos del tío Lionel, el oráculo de la familia en cuestiones financieras, el cual, con cara de máquina calculadora, le dijo que, hasta que terminara de pagar, sería como colgarse una rueda de molino al cuello.

Sin embargo, el negocio funcionaba y a ella le pareció seguro. Cambió el nombre de la tienda —«Nell Gwyn»,[36] otro de los caprichos de la señora Wilkes Armitage— por el de «Lilianne», y la redecoró con brocado blanco, dorado y granate.

—Y ahora, cielo, si todavía te apetece —le dijo a Mary—, me encantaría que trabajaras conmigo. ¿Te gustaría?

—Claro —dijo Mary, pensando—, me encantaría —añadió con vacilación—. Pero ¿qué tendría que hacer exactamente? Porque no sé nada de ese negocio y no serviría de mucho.

—Por eso se me ha ocurrido que vayas a París a estudiar confección. Siempre he deseado que hicieras algo con tus dotes para el dibujo. En París hay una escuela maravillosa; si se te da bien, me serías de gran ayuda. No cuento con nadie que tenga buenas ideas. ¡Ah, maldito teléfono..., siempre sonando! ¿Qué te parece, mi niña? Piénsalo mientras... ¿Diga? —Levantó el receptor—. ¡Ah, hola, Mavis! —Miró a Mary con cara de sufrimiento—. Sí, querida, sí, muy bien. ¿Y vosotros...? ¡Ah, cuánto lo siento! ¿Cómo es eso...? No, querida mía, ¿qué es lo que ha hecho...? ¿Cómo dices...? Sí, no me extraña. ¿Qué dice Guy de todo esto?

Mary esperaba con impaciencia. Algo interesante pasaba. Oía la voz de su tía graznando como un pato, y su madre movía los ojos como nunca cuando hablaba con la tía Mavis por teléfono.

«Cigarrillo», le pidió gesticulando con los labios; se bajó del brazo del sillón al sillón propiamente dicho, dispuesta a mantener una larga conversación.

—¡Bueno! —dijo, cuando colgó por fin—. ¿Qué te parece?

—No tengo ni idea. ¿De qué se trata?

—Es muy gracioso, la verdad, después de lo que estábamos hablando antes... Mavis me ha preguntado si le daría trabajo a Sarah en la tienda, para que se distraiga un poco.

—¿De qué tiene que distraerse, por Dios? Mami, cuéntamelo de una vez.

—Quiere casarse con un maestro de escuela que trabaja en la Costa Dorada y que no tiene donde caerse muerto. Solo le dan vacaciones una vez cada cinco años, y ahora las está disfrutando; lo conoció en la sala de lectura de la biblioteca pública de Marylebone y volvió a casa con la mirada perdida. Pobre Mavis, la presenta en la corte, la arrastra a todos los bailes y la prepara para que se case con un duque rico, pero ahora ella quiere irse a vivir a Uganda con un hombre que se llama nada menos que Roebuck y tener veinte hijos, unos negros y otros blancos...

—Es muy gracioso, la verdad —dijo Mary con una risita—. Pobre tía Mavis. Está destinada a no conseguir nunca lo que quiere.

—Como te puedes imaginar, está completamente histérica; dice que Guy se ha puesto como loco y que no para de tirar adornos contra las paredes —dijo su madre—. De lo de la tienda le he dicho que no, claro, y se ha enfadado. Pero, además de que no la necesito para nada, sobre todo si te quedas tú conmigo, ¿por qué Sarah no va a poder casarse con Roebuck si él la quiere? Bien sabe Dios que será el único hombre que la desee en la vida. Bueno, mi niña —dijo para volver al tema anterior—, ¿qué me dices de París? ¿Has tomado alguna decisión?

—Sí —dijo Mary—. París me encantará. París... Mami, ¿es cierto que huele muy distinto a cualquier otra parte del mundo?

Descubrió que era cierto. En realidad, se trataba de algo que había en el aire, más que de un olor concreto, y tan encantador como en Charbury, pero mucho más intangible, más difícil de definir. El olor de París era una mezcla emocionante y escurridiza de flores de primavera en el

Bois, calles al sol, Dubonnet, el regusto caliente y metálico del metro y el aire mismo, liviano y transparente. Imposible imaginarse París con niebla. Estando allí en primavera era imposible imaginárselo en cualquier otra estación del año.

Mary vivía en Passy, con la familia Robeau, en una casa estrecha con postigos verdes, altos y estrechos en todas las ventanas. Habían hecho un trato económico de estilo *au pair*, porque la hija mayor de los Robeau, que quería estudiar en Londres, se había ido a vivir con la madre de Mary y con el tío Geoffrey en Marguerite Street. Mary se preguntaba qué tal se llevarían con Lucienne. La chica había llegado a Londres antes de que ella se fuera: alta, de carnes blandas, con una boquita sonrosada y un rostro plano e inexpresivo. Daba la impresión de ser una persona con la que sería tan fácil entenderse como sosa resultaba, seguro que a esas alturas ya tendría al tío Geoffrey llorando de aburrimiento.

Madame Robeau era viuda «*il y a ne me demandez pas combien d'années*» y, aunque no vivían con gran holgura, se las daba de indigente. Jamás se compraba un vestido nuevo. Se pasaba la vida deshaciendo los viejos y rehaciéndolos con otra forma, añadiendo detalles curiosos en algunos sitios, y se sabía que había cogido dos sombreros y les había intercambiado el ala y la copa. A Mary le daba igual que la comida no fuera de lujo. Seguía empeñada en mejorar el tipo, pero, de todos modos, en el camino a la escuela de diseño había una pastelería irresistible cuya cantarina puerta de vaivén traspasaba casi siempre para entrar en el despacho, dulce y caliente, en el que se sentía como la mermelada del relleno de una rosquilla.

Madame Robeau tenía dos hijas, además de Lucienne: Jeanne, que era tierna y dócil, enseñaba en un jardín de infancia y tenía un novio sonrosado y blanco que se llamaba Albert, con el que se casaría en un futuro indefinido «*quand j'aurai succès avec mes affairs*». Y Didi, la menor, una chica muy normal que se ponía sujetadores de punta y zapatos de piel con unos tacones como agujas y enseñaba a Mary muchas palabras francesas, aunque de algunas no sabía ni su equivalente en inglés. Antes de ir a París, Mary había hecho un curso intensivo de francés; aunque los Robeau hablaban algo de inglés, ella prefería practicar francés con ellos: así, poco a poco, empezó a entender mejor lo que sucedía en la escuela de confección.

Le encantaba lo que hacía, pero le asombró descubrir lo mucho que se tardaba en confeccionar cualquier prenda al auténtico estilo Flambert. Primero había que dibujarla bajo la atenta mirada de los ojillos negros de monsieur Flambert, que impartía las clases de dibujo. Era un señor gordo y barrigudo, que abría y cerraba la boca como los sapos y tenía la costumbre de pellizcarte el cogote cuando se inclinaba a ver tu trabajo. No se podía pasar el dibujo a un patrón en papel hasta que se conseguía que fuera una obra de arte. El proceso del patrón era complicado, se requerían más conocimientos de geometría de los que tenía ella de francés. Después, del patrón en papel se pasaba a una *toile* de lienzo, que madame Flambert probaba a las alumnas prendiéndola con alfileres. Madame Flambert parecía una conserje en su diminuto despacho, que olía a cerrado y tenía el suelo sembrado de alfileres y remaches. Por fin, bajo la irritable dirección de mademoiselle Sylvie, se permitía cortar la tela —Mary la compraba a mitad de precio en Galerías Lafayette— y confeccionar el modelo en la habitación de las máquinas de coser, que cantaban todo el día como canarios barítonos.

Mary estaba contenta. Disfrutaba del trabajo en la escuela, sobre todo con el dibujo, y le parecía que llegaría a hacerlo muy bien. Sus compañeras eran agradables, los Robeau también, y adoraba París. No fue a ver ninguna de las cosas que le había recomendado su abuelo, pero subió

con Jeanne a la torre Eiffel, donde un marinero la pellizcó en el ascensor; a veces, Didi la llevaba a sórdidos locales nocturnos con sus amigos, que eran jóvenes alegres de lo más normal. Lo que más le gustaba era sentarse en los cafés de los Campos Elíseos o de los bulevares a tomar café o Dubonnet Cassis, según el momento del día, y mirar a la gente horas y horas. Madame siempre le decía que no era «*comme il faut*» sentarse sola en los cafés.

—Mis hijas —le decía— jamás lo harían.

La pobre no sabía a qué sitios iba Didi por la noche ni, como estaba media sorda, a qué horas volvía. Mary le respondía:

—¡Ah, no pasa nada! En Londres voy sola a todas partes. Me gusta estar sola. Si algún hombre me dice algo, le respondo que voy a buscar a mi novio, que es boxeador. Siempre funciona.

Salía de la escuela a última hora de la tarde y, en vez de irse a la derecha por el dique hacia Passy, cruzaba la Place d'léna y caminaba por la orilla de río hasta la de la Concordia. Desde allí, solo tenía que decidir si irse directa al bulevar de los Italianos o subir por los Campos Elíseos. Elegía un café, se sentaba a una mesa de la terraza, al ligero y perfumado aire libre, y contemplaba el fascinante e inacabable desfile que pasaba entre ella y el tráfico veloz y estridente.

Iban y venían mujeres inhumanamente chic, lujosas, con perros; ancianas encorvadas de pelo negro, ropa negra, vida negra; chicos de pueblo con sombrero ladeado y un inmenso abrigo que caía desde los hombros hasta el suelo, con hombreras, como si llevaran la percha incorporada; turistas: los alemanes, horribles; casi todos los ingleses, horribles también, hablando cada cual en su lengua más alto todavía; hombres siniestros, fascinantes, con los labios apretados, que llevaban un maletín y sin duda se dirigían a alguna misión diplomática secreta; viejas envueltas en satén negro; jóvenes secretarias y dependientas más elegantes que las más elegantes debutantes en la sociedad londinense; niños con modelos absurdos: niños pequeños con bombachos, medias largas negras y botas, y niñas que parecían grabados de moda en miniatura; algún que otro soldado con la gorra cuadrada echada a un lado y la capa azul al viento. Se sentaba y lo miraba todo con arrobo, hasta que la luz empezaba a menguar y llegaba la hora de volver a Passy, a cenar la miscelánea de sobras de la comida. Le encantaba estar así, sola entre la multitud, pero sabiendo que formaba parte de la vida. París tenía la virtud de hacerla sentirse como en casa.

Al principio iba sola al cine, pero dejó de hacerlo cuando, en una ocasión, una mano masculina se materializó de la nada y empezó a sobarla con todo el aplomo del mundo. Después solo iba a los cafés.

Y así fue como conoció a Pierre.

Se encontraba en el Colisée una tarde dorada, después de un chaparrón; la fragancia de las violetas que vendía entre las mesas un niño con mono negro impregnaba el aire. Mary tenía la impresión, por primera vez, de que la ropa que llevaba era digna de París. Se había puesto el primer modelo que había confeccionado en la École Flambert, un vestido azul oscuro y una torerita ajustada con remate de lunares blancos que le había costado la vida terminar, pero que había valido la pena. Por la mañana le había llegado la asignación de su madre, por eso se había puesto un gran sombrero marinero de color azul, sutilmente parisino, con una cinta blanca colgando por detrás, por encima de los oscuros rizos.

Por lo general, si alguien se dirigía a ella, no respondía; si insistían, se levantaba y se iba a

otra parte. Pero esa tarde, cuando una voz a la espalda le dijo suavemente: «*Bonsoir, mademoiselle*», se volvió al momento. Esa voz no sonaba como las que siempre le susurraban algo al oído por las calles de París, acompañadas de una mirada sospechosa y de una cara llena de granos. Al volverse vio a un joven de aspecto limpio, moreno, pero con el cutis fino y una sonrisa encantadora que recordaba un poco a Maurice Chevalier.

—*Bonsoir* —respondió ella, sonriendo a su vez.

Se preguntó si eso era lo que llamaban «rebajarse», pero ¿cómo iba a pasar por alto una cosa tan bonita? Estaba sentado justo detrás, se levantó al instante y se acercó a la mesita redonda de hierro que ocupaba ella.

—*Vous permettez?* —dijo, con la mano en el respaldo de la otra silla, los talones juntos y una ligera inclinación de cabeza.

Muy buenos modales, pero la sonrisa seguía ahí, pícara y prometedora. Mary se encogió de hombros a modo de sofisticado gesto galo.

—*Comme vous voulez* —respondió frunciendo los labios.

—¡Ah! —dijo, y se sentó sin pérdida de tiempo—. ¿Es usted americana?

Eso lo diría porque Mary llevaba el sombrero en la parte de atrás de la cabeza.

—¡No, no! Soy inglesa.

—¡Maravilloso! —Se inclinó hacia delante—. Espero no parecerle un grosero por dirigirme a usted: sé que en Inglaterra no se hace..., pero llevo mucho rato observándola y, como yo también estaba solo, me pareció que sería más... divertido pasar el rato juntos.

Hablaba inglés casi a la perfección, con un leve acento que lo hacía más atractivo. Mary, sin saber muy bien qué decir, hizo un comentario sobre su dominio de la lengua bajando la mirada con timidez, jugueteando con el vaso de café.

—Estuve en Cambridge —dijo— y siempre estoy con ingleses. Mi padre es director de una sucursal parisina de un banco inglés. Mire. —Le dio una tarjeta de visita—. Este soy yo. Como puede ver, no soy un rufián de las cloacas de quien deba tener miedo.

Se llamaba Pierre Mathieu. Cuando Mary le dijo su nombre, él respondió:

—¡Ah, le queda que ni pintado! «Mary...» es perfecto, ¿sabe? Porque parece usted *vierge*.

Mary se sonrojó. Ningún inglés le había dicho semejante cosa a los cinco minutos de conocerla, y hasta los extraños amigos de Didi recelaban de ella porque era inglesa y mucho más callada que Didi, Riette o cualquiera de las otras chicas.

—Por favor, tome algo —dijo Pierre—. Brindemos por este encuentro. ¿Qué le apetece?

—Dubonnet Cassis —respondió Mary, porque era la única bebida francesa que conocía.

—*Jolly good!* —exclamó Pierre, que usaba muchos anglicismos infantiles—. Para mí también. *Garçon!*

La seguridad que tenía en sí mismo era tan emocionante como estimulante el interés y la admiración que demostraba por ella. La tía Mavis habría dicho que era «un joven muy bien parecido». Mary deseó que la viera algún conocido. El camarero se acercó con una bandeja de bebidas en una mano y dejó dos copas grandes en la mesita.

—Dubonnet Cassis *pour* madame?

Un buen vaso de Dubonnet, un chorro certero de Cassis, clin: dejó caer el hielo y llenó la copa de soda hasta que la cremosa espuma de color malva rebosó.

Cuando empezaron la segunda ronda, Mary ya no estaba tan nerviosa. Bajo la influencia de

la sonrisa que Pierre le dedicaba sin cesar, le contó muchas cosas de sí misma, de su familia y de los Robeau.

—Tengo que irme —dijo por fin—. Llegaré tarde a la cena y se supone que después voy a ver *Rasputin* con Jeanne.

Pierre frunció el ceño y sacó el labio inferior. ¿Era posible que imitara a Maurice Chevalier a propósito? ¿Que se pasara horas y horas practicando, agobiado, ante el espejo? No, no era más que una afortunada coincidencia.

—No —dijo él con rotundidad—. Usted va a cenar conmigo. Deles un *coup de téléphone* y dígales que no va a casa.

—¡Ah! ¡Madame se va a escandalizar! Siempre me dice que no hable con desconocidos.

—Bueno, dígale que se ha encontrado con una amiga de Inglaterra…, cualquier cosa —dijo Pierre con impaciencia—. Adelante —le dedicó una sonrisa devastadora—, la acompaño a un teléfono y después vamos a divertirnos, ¿eh, Mary?

¿Cómo iba a negarse? En cualquier caso, no quería negarse. «¡Qué diferencia con Inglaterra!», pensó, emocionada, siguiéndolo entre las mesitas. Los ingleses no invitaban a las chicas a «mover el esqueleto» con ellos en un baile privado si no los habían presentado antes, pero este francés aparecía sin más, se metía en la vida de una en un minuto y la invitaba a cenar justo cuando una empezaba a preguntarse si volvería a verlo.

Entró en la cabina con ella y le cogió la mano cuando Mary la levantó para introducir la moneda; después le besó los dedos suavemente, de uno en uno, mientras ella mentía a la dulce y complaciente Jeanne. Cuando retiró la mano y susurró: «No, no lo haga», él empezó a respirarle dulcemente al oído. Mary se dijo que debía tener cuidado con él. Una serie de escalofríos le recorrieron la columna vertebral.

Salieron a buscar el coche de Pierre; fue entonces cuando Mary confirmó sus sospechas de que podía ser rico. Era un coche muy largo, negro y lustroso, con varios distintivos en el radiador; por dentro olía a caro y a piel nueva.

—¿Es nuevo? —le preguntó cuando entraron en los Campos Elíseos.

—Sí, bastante. Cambio de coche todos los años. Es mejor. Así que no conoce París, ¿eh? —dijo un momento después, y le puso la mano con suavidad en la rodilla.

—Sí, sí, lo conozco bastante bien. Llevo dos meses aquí.

—Bueno, sí, habrá visto lo típico, claro; pero no me refería a eso. ¿Qué me dice de las noches parisinas: Montmartre, Montparnasse?

—He ido a algunas *boîtes* con Didi —dijo Mary con orgullo, y nombró un par de ellas.

—¡Ah! —exclamó sacando el labio inferior otra vez, y frenó bruscamente al ver aparecer de pronto a un gendarme gesticulando como un loco con la porra y el silbato, delante de ellos y en medio de un paso de cebra—. Qué antros tan horribles. No puede ir ahí. ¿Qué le parece el Schéhérazade? —Mary hizo un gesto negativo—. ¿El Florence? —continuó él—. ¿El Boeuf sur le Toît, el Chez les Nudistes, el Casanova? ¡Ah, tengo que enseñarte muchos sitios! Nos lo vamos a pasar muy bien.

El gendarme tocó el silbato otra vez y pasaron rugiendo, dieron la vuelta al arco del Triunfo a gran velocidad y volvieron por donde habían llegado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mary.

—Al Harry's Bar. Primero tomamos una copa y le cuento por qué me gusta.

Encendió la radio del salpicadero. Un hombre cantaba *En parlant un peu de Paris* con una voz suave y melosa, y Mary se acordó de una frase que había leído en alguna parte: «*Pour connaître le vrai Paris il faut être amoureux*».

Más tarde no recordaría el orden en que sucedieron las cosas aquella gozosa noche. Por lo visto, en París, al contrario que en Londres, donde se reservaba mesa en un restaurante y se pasaba allí toda la velada, aunque no fuera el sitio ideal, se iba de un lado a otro dejándose llevar por el capricho del momento. No se acordaba de dónde habían cenado, aunque tenía un recuerdo clarísimo de un *poulet à la King* y del humor imperturbable del camarero que los atendió, y no faltó un río inacabable de champán dorado y chispeante en toda la noche.

En el Schéhérazade vieron a una rusa de ojos aterciopelados que cantaba unas cancioncillas de soledad que derretían y, en otro sitio, a unas chicas deliciosas que enseñaban varias partes del cuerpo al ritmo de unos coros desenfadados y alegres. En el Casanova, que no era más que un saloncito con una barra de bar, un pianista gordo y un público selecto y poco numeroso, aunque todos se conocían entre sí, Mary terminó al lado del piano cantando *Night and Day* en inglés, y tuvo un éxito enorme.

Nunca se había divertido tanto. Pierre era un acompañante muy animoso que no paraba de decirle barbaridades deliciosas y halagadoras. Bailaron rozándose la mejilla, muy enlazados, y Mary descubrió que, por un milagro, con él sabía bailar el tango. En la ambarina oscuridad del Schéhérazade, la besó en la comisura de la boca y le susurró:

—Acérqueme los labios.

—Pierre —dijo, ella, alejándose—, tengo que irme ya, es tardísimo.

Aunque lo dijo con poca seguridad, él, para su asombro, aceptó al instante y pidió la cuenta. Mary se acercó al guardarropía con preocupación, temiendo haberlo molestado o que se hubiera cansado de ella. Tenía que haberle contestado que no quería irse a casa; ella no, desde luego. En el coche, le pasó un brazo por los hombros y condujo con una sola mano. Mary apoyó la cabeza en su hombro preguntándose vagamente qué iba a suceder.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó de repente.

—Casi veinte.

—*Baby* —dijo él.

Por el tono de voz, supo que estaba sonriendo descaradamente.

—Entonces, ¿cuántos tiene usted?

—Veinticinco.

—Bueno, no hay tanta diferencia...

—Bueno, para un inglés no, pero recuerde que yo soy francés.

Mary sonrió para sí. Aquella seguridad en sí mismo era lo que le resultaba más atractivo, porque era lo que a ella le faltaba.

—¡Pierre! —Se incorporó en el asiento bruscamente—. ¿Adónde vamos? Por aquí no se va a casa.

—¡Oh, sí! Todas las niñitas inglesas cruzan el Bois para ir a casa, ¿no lo sabía?

—¡Ah!

Cuando por fin llegó a la cama y se encogió entre las heladas sábanas sin haberse desmaquillado ni haberse cepillado el pelo, con la luz grisácea del amanecer entrando por la rendija entre las cortinas, volvió a pensar que París era muy distinto de Inglaterra.

Los ingleses, en el coche o en un taxi, siempre hacían la pregunta imperdonable: «¿Puedo besarte?», o respiraban profundamente, se te echaban encima con torpeza y se quedaban con cara de tontos cuando no lo conseguían. Pero Pierre, ¡ah, él era distinto! Maravilloso, nunca había conocido a un hombre así. Cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño pensando en las cosas que le había dicho en el Bois, cuando no se oía nada más que el tictac del reloj dentro del coche y el oscuro rumor de los árboles fuera. Mañana, es decir, hoy, era domingo y Pierre iba a llevarla al campo. Tenía que dormir. Tenía que estar muy guapa para él.

El interés por la École Flambert decayó. Siguió asistiendo a clase todos los días, pero sobre todo por ocupar el tiempo mientras Pierre trabajaba en el banco, hasta el momento de verse otra vez. A veces iba a buscarla y a ella le gustaba el revuelo que provocaba entre sus compañeras. Se divertía mucho con él. La llevaba a todas partes y le enseñaba rincones de París que, sin él, no habría encontrado nunca. Iban a toda clase de clubs nocturnos: selectos, turbios y francamente indecentes; a restaurantes soberbios en los que le enseñó a comer platos que ni soñaba que existieran, y a otros muy pequeños e íntimos en las alturas de Montmartre, en los que el propietario los trataba como si fueran sus hijos. Cabalgaban de día en el Bois y tomaban oporto blanco y bailaban por la noche en cafés con luces de colores entre los árboles. Fueron a las carreras de Auteuil, al estreno de una obra de Sacha Guitry, al Lunar Park, donde Peter la besó en la boca cuando ella la tenía abierta en la montaña rusa. La llevó a cenar a una fonda de Melun, donde su hermano cumplía el servicio militar, y bebieron vino tinto y cantaron *C'est la Béguine* con un nutrido grupo de soldados alborotadores y sin afeitar. También la invitó a su casa y conoció a su madre y a su padre, y a veces tenía que acompañarlo a cenas, cosa que la intimidaba tanto que era incapaz de decir una palabra en francés; Pierre se reía de ella y la llamaba *baby* cuando la llevaba a casa.

Los Mathieu eran muy ricos. A madame Robeau le chispeaban los ojos solo de hablar de ellos; como consecuencia, su opinión de Mary subió como la espuma. Vivían en lo que madame Robeau llamaba «*une élite adresse*», una casa señorial, cuadrada, con verjas de hierro forjado y un patio interior con una fuente. La madre de Pierre era una simple percha fría y sin emociones de la que colgar diamantes, con pelo negro, nariz huesuda y ataviada como un cuervo con todas sus joyas robadas. Mary prefería con mucho a monsieur Mathieu. Era un hombrecito amable, siempre maravillosamente limpio, como Pierre, con sus camisas y cuellos inmaculados, y una cara como si se afeitara tres veces al día o no tuviera que hacerlo nunca.

También tenían una casa de campo en las afueras de París, un pabellón de caza, lo llamaba Pierre, cosa que infló las esperanzas de Mary, hasta que descubrió que se refería a la caza menor. La llevó allí un domingo a pasar el día, improvisaron un almuerzo estupendo y se lo comieron en la cocina, directamente de la sartén. Después, Mary quería ir a dar un paseo. Había montañas, bosquecillos y campos sin cercado que invitaban a entrar, pero Pierre sacó el labio inferior y la convenció de quedarse en casa. Encendieron la chimenea de la enorme salita de estar, que estaba decorada y amueblada en un fabuloso estilo rústico, y ahí era donde quería estar con ella. Al principio, Mary se desilusionó. Parecía que los franceses nunca tenían la sensación de que, cuando se salía al campo, había que aprovechar todo el tiempo posible para estar al aire libre. Se consoló pensando que seguramente un inglés se habría ido a recorrer los montes con un rifle, un perro y una pipa, y se habría olvidado de ella.

Fue allí, en la habitación de la cabeza de ciervo y los grabados de caza en las paredes, sobre

la alfombra de piel de oso que ningún Mathieu había matado, donde empezó el tira y afloja de Pierre y Mary. Y volvía a surgir casi cada vez que se encontraban, siempre que se quedaban solos; Mary estuvo muchas veces a punto de ceder, pero su terco instinto terminaba por imponerse a tiempo. Pierre lo intentó de todas las maneras: con argumentos, con promesas, con insultos e incluso con burlas.

—Estamos enamorados, ¿no es eso? —aducía él—. Entonces, ¿a qué viene tanto alboroto? —Se ponía hecho una furia—: ¡Ay, no sabes nada del amor! Eres una señorita inglesa tonta y mojigata, nada más. ¡Pareces una niña pequeña!

Mary lloraba, si no delante de él, cuando volvía a casa, y se tumbaba en la cama con el vestido puesto, afligida y sentimental. Sabía que ella tenía razón, por descontado, eso no admitía discusión, pero, aparte de eso, aunque no hiciera caso al instinto, la asustaba. ¿Cómo podía decírselo a Pierre? Parecía tan infantil...

Una noche cenó en su casa de la avenida Henri Martin. Solo había dos invitados, un amigo de monsieur Mathieu y su mujer, pulcra y acicalada hasta el último pelo, ingeniosa y vivaz, con un brillo en los ojos tan duro como el de las esmeraldas que llevaba en la garganta. A su lado, Mary se sentía como una sordomuda vestida con un saco. La noche anterior había tenido una discusión con Pierre, había dormido mal y estaba pálida y cansada. Llevaba un traje de noche negro, sencillo, con las gardenias de Pierre; se preguntó si no se habría encontrado de mejor humor y habría sido mejor compañía para todos si se hubiera puesto lentejuelas rojas y una pluma de avestruz en el pelo. Pierre, que estaba sentado enfrente, la miraba a menudo, pero apenas habló con ella, porque no hacía más que reírse y bromear con el exquisito espécimen que tenía al lado; seguramente las compararía, pensaba Mary, resistiéndose a los amables esfuerzos de monsieur Mathieu por rescatarla del ostracismo.

Sin embargo, después de la cena, cuando la madre de Pierre propuso una partida de *bridge*, él anunció que iba a llevarse a Mary a bailar, así que se despidieron cortésmente de todos; ya estaban sentados a la mesa de juego y madame Mathieu, con los dedos cargados de diamantes, barajaba las cartas a una velocidad inusitada.

Si Pierre hubiera sido cualquier otro, Mary habría propuesto irse a casa a dormir muchas horas seguidas por primera vez desde hacía muchas noches, pero él siempre se llenaba de vitalidad al final del día y jamás había oído hablar de acostarse temprano. Un lacayo que tenía unas pantorrillas tan ridículas como si las llevara almohadilladas le dio el abrigo en el vestíbulo de las columnas y, con una inclinación de cabeza les abrió la puerta a la cálida noche de mayo. A ella le habría gustado andar un poco por las silenciosas calles, pero el coche los esperaba al pie del porche; así pues, por no discutir, se metió en él y Pierre salió haciendo crujir la grava; al llegar a la carretera, tocó un arpegio arrogante con el claxon.

—¿Adónde vamos? —preguntó, y pensó en la cantidad de veces que había hecho esa pregunta en las últimas semanas.

Siempre decidía Pierre. Sabía todo lo que había que saber de la noche parisina y de invitar a salir a una mujer. No hubo ni un solo momento de depresión como los que había vivido un par de veces en Londres cuando, con un taxi esperándola después del teatro, al que, por lo general, había llamado ella misma, su acompañante la miraba y, tocándose la corbata, decía con vacilación: «¿Adónde te gustaría ir?». ¿Cómo iba una a decir nada sin saber cuánto dinero tenía? A veces, al final el acompañante se inclinaba hacia delante y pedía consejo al taxista, que invariablemente

les recomendaba un sitio cuyo único mérito consistía en que el portero era amigo suyo.

Esa noche, como de costumbre, Pierre sabía adónde iban.

—Voy a llevarte a un sitio al que no has ido nunca —le dijo—. No es emocionante, no es chic, pero me gustaría llevarte allí esta noche.

—De acuerdo —dijo Mary.

Se recostó en el respaldo y se quedó mirándole las manos, cuadradas y cuidadas, que giraron el volante del veloz modelo americano al dar la vuelta a la plaza de l'Étoile. Estaba más callado que de costumbre. Por lo general, charlaba y se reía y le tomaba el pelo o le hablaba de amor mientras conducía entre el brillo y las luces de la ciudad por la noche. No era propio de él estar tan pensativo. Enseguida entraron por unas calles empinadas y estrechas con muchas curvas, y siempre cuesta arriba. Por fin Pierre paró el coche y se apearon en una placita empedrada, rodeada de casas oscuras e irregulares. A lo lejos se oía débilmente el latido de un acordeón.

—¿Estamos cerca del Sacré Cœur? —preguntó Mary, mirando a todas partes.

—Sí, estamos en la parte más alta de París —dijo, y la cogió del brazo—. Por aquí.

—Es delicioso lo limpio que parece el aire cuando se está en lo alto de una ciudad —dijo, y volvió la cara para notar la ligera brisa al cruzar la plaza.

Se dirigieron a un pequeño café, un sitio bastante mugriento que parecía más bien una tienda, sin mesas ni toldo fuera, con una luz débil que salía por las empañadas ventanas.

—¿Aquí? —dijo Mary, sorprendida.

—Entro yo primero —dijo él.

Ella cruzó por las puertas de vaivén detrás de él y vio algo parecido a un bar; un par de hombres altos y sucios tomaban algo en vasos muy pequeños, cargando el ambiente con unas pipas asquerosas y unos cigarrillos amarillos. Miraron a Pierre con indiferencia, pero el hombre gordo que atendía la barra y que tenía una enorme cabeza blanca con unos mechones de pelo grasiento cruzando el cráneo de un lado al otro lo saludó muy cordialmente; salió de detrás de la barra y los llevó al otro lado de unas cortinas de cuentas. De pronto se encontraron otra vez al aire libre, en una terracita, que estaba a oscuras hasta que el patrón encendió un par de tenues puntos de luz. Mary se fue rápidamente al muro bajo del fondo y miró por encima conteniendo el aliento con placer. Más allá de los tejados de las casas más cercanas se extendía París, que parecía un reflejo aumentado de un cielo estrellado en invierno. Se distinguían algunas concentraciones dispersas de luces brillantes: edificios iluminados y el deslumbrante anuncio de Citroën que convertía en un faro la torre Eiffel.

—¿Te gusta? —dijo Pierre a su espalda, rodeándole la cintura con los brazos.

—Es perfecto. Nunca había visto algo así. ¿Cómo se llama esto?

—Café Bellevue, naturalmente, ¿cómo iba a llamarse, si no?

—*Parfaitement. Café Bellevue, ma'mselle* —se oyó decir, como un eco, al patrón, que revoloteaba por allí con entusiasmo.

Se sentaron a una de las mesas, junto al pretil, y Mary apoyó los codos en el borde y siguió mirando, fascinada, olvidándose de todo menos del infinito que veía abajo.

—¡Hola! —la interrumpió Pierre—. ¿Estás conmigo o con París?

—Lo siento.

Se volvió y sonrió respondiendo a la sonrisa de Pierre. El hombre gordo se había ido y había dejado una botella y unos vasos en el mantel.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, recelosa, mientras Pierre llenaba el vaso con un licor verde amarillento.

—*Spécialité de la maison*. Tienes que beberlo aquí, quieras o no. De lo contrario, creo que Jo-Jo te tiraría por el parapeto. —Levantó el vaso, muy serio de repente—. Eres preciosa —dijo—. Te quiero.

No se lo había dicho nunca de esa forma, en voz baja, con sencillez. Solía decir: «Te quiero, *je t'adore*, *tu es mon amour*», y cien cosas más que le inspiraba la pasión o la emoción del momento, pero esta vez fue como si, para su gran asombro, acabara de descubrir que era verdad.

Mary también le había dicho «Te quiero» creyendo que era verdad, pero esta vez no lo dijo porque, para su gran asombro, acababa de descubrir que quizás no era cierto del todo.

—Gracias, Pierre.

Bajó la mirada y se puso a repasar los cuadritos del mantel con el dedo.

—Creo que lo mejor es que te cases conmigo —dijo él.

Mary siguió pasando el dedo por el grueso algodón donde se unían el cuadrito rojo y el blanco mientras procuraba ordenar sus pensamientos, tan perplejos.

—Bueno..., mírame, Mary, haz el favor.

—¡Ay, Pierre! —Levantó la vista y se le encogió el corazón: era muy atractivo y sería muy fácil decirle que sí—. No sé, cariño. No sé qué decirte.

¿Cómo iba a tomar una decisión así de repente? Necesitaba tiempo; tiempo para pensar con calma, sola, sin esa sonrisa contagiosa que le insistía desde el lado opuesto de la mesa. Volvió a mirar los tejados de París, pero no encontró respuestas en la pista luminosa de las calles.

—¿Te parezco increíblemente tonta? —dijo, volviéndose hacia él—. ¿No tengo tiempo para pensarlo? Sabes que vuelvo a Inglaterra dentro de pocos días. ¿Me dejas pensarlo cuando me vaya, cuando no estemos juntos, y te contesto cuando vuelva?

—Supongo que es porque eres inglesa, y yo, francés. ¿Es por eso? —dijo Pierre, un poco enfurruñado, con la sonrisa transformada en el comienzo de una burla.

—Pues... sí, en cierto modo.

No lo había pensado, pero le vino bien el argumento: era el menos arriesgado y el menos ofensivo.

—De acuerdo, *baby* —dijo—; piénsalo. Pero no tiene nada que ver, ¿sabes? Somos un hombre y una mujer, la nacionalidad no puede cambiar eso. Un hombre y una mujer, Mary. No puedes ir contra lo que tiene que ser. Tú eres para mí y sabes que...

—No, Pierre, por favor —dijo, asustada por la intensidad de su voz—. Has dicho que me darías tiempo para pensarlo. Vámonos, ¿de acuerdo? —Se levantó empujando la silla hacia atrás y se estiró la larga falda del vestido negro—. Vámonos —repitió, porque él seguía sentado, mirándola—. Está refrescando y... —Se rio con incertidumbre—. Esa bebida no me gusta mucho. Sabe a... betún para los zapatos.

Mary y Lucienne Robeau se cambiaron el sitio para pasar el largo fin de semana de Pentecostés con sus respectivas familias. En medio del canal de la Mancha, Mary vio el barco que iba en el sentido opuesto, hacia Calais. «Ahí va Lucienne —pensó— con un sombrero nuevo de verano de las rebajas de la planta baja de Selfridge's, preguntándose si le habré manchado la colcha de tinta o le habré roto la bandeja de las horquillas de su habitación, y aquí voy yo, con un sombrero de dudoso gusto que he hecho con mis manitas y la ayuda de mademoiselle Sylvie,

preguntándome cuánto perfume habrá derrochado ella del que dejé y si habrá manoseado las manecillas de mi reloj de porcelana». Pero lo que se preguntaba principalmente, como a todas horas desde hacía tres días, era qué hacer con Pierre. Se acordó de una cosa que le había dicho su abuela hacía mucho tiempo, cuando le contó que había tenido tres pretendientes: Von Zalpius, el alemán, que hincó la rodilla en tierra ante ella en medio de una fiesta de presentación en sociedad y declaró: «¡Eres mi reina!»; George Vallery, que era amable y fogoso, pero cometió el error de presentarle al abuelo; y el último precisamente el abuelo, que le pidió la mano en Henley, en una batea.

—¡Pobre George! —le dijo Mary—. Tiene que ser horrible decirle que no a alguien. Debe de ser tan..., no sé..., tan grosero. Pero ¿cómo se sabe si decir sí o no?

La abuela le respondió:

—Si tienes la menor duda, considérala suficiente prueba de que no es tu hombre. Esa duda no desaparecerá después de la boda, sino que crecerá hasta convertirse en el mayor inconveniente, y puede que incluso en lo que más aborrezcas.

Pero seguro que todo el mundo tenía dudas. No había dos personas iguales. Nadie podía ser tan íntegramente sí mismo que nada en su vida fuera discordante.

Se apoyó en la barandilla y vio la primera ola de color verde oscuro, como gelatina, que se alejaba del costado del barco. La mancha que se divisaba en el horizonte era Inglaterra. Tres días después estaría mirando una mancha en el horizonte que sería Francia, y tendría que haber tomado una decisión. ¿Quería tanto a Pierre que las cosillas que advertía ahora con indulgencia jamás llegarían a irritarla e, incluso, como le había dicho su abuela, a convertirse en algo aborrecible? Esas cosillas se debían a que era francés y, por lo tanto, carecían de importancia, pero, por haberlas detectado ya, ¿llegaría un día en que se le harían insoportables? Eran nimiedades, pero había que tenerlas en cuenta.

Llevaba un alfiler de corbata con una perla y solía usar chalecos cruzados y un sombrero hongo a horas raras del día. Se empolvaba la cara con talco después de afeitarse, y era posible que se pusiera una redecilla en la cabeza para vestirse, como sabía ella que hacían muchos franceses. La cadena del reloj le colgaba del bolsillo de los pantalones. Tenía una debilidad enfermiza por los pasteles de crema. El campo no era más que una afición para él, no una necesidad; siempre quería saber si la gente era de *bonne famille* y, cuando hablaba de sus amigos ingleses, se refería a ellos por el título, si lo tenían. Decía cosas en inglés como «*jolly nice*» y «*topping*», y nunca se cansaba de demostrar lo bien que dominaba el adverbio «*rather*».

No le daba importancia a todas estas cosas. Al fin y al cabo, eran parte del encanto romántico de ser francés, parisino concretamente, y sabía conquistar a una mujer como ningún inglés que ella conociera.

Aunque la mancha del horizonte acaba de empezar a definirse en forma de acantilados, Mary ya oía a su espalda el barullo de los viajeros británicos, que se preparaban para desembarcar. Quizás fuera buena idea abrirse paso hasta el tocador de señoras para arreglarse el pelo y colocarse bien aquel sombrero de tan dudoso gusto. Se alejó de la barandilla pensando que era mezquino haberse dado cuenta de esos detalles de Pierre. Era atractivo, limpio, sincero, alegre y vivaz, estaba seguro de sí mismo y sabía cómo tratarla. Eso era lo importante. Sin embargo, mientras se abría paso entre viajeros postrados y tapados con mantas, sombrereras, palos de golf y hombres con gorras de cheviot que hablaban de Baldwin,[37] seguía oyendo la advertencia de su

abuela: «Si tienes cualquier duda...».

Tan pronto como avistó Inglaterra, supo que nunca podría vivir en ninguna otra parte. Si se casaba con Pierre, debían trasladarlo a la sucursal inglesa, ni más ni menos.

París tenía ese algo en el aire, pero Inglaterra también, aunque solo te dabas cuenta de ello cuando regresabas. Era una impresión de seguridad fresca y húmeda. Todo resultaba perfecto, sin exotismos incómodos, como una col. Parecía que hasta los vientos soplaban allí porque sabían que Inglaterra era el único sitio en el que podían hacerlo. Mary jamás había estado fuera del país tanto tiempo y bajó por la pasarela con una jubilosa sensación de volver a casa.

El tren corría entre los campos de Kent, cubiertos de un verde hermosísimo, casi insoportable. Resultaba curioso que el color de la hierba pudiera ser tan diferente entre dos países que habían estado unidos en el pasado y que ahora estaban separados por apenas treinta kilómetros de agua. La campiña francesa era de un verde grisáceo, como el uniforme de campaña de sus soldados, pero aquí, en Inglaterra, los campos, que solo habían conocido la paz durante siglos, lucían el verde más brillante de todos los verdes de principios de verano. Kent nunca le había gustado, pero ahora le pareció entrañable; miraba por la ventanilla como si no hubiera nada más en el mundo, como antaño en el tren que la llevaba a Charbury.

Esperaba que hubiera ido alguien a buscarla a Victoria, pero no vio a ninguno de los suyos entre la multitud, que se abrazaba y charlaba. En Marguerite Street llamó a la puerta y gritó: «¡Hola, quien sea! ¡Soy yo!», pero la única persona que respondió fue Mabel, la doncella que, afectada por la ciática, subió las escaleras desde el pequeño sótano haciendo ruido y le dijo: «Ha vuelto, ya lo creo», como si no lo creyera.

—Hola, Mabel, ¿qué tal las piernas? —le preguntó automáticamente—. ¿Dónde están mi madre y el señor Payne?

—Últimamente su madre no vuelve de la tienda hasta que cierra, a las siete, trabaja como una esclava, ya lo creo, y no tendría que matarse así. Se lo he *decido* a la cara: «Parece *usté* un saco de *güesos*, señora», le dije. Yo no tengo pelos en la lengua, ya lo sabe, señorita Mary, yo digo lo que veo...

—Sí —la cortó Mary, cansada, y entró en la salita de estar buscando un cigarrillo—. Y mi tío sigue en Denham, ¿no?

—Eso es. Sigue con las películas, ya lo creo, pero, si viera la última... Fui hasta el West End a verla y ¡qué aburrimiento! En el Capitol puede colar, pero en el Putney Palace... ¡ni soñarlo! Y se lo dije a la cara. Y esa chica francesa, ¡qué manera de chapurrear! No entendía ni jota de lo que me decía. Pero su madre y ella, como dos cotorras: *oui, oui, oui, oh, la, la*... Como le dije a Wilkins el otro día: «A mí que me lo digan para que yo lo entienda». No es que tenga nada en contra de la señorita *Rowbow*, no crea; es limpia con las cosas de la casa y me llama por mi nombre con mucha educación, pero es que yo nunca he tenido nada que ver con señoritas extranjeras... ni con caballeros.

Y cerró la boca.

—Sí, Mabel —dijo Mary, buscando en vano en el armario de la esquina las botellas de cóctel que solía haber allí—. ¿No hay ginebra o algo? Estoy molida y me parece que necesito un trago.

—Dice que se acabó la ginebra hasta la semana que viene. El otro día se metió en mi cocina a repasar la lista de la compra: «¿Qué pasa en esta casa con el azúcar?», me dijo, porque la semana pasada teníamos dos kilos, sin contar el bizcocho, «¿Acaso vuela?», y le dije: «Pues un día

ruibarbo y al otro sorbete de moras, señora, y luego que la señorita francesa se pone copos de maíz para desayunar, pues, claro, el azúcar desaparece como arena entre los dedos». Y luego, que si los *güevos*, que haga la masa de repostería sin *güevos*, y me quedé pegada, porque, ¿cómo voy a hacer la masa sin *güevos*? Y ya sabe, señorita Mary, que estoy muy orgullosa de mi masa; como digo siempre, es lo que mejor se me da.

Y se miró las manos, viejas y enrojecidas, con satisfacción. Mary se quedó preocupada pensando hasta qué punto sería cierto y hasta qué punto se lo inventaba la muy víbora.

—Y dijo que nada de ginebra, ¿verdad?

Mary lo repitió como quien no quiere la cosa; prefería no demostrar mucho interés para no darle pie a Mabel a seguir.

—Solo puedo pedir una botella al mes. ¿Cómo voy a decírselo al tendero? No sé, porque antes hacíamos siempre el mismo pedido, pero ahora dice esto no, esto tampoco...

—Bueno, ¿hay algo de jerez? —la cortó Mary, que ya había oído bastante.

—¡Ah! Pues... ahora que lo dice, hace tres días que tengo una botella en mi despensa, porque a ella no le apetece y él dice que prefiere beber veneno antes que un jerez malo. Bajo las escaleras en un momento y se lo traigo —dijo, poniendo énfasis en «las escaleras»—. ¡Estas piernas mías! —añadió como si no dijera nada—. A veces me duelen tanto que me echaría a llorar, sí, sí, a llorar.

—¡Ay, lo siento! —dijo Mary con remordimientos, porque cinco minutos con Mabel siempre la dejaban exhausta o a punto para ponerse a gritar—. No se moleste, bajo yo a buscarlo.

Descendió por las escaleras de la cocina y Mabel la siguió haciendo ruido a cada paso; cuando Mary reapareció con la botella en una mano y el sacacorchos en la otra, se oyó una llave en la cerradura de la puerta de la calle.

La madre entró y la hija salió corriendo por el pequeño recibidor; al abrazarla, le dio en la rabadilla con la botella de jerez.

—¡Cielo! ¡Mi niña!

La señora Shannon soltó los paquetes, el bolso y las llaves; se abrazaron. A Mary se le había olvidado lo menuda que era su madre. No había dónde agarrarse. ¿Tendría razón Mabel? ¿Había mermado más? Le asombró notar que había cambiado de perfume, ya no llevaba el sutil y caro Souvenir d'Amour que había sido tan suyo tanto tiempo.

—Mary, estás más delgada que nunca —le dijo, mirándola de arriba abajo.

—Ya era hora. Empiezo a tener mejor tipo, menos mal. ¿Te gusta este vestido? Me lo he hecho yo.

Dio un par de vueltas para enseñárselo y empezó a hablar de París y de la escuela mirando a su madre con preocupación, disimuladamente. Sí, parecía cansada y tensa. Seguía tan vivaz como siempre, pero parecía más nerviosa: iba de un lado a otro moviendo las manos sin parar; cogió la copa que le había servido Mary y la volvió a dejar sin probarla. A pesar del esmerado maquillaje, se le veían arrugas en la cara. Mary no quiso hacerle ninguna pregunta. El tío Geoffrey llegaría tarde, así que tendrían tiempo de sobra para estar solas después de cenar. Averiguaría qué era lo que pasaba.

—Te has hecho mayor; pareces mucho más madura que cuando te fuiste —dijo la señora Shannon.

Curiosamente, fue como si la madre se hiciera eco de los pensamientos de su hija, que tenía

la inesperada sensación de ser mayor que su madre y de tener que protegerla; como si la madre fuera la hija.

—En tal caso, París ha servido para algo bueno —respondió—. La verdad es que yo también lo creo: me he hecho mayor. Estoy más..., bueno, más segura de mí misma.

Eso se lo debía a Pierre. Todavía no le había contado nada de él. Eso también tendría que esperar.

Mabel, que quería volver a Putney, les sirvió la cena rápidamente, como de costumbre, y recogió la mesa antes de que terminaran, por lo que parecía un crimen quedarse comiendo el postre.

—No se preocupe por el café si quiere irse ya, Mabel —dijo Mary, que no soportaba el ruido de sus zapatos ni un momento más—. Lo hago yo, he aprendido a hacerlo de una forma maravillosa..., al auténtico estilo francés. Ya le enseñaré, si quiere.

Mabel guardó la sal y la pimienta en el cajón del aparador y lo cerró de golpe.

—Siento que mi café no le guste, ya lo creo —dijo.

—¡Oh, no, Mabel! —dijo la señora Shannon, que todavía no había aprendido a no llevarle la contraria cuando se ponía digna—. La señorita Mary no lo dice por eso. Solo quiere evitarle trabajo para que pueda irse antes.

—Bueno, a mí me da igual quedarme más de la cuenta, ya lo sabe, señora —dijo Mabel desde la puerta, quitándose el delantal—. Con estas piernas y lo mal que funcionan los autobuses, no se imagina a qué horas llego a casa algunas veces. El otro día, Wilkins me dijo: «Eres un ave nocturna. Seguro que has estado en todos los bares desde Chelsea hasta aquí». Fue la noche que tuvimos invitados a cenar, no sé si se acuerda, señora; como le digo a Wilkins, aunque me gusta hacer las cosas bien, el montón de platos sucios fue para quedarse sin habla. No es que quiera quejarme. —Levantó la mano—. Al contario, me alegro mucho de ver lo bien que se lo pasan, ya lo creo —dijo, apesadumbrada, y se fue.

—Pues yo me alegro de que le parezca que nos los pasamos bien —dijo la señora Shannon después de que la puerta se cerrara y volviera a abrirse otra vez, porque Mabel nunca hacía las cosas a la primera, ni siquiera cerrar la puerta—. Fue la cena más sosa de mi vida. Con la familia —añadió, a modo de explicación.

—¡Uf! —Mary lo entendió—. ¡Insoportable! ¿El tío Lionel y la tía Grace?

—Sí, y hasta Winifred. Sé que no les gusta nada venir todos juntos, pero así me los quito de encima de una vez. Además, sinceramente, ¿con quién podría invitarlos, si no? Guy es estupendo para cualquier reunión, pero no si también está Mavis. Sigue poniéndose histérica y hasta se le saltan las lágrimas cuando habla de Sarah. Tiemblo al pensar lo que será de ella el día de la boda.

Bajaron juntas a la cocina a hacer el café y, por la ventana, vieron desaparecer escaleras arriba las piernas de Mabel, envueltas en medias negras de lana, con una agilidad inusitada.

—¿No te parece que la pobre mujer ha empezado a marchitarse, mami? —dijo Mary, buscando el café entre todos los botes del armario de la cocina.

—Hace años que ya no es lo que era, cielo. —La señora Shannon se sentó en el borde de la mesa y encendió un cigarrillo—. Pero no sé quién iba a hacer todo el trabajo que hace ella por el sueldo que le pago.

—Bueno, pero —dijo Mary con toda la intención—, ¿no podrías pagar un poco más a otra persona?

La señora Shannon soltó delicadamente una nube de humo y miró fijamente la brasa del cigarrillo.

—De momento no, cielo.

—Mami… —Se dio media vuelta con la lata de sagú que contenía el café en la mano—. ¿A qué viene todo esto? ¿Somos pobres otra vez? ¿Ha pasado algo con el negocio de la confección?

—No, cielo —empezó a decir su madre, pero se cortó—. Bueno, supongo que es mejor que lo sepas. No pensaba contártelo, pero la verdad es que sí: estoy pasando apuros. Solo de momento, por supuesto.

—Sigue —dijo Mary mientras cogía el cazo y lo llevaba al grifo de la despensa—, te oigo.

—Ya sabes que tengo que pagar los plazos a Wilkie. Creía que podría pagárselos con las ganancias que fuera sacando, porque las cosas iban bien, pero… lo cierto es que ya no puedo. El negocio ha bajado de repente, no sé por qué; una de mis mejores clientas se ha arruinado, me ha dejado quinientas libras a deber, de las que recuperaré diez, si hay suerte, y… ¡Ay, bueno! ¿Para qué seguir con toda esa lista horrible? No es más que un cúmulo de circunstancias adversas.

—¿Cuánto te hace falta para saldar la cuenta con Wilkie?

—Mil libras —respondió la señora Shannon en un tono grave y lóbrego—. Con mil libras me pondría al día. La tienda volverá a prosperar enseguida, seguro. Estoy probando muchas ideas nuevas, pero hay que esperar a los resultados, no son inmediatos.

—¿No conoces a nadie que puede hacerte un préstamo? —preguntó Mary, agitando el cazo con energía—. ¿El abuelo, por ejemplo, o el tío Geoff? ¡Cuánto tarda esto en hervir! Me parece que el gas sale con poca presión. No te lo cortarán, ¿eh, mami? —preguntó, preocupada.

La señora Shannon se echó a reír y tiró el cigarrillo limpiamente en el caldero del carbón, que estaba junto a la caldera.

—Todavía no, mi niña. Eso viene después. No quiero pedir prestado —dijo en otro tono, encendiendo otro cigarrillo con una expresión pesarosa y mustia—. No lo soporto. Jamás se lo pediría a tu abuelo. Ya nos ha ayudado mucho, y Geoff, no sé si podría aunque se lo pidiera. Ya sabes que la última película ha resultado un fracaso, y dice que a lo mejor no terminan la que está rodando ahora. Y no tiene nada más a la vista. Dice que va a volver a Hollywood a venderse en los estudios, como una prostituta. Pobrecito mío. Y esa es otra…

Dejó escapar un hondo suspiro. Mary, al volverse desde la cocina, la vio angustiada y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué, mami?

La madre apoyó la cabeza en el hombro de su hija con un movimiento de cansancio.

—Siento mucho ponerme tan triste, cielo. No quería montar un drama ruso el primer día que estás aquí. Si Geoff se va, tendremos que apretarnos el cinturón como nunca. Es que me paga mucho más de lo que le corresponde por la casa, no he podido evitarlo, y me ha ayudado mucho. Cielo, ¿te parecería fatal que tuviéramos que irnos a un sitio un poquito más sórdido otra vez? Solo una temporada, claro.

—¡Ay, mami! —Mary estaba horrorizada. No se había dado cuenta de lo mal que estaban las cosas—. Nuestra querida casita. ¡No podríamos…! Estaba guardando esos geranios para volver a plantarlos el año que viene… —dijo inútilmente, y, apenada, dejó de hablar.

—No, no me abraces —dijo la madre, buscando un pañuelo.

Iba a ponerse a llorar. Mary, horrorizada, la abrazó con fuerza. No tenía que llorar. No podía

deformarse la cara con esas angustiosas lágrimas tan difíciles de derramar para una persona que apenas llora. Cuando llora tu madre, el mundo se tambalea.

—¡Mira, ya hierve el agua! —Se bajó de la mesa de un salto, le temblaba la voz. No podía permitirse llorar, de ninguna manera. Quizás entonces su madre se calmara—. No me extraña que el café de Mabel sepa a rayos —dijo, forzando un tono animado—. Deja una cuchara de metal en la lata. ¡Qué mujer!

Empezó a poner café en el cazo con cuidado, como si tuviera que concentrarse mucho. A su espalda, su madre tosió por culpa del cigarrillo, se sorbió un poco la nariz y después se sonó. Bien. Ninguna de ellas iba a llorar. Subió la espuma del café y Mary lo revolvió y retiró el cazo del fuego sonriendo para sí cuando el agradable olor le envolvió la cara. Sabía lo que iba a hacer. No se iba a preocupar más por Pierre. Había tomado una decisión; más bien las circunstancias la habían tomado en su lugar. Sintió un resplandor de poderío al pensar que iba a ser rica y que salvaría la suerte de su familia. Una idea dramática, preciosa; seguro que estaba destinada a casarse con él. Solo le hacía falta todo aquello para saber que debía casarse con él. Quería decírselo a su madre e incluso dio media vuelta con la boca abierta para anunciárselo, pero de pronto volvió a pensárselo y el anuncio se convirtió en:

—¿Dónde guarda la manga esa vieja loca?

No se lo diría todavía, la cuestión del dinero estaba en el aire, su madre relacionaría las dos cosas; entonces, convencerla para que pidiera un préstamo sería más difícil de lo que imaginaba. Además, primero quería ver a Pierre. En el fondo siempre le había parecido increíble que quisiera casarse con ella; si cuando volviera a París descubría que él había cambiado de opinión, quedaría fatal ante su madre, que en cuanto recibiera la noticia seguro que correría a anunciárselo a medio Londres. Se imaginó los teléfonos echando humo con la noticia de la boda, y después otra vez con la de la no boda, y la gente, encantada, comentaría: «¡Ay, Dios, qué penita! Han dejado plantada a la pobre Mary» y «Pues, si quieres que te diga la verdad, a mí me parece que se lo inventó todo para causar sensación», «Como diría el doctor Havelock Ellis, es un síntoma de represión sexual». Antes de que terminaran de hundirla se habría transformado en una especie de tía Winifred, a la que se compadecía y de la que se hablaba en voz baja y en francés delante de los criados.

Mary disfrutó de sus cuatro días en Londres. Cada vez que miraba a su madre, que había revivido por completo después del hundimiento momentáneo en la cocina, sentía otra vez la emoción de tener una solución a todos los problemas. Quería decirle: «Deja de preocuparte. Todo va a salir bien. Yo lo voy a arreglar». No fue fácil guardar el secreto, pero actuó con cautela y lo consiguió. No se lo contó ni a Angela, aunque la tentación era enorme después de oírle la retahíla de «hombres prefectos» que había coleccionado desde la última vez que se vieron.

El sábado fue a buscarla a la salida de la escuela de arte dramático. No se atrevió a entrar porque sería degradante arriesgarse a que la trataran otra vez como si fuera un virus. ¿No le había dicho Rocky que no volviera a asomarse por allí? La ominosa sombra de su presencia todavía impregnaba aquella despintada puerta de doble hoja, que se abría de vez en cuando para dejar salir a alguien muy desanimado, algunos conocidos y otros no; Mary esperaba con mala conciencia delante de la corsetería de al lado. Por fin salió Angela, la primera persona a la que veía sonreír, acompañada por un joven admirador de aspecto pobretón. Le llevaba los libros; si los hubiera sujetado entre los dientes y hubiera movido una cola despeinada, el parecido con un chucho habría sido perfecto.

Mary salió del refugio de los sujetadores rosa de té.

—¡Cielo! —exclamó Angela, y se le echó encima.

—Vámonos de aquí —le dijo Mary cogiéndola del brazo—. No quiero que me vea nadie.

El chucho se quedó atrás sin saber qué hacer, esperando a que le dijeran la palabra mágica: «¿Paseo?».

—¡Ay, Dick! —dijo Angela.

El chucho saltó hacia delante con la lengua fuera. Angela se lo presentó y tuvieron que ir andando hasta Selfridge's antes de poder darle el esquinazo so pretexto de que tenían que entrar a comprar ropa interior.

—Hasta mañana —le dijo a Angela, prácticamente babeando.

Siguió mirándolas desde la acera mientras otras mujeres le daban golpes en las costillas con paraguas y paquetes, y le pisaban los pies con sus grandes zapatos de tacón bajo.

Mary y Angela entraron en la tienda y salieron por otra puerta, echaron un vistazo a los lados y se metieron en un taxi. Fueron a Marguerite Street, donde se encontraron con el tío Geoffrey, que estaba leyendo una revista de chicos y oyendo dos programas en la radio, porque, por pura pereza, no se levantaba a sintonizarla bien.

—Hola, escoria —le dijo a Angela.

—Hola, sabandija —respondió ella; le soltó los libros en el estómago y se fue a mirar en el espejo de la chimenea—. ¿Cómo es que no estás rodando?

—Han suspendido la producción... y el sueldo, huelga decirlo. Seguramente quieren averiguar si sería posible que una corista bailara encima de la mesa del comedor de los oficiales mientras su amiga sustrae los documentos secretos del coronel, que se cae al suelo a la primera ronda de oporto. A mí me parece lo menos improbable.

Preparó cócteles para todos, porque la señora Shannon, con la excusa de que daba lo mismo mil libras que mil libras y doce chelines con seis peniques, había dicho a Mabel que pidiera una botella de ginebra. Le tomó el pelo a Angela, como de costumbre, y dijo tonterías sobre la película, mientras la radio murmuraba al fondo sin que nadie le prestara atención; pero desde el primer momento Mary notó que estaba un poco cambiado. Se preguntó si se debería a las películas, o si tendría la impresión de haberles fallado o si estaría al tanto de la situación económica de su hermana.

—¿Dónde vais a ir esta noche, niñas? —preguntó con melancolía, le pareció a Mary.

A Angela también se lo pareció, pues respondió:

—A una fiesta. ¿Por qué no vienes con nosotras? A mí me haría ilusión.

—¿Cómo? ¿De carabina? Ni hablar. Pero gracias de todos modos..., aunque... No, definitivamente no. Tengo que dormir un poco.

Era evidente que se moría por salir de fiesta.

—¡Anda, ven! —insistió Mary—. Da igual cuántos seamos, ¿verdad, Angel?

—¡No, claro que no! De todos modos, seguro que Johnny se desmaya o se pierde persiguiendo a una brasileña con un vestido rojo de satén, como la última vez.

Pero no cedió. Volvió al sofá y se refugió en la revista.

La señora Shannon llegó exhausta a casa. Había ido a Dulwich a ver a su madre, que guardaba cama desde hacía un año con bronquitis y no tenía motivos para volver a levantarse nunca más.

—¿Cómo estaba la mamá pájaro? —preguntó el tío Geoffrey sin interés.

—De mal humor. —La señora Shannon tiró el sombrero a una silla y se levantó el corto pelo negro con cansancio—. Se ha quejado: dice que hace siglos que no vas a verla.

—Pienso ir el miércoles —respondió tajantemente.

La señora Shannon y Mary lo miraron, sorprendidas. Nunca iba a Dulwich por su cuenta. Había que incitarlo y amenazarlo, y casi llevarlo a la parada de autobús a rastras y obligarlo a subir.

—¿El miércoles? ¿Por qué el miércoles?

—Por nada, el miércoles y ya está. Voy a ir a verla el miércoles.

«Sí», pensó Mary, le pasaba algo; era como si ocultara alguna cosa.

Lo que ocultaba salió a la luz el martes, la víspera del regreso de Mary a París y el día en que volvió a Londres Lucienne Robeau con un billete barato; durmió en el sofá de la sala de estar. Mary sabía que debía dejarle su habitación, pero no quiso.

El tío George seguía sin trabajo y el martes por la tarde salió de casa sigilosamente y volvió sobre las seis con Lucienne. Se habían encontrado en la estación. Llegó a la puerta con el bolso de la joven, así como con el paraguas. Ni Mary ni su madre estaban presentes para verlo, pero Mabel se lo contó en el vestíbulo, casi sin respirar, cuando regresaron juntas de Molton Street. La señora Shannon enarcó las cejas.

—¿Dónde están ahora, Mabel? —preguntó.

Por la puerta abierta de la derecha había visto que no había nadie en la sala de estar. No le habría extrañado enterarse de que estaban los dos juntos en la cama.

—En el jardín —respondió Mabel con voz ronca, sacudiendo la cabeza con su raquítico moño de color cuerda.

La señora Shannon y Mary fueron al fondo del recibidor, que se estrechaba después del urinario de caballeros y daba a una puerta que se abría a unas escaleras de hierro y al jardín. Miraron juntas por la parte acristalada de la puerta. Era cierto. Allí estaban el tío Geoffrey y Lucienne, sentados uno junto a la otra en sendas sillas de jardín. Estaban haciendo manitas. Era casi indecente.

—Vamos.

La señora Shannon abrió la puerta y bajó por las escaleras ruidosamente, como un perro tras un rastro; Mary fue a la zaga. Nada más verlas, el tío Geoffrey se puso en pie como movido por un resorte, cosa que no había hecho jamás; Lucienne también se levantó y, con un movimiento lento y plácido, como de costumbre, le cogió la mano otra vez. A Mary le recordó a Greta Daniel.[38]

Si al principio el tío Geoffrey parecía cohibido, ahora tenía una inequívoca expresión de delincuente, con los dientes pegados furtivamente al labio inferior y sin querer mirarlas a los ojos.

—¿Quién se lo dice? —preguntó Lucienne en su inglés cuidadoso y sin entonación—. ¿Tú o yo?

—Tú, tú. Adelante, díselo tú —respondió el tío Geoffrey, medio riéndose y moviendo los pies como un crío.

—Geoffrey y yo somos novios —dijo Lucienne con calma y con una sonrisa en una pequeña parte de su cara de pan.

—¡No! —exclamó la señora Shannon con incredulidad, aunque consiguió disfrazarla de halagüeña sorpresa cambiando el tono en el último momento.

—Sí, sí, somos novios —dijo la feliz novia mirándole los pies a Geoff.

—¡Ah, mi querido tío Geoff! ¡Cuánto me alegro!

Mary lo abrazó y, volviéndose a Lucienne, le dio un beso. Olía a limpio, al menos, pero tenía los ojos apagados y poco expresivos. Daba una sensación general de cámara lenta, de pesadez, que hacía sospechar que estar mucho rato con ella terminaría por asfixiarle, como un colchón.

—¿Por qué has tardado tanto en contárnoslo? —preguntó la señora Shannon, después de darles un beso de compromiso, aturdida.

—Bueno, Lucienne tenía que pedir permiso a su madre. Es una curiosa y antigua costumbre francesa, tiene algo que ver con una *dot*, que se parece a un don, pero no es lo mismo —dijo el tío Geoffrey riéndose sin alegría—. Nos comprometimos hace una semana, más o menos, pero ella no quería que os lo dijera hasta que volviera, ¿verdad, cielo?

Resultaba un poco deprimente verlos a los cuatro tan abochornados allí, en el diminuto cuadrado de césped oscuro, sin saber qué decir.

—Vamos dentro a brindar por vosotros —dijo la señora Shannon, inspirándose de repente.

Sin embargo, cuando entraron, resultó que Lucienne no bebía y verla sentada tan recta en una silla con un vaso de naranjada convirtió el cóctel de los otros tres no en una celebración, sino en un desperdicio de ginebra. El tío Geoffrey siguió evitando mirar a los ojos a su hermana y a su sobrina, y procuró no quedarse solo con ellas. Después de cenar, Lucienne anunció que iban a ir al cine, así que se levantó, fue arriba a buscar el abrigo y se marcharon.

—¡Ay, mami! ¿Por qué lo ha hecho? —estalló Mary en cuanto se cerró la puerta de la calle.

—Supongo —dijo la madre con un encogimiento de hombros— que es natural que Geoff quiera casarse. —Suspiró y, con una triste mirada perdida, apoyó la pequeña y cuadrada barbilla en la mano.

—Sí, y ya era hora; debe de tener unos cuarenta y cinco años. Pero ¿por qué ella?

Mary se acercó a la ventana y vio a la pareja de espalda: Lucienne, fuerte, con los pies grandes y el pelo corto y lanoso, y el tío Geoffrey, delgado, con las piernas sueltas, la cabeza estrecha y el pelo cuidadosamente aplastado por encima de la calva de la coronilla. Doblaron la esquina en dirección a King's Road. Mary volvió la mirada hacia la habitación.

—¿Por qué ella? —repitió—. Le gustaban las mujeres explosivas y rubias de bote.

—Creo que era pura apariencia. No me imagino que ninguna se lo tomara en serio. Pobrecito mío, esa es la tragedia de su vida: nadie se lo ha tomado nunca en serio. Menos Lucienne. Por eso va a casarse con ella, supongo.

—¿Te olías algo?

—¡No, ni mucho menos! —dijo la señora Shannon—. Me parecía que a ella le gustaba bastante, porque los domingos por la noche bajaba a la cocina y hacía suflé de sardinas, que a mi hermano le encanta. Él la llevaba al cine de vez en cuando, y a la salida tomaban una cerveza en el Brasserie... Bueno, ella tomaría tónica o algo así..., pero creía que lo hacía por pura amabilidad. ¡En fin...! —Apoyó las manos en las rodillas y se levantó con resignación—. ¡Adiós a todas las esperanzas de que Geoff me pudiera ayudar económicamente!

Mary se moría por anunciarle su compromiso con Pierre en ese mismo instante. Era cruel dejar que siguiera preocupándose sin necesidad, pero tenía que obedecer su primer impulso: debía ver a Pierre antes que nada. Se conformó con repetir lo que le había dicho antes en la cocina:

—No te preocupes, mami. Intuyo que todo va a salir bien. No le des más vueltas. Wilkie, que espere. Estoy segura de que saldrás del paso, ya lo verás; cuando tengo una intuición, siempre acierto.

Al contrario, nunca acertaba, pero eso daba igual. De todos modos, su madre no le prestó atención.

Mary le dijo que se casaría con él, y Pierre le dedicó una sonrisa maravillosa, pero a ella le dio la impresión de que no había estado en ascuas durante su ausencia: no había tenido la menor sombra de duda. La primera tarde quedaron en la Porte Dauphine, pasearon por el Bois, se sentaron en las sillas de hierro, él charlando alegremente, gastándole bromas, besándola y charlando un poco más. Mary tenía ganas de presentarle a su madre. ¿Qué pasaría cuando se conocieran dos personas que hablaban sin parar? ¿Hablarían cada cual de lo suyo sin hacer caso a la otra, como los dos programas simultáneos en la radio del tío Geoffrey? Sería curioso.

Disfrutó mucho de los cegadores rayos del sol de la tarde, que se colaban entre los troncos de los árboles, y de la cálida, jubilosa y vivificante compañía de Pierre, que siempre transmitía alegría de vivir: la irradiaba como si fuera electricidad.

Pero no hubo forma de contenerlo. Fueron a casi todos los sitios en los que habían estado antes. La llevó como un torbellino de uno a otro, y en cada uno de ellos contaba la noticia a sus amigos: camareros, clientes, músicos de la banda; invitó a todo el mundo y era el hombre más famoso de París. Mary, aturdida por la emoción, la bebida y el cansancio, se recostó en un sillón, arrebolada y orgullosa, a recibir los halagos y las felicitaciones que le llovían y a gozar del encanto de Pierre. Sería muy emocionante presentárselo a sus amigos y familiares de Londres. Se quedarían atónitos y la mirarían con otros ojos por haber sido capaz de atrapar a un hombre como ese.

La reacción de los Robeau fue la primera muestra de lo gratificante que iba a ser todo. Madame dejó de servir ñoquis con salsa de queso: un plato barato y saciante. Con los ojos empañados, se quedó mirando fijamente, sin verlo, el horrible cuadro de la bahía de Boulogne de la pared de enfrente e imaginándose visiones de riqueza y gran tren de vida, y a Mary con un vestido nuevo cada día, y a ella recogiendo los que ya no quisiera. Jeanne vertió lágrimas de auténtica alegría y besó a Mary con ternura, diciendo entre hipos que era «*émouvant comme tout*» y que «*la petite Marie doit être heureuse comme un ange*». A Didi le destelló la envidia en los brillantes ojos negros y se metió pan en la boca como una ladrona, como si quisiera satisfacer el hambre que tenía de alguien como Pierre. Mary siempre le había parecido muy boba porque nunca quería que la hicieran chillar de gusto en portales oscuros ni en coches baratos, pero a partir de entonces la trató con un nuevo y receloso respeto.

Las chicas de la École Flambert gorjearon como golondrinas al ver el enorme diamante que Pierre le regaló. Monsieur Flambert chascó los labios de saurio, y madame, con la boca llena de alfileres, le masculló parabienes como una alcahueta benéfica.

En contraste con todo esto, le aterrorizó el momento en que le dieron la noticia a madame Mathieu. Resultaba imposible saber si su futura nuera le parecía bien o no. Aquel rostro era como una máscara; cuando se inclinó ligeramente para el abrazo de rigor, Mary se acercó, nerviosa, y notó en la mejilla el roce de esa aquilina nariz, helada como el hielo. Con monsieur Mathieu fue distinto. Estaba encantado y aprovechó todas las oportunidades de abrazarla cálidamente; solo habló de los regalos que les haría.

Mary se alegró de que nadie hablara de la cuestión de su *dot*. Pierre sabía que vivía con estrechez, pero ella no le había contado la situación en la que se encontraba su madre en esos momentos. Se imaginaba vagamente que, cuando fuera su mujer, le asignaría algún dinero, y así podría ayudarla sin tener que pedírselo a su marido. Sabía que no le gustaba pensar en la gente pobre. Para él, la pobreza era como la enfermedad para una persona fuerte y robusta: una desgracia, pero algo ligeramente detestable. Era como quien, al levantar una piedra, encuentra debajo algo que es de mal gusto, vuelve a dejar rápidamente la piedra donde estaba y se va.

En esos momentos, su madre le mandaba menos dinero; como no quería pedirle prestado a Pierre, tenía que privarse de lo necesario para ahorrar todo lo posible y comprarse ropa digna de él. Descubrió restaurantes increíblemente baratos; garitos en segundos pisos detrás de la Madeleine y bodegas ahumadas en el lado malo de los bulevares, atendidas por camareros viejos que esperaban propinas modestas; en aquellos tugurios se podía comprar una botella de vino por un franco. También, para horror de madame Robeau, arriesgaba el honor en la tercera clase del metro, que estaba francamente sucia, pero que no carecía de interés.

La vida que llevaba cuando no estaba con Pierre contrastaba cómicamente con la otra, tan llena de taxis, impresionantes cochazos, tés en el George V, cócteles en el Crillon, cenas en el Ritz, orquídeas, caviar y champán que corría como el agua… A menudo se preguntaba qué diría Pierre si, en plena cena en el restaurante más caro de París, con un *maître d'hôtel* adulándolos como un papa condescendiente, le contara que a mediodía había comido un plato de espaguetis de setenta y cinco céntimos en el Diable Sous-Sol y que un camarero que olía como un poni de carga le había preguntado qué hacía cuando salía por la noche. También se preguntaba qué diría cuando le planteara vivir en Inglaterra. Pierre iba a acompañarla a Londres tan pronto como terminara el curso en la escuela de confección y pensaba preguntárselo entonces. De momento, prefería no arriesgarse a estropear aquel despreocupado verano de amor en París. La vida era tan alegre y fácil que lo dejaba pasar todo menos la felicidad. No era fácil hablar en serio con Pierre. Se reía de ella, la llamaba *baby*, le hacía cosquillas, le hablaba de amor e improvisaba payasadas, así que, cualquier cosa importante que quisiera decirle se ahogaba en un río burbujeante de risas, y ya no quería decírsela.

La vida con él era un continuo descubrir deliciosas cosas nuevas. Cuando volvieron a Inglaterra, él insistió en volar. Mary vivió por primera vez la gloriosa sensación del despegue, cuando el vapuleo de las ruedas en el suelo se convierte en un suave deslizamiento por el aire y se comprende que se ha obrado un milagro, que verdaderamente se vuela por el aire, subiendo, subiendo, sin apoyo, omnipotente e inauditamente a salvo.

Después Pierre se rio de ella y le dijo que había estado con la boca abierta durante todo el vuelo. Casi se había olvidado de él mirando las formas del mar por la ventanilla, inmóvil; parecía que se cernieran sobre las aguas, no que viajaran, hasta que de pronto apareció la costa inglesa como un cartel de viajes, allí delante, y debajo, y detrás, a una velocidad increíble.

La señora Shannon había decidido que Pierre le iba a gustar muchísimo antes incluso de conocerlo. Lógicamente, cuando por fin se conocieran seguro que sería un poco decepcionante. Él estuvo sumamente cortés…, demasiado; rígido y formal, como si llevara polainas y guantes blancos de gamuza, e hicieron pocos progresos. El tío Geoffrey, que parecía más contento, acostumbrado ya a la idea de su inminente boda y que ya era tan francés que llamaba a Lucienne *chérie*, pronunciado «cherri», le tomó cariño al instante, le dio un golpecito en la espalda y lo

llamó «*mon garçon*». Pierre respondió con entusiasmo, se puso terriblemente inglés y le llamó «*old fellow*».

A Mary le habría gustado que lo conocieran tal como era con ella: cordial, natural y encantador, tanto en su faceta de sofisticado hombre de mundo como de niñito adorable. Esa primera noche tenía una cena de negocios, así que se fue enseguida a su hotel; Mary lo despidió en la puerta con un beso y una leve desilusión en el corazón. Les había caído bien, pero ella quería que lo adoraran. ¡Tenía tantas ganas de presumir de él...! Ojalá no hubiera dicho *rather* tantas veces. Era increíble que pudiera ser tímido, pero tal vez lo fuera. Eso lo entendía. Su dulce Pierre. Esa noche se fue a dormir deseando estar con él en el Schéhérazade y que le besara el pelo mientras bailaban lentamente un vals en la oscura pista, al tiempo que el violín lloraba y subía en el aire como un pájaro de ensueño.

Mary quería enseñar Londres a Pierre como él le había enseñado París. Sabía que ya había pasado algún tiempo en la ciudad, pero no podía conocerla tan íntimamente como una persona que había vivido allí toda la vida. Sin embargo, enseguida comprobó que la conocía mejor que ella, al menos los sitios a los que quería ir.

Igual que en París, entraba en los restaurantes más lujosos como si fueran de su dinero y del de su padre. En París, le había parecido bien, gratificante incluso, pero en Londres..., no estaba segura. Londres es de los ingleses; ni siquiera Pierre podía ser el amo y señor de París y de Londres al mismo tiempo. No disponía de mucho tiempo para la familia de Mary porque tenía que atender varios asuntos y presentársela a unos cuantos amigos suyos. La cara y el nombre de algunos le sonaban, pues salían en las revistas; Mary se sentía inferior, una opinión de sí misma que seguro que aquella gente compartía con ella.

La fecha de la boda se fijó para finales de septiembre. Aunque Pierre frunció el ceño e insistió en celebrarla en París, Mary esperaba convencerlo de casarse en Londres. Empezó a darse cuenta de que tenía muy pocas probabilidades de conseguir que se aviniera a vivir en Inglaterra, pero tampoco en eso perdió la esperanza. No todavía. Si se casaban en Londres, concedió Pierre, el padrino sería su gran amigo Max Nordberg, que a Mary no le gustaba nada. Lo único bueno de Max era que su familia poseía una compañía cinematográfica y tal vez pudiera echar una mano al tío Geoffrey. Era un joven judío desenvuelto, gordo, opulento y claramente ordinario, cosa que Pierre no parecía advertir. Llevaba el engominado pelo negro bastante largo, peinado hacia atrás, sin raya, y sus manos, tan blancas, parecían blandas. Imposible imaginárselas tocando animales; estaban hechas para sujetar una copa o una boquilla, o para tocar los muslos a jóvenes aspirantes a actriz diciéndoles: «Yo puedo ayudarte mucho, pequeña». Tenía un repertorio inagotable de anécdotas que a veces eran graciosas, pero nunca limpias. A Pierre le parecía maravilloso y Mary intentaba apreciarlo, por él.

La novia de Max era pelirroja, con los ojos verdes, tan esbelta que prácticamente resultaba unidimensional. Los cuatro solían salir por la noche. Max era el dueño de todo, igual que Pierre; sin embargo, al contrario que él, ofendía a los camareros. Para contrarrestar, Mary les sonreía mucho y les daba las gracias con una efusividad innecesaria, aunque casi seguro que a aquellos tipos les importaba un comino la grosería de Max, siempre y cuando se gastara allí el dinero. Veronica, la novia de los ojos verdes, también era dueña de todo, aunque de una forma pasiva, principalmente del tocador de señoras, en el que se pasaba horas acaparando el único espejo, volviéndose a un lado y a otro y haciendo gestos; a veces miraba a Mary de arriba abajo con los

ojos entornados y le decía: «Querida mía, creo que tu Pierre es maravillosísimo. ¡Qué suerte pillar a un hombre así!», como si lo hubiera ganado en una barraca de feria, y no por méritos propios.

Mary apreciaba los ratos que pasaban a solas. Esperaba disfrutar de muchos cuando se casaran. Era muy tierno con ella. Siempre le decía lo más oportuno, nunca: «Pareces cansada», queriendo decir «Estás fea», sino: «Te quiero cuando estás tan pálida y se te ven los ojos tan grandes y con falta de sueño». Por la mañana paseaban al sol por el parque antes de buscar un sitio donde tomar algo, y a ella le daba igual que llevara un sombrero bastante pequeño y nada inglés, porque era muy divertido estar con él. Con todo, no podía evitar decirle: «¿Por qué no te quitas el sombrero para que te dé el sol en el pelo? ¡Le sienta muy bien!». Tenía la sensación de que, si se lo quitaba, era como si desaparecieran también todos los detallitos que en París no le llamaban la atención, y que tampoco deberían llamársela en Londres. Quería que todo el mundo lo considerara perfecto y, sobre todo, deseaba considerarlo perfecto ella misma, sin la menor sombra de duda desleal, jamás.

Un día se encontraron con Angela en el Row; estaba paseando a su terrier Sealyham bajo la atenta mirada de ancianos caballerosos que montaban jacas trotonas y de jóvenes insípidos a lomos de caballos de alquiler.

Mary le presentó a Pierre y deseó que no la hubiera mirado como si la desnudara ni que le hubiera prestado una atención innecesaria mientras se dirigían a Hyde Park Corner. Quería que apreciara a Angela tanto como ella, pero no de esa forma. Al despedirse —ella se iba a comer con su padre en su club, y ellos, a buscar a Max a su lujoso y nada viril apartamento—, Angela casi se desmaya de gusto cuando Pierre le besó la mano con una perfección y un estilo que a Mary le parecieron igualmente innecesarios.

—¡Es divino! —le susurró a Mary al oído con el pretexto de darle un beso de despedida—. ¡Cuánto me alegro por ti, cielo! ¡Divino!

«Sí, pero es mío», pensó Mary.

—Esta amiga tuya es muy *élégante* —dijo Pierre pensativamente, mientras esperaban un taxi en la acera, aunque a Mary le habría gustado andar un poco más al sol—. Tiene un pelo deslumbrante y —hizo un leve movimiento ilustrativo en el aire— ... un pecho precioso.

Mary se enfurruñó. Pierre se extralimitaba con los detalles innecesarios.

Los familiares de Mary no dejaban de llamarla y de preguntarle: «¿Cuándo vamos a ver a tu joven novio?», pero hasta el momento no se había presentado la ocasión. En Londres, Pierre no tenía tiempo, y había otras muchas cosas más importantes o más divertidas que hacer. Sin embargo, por fin, pocos días antes de que regresara a Francia para acompañar a sus padres a Juan-les Pins, Mary lo obligó a asistir a una de las reuniones periódicas del clan, que se celebraban un día festivo en la casa de campo que habían comprado los Ritchie no lejos de Londres.

Pierre puso mala cara, protestó como un niño y propuso muchas otras cosas más apetecibles para pasar el día juntos, pero Mary no cedió.

—Tarde o temprano tienes que conocerlos, cielo —le dijo—, y es mucho mejor que los conozcas a todos de una vez.

Al final, Pierre alquiló un ridículo y elegante coche y fue a recogerla una mañana; hacía calor y humedad.

Su madre ya se había ido con el abuelo y la tía Winifred en el Daimler, que cada vez se

parecía más a un coche fúnebre; lo conducía Linney, que llevaba el uniforme más ajustado que nunca y se empeñaba en tratar a los semáforos con total desconfianza. El tío Geoffrey había preparado unos sándwiches, limonada con gas y una botella de cerveza, y se había llevado a Lucienne a Whipsnade, donde ella y el bisonte podían dedicarse miradas igual de bovinas.

Mary estaba sola en casa cuando llegó Pierre y se anunció con un bocinazo que hizo asomarse a la ventana a los enfurecidos dormilones de Marguerite Street. Llevaba un impecable traje pardo claro de raya diplomática con un pañuelo marrón de seda en el bolsillo superior, una camisa crema y una pajarita del mismo color con lunares marrones. Los zapatos eran muy puntiagudos, y el sombrero, el de ciudad, de ala muy estrecha. Mary iba sin sombrero y sin medias, con un vestido de lino blanco y una chaquetilla roja. Por un momento pensó si él se había equivocado o si ella no se había vestido lo suficiente. Estaba preparada para salir cuando le abrió la puerta, pero él la hizo entrar en el vestíbulo, dejó el sombrero y los guantes en el velador y la atrajo hacia sí con un abrazo apasionado que olía asexuadamente a agua de colonia cara.

Por primera vez, Mary intentó rechazarlo, apartó la cabeza en cuanto él le soltó la boca y se deshizo del abrazo como pudo.

—Vamos, *baby* —le dijo—, no seas tímida. Ven conmigo a sentarte en el sofá —añadió, e intentó llevarla a la sala de estar.

—No, Pierre, ahora no —respondió ella, atusándose el pelo—. Es..., es muy pronto, acabamos de desayunar. —Era lo que sentía, aunque sabía que sonaba absurdo—. Tenemos que irnos, en serio —añadió sin fuerzas.

Era la primera vez que no quería que la besara; no le gustó descubrir que tal cosa podía suceder.

—¡Oh! —exclamó él, con el labio Maurice Chevalier más seguro que nunca—. Conque no puedo besarte cuando quiera, ¿eh?

La abrazó con más brusquedad; ella, resistiéndose, estuvo a punto de gritar de fastidio, tanto por sí misma como por él, por ser tan inoportuno.

—¡Dios! —exclamó Pierre, irritado, soltándola de repente—. No pienso besar a una mujer que me trata como a un apestado. Vámonos.

Cogió el sombrero y bajó los peldaños; le abrió la portezuela del coche sin decir una palabra, él entró por la otra y la cerró con estrépito.

Condujo mal, peligrosamente: las ruedas chirriaban por King's Road mientras hacía eses entre un tráfico de día festivo. Los conductores de los otros coches lo insultaban, impotentes, rojos de ira, y Mary iba tensa en su asiento, decidida a no demostrar el miedo que sentía. Al llegar a Great West Road pisó el acelerador; cada vez que encontraban un semáforo en rojo, echaba pestes por tener que frenar en seco. Mary lo miraba con disimulo y veía que tenía la mandíbula firmemente apretada bajo la extravagante inclinación del sombrero. Parecía un crío al que le han dicho que por su cumpleaños no le regalarán la bicicleta que deseaba. Estuvo un buen rato pensando en pedirle disculpas; aquello le exigía un esfuerzo desmedido, casi físico, que aumentaba cuanto más lo retrasaba.

Por fin le tocó la rodilla y dijo en voz baja:

—Lo siento, Pierre. He sido muy tonta.

Él masculló algo ininteligible en francés y siguió mirando hacia delante.

Mary se rebajó más aún porque quería restablecer las buenas relaciones.

—Lo siento muchísimo, Pierre, de verdad. No quería hacer eso. Ya sabes que puedes besarme cuando quieras y donde quieras.

Pierre cedió poco a poco, triunfador; por conservar la serenidad, Mary le dejó recrearse en lo que él consideraba justo y se sometió con desprecio al sombrío purgatorio de lo que a ella le parecía injusto. Poco después, Pierre empezó a cantar y cruzó Staines satisfecho y despreocupado; cuando un policía los obligó a parar, la besó.

Se dijo que debería tener mucho cuidado para que las cosas no se torcieran entre ellos cuando se casaran. No le entraba en la cabeza el atractivo que tenía para algunas personas un matrimonio basado en peleas violentas y grandes reconciliaciones, pero ella iba a tener que contenerse en muchos aspectos. De pronto se sintió muy vieja, como si su juventud se hubiera desvanecido, cosa totalmente irracional, porque iba a casarse con un hombre joven y esencialmente alegre. «Te tomas la vida demasiado en serio, niña —se dijo—. Creía que eso ya lo habías superado en la escuela de arte dramático».

Pierre siguió cantando y al cabo de un rato ella se le unió; se les echó encima la campiña y poco a poco desaparecieron los últimos estigmas de la urbe.

Con la ayuda, o el inconveniente, del mapa que les había dibujado la tía Mavis, ligeramente defectuoso, con descripciones detalladas de todas las esquinas por las que no tenían que desviarse, encontraron la vieja granja Thurley. Resultó que no era vieja ni una granja, sino una casa bastante bonita que, por dentro, olía agradablemente a cretonas antiguas. La doncella galesa, rechoncha y cantarina que les abrió la puerta les dijo: «Los invitados están tomando un cóctel en el jardín», y los condujo a un terreno de césped, amplio e informal en el que había muchas siluetas familiares refugiadas a la sombra de un cedro.

El tío Guy, alegre y cordial, salió a su encuentro. Evidentemente estaba de buen humor. Llevaba un polo, pantalones blancos con el cinturón de antiguo alumno y sandalias de monje, sin calcetines. Le dio un beso a Mary y un apretón de manos a Pierre, además de un golpecito en la espalda, impecablemente ataviada. Lo había conocido en la barra de cócteles del Shannon's, un día en que comió con Mary allí. Ella se acordaba muy bien de esa comida. Pierre no quiso dejarse impresionar por los precios ni por la dignidad del restaurante y criticó la *sauce béarnaise*, aunque Mary le dijo una y otra vez que todos los chefs eran franceses. Ahora iban a presentarle a todo el mundo, por lo que adoptó su típica actitud: una mezcla de cortesía gala y de extravagantes anglicismos. La tía Mavis lo desconcertó cuando dijo: «¡Ah, el novio vergonzoso!», acercándose a ellos con un vestido floreado de *georgette* con el bajo bastante desigual. El tío Lionel, que sin duda tenía la impresión de que Pierre no hablaba inglés, dijo «*Bonjour. Il me fait grand plaisir de vous rencontrer*» como si lo recitara de un libro de frases.

Sarah estaba con su marido, el despreciado Roebuck, que en realidad se llamaba James Robart; era un tipo nervudo, pero sorprendentemente simpático en un sentido amable e ingenuo. Sarah parecía muy feliz. Llevaba un bonito peinado y le dio la impresión de que las piernas le habían adelgazado como por ensalmo. Se pasaban el tiempo de la mano y se decían cosas en voz baja por los rincones, como dos niños que no saben si los quieren.

La madre de Mary besó a Pierre, como de costumbre, pero todavía había entre ellos cierta distancia y algo de desilusión. Le había dicho a su hija que Pierre era «un encanto, un yerno hermosísimo», pero parecía que lo observara todo el tiempo para ver lo que hacía, como si fuera una marioneta. En realidad, el único que lo trataba con naturalidad, y no como un objeto de

exposición, era el abuelo. Por lo visto, se entendían bien y no tardaron en apartarse y empezar a hablar de comida muy animadamente.

—¿Dónde está Denys? —preguntó Mary.

Ahora podía pronunciar su nombre con toda naturalidad, pero, como descubrió un momento después, todavía no le resultaba fácil evitar el mismo desequilibrio de siempre cuando lo tenía delante.

—Ha ido al pueblo con el joven Martin a comprar cerveza —respondió el tío Guy.

En ese momento, Denys y su amigo de Oxford entraron por la cancela del fondo del jardín. Llevaban pantalones cortos de color caqui, zapatillas deportivas viejas y descoloridas camisas estampadas. Martin tenía una cresta despeinada de pelo rubio que brillaba al sol a medida que se acercaban silbando por el césped, con un perrito blanco, garboso y saltarín detrás de ellos. A Mary se le quedó la imagen vívidamente grabada en la memoria. Sabía que Pierre jamás tendría ese aspecto. Esos chicos formaban parte del carácter del jardín, tenían tanto derecho a estar allí como la hierba, las rosas y los macizos de colores de los bordes. Pierre siempre sería una persona en un jardín: un hombre distinto de la naturaleza, en vez de dos «mucho más profundamente entremezclados».[39]

Denys y Martin se acercaron a conocerlo. Denys estaba tan moreno como un nativo del trópico y tenía las piernas y las rodillas llenas de arañazos, como en la época de Charbury. Cuando se dieron la mano, Mary no quiso ni mirarlos, no soportaba el contraste entre él y Pierre, con sus zapatos de punta. Esto no podía pasar. No podía pensar esas cosas. Se dijo que lo único que la trastocaba era la idea de Denys en el pasado.

—Cerveza, cerveza, viva la cerveza —cantó el tío Guy.

Mavis, que salió en ese momento por la puertaventana que daba al comedor, se estremeció.

—Familia, la comida está lista —anunció—. La comida está lista.

Levantó la voz y siguió apurando a los invitados como si la comida fría que los esperaba fuera un suflé. Era una anfitriona agotadora. Alguien fue a recoger a la tía Winifred al huerto, donde había ido a inspeccionar las verduras alegremente, y entraron todos en tropel en la repentina oscuridad de la fresca estancia forrada con paneles.

Pierre estuvo muy bien en la mesa. Dio coba a la tía Mavis y la halagó como no lo hacía nadie desde que el tío Guy se dejó deslumbrar en 1903 por la bella figura que describía círculos alrededor de una naranja en un lado de la pista de patinaje de St. Moritz. A la tía Grace le gustó que dijera justo lo que quería oír y que enseñara a John, su hijo de nueve años —al que los mayores empezaban a tratar como si oliera a motor—, a hacer unos trucos con un servilletero.

Denys se sentó al lado de Mary.

—Estás radiante —le dijo de repente, y a ella le molestó que el corazón le diera un vuelco —. Es el amor —añadió—. Tengo que probarlo algún día.

—Denys... ¿te..., te cae bien? —le preguntó con interés.

—¿Quién? ¿El novio? Me parece bien, sí —dijo, sonriendo a Pierre, que estaba enfrente.

Pero ella sabía que mentía. Pierre no encajaba en un ambiente campestre.

Después de comer, las mujeres salieron al jardín a tomar el café y dejaron a los hombres bebiendo coñac; Pierre llamaba «sir» a los mayores cada tres palabras. Esperaba que se entendiera bien con ellos. Cuando la compañía era variopinta siempre lucía al máximo sus habilidades en el arte cuya existencia ignoraban la mayoría de los ingleses: el arte de tratar a las

mujeres.

Mary se sentó en la hierba mordisqueando una hoja de trébol. Parecía que hacía siglos que no iba al campo y se recostó en un codo a disfrutar de la intensa luz del verano que inundaba el perfumado jardín, así como del canto de la alondra, en lo alto, que rebosaba de júbilo bajo el cielo azul. Como de costumbre, se preguntó por qué querría nadie vivir en una ciudad. Su prima Julia, que era tan detestable y precoz como se puede ser a los trece años, se acercó y le hizo cosquillas en la nariz con una hierba.

—He visto a ese tío tuyo, Geoffrey, en el cine —dijo—. ¡Bah, qué película más mala! Él parecía un imbécil del culo, y no sé si tenía que resultar gracioso o qué.

—No me digas —murmuró Mary, cortante.

—Y la chica también parecía tonta. Pienso ser actriz de cine, ¿sabes? Apuesto a que lo hago mejor que ellos. Te apuesto lo que quieras. ¿Qué te apuestas?

—Vete —dijo Mary, y se puso boca abajo—. Quiero dormir.

La hierba olía de maravilla. Julia le dio un azote en el trasero.

—Te has manchado el vestido con la hierba —le dijo, alegrándose.

—Me da igual —musitó Mary.

—¡Julia! —la llamó la tía Mavis— Vete ahora mismo a buscar los bombones, que están en la mesa redonda del salón, ¡anda, mi niña!

—No sé para qué —dijo Julia—. ¿Quién va a querer bombones, con el calor que hace?

—Vete a buscar los bombones —repitió su madre secamente.

—Son malos para la salud cuando hace calor. Lo leí en un libro.

—¡Julia! —insistió la madre, con su agudeza ya sin gracia por la derrota.

—¡Ay, mami! Ya sabes que no me sienta bien moverme después de comer. A lo mejor me da una apoplejía. Las madres no deben poner a sus hijas en peligro.

Al final siempre ganaba ella porque sabía dar más respuestas que nadie.

La tía Winifred no hablaba mucho, pero, cuando hablaba, solía ir directa al grano con un solo y certero comentario. Cuando Julia se fue, harta ya de las mayores, Winifred dijo:

—Esa niña necesita una buena azotaina.

Todo el mundo miró a la tía Mavis, que se hizo la sorda, así que la tía Winifred, que estaba sentada en la hierba en una postura incómoda con su vestido pardo de seda sin cintura, lo repitió con todas las letras.

—Sí, querida, eso digo yo —remató su hermana mayor tragándose el fastidio.

Winifred la miró como si estuviera loca, después se levantó y se fue en el momento en que los hombres salían del comedor.

La tarde pasó entre lentas discusiones sobre cómo pasarla.

Pierre se quitó la chaqueta y durmió un poco en la hierba, al lado de Mary, con su chaleco cruzado. Denys y Pierre se fueron a juguetear con el coche, y la tía Mavis, que no sabía relajarse, se llevó a rastras a la madre de Mary a dar una vuelta por el jardín. La señora Shannon la acompañó solo por librarse del tío Lionel, que empezaba a indagar pertinazmente en sus asuntos económicos. Mary todavía no había abordado la cuestión de ayudarla cuando se casara, pero sospechaba que su madre ya pensaba en ello, porque últimamente estaba menos preocupada y había dejado de fastidiar a Mabel con las cuentas de los proveedores. Sarah y la tía Grace no paraban de hablar de labores domésticas en un tono monótono que se colaba como un zumbido

en el duermevela de Mary y se mezclaba con el de las abejas que libaban entre las gruesas corolas de las flores.

Enseguida llegó la hora del té y la de irse a casa.

—¡Fiu! —exclamó Pierre, al girar hábilmente el volante para salir del estrecho sendero de entrada—. Cuánto me alegro de estar otra vez a solas contigo, de tocarte, de saber que estás a mi lado. No está mal tu familia, pero... —se inclinó para besarla en el cuello— tú eres mejor.

—Cuidado —dijo Mary, al ver que el coche se desviaba hacia el seto.

—Sé lo que hago, *baby* —respondió él, riéndose—. Tú quédate ahí quietecita y preciosa, que yo conduzco. ¿Adónde vamos esta noche?

Se puso a planear una velada alegre y cara. Mary empezó a pensar qué ponerse, pero en todo el trayecto hasta casa no pudo quitarse de la cabeza la imagen de Denys y Martin acercándose por el césped con las enormes jarras de cerveza espumosa. La atormentaba. Era como si la tuviera impresa en los ojos, como el perfil de una luz que destaca en la oscuridad cuando todo se apaga.

—Pierre —le dijo de pronto, rompiendo el silencio—, cuando nos casemos, vivamos en Inglaterra, en la campiña.

—¡Dios mío! —El coche, que iba a cierta velocidad, se sacudió con la consternación del conductor—. ¡Qué ideas se te ocurren! Todavía no somos dos carcamales, amor mío.

—¿Dónde vamos a vivir? —preguntó Mary tímidamente, con el corazón desbocado.

—Pues en el piso que ha elegido mi madre en París, desde luego. Ya lo sabías. Está todo arreglado.

—Sí, ya lo sé, pero, con el tiempo..., ¿no podrías trabajar en la sucursal inglesa del banco, y así viviríamos aquí? Inglaterra te gusta muchísimo, ¿no?

—¿A qué viene todo esto? —dijo, mirándola con una sonrisa cariñosa—. ¿Se te ha olvidado que te vas a casar con un francés? Serás francesa, ¿sabes? ¿Dónde íbamos a vivir, sino en Francia? Me moriría lejos de París. Lo llevo en la sangre, forma parte de mí. El mismo espíritu..., un no sé qué en el aire... No sé qué es, pero nos da la vida a los dos. Londres es tan..., ¿cómo se dice? *Stupefié.*

—A mí me gusta —insistió Mary en voz baja.

—Puedes venir a ver a tu familia siempre que quieras, por supuesto...

—Sí, claro —dijo Mary, y se quedó en silencio otra vez.

Siempre había sabido que esa sería su respuesta, por eso había tardado en proponérselo.

—Pierre —dijo al salir de Great West Road detrás de una procesión caliente y gaseosa de coches que volvían de vacaciones—, ¿te molestaría mucho que no saliera esta noche? Tengo un dolor de cabeza horrible y estoy muy cansada. Creo que la familia ha sido demasiado para mí.

Pierre protestó un poco, pero enseguida se preocupó sinceramente por ella y le prodigó tanto afecto y comprensión que terminó por considerarse una bestia, porque en realidad no tenía dolor de cabeza ni estaba cansada, no físicamente, aunque mentalmente estaba dolida y hastiada. Necesitaba soledad, al menos una noche. Quería aislarse de todo el mundo como un animal; quería irse a llorar a la cama. Tenía un hambre desesperada de estar sola.

No pudo pensar en nada más hasta que llegaron a casa por fin, se despidió de Pierre, subió a su habitación, cerró la puerta, se desvistió rápidamente y se metió en la cama. Se tapó solo con la sábana y se encogió como una bola, con los ojos abiertos de par en par; las lágrimas no acudieron, pero la tristeza se los presionaba como un peso muerto.

«No puedo, no puedo», se decía una y otra vez, mientras la luz se desvaía fuera, detrás de las cortinas corridas, y el crespúsculo invadía la habitación poco a poco. Pero sabía que tenía que hacerlo. Pensó en su madre, apoyada en la mesa de la cocina, luchando contra las lágrimas. Se había propuesto ayudarla y tenía que hacerlo. Pero una imagen no la abandonaba y representaba todo lo que dejaría de ser parte de su vida: un chico moreno y uno rubio cruzando un césped inglés con grandes jarras de cerveza en las manos.

—Bueno, pues ya está —dijo la señora Shannon con resignación, mientras guardaba en el bolso el pañuelo con el que se había despedido y buscaba los billetes de andén—. Lucienne en Hollywood, es lo más incongruente que se puede una imaginar, pero supongo que saldrán adelante.

El tío Geoffrey se había casado hacia una semana; ahora, después de una luna de miel insignificante en la isla de Wight, las dejaba otra vez, se lo llevaba un barco, y a su mujer, que vestía un traje azul marino y un sombrero como un cogedor de carbón.

Madame Robeau había asistido a la boda completamente vestida de negro, como si fuera un entierro, pero con un sombrero magnífico que tenía un ala enorme en cada lado, sacado quizás de las reliquias de su infancia eduardiana. No había dejado de llorar, y parecía que el tío Geoffrey quisiera hacer lo mismo.

—Anímate, mi niña —le dijo la señora Shannon a Mary al salir del andén—, es probable que vuelva pronto. Vamos a comprar una botella de champán para la cena de esta noche, ¿te parece bien? Creo que lo necesitas. Llevas unos días muy alicaída, cielo. Dicen que estar prometida hace sufrir. ¿Echas de menos a tu Pierre? Enseguida te reunirás con él y te casarás tan pronto que no te darás ni cuenta.

—Sí, —dijo Mary, abatida.

—Vamos a coger un taxi. Pareces muy cansada, cielo.

Hizo parar al taxi en una vinatería y salió triunfante con una botella. Había estado todo el día muy alegre y completó el trayecto hasta casa canturreando para sí, sin entonación, pero contenta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Mary—. Champán, taxi, cantar sin parar...

Su madre sacudió la cabeza y sonrió.

—Hoy estoy muy contenta —cantó.

Mary estaba peinándose en su dormitorio cuando su madre entró; se puso a buscar ostensiblemente un par de medias que había perdido.

—Cielo —dijo con naturalidad, revolviendo en los cajones de la cómoda de su hija—. ¿Te acuerdas de lo que te conté... del problemilla económico que tenía?

—Sí —respondió Mary, con el peine a medio camino, mirando el reflejo de la nítida espalda encorvada de su madre.

—Bueno, pues ya se ha solucionado. Es decir, todo está bien. Es estupendo, ¿verdad?

Se volvió hacia su hija con una sonrisa radiante en la cara y un par de medias de las más nuevas de Mary en la mano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary enseguida—. ¿Has pagado a Wilkie?

—Lo has entendido perfectamente.

—Pero dijiste que necesitabas mil libras. No creo que las hayas podido ganar de repente.

—No, no las he ganado. —Su madre parecía un poco culpable—. Es un..., un préstamo, más

o menos. Pero da igual lo que sea, el caso es que las tengo.

—¿Quién te las ha prestado?

—Jamás te lo diré, así que no te molestes en preguntármelo, cielo.

La señora Shannon se fue alegremente hacia la puerta. Mary seguía con el peine a medio camino del pelo, mirándose en el espejo, echando humo por el cerebro.

—¡Eh! —dijo, como si hablara en sueños—, no me robes las medias. Déjalas en su sitio.

Pero su madre ya se había ido.

Unos meses más tarde, mucho después de haber escrito a Pierre una carta difícil e imposible y que él dejara de bombardearla con llamadas telefónicas, telegramas y, por fin, cartas insultantes y amargas, que sabía que se quedaban cortas para lo que se merecía, concluyó que jamás, bajo ningún concepto, podría haberse casado con él. Ahora que era capaz de sacar su relación a la luz con seguridad y examinarla despiadadamente, le parecía irreal que hubieran pensado en construir una vida juntos con una base tan poco sólida. Aparte de la atracción física, entre ellos no había nada más que fiestas y diversión, y tampoco eso les gustaba a los dos de la misma forma.

La vida era como un rompecabezas, pero si una intentaba unir las piezas sola, solía colocarlas mal. Pierre tenía dinero, ella lo necesitaba. Pierre era adorable y la quería; se casaría con él. Había creído que así era el rompecabezas que componían las piezas. Pero había sido como querer juntar dos trocitos que no encajaban; entonces, de repente, todo se colocó en su sitio, pero de otra forma y por intervención de otras manos.

Todavía no sabía quién le había prestado el dinero a su madre. La señora Shannon guardaba el secreto con una alegre discreción. Unas veces, Mary la acusaba de estafadora; otras, de ladrona de bancos o de ser la amante de alguien. Sin embargo, ella se limitaba a negar con un gesto y a reírse. Un factor desconocido había colocado en su lugar una esquina del rompecabezas de la vida de Mary. Por lo visto, se tiene muy poco control del propio destino. Lo único que podía hacerse era seguir adelante con una tarea de la que nadie más podía ocuparse: ser uno mismo.

CAPÍTULO OCHO

—Pero, Mary, querida —dijo la señora Van de Meyer—, no es cuestión de que te guste o no..., es solo un edificio precioso. Para el coche aquí, querida, para que pueda verlo a gusto. Hummm.

Levantó hasta el borde de la portezuela los rechonchos brazos vestidos de pieles y, apoyando la barbilla, contempló la casa a través de unos quevedos sin montura.

—Es georgiana, ¿verdad? —dijo Mary.

—Pues claro que sí, no podría serlo más.

La casa la miraba desde los simétricos postigos de las ventanas. Estaba separada de la carretera por un simple muro bajo y un pequeño parque sin árboles, y se veía en toda su inflexible forma cuadrada. Ninguna planta trepadora osaba ultrajar la dignidad de ladrillos rojos y grises, ninguna hiedra oscurecía la alineación prusiana de las alas que sobresalían a los lados.

—Hummm —suspiró la señora Van de Meyer—. Así es exactamente como quiero que Sam Howard construya mi casa en White Plains. ¡Es la cosa más inglesa que...!

—Creía que le habían gustado las que hemos visto hoy en Stratford.

—Bueno, sí, pero también le gustan a mucha gente. White Plains está infestado de vigas y de rincones de chimenea. Charlotte Schumacher, los Barnet Summer, la señora Otto... ¡Charlotte hasta tiene el tejado de paja! No, lo mío va a ser otra cosa..., puede que lo llame Meyer Hall. No cabe duda, haré venir al señor Howard para que la vea antes de que empiece con los planos. ¿De quién será? Acércate hasta las puertas, querida, voy a preguntarlo en la garita del guarda. Me apetece echar un vistazo.

—¡Ah! No estaría bien, ¿no le parece?

—¿Cómo que no? Dios mío, si yo tuviera una casa como esta, me encantaría que unos desconocidos la admiraran.

—Sí, ya, pero a lo mejor a estas personas no les gusta. Nunca se sabe...

No sirvió de nada. Estaba dispuesta a recorrer el sendero enlosado hasta la garita de la entrada con sus tacones altos y su impresionante sombrerito puntiagudo, como había hecho en muchos jardines particulares, altares mayores e incluso entre bastidores en el Shakespeare Memorial Theatre, siempre que se dejaba llevar por el entusiasmo. Con la *naïveté* de los ricos, parecía ajena al ridículo y a la impertinencia; era Mary la que sufría el bochorno inglés en su lugar. Le había cogido aprecio a la pequeña pequinesa que le hacía de chófer, de compañera y de guía de todos los sitios interesantes de Inglaterra que se encontraban en el radio de un trayecto de ida y vuelta desde el hotel Berkeley de Piccadilly.

La señora Van de Meyer era una de las mejores clientas de la señora Shannon. Siempre que viajaba a Inglaterra iba con ilusión a comprarse ropa inadecuada en Lilianne, que, en los dos años siguientes a aquel pasajero bache, había prosperado hasta convertirse en una de las tiendas más

solventes de South Molton Street.

Mientras se probaba un excéntrico vestido negro ribeteado en piel de mono, la señora Van de Meyer le había contado a la señora Shannon que el chófer que había contratado esos días era un aburrimiento, que no sabía «distinguir una cruz Eleanor de un cenotafio a los héroes de guerra». La madre de Mary, deseando complacerla, le propuso que se llevara a Mary en su lugar. A la estadounidense le gustó tanto la idea que incluso compró el vestido de piel de mono, que era el elefante blanco de la tienda desde hacía un tiempo por el precio que le pidió, aunque la señora Shannon estaba dispuesta a rebajárselo.

Mary no tenía la menor idea de lo que era una cruz Eleanor, pero entre las guías y la intuición, se las arreglaba bien y disfrutaba paseando en el gran Buick cupé de alquiler. Era un cambio agradable que no le exigía esfuerzo alguno, después de dos años de tomar apuntes en los desfiles de moda todo el día, confeccionar ropa en la tienda y tumbarse boca abajo en el suelo de su dormitorio a diseñar modelos preciosos para cuerpos feos. Además, la señora Van de Meyer era un encanto con el dinero. Se suponía que no tenía que pagarle nada, pero muchas veces, cuando Mary volvía a casa bastante enfadada y sin energías tras una jornada con aquella estadounidense tan vital, la avergonzaba dándole cinco libras.

Poco después, la señora salió tan campante de la garita acompañada por una mujer ceñuda con bigudíes de papel en la cabeza, dos niños que comían pan con mermelada y un chucho que no dejaba de husmear a su alrededor.

—Es de un lord —anunció la señora Van de Meyer, encantada de la vida, mientras Mary le abría la portezuela del coche—. La casa está en alquiler y sus propietarios se encuentran en el extranjero, pero la mujer me ha dado la dirección de los agentes inmobiliarios, así que podemos ir a verlos ahora mismo. Están en el pueblo por el que pasamos hace un rato.

De repente, cansada y deprimida de pensar que llegaría tarde a la cena con Hugh y que se lo encontraría más enfurruñado y soso que de costumbre, Mary dio la vuelta con el coche en el espacio que quedaba antes de llegar a las puertas, mientras el insípido grupito de la garita la miraba, mudo, en son de burla. Asomó el morro del coche a la carretera en el momento en que el niño pequeño daba una patada al chucho, la madre le sacudía un bofetón y el otro decía: «¡Toma castaña!», y hacía un gesto muy grosero con las manos.

La insistencia natural de la señora Van de Meyer consiguió milagros en la agencia inmobiliaria Jowitt, Jowitt y Sicklemor. Jowitt padre accedió, por una consideración puramente simbólica, por supuesto, en favor de y pagadera al propietario del inmueble o a la persona o personas designadas como su representante etc., a enseñarle los planos y, lo que era más, a guiar personalmente una visita a la casa en favor del arquitecto inglés de la señora Van de Meyer. Mary se preguntó qué respondería la señora a todo eso. Nunca le había hablado de él, así que podía estar muerto, que ella supiera, o algo peor. Empezó a notar síntomas de indigestión, como le pasaba últimamente; condujo los cien kilómetros hasta Londres en silencio, mecánicamente, envuelta por una creciente oscuridad. La señora Van de Meyer no paró de hablar de la casa hasta que llegaron a la altura de High Wicombe, y después empezó a contarle su operación.

—Entonces, resérvame el jueves —dijo mientras el portero la recibía en la acera—. Te llamo dentro de un rato, cuando hable con el señor Howard. Adiós, encanto. Cómprate algo mono, ¿eh?

Le entraron ganas de llorar cuando le dejó el billete en el regazo. ¿Es que nunca se le iba a

quitar esa estúpida costumbre de la lágrima floja? Siempre lloraba por nada, incluso cuando estaba contenta, y jamás lograba perder los estribos como es debido. Era todo muy absurdo, pero no podía evitarlo..., como sorberse la nariz. Lloraba suavemente al dar la vuelta a Berkeley Square, porque el dolor que le había molestado todo el camino no se le había pasado. Al llegar a Grosvenor Street logró dominarse, a tiempo para que no se le estropeara el maquillaje, porque no tenía tiempo de ir a casa antes de reunirse con Hugh, así que dejó el coche en el garaje de Marble Arch y cogió un taxi hasta el Café Royal, donde cenó con un joven delgado que en otra época había tenido una aventura con una actriz de cine de segunda fila y que evidentemente se preguntaba, igual que Mary, por qué accedía uno a pasar unas veladas tan insustanciales.

El jueves se despertó con un dolor de estómago insoportable y maldijo todas las langostas Newburg. ¿A todo el mundo se le rebelaba tanto la digestión si no se la complacía? Le dolía más que nunca. «Mami..., mami a ver si me da bicarbonato o whisky o ginebra..., ¡lo que sea!»». Bajó las piernas al suelo y se quedó sentada un momento buscando las zapatillas a tientas; de repente, corrió al cuarto de baño y entró en las profundidades de la degradación.

Doris, la sucesora de Mabel, se asomó a la puerta.

—¡Ay, señorita Mary! ¡Pobrecita! A ver, déjeme sujetarle la cabeza.

—Váyase, váyase. Me estoy muriendo.

Pero aquello era peor que la muerte. Cuando, agotada, se dejó caer en el suelo del cuarto de baño, el dolor no había desaparecido, la atacaba en espasmos, como si fuera a tener un hijo, pero peor, porque no había nada por lo que valiera la pena soportarlo. En un momento de descanso volvió a la habitación y procuró no mirar la bandeja del desayuno que le había dejado Doris al lado de la cama. Enseguida se le pasaría; hasta el momento, siempre se le había pasado enseguida. Además, tenía que vestirse para no llegar tarde a recoger a la señora Van de Meyer y a su como se llamara..., ¡maldito fuera! Con la cara estremecida de dolor, empezó a dar vueltas por la habitación recogiendo prendas de vestir y permitiéndose el lujo de gemir. «Estoy enferma, estoy enferma», lloriqueó ante el pálido reflejo del espejo. Menos mal que había ido a la peluquería el día anterior; los oscuros rizos estaban más o menos en su sitio, aunque los de la frente parecían húmedos y pegajosos. Tenía muy mala cara, toda huesos, y maquillarse le parecía un esfuerzo imposible.

«¿Y si no voy? Puedo llevarlos cualquier otro día, o que se busque un chófer. Sería divino volver a la cama y relajarse, quedarse postrada sin hacer nada. Pero ¿y si mejoro y resulta que podía haber ido? Tengo que ir, si puedo: debo decidirme enseguida. A ver qué dice mami. ¡Ay, Dios! ¡Otra vez! ¡A ver si ella me absuelve! Como el papa», se dijo, debilitada, doblándose por la cintura en medio de la habitación mientas el dolor renacía, crecía, alcanzaba cotas imposibles, se iba poco a poco y la dejaba con los ojos desorbitados, jadeando.

Su madre estaba en el tocador, dividiendo la atención entre el cepillo del rímel y una hoja de papel llena de palabras indignadas.

—Mami...

—¡Ah, hola, cielo! Marca el número de la tienda, por favor, y acércame el teléfono. Se han hecho un lío con el abrigo de la señora Bagot, precisamente la señora Bagot, y está furiosa. Sibyl está cada día más insoportable. Te conté lo que hizo con el asunto de Rodier, ¿verdad?

La cháchara de su madre le atravesaba la cabeza como una metralleta.

—Mami —repitió, mientras marcaba el número de memoria—, no me encuentro bien. ¿Te

parece que podría no ir con la señora Van de Meyer?

—¡Ay, cielo, qué contratiempo! Lo siento mucho. Espera un momento y me lo cuentas todo; tengo que arreglar esto.

—Lilianne, South Molton Street —dijo una voz ácida cuando Mary dejó el teléfono en el tocador y se sentó en el sillón, detrás de su madre, a pasar otro espasmo de dolor.

La tortura y el abrigo de la señora Bagot se mezclaron un buen rato: otros dos espasmos atacaron y se retiraron antes de que su madre terminara con Sibyl. ¿Se lo imaginaba o de verdad eran menos dolorosos? A lo mejor el estómago se estaba acostumbrando... Le vino a la cabeza la expresión «entumecido de dolor», suspiró y, encogida en el sillón, esperó a que llegara el siguiente ataque.

—Bien —dijo la señora Shannon—, pues hazlo, por favor. Tardaré una media hora. —Colgó y dio media vuelta en el taburete—. A ver, cielo, ¿qué te pasa? No será otra vez ese pobre estómago, ¿eh?

—Pues sí, otra vez. Y he vomitado.

—¡Ah, pobre Mary, qué horror! ¿Qué comiste en la fiesta de Angela?

—Langosta Newburg. Y —se acordó en ese momento— ponche de ron.

—Cielo, qué tontería. Debes tener más cuidado, hija, aunque no te sirve de nada que te lo diga ahora. ¿Quieres volver a la cama con una botella de agua caliente? Si de verdad te encuentras tan mal, llamo a la señora Van de Meyer y se lo explico. Seguro que lo entiende..., al fin y al cabo, los norteamericanos son expertos en dispepsia. ¿Qué tal estás ahora? —Ladeó un poco la cabeza y miró a su hija con preocupación, frunciendo las delgadas cejas—. ¿Qué tal te encuentras ahora? —repitió, mientras Mary esperaba el impacto de otro ataque, que murió en el camino.

—Regular. Mejor que antes, en realidad.

—Creo que lo mejor sería que fueras al doctor Brett. Tienes demasiadas indigestiones, cielo. No me gusta.

—Ni a mí, curiosamente —dijo Mary en voz muy baja, mientras su madre seguía hablando.

—Voy a ver si me da cita para mañana. ¿Qué opinas de la señora Van de Meyer? Si la llamo, tiene que ser cuanto antes, para que pueda cambiar de planes a tiempo. ¿Quieres que la llame o te parece que se te va a pasar?

—Pues no lo sé —contestó Mary sin fuerzas—. Quería que lo decidieras tú por mí. —Pensar en el día que la esperaba le pareció de repente tan espantoso que incluso la decepcionó el siguiente dolorcillo, que murió sin llegar a nacer—. ¿Es necesario que vaya, mami?

La cama, la adorable cama, se alejaba cada vez más.

—Claro que no, si de verdad te parece que no puedes. Lo cierto es que tienes bastante mal aspecto. Vamos, te acompaño a la cama. Sé que no te quejarías por nada, nunca has sido hipocondriaca. ¡Pobre Mary, qué lástima! A ver, apóyate en mí si estás débil. ¿Cómo va el dolor ahora?

—Mucho mejor. Casi no me duele ya. Tengo que ir —dijo Mary, y rompió a llorar.

Hacía mucho frío. El cielo de noviembre no tenía color, estaba muy encapotado, soplaba un viento húmedo y helado, cargado de olor a niebla. Mary llevaba un traje gris de franela y un jersey, con el abrigo de piel de camello encima, y la señora Van de Meyer, botines de ante y el abrigo de pieles que le ocultaba las piernas, que enseñaba en muy raras ocasiones. Sam Howard

llevaba un pañuelo azul y un gran abrigo que olía a Escocia. Iban los tres en los asientos delanteros del Buick, con las ventanillas cerradas; a medida que cruzaban el frío paisaje, el aliento se condensaba en el parabrisas. Mary tenía que limpiarlo cada dos por tres con la pata de conejo de sus guantes. Apartó la mirada de la carretera y vio la expresión solemne de Sam, que, en el lado de la ventanilla, escuchaba atentamente a la señora Van de Meyer. La mujer hablaba sin parar; Mary podía guardar silencio, prestar poca atención a lo que decía y disfrutar de la paz que sigue al dolor intenso. Por suerte, el estómago estaba inactivo. El coche y la voz estadounidense siguieron adelante; solo uno de ellos redujo la velocidad en las ruidosas calles de Uxbridge.

—¡Ah, señora Van de Meyer! —dijo Mary de repente—. Acabo de descubrir por qué no puedo cambiar de marcha. Tiene usted las piernas cruzadas encima de la palanca de cambios.

Soltó una risita y, al mirar al lado, vio que el serio rostro de Sam se desdibuja en un caos perfecto cuando se echó a reír.

«¡Qué sonrisa tan atractiva!», pensó, al fijarse en él por primera vez como algo más que el posible diseñador de Meyer Hall. Se le había pasado la edad de imaginarse al lado de cualquier hombre al que le presentaran envuelta en vaporoso tul blanco, con un vestido que quedara muy bien por detrás; no obstante, miró de nuevo a Sam y a su sonrisa y pensó: «No estaría mal para casarse». Seguramente tendría mujer y seis hijos. Lo único que le había dicho la señora Van de Meyer, después de presentárselo en el Gregorys, hablar con él un par de horas y cerrar un trato en medio de una horda de gente que tomaba cócteles, fue que era «una persona adorable».

Cuando se pararon en el semáforo de High Wycombe, la señora Van de Meyer hablaba de un parque con ciervos. Interrumpirla no era una grosería, sino una necesidad para quien deseara abrir la boca un momento. Sam miró por la ventanilla y dijo:

—Fíjese en ese hombre que va por la acera procurando no pisar las rayas.

«¡Qué poca gente se fijaría en ese detalle! Sí, es un encanto», pensó Mary, que dijo en voz alta:

—¿Usted también juega a ese juego? Yo sí, a menudo.

—Siempre —respondió él, pensativo.

Mary, apartando las piernas de la señora Van de Meyer otra vez cuando el semáforo cambió a verde, buscó algo que decir para alargar el momento de contacto, pero la insistente cháchara sobre el parque con ciervos reclamó la atención de Sam, por lo que Mary se concentró en la conducción y los dejó a su aire.

Poco después de Oxford se detuvieron para beber algo. Mary, que conocía la idea de beber algo que tenía la señora Van de Meyer, aminoró la marcha al ver un hotel moderno de aspecto modesto con un letrero de neón encima de la puerta que decía: «American Bar», pero la patrona no quería eso. Insistió en que quería un *pub* de auténtico ambiente inglés; sin embargo, le fastidió que, en la barra íntima del Black Swan, el patrón no tuviera la menor idea de lo que era un *Old-fashioned* y, peor aún, que ni siquiera tuviera hielo.

—¿Se le ocurre algo mejor? —preguntó.

Decepcionada, se sentó con un jerez en la mano, sin prestarle más atención a aquel original y antiguo escaño de respaldo alto que si hubiera sido un sofá de brocado del Waldorf-Astoria.

—¿Qué toma usted? —le preguntó Sam a Mary.

Ella comprobó que era muy alto, tenía un pelo de lo más normal y unas piernas largas a las que les sentaban bien los pantalones grises de franela.

—No sé. De repente tengo muchísimo frío. ¿Qué le conviene a una persona que tiene frío de repente?

—Whisky Mac —respondió el patrón enseguida, mientras alcanzaba una botella. Se parecía al tío Lionel: era estrecho, como si lo hubieran comprimido por los lados; con la cara demasiado alargada y blancucho para ser tirador de cerveza y servidor de bebidas—. Whisky con vino de jengibre, es lo mejor que hay —añadió.

Mary lo probó y le gustó. Cuando Sam le ofreció una copa, el tío Lionel dijo: «No se ofenda si la acepto», y los dejó allí tomando jerez y hablando de las quinielas de fútbol mientras se acercaba a la chimenea. La señora Van de Meyer estaba enfurruñada y silenciosa entre el roble viejo y el peltre. Mary se había tomado la mitad de la bebida cuando se dio cuenta: el dolor empezaba otra vez.

Era tan leve que no lo habría notado si no tuviera el estómago tan sensible al malestar como un caballo nervioso al primer pinchazo de la espuela. Tal vez se le pasara si no le prestaba atención. A ver si desaparecía. «No puedo ponerme mala aquí, a kilómetros de Londres. Tengo que conducir, y la señora Van de Meyer se pondrá histérica si ve que me encuentro mal, y Sam Howard..., bueno, un dolor de estómago no es lo más glamuroso del mundo». Apoyó los codos en la repisa de la chimenea e intentó concentrarse en una imagen cinematográfica de una chica con una cintura de los años veinte que sostenía una copa de oporto con la espalda muy arqueada.

—Vámonos, ¿de acuerdo? —dijo la señora Van de Meyer—. Me muero de impaciencia por ver mi casa. ¿Vamos, querida? ¡Ah! ¡No ha terminado la copa! ¿No le gusta? ¡Qué lástima!

—No, en realidad estaba muy bien, un poquito fuerte...

Mary salió detrás de ella a la fría carretera de piedra. Estaban en la alta planicie de los Cotswolds; los bajos muros no protegían del viento que barría los grisáceos campos verdes. Se estremeció y se puso rápidamente al volante, pero se acordó de dar las gracias a Sam por la copa antes de que el dolor empeorase y le impidiera pensar en cualquier otra cosa.

En algunos momentos de la vida, cuando el dolor o la incomodidad física son tan grandes que anulan todas las demás sensaciones, uno deja de vivir y solo existe. Uno sigue adelante automáticamente, como un cuerpo sin cabeza, como un renacuajo, sin pensar en el pasado, sin esperanzas de futuro. El presente es eterno y está hecho de desesperación.

Mary no tenía ni idea de cómo se las arregló para conducir hasta que le dijeron que parara; no sabía dónde comieron ni cómo era el hotel. Podía hablar con normalidad si lo hacía en voz baja; dijo sí a todas las sugerencias del camarero sin saber qué le ofrecía. Le dolía más que por la mañana. «Estoy enferma de verdad —pensó con cierta satisfacción—. Cuando llegue a casa, estaré enferma de verdad: cama, médicos y todo lo demás. Entonces lo lamentarán», pensó, mirando de mal humor a sus dos compañeros de fatigas, porque parecían tener mucho de qué hablar y no advertían lo callada que estaba. Aunque se esforzaba todo lo posible por disimular su malestar, la afligía hacerlo tan bien. Dejó caer la servilleta al suelo para poder doblarse por la cintura sin levantar sospechas, hasta que pasara el espasmo. Al erguirse de nuevo vio, entre dos espasmos tan dolorosos que nublaron su mundo, que le habían puesto un plato con unos horrores innombrables y deformes: cosas grasientas, salsa...

Echó la silla atrás sin perder un momento.

—Se me ha olvidado lavarme las manos —musitó—. Disculpen.

En cuanto salió del comedor echó a correr escaleras arriba, después por un largo pasillo

como de transatlántico, buscando con desesperación, como un animal atrapado. «¿Dónde está, ah, dónde está?». Al doblar una esquina, pensó: «¡Ah, gracias a Dios!». Un mensaje de esperanza: «Tocador de señoras, cuidado con el escalón».

Consiguió salvar la situación durante la comida. Jugueteó con lo que había en el plato cuando el dolor empezó a calmarse e incluso bebió una taza de café tibio, hecho según la fórmula secreta que solo conocen en los hoteles de provincias y que siempre procura un café que sabe a cualquier cosa —a caminos de grava, a áloe amargo, a carbón vegetal, a jabón—, menos a café. Nunca ese sabor limpio, sano, casi a trigo, tan fragante como el vapor que se desprende perezosamente de la taza.

La señora Van de Meyer la miró un momento y dijo que estaba pálida, y que si no había probado el tinto Hibiscus de Arden. Cuando el camarero se llevó el pudin que no había probado, Sam Howard le preguntó si no le gustaba y enarcó una ceja, así que tuvo que decirle secamente, para no llorar: «No tengo apetito».

Se sentó, con los pies en el aire, en una balaustrada baja de piedra que recorría la terraza de atrás de la casa de ensueño de la señora Van de Meyer. La fachada de atrás era, si cabía, más escueta y fea que la principal, pero el insípido regimiento de ventanas tenía unas vistas maravillosas. Estaba de espaldas a la casa, con el cuello del abrigo subido, apoyada en la pared; se preguntó cómo sería despertarse por la mañana y ver un césped que ascendía lentamente hasta fundirse con un parque moteado de negros árboles deshojados, que cada vez se espesaban más hasta convertirse en un bosque. El bosque descendía un poco y se terminaba bruscamente a la orilla de una pradera verde que llegaba hasta el río. Un sol enorme y redondo se cernía sobre la baja loma del lado opuesto del valle. Estaba a punto de ponerse y la oscuridad no tardaría en llegar.

De vez en cuando oía las voces de las tres personas que visitaban la casa. Jowitt padre estaba afónico y tenía accesos de tos convulsa de fumador.

Mary se había mirado en el espejo del hotel y ya se había resignado a tener el aspecto menos atractivo de su vida. ¡Y conocer a un hombre adorable en esas condiciones...! Así era la vida. De todos modos, había logrado llegar hasta ahí sin ponerse en evidencia; si el dolor no volvía en tres horas, como por la mañana, podría llegar a casa sin problema. Seguramente no volvería a verlo nunca. «De todos modos, supongo que voy a morirme», se dijo desapasionadamente.

El viento procedente del valle le daba en la cara y se arropó con el abrigo; tenía una sensación de soledad. Sería estupendo meterse en la cama y que la mimaran un poco. De repente deseó que su madre fuera una viejecita lenta y anticuada con un regazo muy acogedor.

Hacía mucho frío para quedarse en la terraza tanto tiempo, así que se bajó y dio la vuelta a la casa en busca de las voces. Sam y el señor Jowitt estaban en el comedor, cubierto de sábanas guardapolvo, mirando las enormes hojas de los planos, que ocupaban toda la mesa ovalada.

El señor Jowitt tenía un cigarrillo colgado del labio inferior; solo se lo quitaba para toser, aunque a veces tosía pero no se lo quitaba y se atragantaba como un moribundo. Parecía sucio, con ese pelo pegajoso y aquellos ojos como huevos duros.

—Ahora coja el plano de la planta —repetía—, coja el plano de la planta: cincuenta y cinco por treinta. No se preocupe del otro, usted coja el de la planta...

Sam sujetaba una pipa en un lado de la cara. Levantó la vista, sonrió a Mary al verla entrar y se miraron los dos con horror cuando Jowitt padre tuvo otro repelente ataque de tos. Se

encontraba mejor y se fue a ayudar a la señora Van de Meyer, que estaba arrodillada en el polvo del salón intentando medir la circunferencia de una columna con un pañuelo.

Por fin se dispusieron a marchar, el señor Jowitt enrolló los planos y salieron todos hasta el coche, que estaba en la entrada de grava, al pie de la puerta principal. La señora Van de Meyer no tenía ganas de irse y volvía una y otra vez a cerciorarse de un detalle u otro. Finalmente, cuando Mary creía que ya se iban —la señora tenía un pie en el estribo—, vio una chimenea y arrastró al señor Jowitt por la grava para observarla mejor.

Mary se dejó caer contra el coche con las manos en los bolsillos y suspiró. Sam dio la vuelta y se puso frente de ella, bastante cerca, tanto que distinguía todos los puntos de su jersey azul.

—Oiga —le dijo—, ¿se encuentra bien? Lamento inmiscuirme, porque es evidente que prefiere estar sola cuando se encuentra pésimamente. Porque se encuentra pésimamente, ¿verdad? Al menos a la hora de comer.

—¡Ay, Dios! ¿Se dio cuenta?

—Era inevitable.

—¡Oh!

El jersey estaba tejido a mano. Quien se lo hubiera hecho había perdido un punto a medio camino, pues había uno mucho más grande que los demás. Se preguntó quién se lo habría hecho. «Espero que su madre».

Mary siguió hablando deprisa, sin mirarlo:

—Tenía un dolor horrible, nada más. A veces me duele muchísimo. Pero ahora estoy bien. No quería que la señora Van de Meyer se diera cuenta, habría montado una escena.

—No lo notó. Está tan entusiasmada con esta casa tan horrenda que no se daría cuenta aunque estuviera muriéndose. Dígame, ¿de verdad se encuentra bien? ¿Me permite llevar el coche a casa? Me encantaría.

—¿Lo dice en serio? Sería maravilloso, porque...

Pasos en la grava: el señor Jowitt apareció por detrás del coche, tosiendo. Sam le tendió la mano a Mary y la ayudó a incorporarse.

—¿Mejor? —le preguntó, sin soltarle el brazo—. Bien, enseguida estará en casa. ¿No le parece que es asqueroso? —le susurró antes de soltarla

—Vomitivo —respondió ella, que, radiante, lo miró a los ojos.

Llevaron al señor Jowitt a su oficina; iba en el asiento de atrás, con los codos apoyados en el delantero, echándole el aliento a Mary en el cogote. Cuando se apeó, la señora Van de Meyer lo entretuvo en la acera de High Street; tenía que decirle unas cuantas cosas de última hora por la ventanilla. Después, el hombre se tocó el sombrero hongo y dijo:

—Adiós a todos.

Mientras se alejaban, Mary miró por la ventanilla de atrás y lo vio escupir en la alcantarilla.

Iba sentada en el centro, aunque nadie lo había propuesto en realidad, salió así; se arrellanó en aquel asiento tan cómodo y se recostó contra el respaldo mientras la señora Van de Meyer y Sam hablaban con ella en medio. Las manos que manejaban el volante eran largas, de color tostado, con nudillos prominentes.

La luz del crepúsculo se apagó y la oscuridad trajo niebla consigo: al principio apenas era una bruma ondulante, pero a medida que se acercaban a Londres se cerró tanto que la luz de los faros no la traspasaba. Apareció una lucecita roja a lo lejos, o eso parecía, hasta que Sam tuvo que

virar bruscamente para no chocar con un camión parado que de repente se alzó ante ellos. La señora Van de Meyer gritó y Sam dijo:

—¡Por los clavos de Cristo! —Redujo la velocidad a paso de tortuga.

«No pienso hacerte caso», le dijo Mary a la rata que empezaba a cosquillearla por dentro.

Sam bajó el cristal de la ventanilla y se asomó para mirar hacia delante; cuando la rata empezó a roer, no tan espasmódicamente como antes, sino con insistencia, Mary pudo volver la cabeza hacia derecha y gemir sobre el abrigo de Sam sin que nadie se diera cuenta. La señora Van de Meyer iba en el borde del asiento, hacia delante, frotando el vaho del parabrisas con un pañuelo perfumado.

—Es que no veo nada, ¿sabe? —dijo.

—Me temo que habrá que bajar el parabrisas, no distingo la acera —apuntó Sam.

Metió la cabeza y los hombros repentinamente y casi le incrusta la cabeza a Mary en el respaldo del asiento. Ella se irguió con complejo de culpa.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Empieza otra vez —susurró ella.

—¡Ay, Dios! ¿Puede soportarlo hasta que lleguemos? No tardaremos mucho.

—Sí, estoy bien.

Mary encogió los hombros, cruzó los brazos sobre la cintura y se dobló. Una corriente helada entró al bajar el parabrisas, pero Sam podía conducir un poco más deprisa y enseguida encontraron la procesión de coches que jugaban a ciegas a la conga por la Western Avenue. Imposible adelantar, no se podía hacer nada más que seguir la cola, como un vagón de un tren de mercancías. Nunca llegarían a casa y la rata roedora no pararía. A Mary se le escapó un gemidito y los quevedos de la señora Van de Meyer la miraron desde las solapas del abrigo de pieles con las que intentaba ahuyentar la niebla de su garganta.

—¿Qué ocurre, Mary? ¿No se encuentra bien? ¡Ay, Dios mío, qué mala cara tiene, querida! Pobre niñita, dígame qué le pasa y procuraré...

—Estoy bien, de verdad... Se me pasará en cuanto llegue a casa. No es nada, de verdad, señora Van de Meyer, por favor... —La señora se puso tan amable y compasiva, empezó a armar tal jaleo, que la desbordó—. Por favor —repitió Mary débilmente.

La señora Van de Meyer se movió en el asiento y se inclinó por encima de Mary para decir:

—¡Ah, señor Howard! Mary no se encuentra bien. Pare en una farmacia, rápido, tenemos que hacer algo.

Sam consiguió calmar el ambiente un poco diciendo que estaban muy cerca de casa, pero ella siguió removiéndose en el asiento, unas veces mirando por el parabrisas y otras volviéndose hacia Mary solícitamente, sin dejar de hablar, de hacer conjeturas, de exclamar y de insistir con la farmacia...

—Por Dios, señora Van de Meyer —dijo Mary casi sin aliento—. ¿No va a callarse?

—Parece que no —musitó Sam, serio y concentrado en la carretera.

De repente se oyeron unas voces fuera del coche y enseguida se perdieron; un haz de luz brilló en la niebla un instante; entrevieron el rostro de un hombre sin cuerpo que gritaba diciendo cosas ininteligibles. Tardaron una eternidad en entrar en Londres y en librarse de la caravana. El panorama se aclaró un poco; las farolas hendían la niebla. Sam aceleró, dobló esquinas ciñéndose a la acera, frenó en seco en los cruces y continuó a toda velocidad. Parecía

que conocía muy bien el camino. Mary se recostó contra el respaldo y cerró los ojos. La rata no paraba de dar vueltas y, curiosamente, la cabeza tampoco.

—¿Dónde estamos? —dijo la señora Van de Meyer—. Creo que esto me suena de algo.

—En Berkeley Square.

—Ah, pero, no; primero tenía que haber llevado a Mary a su casa. Lo lamento. Vaya a Sloane Square ahora mismo, ya volveré yo después al hotel. Tengo que acompañarla a casa. No puedo dejarla en estas condiciones. Por favor, señor Howard, continúe —le dijo a Sam cuando se detuvo y la puerta se abrió mágicamente desde fuera.

Siguió protestando con un pie dentro y otro fuera del coche, pero Sam se mostró firme y seguro.

—Me encuentro bien, de verdad, y mi madre estará en casa… —dijo Mary—. No pasa nada, estoy…

Le castañeteaban los dientes, casi no podía hablar y quería gritar, chillar y dejarse llevar por un ataque de histeria.

Por fin se fueron y la angustiada voz de la acera se perdió en el olvido como si nunca hubiera existido. Su cuerpo era el centro de un dolor que se concentraba y se expandía, que a veces le llegaba al cerebro y oscilaba como un zumbido. La tortura y el abrigo de la señora Bagot daban vueltas y vueltas juntos.

—¿Sloane Square? —dijo Sam—. ¿Qué calle?

Y alguien, tal vez la señora Bagot, dijo:

—Marguerite Street número cuarenta y cuatro.

Cuando el coche se paró se nuevo Sam se apeó y Mary vio que subía los tres peldaños hasta la puerta roja de su casa. Quería advertirle, decirle que era inútil que llamara al timbre porque Doris tenía el día libre y su madre no volvería hasta más tarde, pero fue incapaz. Ahora era solo una pasajera sin voluntad propia. Alguien, en algún momento, la metería en la cama y moriría.

—No contestan —dijo Sam cuando regresó—. Está sonando el teléfono; debe de ser la señora Van de Meyer. ¿Dónde tiene la llave? —Cogió el bolso de Mary para buscarla—. ¡Diablos, no la tiene, so idiota!

Cerró la portezuela de golpe y se fueron de allí conduciendo, conduciendo, conduciendo y nada más.

—Aguante —le dijo—. ¿Le duele mucho?

«¡Que si me duele mucho! Me duelen todas las partes del cuerpo que pueden doler». Dejó escapar un gruñido y le pareció que Sam decía: «Pobrecita, cielo mío», pero estaba tan aturdida que no sabía si lo había dicho o no. Un latigazo tremendo le recorrió el cuerpo e intuyó que iba a desmayarse o a vomitar. No llegó a saber qué sucedió.

Estaba en la cama. El dolor y el aturdimiento habían pasado; con ellos, también habían desaparecido la carita puntiaguda y gris de cejas enormes, como gambas, y la voz grave y resonante. No, ahí estaba esa voz, en otra habitación:

—Si la lleva usted a la ambulancia, me adelanto al hospital en mi coche para que esté todo preparado cuando llegue.

¿A quién demonios se referían?

—Bien, doctor.

Era Sam. Entró con el abrigo de Mary —no se acordaba de habérselo quitado—, se sentó en

la cama y la levantó para ponérselo sobre los hombros. Ella le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso para expresarle lo mucho que agradecía que el dolor hubiera pasado y que ahora pudiera pensar con claridad.

—Gracias —le dijo, y se echó a reír.

De repente se le despejó la cabeza por completo y se dio cuenta de que no tenía que haber hecho eso. Pero ¿dónde estaba? Irguió la espalda y miró alrededor: una habitación desordenada, anticuada y masculina; bonita en cierto modo, pero no como su dormitorio azul y blanco.

—Quiero ir a casa —dijo.

Él le estaba abotonando el abrigo hasta el cuello con mucha seriedad.

—Irá —le dijo—, pero antes tienen que extirparle el apéndice. —Se irguió, se inclinó hacia ella y sonrió—. Vamos —dijo, y la levantó con cuidado, como si fuera un huevo.

Cuando se despertó de la anestesia, le dio un beso al cirujano, un hombre de labios finos con la barbilla azulada al que, en circunstancias normales, no habría besado por nada del mundo. De repente se acordó de que había hecho la misma cosa imperdonable con otra persona y rompió a llorar y a gemir desconsolada e incontrolablemente hasta que se agotó, mucho después de haber olvidado por qué lloraba. Su madre intentó consolarla, pero una enfermera le dijo:

—Bueno, cuando vuelven en sí siempre lloran, señora Shannon. O, si no, se ríen como si estuvieran borrachas. No tiene la menor importancia.

Era una habitación pequeña y bonita, muy limpia y blanca, con un sillón azul y un cuadro muy agradable en la pared que había frente a la cama. Representaba un claro en un bosque muy verde, con el suelo cubierto de un calinoso mar de las campanillas más azules del mundo, había una mujer entre ellas, con una sombrilla roja. Se quedaba horas mirándolo, contemplando los sencillos colores del cuadro, dejando vagar los pensamientos a su aire, con todo lujo de detalles, como nunca se tiene tiempo de hacer en la vida cotidiana. Apenas tenía dolores y le daban cosas para que durmiera en paz por la noche. Era un ambiente muy tranquilo, porque ni siquiera las enfermeras de los hospitales pueden hablar eternamente.

Al principio no le permitían visitas, menos la de su madre, que iba a verla siempre que podía dejar la tienda.

—Mucho me temo que todas tus tías y tus primos pasarán a verte en algún momento —dijo la señora Shannon sin ilusión—. No paran de llamar a todas horas. La verdad es que resulta agotador, aunque son muy amables.

No dejaba de moverse por la habitación, como si no supiera estarse quieta: cogía una cosa y la volvía a dejar donde estaba, o recolocaba una flor, o se inclinaba sobre el tocador para empolvarse la nariz o rizarse un rizo rebelde con un dedo mojado.

—Cuéntame cotilleos de la familia —dijo Mary, siguiéndola desde la cama con la mirada—. Seguro que hay alguno.

—A ver... ¡Ah, sí! Sabía que tenía que contarte algo. Mavis, la pobre Mavis, qué mala suerte tiene con sus hijos; bueno, pues dice que Julia se ha enamorado de un cantante de orquesta que le manda notas y le susurra cosas en el cuello mientras baila.

—No parece tan malo —replicó Mary—. Si eso es lo peor que puede decir de ella, puede darse con un canto en los dientes.

—Sí, ya, pero ya sabes que Mavis siempre hace una tormenta de un grano de arena. Dice que a Julia le ha fascinado el encanto de ese hombre y que es capaz de cualquier cosa.

«¡Cualquier cosa, Lily!». A mí me parece absurdo. Entiendo que una se pueda enamorar de un cantante porque es un hombre, pero no enamorarse de un hombre porque es cantante...

Mary sonrió poco animada. Ojalá su madre se estuviera quieta y no agrandara más un agujerito que había en las cortinas de red metiendo el dedo en él mientras miraba a la calle.

—¿Qué más ha pasado?

No es que tuviera mayor interés, pero cuando una madre iba a ver a su hija había que hablar con ella por muy cansada y abatida que estuviera.

—Llegó una carta de Geoffrey. Dice que el niño de Lucienne sigue de color amarillo brillante, pero que, por lo demás, es clavado a la abuela Robeau. Le van a poner René; ya sabía yo que ella se saldría con la suya. Lo van a bautizar en un sitio que se llama la Iglesita del Brezo. Estos norteamericanos están muy locos, ¿no crees?

—¿Que qué? Perdona, es que estaba pensando... ¡Ah, sí, bastante! Oye, mami...

—¿Qué, mi niña?

—No me..., no me habrá llamado nadie o algo, ¿no?

—Creo que no. Bueno, la señora Van de Meyer, naturalmente. No calla. ¡Ah! Y anoche llamó Hugh, quería hablar contigo, pero no me pareció que le afectara mucho cuando le dije dónde estabas. No hablaba más que de no sé qué fiesta a la que había ido; es un pesado. Jamás te enamorarías de un tipo así, ¿verdad, cielo? Temo que se convierta en otro Pierre y, la verdad, el gasto de poner dos anuncios de boda en *The Times*...

—¿Nadie más? ¿Solo Hugh?

—Un momento..., el otro día llamó un hombre cuando yo no estaba. Ha llamado dos veces, según Doris, pero no sé quién era.

La enfermera más animosa y típica del mundo, que se llamaba Bonzo, entró tambaleándose con una enorme gavilla de flores.

—¡Qué afortunada es usted! Mucho me temo que la miman demasiado, señora Shannon. Mire qué crisantemos tan enormes; he mirado un poquito lo que hay dentro del paquete.

Mary rasgó el papel. Eran preciosas: unas enormes bolas blancas de pétalos fuertes y apretados, justo lo que elegiría un hombre. Buscó la tarjeta rápidamente.

—¡Ah! —exclamó sin poder ocultar la decepción—. De Gerald —dijo, y se quedó con la boca abierta.

—¡Qué detallista! —dijo la madre acercándose a la cama—. ¡Qué bonitas son! Seguro que mandó un telegrama a la floristería. No te olvides de escribirle para darle las gracias, cariño...

Mary soltó una exclamación de fastidio y se dejó caer en la cama.

—No hace falta ponerse desagradable, aunque estés inválida —dijo su madre con paciencia, como si hablara con una niña enfurruñada—. Vamos, vamos, tontita, no llores; no tienes por qué llorar. Es la debilidad —le dijo a Bonzo solo moviendo los labios.

—Ah, no, no va a llorar —dijo Bonzo en voz baja, aunque en ese momento dos lágrimas rodaron por las mejillas de Mary y terminaron en la sábana—. Aquí no queremos lloricas, les damos azotes en el culo, ¿a que sí, Mary?

Estalló en carcajadas y se fue entre crujidos y recrujidos con sus grandes zuecos de goma a, sin pizca de gracia, arreglar las flores.

Tenía que ser la tita Fanny la que estuviera allí cuando él llegó. En realidad, era una tía abuela, la decrépita hermana soltera de su abuelo, que casi nunca salía de su nido de águilas de

Cromwell Road, solo para ir de visita a los cementerios. Cuando terminaba con su colección de tumbas, visitaba a los enfermos, que era lo segundo en su lista de placeres.

Hacía tanto tiempo que no hablaba con un joven agradable que rejuveneció diez años de repente, aunque seguía teniendo setenta y dos; entonces la enfermera escocesa de los ojos de color rosa entró riéndose con Sam.

Era exasperante. Se aposentó allí, dos ojillos brillantes entre un montón de ropa polvorienta, a invadir la conversación como la roya a los rosales. Sam era un desconocido condenadamente cortés con Mary y también con la tita Fanny. Resultaba evidente que solo había ido por cortesía. Mary siempre le parecería la chica de la cara brillante y el dolor de estómago, así que, ¿qué más daba que se hubiera puesto el camisón más bonito y se hubiera aplicado champú en seco por la mañana? No quedaba ni rastro de la intimidad que había surgido en la urgencia de pesadilla de aquella tarde de niebla. «Como si nunca hubiera existido», pensó Mary, deprimida en la cama, sin hacer el mínimo esfuerzo para afrontar la situación.

En un par de ocasiones, Sam intentó decirle algo de la señora Van de Meyer o de la casa, pero la tita Fanny lo cortó como un rallador de pan y no volvió a intentarlo. ¿Por qué no agarraba a esa anciana señora por el cogote y la echaba de allí, en vez de quedarse escuchando sus historias de tumores en el hospital de mujeres de Soho Square o de la torpeza del jardinero del cementerio de Putney Valley? Y ahí estaba, muy serio en esa silla pequeña y dura, juntando y separando las manos entre las rodillas. Las manos no habían cambiado. Seguían siendo largas y morenas con nudillos prominentes, como en el coche. Todavía no le había agradecido todo lo que había hecho por ella aquel día; era imposible, con la tita Fanny dispuesta a lanzarse como un buitre sobre cualquier tema de conversación. Nadie sabía que la había llevado a su casa, creían que la había llevado directamente al médico, y a Mary le había parecido que no hacía falta dar explicaciones. Se imaginó a su madre diciendo: «Pero ¿qué hacías tú en su cama, cielo? ¿Qué pensaría el médico? ¿Por qué no me llamaste por teléfono?». Por cierto, ¿quién habría pagado la minuta del médico? ¡Ah, tenía que preguntárselo! ¿Es que la tita Fanny no se iba a marchar nunca? Ni sombra de esperanza. Esto era todo un acontecimiento para ella, que no tenía a nadie en casa, solo un huevo escaldado con alubias y la BBC imperfectamente materializada en una radio pequeña de segunda mano, porque nadie sabía qué hacía la tita Fanny con el dinero.

Cuando entró la enfermera con la cena de Mary, echó a las dos visitas. Mary estaba al borde de las lágrimas cuando Sam se despidió mientras se levantaba obedientemente para irse, e incluso la llamó señorita Shannon. No se atrevió a decirle que volviera otro día, y él tampoco lo insinuó. ¡Ah, qué exasperante!

Los días transcurrieron en medio de un desfile inacabable de gente a la que no quería ver, libros que no quería leer y programas de radio que no quería oír. El médico dijo que podía dibujar: su madre le llevó los utensilios de dibujo y Mary empezó a dibujar un vestido de boda, con el que la hija de lady Sachs renunciaría a la doncellez en la iglesia de St. George de Hanover Square. Se inspiró en una idea que había sacado de una producción de *El mercader de Venecia*, y el vestido evolucionó hasta convertirse en uno de los mejores modelos que había diseñado. No soportaba pensar en Eularia Sachs, con sus brazos gordos y su pelo estropajoso. Pensaría en algo más corriente y guardaría ese para una mujer más digna. Tenía que llevarlo una mujer delgada y morena...

La puerta se abrió una rendija y Fergie, la enfermera escocesa, se asomó a la habitación.

—¿Desea recibir una visita?

—¡Ay, Señor! —dijo Mary, malhumorada, y dejó el tablero de dibujo boca abajo en la cama—. Está bien, que pase.

Sam entró tímidamente y miró a todas partes en busca de tías abuelas antes de acercarse a la cama.

—Hola —dijo—. Espero que no le moleste que haya vuelto. He visto estas violetas y me pareció que podía traérselas, porque son del mismo color que sus ojos en algunos momentos.

¡Se había fijado en sus ojos! Nunca eran de color violeta, eso era imposible. Nadie tenía los ojos de color violeta, nunca, solo en las revistas, pero daba igual. Le habían interesado lo suficiente para pensar que a veces cambiaban de color. Se acordaba de ellos.

Cuando se fue, no sin antes detenerse en la puerta dándole vueltas al sombrero y decirle: «Oiga, ¿le resultaría muy pesado que volviera otra vez?», ella se recostó en las almohadas, suspiró y la boca se le abrió en una sonrisa de oreja a oreja; repasó de una en una todas las cosas que le había dicho en media hora de conversación normal pero incomparable.

Había dado la vuelta al tablero de dibujo y había dicho con incredulidad: «¡Qué bueno es! ¿Es para usted? Debería llevarlo. La chica se parece mucho a usted». Había mostrado un interés auténtico por su trabajo, no se había limitado meramente a ser amable, y lo había comparado con el suyo como si trabajaran los dos en lo mismo, como si ella no esbozara solamente mujeres decadentes de largas piernas y él no fuera un auténtico creador de sitios en los que la gente acabaría viviendo.

Cuando ella se disculpó por lo de la tita Fanny, él le dijo, muy serio: «No pasa nada; pero al principio me asusté creyendo que era su madre».

Cada vez que iba a verla tenía que recordarle que no la hiciera reír, por amor de Dios, porque le dolía mucho. Cada vez, antes de que él llegara, pensaba que no podía ser tan maravilloso como esperaba, pero después resultaba que sí. Debía de gustarle, porque, si no, no iría tanto a verla. No había hombres tan caritativos.

El último día de su estancia en el hospital, Sam, sin venir a cuento, le dijo:

—Te quiero.

—¿Qué?

—No te asustes tanto, amor mío. Hace siglos que quería decírtelo. Bueno, pues ya lo he dicho. Ahora no puedo retirarlo.

—Hace siglos...

—¿Te acuerdas de cuando te sentaste en mi cama y me besaste? Bien, pues te lo habría dicho en ese momento, pero no me habrías oído.

—No me lo creo. Estaba espantosa.

—Estabas divina.

—Me trataste con mucha ternura.

—Estaba muy preocupado por ti, amor mío. No sabía qué hacer. ¡Dios! Cuando me besaste, ¡casi salgo volando por el tejado! Pero, por la cara que pusiste cuando te diste cuenta de lo que acabas de hacer...

—Hice una tontería mayúscula. ¡Ah, Sam! ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—No me atrevía. El primer día que vine me diste mucho miedo. Parecías muy altiva.

—No, yo no, pero tú sí.

—Tienes una forma de ponerte fría y distante, de desentenderte... que espanta.

—Eso me pasa cuando no sé qué decir.

—Me pareciste adorable desde el momento en que te vi: el tipo que tienes, ese óvalo precioso de la cara... En el coche, no podía dejar de mirarte. No podía creer que fuera cierto.

—Pues yo no podía dejar de mirarte. ¿No te diste cuenta?

—Pues... ¡pobrecita! —Se echó a reír—. Luego, cuando vine al hospital y vi que tenías las pestañas más largas de lo que recordaba, y esos rizos esparcidos por la almohada de una forma tan abrumadora, y aquella maldita anciana ahí sentada como un carroñero...

—¡Ay, no me hagas reír! ¡Sam, por favor, para! ¡Ah, cuidado..., no te apoyes en mi estómago...!

—Disculpen la intrusión —dijo Bonzo desde la puerta.

Como no le hicieron caso, se fue por donde había venido deseando tener un hombre a su lado, por lo que se propuso adelgazar o comprarse un par de corsés nuevos.

Mary salió del hospital una semana antes de Navidad.

—¡Buen viaje y viento fresco! —dijo Bonzo en el pasillo.

Soltó una carcajada que despertó a un hombre del primer sueño real que tenía desde que se cayó de la bicicleta y aterrizó debajo de un camión.

Después de unos días de convalecencia en casa, Mary y su madre recibieron la orden de irse diez días a un hotel de Cornualles a reponer fuerzas.

—Pórtense bien —dijo el anciano doctor Brett, pasándose un dedo limpio y desinfectado por el bigote rubio grisáceo de general francés—. Lillian lleva mucho tiempo trabajando demasiado en esa tienda. Parecen ustedes dos náufragas. Da pena verlas.

Retiró el dedo y se dejó el bigote despeinado por un lado y peinado por el otro. Era un anciano muy atractivo. La señora Shannon llevaba años intentando casarlo con una serie de solteras y viudas muy propicias, pero en vano, porque lo único que le interesaba era su jardín de rocalla.

La señora Shannon empezó a disfrutar en cuanto se alejó de la tienda y se resignó a dejarla a merced de imbéciles como Sybil.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Mary, mientras comían sopa de tomate en el vagón restaurante del Great Western Railway, la una enfrente de la otra—. Acabo de darme cuenta de que hacía siglos que no me tomaba unas auténticas vacaciones. Ni cuando viajamos al extranjero puedo olvidarme de las preocupaciones, con tanto desfile de moda y tanto buscar nuevas clientas. Pero esta vez voy a cortar de raíz. Voy a olvidarme de que existe un sitio llamado South Molton Street y otro en Grosvenor 1357. Solo he cogido unos trapos viejos y voy a recorrer los páramos y a jadear como una cerda con una falda recta como un saco y botas de clavos.

—Muy bonito, mami, querida —murmuró Mary, que había visto algunas prendas exquisitas en la maleta de su madre.

—De todos modos —continuó la señora Shannon después de rechazar la merluza hervida y la salsa de huevo con un estremecimiento—, no puedo evitar que Sybil me preocupe un poco. Tendré que llamarla en cuanto lleguemos, a ver si todo marcha como es debido, porque, si no, no pegaré ojo en toda la noche. No, nada de eso. Acabo de decir que iba a cortar de raíz, ¿verdad? Vas a tener que ayudarme a ser fuerte, así que cuando veas que el teléfono me atrae como un imán, llévame en dirección contraria y mándame a contemplar el mar.

Siguió hablando; Mary la escuchaba con apatía, porque la idea de las vacaciones solo le inspiraba los más lóbregos pensamientos. No había vuelto a ver a Sam desde aquel día de ensueño en el hospital. Había tenido que irse al norte al día siguiente por trabajo y todavía no había vuelto.

Le había escrito. Mary oía su voz en la carta, porque estaba escrita igual que hablaba. Volvía a Londres al día siguiente, pero ella ya no estaría. Y peor que no poder verlo era que él esperaba encontrarla allí: en la carta le decía algunas de las cosas que iban a suceder en cuanto volvieran a verse.

Pero estaba bien. Sabía que confiaba en ella, igual que ella en él y en sí misma. Lo conocía a fondo, aunque no se hubieran visto más que cinco o seis veces, y hubieran intimado solo la última.

Sabía que era generoso y que tenía un gran sentido del humor, que eran, en esencia, las cosas que siempre le habían hecho gracia toda la vida. Sam se adaptaba enseguida a donde estaba y era tolerante, irresistiblemente amable incluso, con la gente que más le desagradaba. Conocía de él algunos detalles: la forma en que le gustaba trabajar, que no soportaba hacer planes y que solía repetir algunas expresiones como «Por los clavos de Cristo».

Sabía cómo era. Alto, moreno, pero no guapo, solo increíblemente perfecto, con ojos castaño claro y una boca amable que se levantaba como unas alas cuando sonreía. Una cara fuerte sin ser dura, inteligente sin llegar a ascética: la clase de rostro que podía estar mirando toda la vida.

Fumó un cigarrillo, vio por la ventanilla las tierras inundadas y heladas de los llanos de Athelney y lo echó de menos.

—Anímate, cielo, son solo diez días —le dijo su madre.

La señora Shannon reventaba de curiosidad insatisfecha y del esfuerzo que conllevaba abstenerse de preguntar a su hija por el joven alto y cortés con el que se había encontrado en el hospital un par de veces. Evidentemente significaba algo, porque Mary nunca hablaba de él. En cambio, la señora Shannon lo tenía muy presente en sus desarticuladas conversaciones telefónicas y sabía que se llamaba Sam Howard.

No podía evitar tantear el asunto con delicadeza.

—¿Sabes una cosa, Mary? —dijo, mientras tomaba café con dificultad, moviéndose como un pájaro cuando el tren traqueteaba en algunos momentos—, en general, creo, he sido una buena madre.

—Ya lo sé —respondió Mary—, pero ¿a qué viene eso ahora?

—A nada en particular. Pero estaba pensando que no hay muchas madres que dejen salir a sus hijas de noche con hombres atentos, como es tu caso.

Mary sabía lo que insinuaba.

—No le digas una palabra a nadie, nunca —respondió—. Es la única forma de estar seguras.

—Ah, sí, lo sé. No es que me moleste, pero..., bueno, hasta Julia se lo cuenta a su madre cuando se enamora de un cantante de orquesta —replicó la señora Shannon con melancolía.

—¡Ay, mami! ¡Lo siento! ¿Te habría gustado que tuviéramos charlas de chicas y que te dijera: «Madre, le quiero», y que tú me dijeras «Corazón mío, las madres sabemos lo que les conviene a nuestras hijas»? Bien sabe Dios que podíamos haber tenido conversaciones muy cómicas. En mis tiempos, quise a gente la mar de rara.

—Ni siquiera llegaste a contarme que ibas a romper con Pierre hasta que me pediste que llevara la carta al correo. Es que a una le gusta saber el terreno que pisa.

—No le digas una palabra a nadie, nunca —repitió Mary—. Solo se consigue hacer el ridículo cuando las cosas no salen como las planeamos.

—Jamás me has parecido ridícula. —le respondió su madre—. ¿Por qué tendrán que complicarnos la vida haciendo tazas con esta forma? Pero, en serio, cielo, si alguna vez te pones melancólica o algo parecido, me gustaría que me lo dijeras. A lo mejor puedo ayudarte, nunca se sabe.

—Se lo contarías a todo Londres, empezando por las telefonistas —replicó Mary poniéndose de pie—. Vamos, volvamos ahora que el tren se ha parado en esta estación, y deja de mirarme socarronamente. No te oculto ninguna pena secreta. Estoy pálida porque hoy no me he puesto colorete. Y si tengo ojeras, y sé que las tengo porque las he visto esta mañana, es porque estoy cansada. Nada más, de verdad.

Estaba cansada, sí. El mero esfuerzo de hacer la maleta y coger el tren la había dejado exhausta y con un dolor sordo donde antes tenía el apéndice.

Los primeros días en St. Justins se los pasó durmiendo y descansando, agradeciendo un buen libro y preguntándose cuándo volvería a escribirle Sam. La primera mañana, su madre se ató un pañuelo de color fucsia alrededor de la sedosa y negra cabeza y salió a pasear intrépidamente por el campo. El hotel se encontraba en una montaña, a bastante altura sobre el mar; después de andar un kilómetro de ida y otro de vuelta por el camino, al aire salobre del Atlántico, llegó con los zapatitos impolutos, se quitó los guantes de piel de cerdo y pidió un licor de guindas. Después hojeó distraídamente unas revistas de moda; cuando no pudo soportarlo más, llamó a la tienda. Se quedó mucho más tranquila y pasó el resto del día llamando por teléfono, escribiendo a Londres y jugando al *bridge* con unas cuantas momias disecadas, pues prefería hablar con quien fuera que estar en silencio.

Mary mejoraba, pero se aburría. No podía montar ni engañar a la inquietud a fuerza de largos y saciantes paseos. En el hotel solo había alegres jovencitos de dieciséis años y señoras y señores mayorcísimos que se habían arrastrado hasta St. Justins para morir; nadie de una edad intermedia. Aprendió la vida y milagros del camarero, que no podía ser más gris; alabó las fotografías de los hijos de las doncellas, que no podían ser más feos; escribió cartas y paseó hasta el misterioso y pequeño puerto en el que las gaviotas chillaban todo el santo día alrededor de las teterías cerradas del muelle.

Estaba vistiéndose para la cena cuando el lacayo de la voz entrecortada llamó a la puerta y con un sonoro gruñido dijo:

—Una llamada telefónica para la señorita.

El corazón le dio un vuelco. Rápidamente se metió el vestido por la cabeza, se subió la cremallera, se puso unos zapatos viejos cualquiera y voló por el pasillo y por las escaleras hasta la cabina telefónica, despeinada y sin maquillar. Al oír una voz de mujer al otro lado de la línea se le paró el corazón pero solo era la telefonista.

—Espere un momento, por favor.

Enseguida oyó la voz de Sam, muy lejana y bastante impaciente.

—Hola, hola, operadora...

—Soy yo..., Mary.

—¡Ah, amor mío! ¡Hola, hola! ¡Dios, qué gusto oírte! Pero ¿qué demonios haces en Cornualles? ¿Por qué no me dijiste que te ibas? ¿Cuándo vuelves? —Disparó las preguntas sin darle tiempo a contestar—. Oye, Mary, amor mío, tengo unos días libres en Navidad. ¿Soportarías que fuera ahí y los pasara contigo?

—¿Qué si lo soportaría? ¡Ay, Sam, sería la gloria! Voy a reservarte una habitación.

—Ángel, me muero por verte. Voy a ir en coche, creo; estaré ahí mañana hacia las seis. ¿Seguro que tu madre no pondrá objeciones?

—Estará encantada. Pero ¿tu padre? ¿No tendrías que pasar la Navidad con él?

—El muy ladino sigue fuera. Está en Austria con una condesa loca. Oye, se me acaban los tres minutos y no tengo más dinero… Estoy en una cabina.

—¿Huele mal?

—Sí, pero no es eso. No te he dicho lo que quería decirte.

—¿Qué, cariño?

—Pi, pi, pi —sonó el teléfono.

—Te quiero.

La llamada se cortó. Mary salió de la cabina y cruzó el salón sonriendo como una tonta para sí, en secreto. Al pasar entre las dos filas de sillones, varios pares de ojos que nunca perdían detalle la miraron, atrincherados tras el camuflaje de las agujas de punto y de los libros de la biblioteca.

Lo primero que pensó al despertarse el día de Nochebuena fue: «¿Cómo voy a esperar hasta las seis?». Maldijo cada momento de las nueve horas que tardarían en verse. La gente del hotel le parecía más inútil y trágica que nunca. Terminó el libro que estaba leyendo, el campo y el mar estaban envueltos en una cortina de lluvia torrencial.

Sin embargo, superada la mañana, parecía que había más esperanzas de que llegaran las seis; se tumbó en la cama, se hizo la manicura y de pronto ya era la hora del té. La señora Shannon estaba encarcelada en el ambiente viciado de la sala de juegos de mesa, así que tomó el té sola y se quedó pegada a la silla, al final del vestíbulo, lo más cerca posible de la entrada, fingiendo que leía el periódico; cada vez que oía un coche se le aceleraba el corazón y levantaba la vista. Llegaron varias personas para pasar los días de Navidad y las aborreció al momento porque no eran Sam. Llegó también un autobús con viajeros del tren de Londres: una familia que parecía agradable, hasta que abrieron la boca; un hombre atractivo de pelo rizado que no le despertó el menor interés y una mujer descolorida con un atuendo y unas facciones tan negativas que podía haberse ahorrado la existencia. Mary los miraba a todos como las habían mirado a su madre y a ella el día en que llegaron; los recién llegados los miraban con incomodidad: la desventaja de quien acababa de aterrizar en aquel lugar.

Después llegó en un coche una pareja de jugadores de golf y, a continuación, una parejita lamentable, como perdida, que tal vez estuvieran de luna de miel, pero a la que tenían que haber prohibido acercarse al altar. Y Sam no aparecía. Corrieron las cortinas de los grandes ventanales del vestíbulo; el viento lanzaba rachas de lluvia contra los cristales. Sentada en aquel cálido hotel, pensó en Sam conduciendo por la carretera a su encuentro, con el viento y la lluvia golpeando el parabrisas. Iba a su encuentro. A su encuentro: era increíble.

Eran más de las siete. Casi todo el mundo había subido a vestirse, pero Mary seguía allí. Llegó una familia muy numerosa con un padre jovial que llevaba la camisa desabotonada y una

madre que parecía el ideal alemán de la maternidad. Todos eran prusianos, pecosos y expansivos; su equipaje consistía sobre todo en bolsas de viaje y cajas de cartón para vestidos. Mary se preguntó cómo podían permitirse ir allí. Cuando estaba empezando a imaginarse que la madre tendría una hermana rica que se creía en la obligación de ayudarla, oyó un rugido profundo de un coche que se acercaba por el sendero de entrada, y estaba tan segura de que sería Sam que se levantó y salió.

Vio un biplaza grande y unas piernas apeándose. Tan pronto como Sam la vio, se la llevó a la oscuridad que quedaba entre los faros y la luz del hotel; la besó como si no hubiera pensado en otra cosa en todo el trayecto desde Londres. De pronto la separó un poco y le dijo:

—Amor mío, te casarás conmigo, ¿verdad?

—Desde luego.

—Gracias a Dios —dijo, y volvió a besarla.

El mozo carraspeó como una sirena de niebla.

—¿Su equipaje, señor?

—Sí, por favor. Ahí, detrás. Vamos, amor mío —dijo Sam—, no te conviene esta lluvia.

Entraron en el hotel de la mano: al verlos, a las *tricoteuses* casi se les salen los ojos de las órbitas, y las más sensibles perdieron un punto.

En los tres días siguientes se perdieron varios puntos más en el hotel St. Justins Bay, pues hacía mucho tiempo que no se veía por allí a una pareja tan descaradamente enamorada, desde el escándalo del conserje y la doncella del segundo piso.

La primera noche encontraron a la señora Shannon en el bar, sola, tomando dry martini para ahogar el recuerdo de lo que había perdido jugando al *bridge*; cuando se lo dijeron, se cayó del taburete y exclamó: «¡Cielo!». Abrazó a su hija como no lo hacía desde que era pequeña. Después se puso de puntillas y besó a Sam, que se rio un tanto cohibido y dijo: «Se lo agradezco muchísimo».

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó la señora Shannon, aupándose otra vez en el asiento—. Tres cócteles de champán, por favor, Albert, y uno para usted. Esto hay que celebrarlo. Podías habérmelo dicho, Mary, esto no ha estado bien.

Mary miró a Sam.

—Lo cierto es que no tenía nada que decirte hasta hace un minuto, ¿verdad?

—Visto y no visto.

La perplejidad de la señora Shannon era evidente, pero la sobrellevaba airosamente. No paraba de echar miradas a Sam intentando aceptarlo ya como yerno.

—Por vosotros —dijo, alzando la copa.

Albert levantó su vaso, porque había dicho:

—Muchas gracias, señora, acepto, pero prefiero cerveza. —Y luego añadió—: ¿Puedo tomarme la libertad de felicitar a la feliz pareja?

Después de cenar hubo baile con Col Collier y su Trío Truro, y se desató la alegría. Proliferaban las guirnaldas de papel, de acebo y de globos, además de un árbol de Navidad con luces de colores, lentejuelas y bolas de cristal, pero los regalos no. Un pelotón de adolescentes sudorosos paseaba por la habitación a las matronas vestidas de encaje marrón con flores artificiales en el hombro, empujando unas sillas de ruedas, mientras unas jovencitas dentudas vestidas con tafetán de color rosa soplaban con matasuegras a los coroneles retirados, que

bailaban levantando mucho las rodillas y se creían unos auténticos donjuanes. La señora Shannon llevaba unos pendientes de diamantes en forma de concha, con un vestido verde de crepé pegado hasta los pies que terminaba por detrás en una cola de pez, parecía una sirena sofisticada. Mary llevaba un vestido que había diseñado para sí misma: gasa gris claro, cuerpo drapeado y falda vaporosa, sujeta a la cintura con un cinturón ancho del color del fuego.

Le habría dado igual que fuera un baile de gala en el palacio de Buckingham o uno popular en una aldea. Se movía en una nube de felicidad. Era emocionante vivir tantas maravillas, hacer cosas como bailar juntos por primera vez y descubrir que Sam bailaba exactamente como a ella le convenía y que le encantaba el vals. Ni la acelerada interpretación del *Danubio azul* que ofreció el Trío Truro pudo estropear el paraíso en el que flotaba y daba vueltas, con el brazo de Sam sujetándola por la cintura, que era lo único que la ataba a la Tierra. Cuando terminó la canción todavía tenía la boca abierta en una sonrisa inmensa; se mareó un poquito y se apoyó en él.

—Vamos, amor mío —le dijo—, salgamos de aquí. Vamos a mi habitación o a la tuya, o donde sea.

Mientras buscaban la salida, Mary se compadeció un instante de toda aquella pobre gente que no tenía nada mejor que hacer en toda la noche que bailar al son de Col Collier.

La mañana de Navidad fueron los tres a la iglesia, y la señora Shannon, muy afectada por los villancicos, cayó en su manía religiosa anual y salió andando como en trance por la calle, hablando de la vida pacífica de las monjas. Se separó de ellos en el cruce en el que se bifurcaba High Street y que seguía hacia el mar, y se fue sola al hotel, sin los ángeles. Sam y Mary siguieron hasta el puerto, lo rodearon y subieron por la colina del otro lado hasta el elevado y herboso cabo que dividía las dos bahías de St. Justins. Mary se quitó el sombrero y ambos echaron a correr en el espacio abierto, riéndose y gritando, respirando el aire marino a grandes tragos. Cuando la besó, Sam tenía los labios salados y las mejillas suaves y frías. Los largos y enredados rizos de Mary le daban en la cara; le dijo que el pelo le olía a algas.

Había dejado de llover por completo desde el día anterior y el viento arrastraba los restos de las nubes por un limpio cielo azul. El sol resplandecía constantemente, arrancaba destellos divinos a la cresta de las olas y centelleaba como cristales rotos en la hierba húmeda que pisaban. Se acercaron al borde del acantilado a contemplar el oscuro mar, que se deshacía en polvo de espuma contra las rocas de la orilla opuesta.

—¿No tienes frío? —preguntó Sam.

—Ni pizca. Estoy en la gloria.

—¿Y si nos refugiamos del viento un ratito? Tu madre se enfadará conmigo si te canso.

Retrocedieron un poco y encontraron una roca plana al abrigo de otra más grande.

—Aquí —dijo de repente. Al sentarse, se acordó de una cosa—. Tengo un regalo de Navidad para ti.

—¡Ah, cielo...! ¡Yo no tengo nada para ti!

—Pero no es solo un regalo de Navidad.

Sacó la mano del bolsillo y la abrió. Era un anillo pequeño, un aro retorcido de oro mate en forma de dos manos unidas, muy distinto de todo lo que había visto Mary hasta el momento.

—¡Ay, Sam! —dijo sin aliento—. Es precioso. —Movió la mano y estiró los dedos para ver el efecto que hacía—. ¡Ay, muchas gracias, cielo! Me encanta. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo vi hace siglos en una tiendecita muy curiosa, y antes de ayer volví allí a ver si todavía

lo tenían. Después de comprarlo, de pronto me acordé de que ni siquiera te había preguntado si querías casarte conmigo. Creo que lo daba por sentado e hice todo el viaje aterrorizado, deseando verte para asegurarme.

—¿Cómo sabías que me iba a gustar una cosa así? —dijo Mary, separando los dedos sobre la rodilla y mirándose el anillo con ojos soñadores.

—No sé por qué, pero me pareció que nos representaba a los dos perfectamente. Querida mía, no habrías preferido diamantes o algo con lo que presumir delante de tus amigas, ¿verdad? No, estaba seguro de que no. Más adelante te cubriré de diamantes, si es eso lo que quieres —siguen existiendo mujeres como la señora Van de Meyer—, pero no para decir algo que valga la pena.

—El que me regaló Pierre nunca me gustó —dijo Mary, pensativa—. Cuando rompí con él, lo tiré al Támesis desde el puente de Westminster. Un gesto muy teatral, ¿no crees? Era joven, ahora lo habría empeñado. Cielo, no te he contado casi nada de Pierre... ni de nadie. ¿Te molesta? ¿Debo contártelo todo?

—No quiero saberlo —dijo él con seriedad, haciendo un gesto negativo con la cabeza. La tenía abrazada por la espalda, estrechándola contra su pecho. Mary notaba los latidos del corazón en el hombro—. No me cuentes nada —continuó—. Me da igual lo que pasara antes de conocernos. No afecta a lo que hay entre nosotros. De todos modos, eso no significa que no esté celosísimo de cualquier hombre que te haya mirado, siquiera; los mataría a todos. Pero lo curioso es que no quiero saber nada de ellos. —Mary escuchó en silencio su querida y tranquila voz, que siguió hablando con calma—: Ni voy a contarte nada de mí porque tampoco tiene importancia, pero te diré una cosa: es extraño, pero, a pesar de todo, es como si supiera que tenía que conocerte. Siempre he guardado algo de mí porque sabía que nada era definitivo..., que todavía tenía que encontrarte.

—¡Ah, Sam! —Se volvió a mirarlo—. Eso es justo lo que me ha pasado siempre a mí. Siempre he sabido que Dios se reservaba algo especial en la manga para mí. Y así iba yo de un lado a otro, cargada de amor hasta encontrarte, derrochándolo por el camino con dos o tres hombres, equivocándome. —Le miraba la cara con pasión, como si nunca tuviera bastante—. Cielo —dijo—, ojalá hubiéramos estado juntos desde el día en que nacimos..., o desde el día en que yo nací y tú tenías diez años. Vamos a compensarlo ahora. No perdamos ni un minuto...

—No. Además, disponemos de muchísimo tiempo: de toda la vida, para ser exactos. —La besó—. Vamos, amor mío —dijo, y la ayudó a levantarse—, hace mucho frío para ti. Es mejor que volvamos, o tu madre se pondrá nerviosa y empezará a pensar que tienes otros favoritos.

En el camino, se pararon en el pequeño *pub* del muelle, el que estaba forrado con paneles y era como una caja oscura, con cuadros del puerto, realistas, surrealistas o francamente malos.

St. Justins era «un paraíso de pintores», lo cual significaba sencillamente que quien quisiera podía ponerse pantalones verde guisante y blusas azul ruso: nadie preguntaría nada. Cuando Sam y Mary entraron agachándose por la baja puerta, había dos jóvenes en la barra del bar, vestidos de tal forma que en Hyde Park los habrían arrestado por provocadores. También había un anciano sucio con barba que llevaba un sombrero tan estropeado como sus dientes, además de un par de viejos lobos de mar que parecían unos extras de película que el director hubiera puesto allí para dar color al ambiente.

El anciano, que llevaba allí desde que habían abierto, insistió en presentar a todo el mundo,

así que Sam pidió bebida para todos y les contó que Mary y él iban a casarse. Era un gran acontecimiento y hubo que pagar más rondas. El anciano casi se puso a llorar, y el más menudo y pálido de los dos pintores no dejaba de repetir con emoción, pero un poco de pena, que todo era normalísimo. Al final, antes de marcharse, resultó que el único pintor de verdad era el anciano sucio. Le enseñó a Mary uno de sus cuadros: una imagen muy bonita de un barco de pesca deslizándose por el puerto a la luz del sol. Tenía una delicadeza de color tan limpia que parecía imposible que lo hubiera pintado ese hombre, cuya ropa parecía crecer en él como una enfermedad.

Le cayó muy bien. Ni siquiera le molestó que le tocara la rodilla obscenamente ni que la llamara «niñita». Le gustaban todas las personas de ese sitio pequeño, gracioso y maloliente porque era muy divertido estar con Sam. La vida era muy fácil a su lado, siempre sabía cómo tratar a la gente, le salía de forma natural. Así sería para siempre: seguridad, nunca más esa sensación de soledad entre la multitud que solía hacer que le entraran ganas de huir sin que nadie la viera. Resultaba divertido estar a su lado rodeados de más gente, pero era igual de maravilloso cuando se marchaban los dos solos. Era fantástico alejarse andando bajo el frío sol mientras charlaban sobre las personas a las que habían conocido, y era tan idéntica su forma de ver a esa gente que a veces parecía que estaba hablando con ella misma.

Volvieron a Londres en San Esteban. La señora Shannon se fue sola en el tren, con un paquete de sándwiches para el camino, porque había perdido tanto al *bridge* que había empezado a ahorrar. Mary se fue en el coche con Sam. Cantó casi todo el camino con su vocecita monótona, que nadie había querido oír hasta entonces. Sacó el mapa de la guantera y lo abrió encima del volante y sobre el parabrisas, porque quería encontrar la ruta. Cuando Sam tuvo que torcer a la izquierda, levantó una esquina del mapa con buenos modales para poder ver por dónde iba.

—Cariño —dijo ella, doblándolo otra vez con mucha emoción—, ¡vamos a pasar muy cerca de Charbury! Acerquémonos a echarle un vistazo. Me encantaría que lo conocieras, y creo que yo podré soportar verlo otra vez. Seguro que me pongo insoportable con la emoción, ¿no te molestará?

Sam dijo que no y Mary no paró de contarle las maravillas de Charbury hasta que se pararon a comer en Taunton, donde descubrió con deleite que le gustaban las ciruelas; a Mary también le encantaban, aunque siempre le había avergonzado un poco confesarlo. Después de comer se quedó en silencio, mirando la carretera por la ventana. No hacía mucho tiempo que había pasado por allí, pero todo lo que había sucedido en los últimos siete años había relegado los recuerdos a un rincón de la memoria. Ahora empezaron a surgir lentamente, como si procedieran de otra vida.

Cuando llegaron a Yarde, todavía no estaba preparada. Ahí estaba la estación, comatosa por la deserción que se producía los días festivos por la tarde; y la comisaría, con el aspecto indulgente que le prestaban las enredaderas, las macetas de las ventanas y las cortinas azules de guinga de la mujer del sargento; y «Prensa y papelería J. G. Ingledew», cerrada ahora, con el expositor de tarjetas dentro de la tienda, pero con aspecto de seguir oliendo a goma y a cordel. Le habría gustado entrar con Sam y enseñarle el rincón de la estantería en la que la señora Ingledew marcaba lo que crecían desde las vacaciones anteriores con un lápiz indeleble; y la tienda de golosinas en la que compraban unos caramelos rojos que, desde entonces, habían sido la referencia jamás igualada por ningún otro caramelo. Yarde estaba como siempre: sí, era el mismo

de siempre, aunque parecía que la gente se movía más deprisa y se vestía con un estilo más urbanita. En la plaza había un autobús rojo que exhalaba humo azul; en la sala en la que Mary había visto una vez a los actores principales de *Under Two Flags* y *Sweeny Todd, el barbero diabólico de la calle Fleet*, había un cartel a todo color de Claudette Colbert en *Sucedió una noche*. No era exactamente lo mismo. Nada era permanente, nunca. ¿Por qué no, si era perfecto?

—¿Por dónde tenemos que ir? —preguntó Sam.

—Al final de la cuesta a la izquierda..., después a la derecha..., ahora a la izquierda otra vez, donde la iglesia, y todo recto...

Habría podido hacer el recorrido con los ojos cerrados. Todos los recuerdos salían a gran velocidad del fondo de la memoria. Mary empezó a tararear la antigua tonada que cantaban con la música de *Keel Road*. Tenía que hacerlo muy deprisa, porque los hitos del camino iban apareciendo muy seguidos, más rápido de lo que esperaba. ¿Sería porque el coche de Sam era más veloz que el Lancia o se habría reducido la distancia? No podía ser que hubieran llegado ya a la avenida y al cartel. El trayecto de Yarde a Charbury siempre había sido largo: muchos kilómetros a pie y bastante inacabable en coche. Siempre les daba tiempo a iniciar disputas y a resolverlas, y a inventar largas historias; en la carretera entre Yarde y Charbury habían sucedido muchas cosas trascendentales. Sin embargo, ahora encontraron el desvío en el que la avenida iniciaba la cuesta arriba casi nada más dejar atrás las últimas granjas dispersas de Yarde.

—Ya estamos —le dijo a Sam, emocionada—. Subamos por la avenida hasta las puertas. No creo que a nadie le moleste que miremos por la verja.

El antiguo letrero que apenas se podía leer había desaparecido; en su lugar, enfrente de los cipreses había un invento blanco y negro que señalaba eficazmente el camino hacia Charbury House.

—Aminora, cielo —le dijo a Sam al iniciar la subida en la que en una ocasión tuvo que bajarse de la bicicleta, pero que ahora no parecía tan empinada.

Continuaron poco a poco entre las ramas deshojadas de los olmos. Sam, mirando a la derecha, dijo:

—¡Qué praderas tan bonitas!

—No son praderas —dijo Mary con vehemencia—, es un parque.

En un visto y no visto llegaron arriba, a la altura de la verja de hierro que Mary nunca había visto cerrada hasta entonces.

—Para aquí —le dijo.

Se inclinó por delante de él para mirar por las puertas: no daba crédito a lo que veía.

—Pero... ¡qué pequeño es! —dijo una y otra vez—. ¡Qué pequeño!

El sendero de grava, por el que un caballo cansado podía trotar, pues el establo estaba cerca, era ridículamente corto. La casa del fondo estaba mucho más cerca que nunca; además, en comparación con lo que Mary recordaba, era diminuta.

—¡Qué sitio tan bonito y qué antiguo! —dijo Sam—. Me encantaría verlo más de cerca. Esas chimeneas son perfectas.

—¿Crees que les molestaría que entráramos y les preguntáramos si podemos dar una vuelta por aquí? —dijo Mary, dudosa—. No hace falta que entremos. Tampoco quiero, los muebles y todo lo demás serán diferentes. Podríamos decirles que antes vivía aquí. ¿Sería entrometerme, tal y como haría la señora Van de Meyer?

Era una lástima quedarse mirando desde fuera, como un niño ante el escaparate de una tienda de dulces.

—Vamos a arriesgarnos —dijo él—. Quiero ver el sitio en el que transcurrió tu infancia. Voy a abrir la verja.

—No, la abro yo.

Salió del coche y se acercó a los postes de la puerta del muro gris de piedra. ¡Qué sensación tan rara tocar el mismo lugar cubierto de musgo en el que se había sentado a menudo a ver pasar las vacas de camino a la granja o a esperar el coche o el carrito del poni para que la llevara hasta la puerta! ¡Y pensar que alguien quisiera ahorrarse ese paseíto de nada! Pero daba gusto sentarse en la piedra, era cálida y suave... Sí, ahí estaba la grieta contra la que chocaban los pies tan a gusto.

Se acercaron a la puerta de la casa —esa puerta que nunca había visto cerrada— y Mary llamó con el corazón acelerado. No hubo respuesta. Silencio. «¿Hay alguien ahí?, dijo el viajero, llamando a la puerta iluminada por la luna».[40] Miró a Sam, que, encendiendo la pipa dentro del coche, le sonrió para darle ánimos. Mary volvió a llamar: «Aporreó la puerta otra vez. "Hay alguien ahí?", dijo».

Silencio. «Diles que he venido y no me han abierto. Que he cumplido mi palabra, dijo él». Pero entonces oyó pasos al otro lado y el ruido de un pestillo al correrse. Una mujer con cara de pudin hervido y frío, que llevaba una pañoleta blanca y sucia, abrió la puerta.

—Si viene a buscar cosas para el rastrillo benéfico, haga el favor de ir a la parte de atrás, estoy harta de decirlo —dijo.

—Ah, lo siento —respondió Mary, desconcertada—. No, no es por el rastrillo. Es solo que me preguntaba..., es decir... ¿podríamos...?

El rostro de la mujer era inexpresivo. Mary se explicó lo mejor que pudo.

—¡Hay que ver! —Sin saber qué decir, ella se rascó la cabeza por encima de la pañoleta—. Yo qué sé. Yo solo vengo a limpiar. Limpio y hago las cosas mientras esto esté vacío. No me toca a mí decir tú haz esto y tú haz lo otro. Lo siento.

Tal vez lo sintiera, pero por la expresión de la cara nadie lo diría. Mary se inspiró de pronto:

—¿Tom sigue aquí? —preguntó—. Tom Lawley. Él me conoce.

—Ni idea.

—Bueno, y ¿Bates? ¿El señor y la señora Bates? ¿Viven todavía en la garita del guarda de la entrada de atrás?

—Ah, bueno. —Un embrión de sonrisa asomó al rostro inexpresivo como un pellizquito de masa que se estira suavemente con el dedo—. Ahora la entiendo. Si quería ver a Bates, ¿por qué no lo ha *decido* antes? Está abajo, en el huerto, partiéndose el espinazo con las patatas. Hace mucho tiempo que no viene nadie a verlo —dijo, echando una lenta y despectiva mirada a Mary y al coche.

—Entonces, si él dice que podemos echar un vistazo por aquí, ¿nos deja? —preguntó Mary humildemente.

La mujer se encogió de hombros y se dispuso a cerrar la puerta:

—Yo no me meto, allá él con su conciencia. Yo solo limpio y hago las cosas, nada más. No tengo nada que decir. *Usté* siga bien.

Retiró su indigesta personalidad y corrió el pestillo por dentro otra vez. Mary respiró

aliviada y dio media vuelta.

—Ven, cariño —le dijo a Sam—. Voy a presentarte al hombre que me enseñó mi lanzamiento mortal de críquet.

Fueron hacia la parte de atrás de la casa y subieron la cuesta de los establos en dirección a las tapias del huerto; cada paso acercaba a Mary más y más a la infancia. «Aquí es donde nosotros... Esto es donde Denys...», le contaba una y otra vez, agarrándose con fuerza al brazo de Sam, porque se estaba poniendo triste. Estar íntimamente unida a un lugar y recorrerlo como una desconocida, como una intrusa en su propia casa, le resultaba profundamente hiriente.

Como era de esperar, encontraron a Bates en el patatal; el hombre esbozó una sonrisa lenta e incrédula por la que valió la pena haber recorrido muchos kilómetros.

—¡Señorita Mary! —exclamó, enderezándose y soltando la azada.

Mary corrió hacia él; lo habría abrazado como solía, con un arrebato de entusiasmo infantil, pero el hombre retrocedió en el último momento y se levantó la gorra, cohibido al verla tan mayor. Se agachó y cogió la azada otra vez, se limpió la mano en la culera de los pantalones y se la dio cuando ella le tendió la suya. La sonrisa se le quedó pegada a la cara, oscura y arrugada.

—Como en los viejos tiempos. Verla a usted es como volver a los viejos tiempos —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro lentamente, con alegría.

Mary le presentó a Sam; las sonrisas y los apretones de manos se multiplicaron cuando le dijeron que iban a casarse.

—¿Puedo enseñarle un poco esto? —le preguntó Mary.

—¡Claro, adelante! Vayan adonde quieran. ¡Pero no me pisotee lo sembrado! —añadió.

Mary se conmovió casi hasta las lágrimas con el recuerdo de esa antigua broma. En una ocasión, corriendo detrás de un perro, había pisado unas plántulas de guisante, y él no lo había olvidado.

—¿Qué tal son las personas que viven aquí? —le preguntó, mientras Bates los acompañaba a la cancela.

El hombre miró furtivamente a todas partes, se llevó la mano a un lado de la boca e hizo un gesto mudo y sumamente expresivo de repugnancia.

—¡No! —exclamó Mary—. ¿Viven mucho aquí?

—No si pueden evitarlo. Ella... —Se levantó la punta de la nariz con el dedo índice, tan grueso—. Y él... —Se la bajó hasta el labio superior—. Judíos —dijo con voz ronca, mirando por todo el huerto, como comprobando si alguien le estaba espiando.

Después, Mary y Sam se dirigieron a los establos. Se quedó pasmada al ver que algunos cubículos se habían convertido en cocheras; en los otros había carbón y leña. No olía a caballo en ninguna parte.

—¡Ay, Sam! —dijo trágicamente.

No valía la pena contarle cómo era antes, sería ahondar en el dolor. Fueron a la juguetería, que estaba cerrada y dilapidada; no había peces de colores en el estanque de los nenúfares: lo habían convertido en un estanque formal, con una fuente; el salto de lobo —¿cómo pudo hacerse daño saltando desde tan poca altura?— lo habían forrado de baldosas grises, como las tabernas.

—¡Ay, cariño! Ahora preferiría no haber venido —dijo Mary.

Sam tenía razón. El parque no era más que un prado idealizado, sin ponis lanudos pastando por allí.

—Voy a enseñarte el árbol del columpio —le dijo—. Era uno de nuestros sitios preferidos. A ver, ¿dónde demonios está ahora? Seguro que era por aquí.

Se alejó unos metros mirando alrededor, intrigada. Era curioso recordar unas cosas con tanta precisión y olvidarse de otras. Saltaban la pared, saltaban esa zanja, pasaban corriendo por ese gran roble y luego... Se paró a mirar el suelo con horror.

Habían cortado el árbol del columpio. El tocón, terrible y patético, se veía a ras de suelo, limpio como una tumba nueva. ¿Qué le había pasado al árbol? ¿Se había convertido en la leña almacenada en los establos, allí donde había estado Joy ese día, con las mantas de invierno, echando por encima de la puerta un aliento cálido que olía a manzanas? ¿La rama que la había sujetado tantas tardes de verano había terminado en la chimenea para que un ricachón se calentara los pies?

Se agarró del brazo de Sam.

—Vamos, vámonos de aquí. Vámonos a otra parte. No lo soporto.

Cruzaron el parque corriendo, tropezando con las hierbas duras y los cardos. Cuando pasaron por las tres terrazas de césped, le pareció que la casa y el jardín tiraban de ella y le rogaban que no los abandonara, que se quedara y que todo volviera a ser como antes.

—No pasa nada, amor mío. No llores. No llores, cariño —le decía Sam.

Pero él sabía que Mary quería irse. La ayudó a subir la última cuesta, la metió en el coche y tomó el sendero de entrada sin pérdida de tiempo, sin mirarla. Cuando cruzaron la verja, Sam salió a cerrarla y volvió rápidamente al coche.

Mary miró atrás una vez más, justo antes la curva que desembocaba en la avenida.

—Pero... ¡qué pequeña es! —dijo desamparada.

CAPÍTULO NUEVE

—¡Feliz la novia a la que alumbra el sol! —dijo Doris, levantando las persianas del dormitorio de Mary; jarreaba sin clemencia—. ¿Quién iba a decir que llovería en julio?

Mary estaba completamente despierta desde las seis de la mañana, pero se había acurrucado entre las sábanas fingiendo que dormía. Doris, sin desanimarse, se acercó a la cama y tropezó con unas zapatillas por el camino.

—La señora pregunta si le apetece un huevo revuelto, por una vez; café y un pomelo no es alimento suficiente.

Mary retiró un poco las sábanas y miró a Doris con un ojo.

—Doris, ¿llueve, de verdad?

—A cántaros —respondió Doris—. Nunca había visto cosa igual.

Qué lástima oír eso la mañana de tu boda, pero no impediría que se celebrara. Haría falta un terremoto. Se destapó por completo y se sentó; rescató de debajo de la rabadilla el viejo osito de peluche con el que todavía dormía y lo dejó encima del edredón.

—No me gusta mucho el huevo revuelto —musitó, tan bien dispuesta de repente con Doris que hasta la habría abrazado, a pesar del ojo vago—. ¿Qué suele desayunar la gente el día de su boda? ¿Qué desayunó su hermana cuando se casó con Cecil?

—Pues, creo que le apetecieron sardinas. Nuestra Nelly siempre ha sido muy aficionada a las sardinas, pero Cecil no. No las puede ni ver. Mi madre dice que, si a los hombres se los conquista por el estómago, a Cecil no se le puede atacar con sardinas. ¡Qué risa! Si me hubiera visto...

El ojo vago de Doris se puso vidrioso. Se pasaría la mañana cotilleando a la menor oportunidad.

—La verdad es que —la cortó Mary en seco— no sé si podría comerme una sardina. Por cierto, ¿no podría ser una salchicha? Hace años que no desayuno salchichas. ¿Hay salchichas?

Doris asintió.

—Pero son un poco indigestas —dijo—. Bueno, a mí me sientan bien.

Era una buena idea. Cuando por fin se deshizo de la asistenta so pretexto de que había oído el timbre de la puerta de atrás, llamó a Sam y no le sorprendió enterarse de que también él había pedido salchichas. Siempre coincidían en cosas tales como despertarse al mismo tiempo por la mañana o elegir el mismo plato cuando no estaban juntos; a veces empezaban a hablar los dos al mismo tiempo y decían exactamente las mismas palabras. Aquellas largas semanas de soledad, cuando Sam se fue a América a trotar por todo White Planes detrás de la señora Van de Meyer, les pasaba constantemente. Lo descubrieron comparando notas después, cuando él volvió. Un día, Mary se había despertado con el ruido del lechero y con una canción en la cabeza que hacía años que no oía. Era una triste balada francesa que cantaba la rusa en el Schéhérazade de París. Más

tarde descubrió que Sam se la había oído a la misma cantante en un club nocturno de Nueva York en ese mismo momento: las dos de la madrugada para él. Estas cosas ya no la sorprendían. Lo raro habría sido que hubieran dejado de pasarles.

Cuando Doris entró con el desayuno, vio varias cartas y algunos telegramas en la bandeja. La vida era emocionante. Sorprendentemente, había un telegrama de Dulwich. La abuela había mandado la típica felicitación de rigor, que salía más barata. La pobre Annie habría tenido que ir andando hasta correos en pleno chaparrón, torciéndose los zapatos a cada paso porque tenía los tobillos débiles.

Hacía años que el mundo de la abuela se limitaba a las paredes de Laureldene, pero desde que cayó enferma no salía del recargado museo de su dormitorio. En la alta cama, que parecía diseñada para yacer con todo esplendor, reposaba en una especie de limbo: viva, pero sin aprovechar nada de la vida. Annie estaba acostumbrada a musitar que la pobre anciana señora todavía conservaba sus facultades, aunque nunca las había tenido especialmente agudas, ni siquiera antes de retirarse a la cama con su ridículo gorrito de encaje.

Cuando Mary llevó a Sam a Dulwich para presentárselo, la abuela fingió que no le agradaba, pero Mary se fijó en esa antigua mirada observadora mientras hablaba de todo y de nada: era una señal segura de que estaba pensando cosas misteriosas.

—¡Qué anillo tan bonito! —exclamó, mirándolo con cierto desprecio entre los descolocados lazos del gorrito—. Quítatelo, déjame verlo de cerca.

Mary miró a Sam con inquietud desde el otro lado de la cama, porque no se lo había quitado desde que se lo puso en el dedo aquella mañana de Navidad. Él se encogió de hombros, resignado a soportar todo lo que pudiera suceder en esa habitación horrible, con esos muebles amenazadores y aquellas cortinas, que parecía que iban a deshacerse convertidas en polvo al menor roce. Podía ser el escenario de un cuento de Edgar Allan Poe, y Mary, mirando a Sam como disculpándose, se lo quitó y pensó que tenía un aspecto demasiado sano para la situación.

Cuando le pasó el anillo a la abuela, la anciana lo cogió con torpeza; enseguida se le cayó al suelo. Mary sabía que había sido sin querer, pero, mientras se arrastraba por la alfombra buscándolo, se le atragantaron el polvo y la ira. ¿Por qué se lo pedía si sabía que no podía sostenerlo?

Lo recuperó y, al ponerse de nuevo en pie, la abuela le dijo:

—Déjame verlo. —Tendió la mano como si no hubiera pasado nada.

Se le volvió a caer y esta vez fue a parar debajo de la cama. Mary se mordió el labio, fulminó a su madre con la mirada y se zambulló en la caverna, oscura e infecta, cuyo techo crujía cada vez que la abuela se movía sobre los viejos muelles. Pudo meter la cabeza y los hombros; estremecida, empezó a palpar el cúmulo de porquería de años de barridos de Annie. Su precioso anillo..., jamás lo encontraría. Mientras buscaba, tocó muchas cosas repugnantes, desconocidas. De repente, para su gran horror, percibió la blanda calidez de la carne humana.

A continuación, oyó a Sam, muy cerca, que se reía y se atragantaba. Se había metido debajo de la cama desde el lado opuesto.

—Lo tengo —dijo.

Y la besó allí, en la indescriptible bóveda de debajo de la cama de la abuela, que dejó de parecer tan indescriptible. Cuando Sam salió, tenía un poco de tamo en una ceja y un resto de carmín de labios en la boca. La abuela lo miró más torvamente que nunca y lo llamó «señor

Hubbard».

Annie entró tambaleándose con el té, negro y amargo, en una vieja bandeja metálica. Salió de nuevo y volvió a entrar, desafiante, con una fuente de pan con mantequilla, reseco como el cartón, y medio brazo de gitano fosilizado. A la abuela había que darle de comer y de beber en la boca.

—Puedo yo sola, puedo yo sola —insistió, mientras Annie le llevaba la taza a los labios sin hacer caso de las manos que la sujetaban.

—No, no puede —contestó la doncella secamente—. Aunque usted no se acuerde, yo sé muy bien lo que pasó el otro día cuando le dejé el cuenco de sopa. ¿Quién tuvo que cambiar las sábanas, si puede saberse?

La mujer habría movido la cabeza de un lado a otro si no hubiera tenido el cuello tan rígido.

Mary no paraba de darle codazos a su madre en las costillas ni de susurrar: «¿Cuándo nos vamos?». Pero todavía tenía que soportar otra tortura y la señora Shannon no había reunido el valor necesario para afrontarla. Porque ella también tenía algo que decir a la señora Payne.

Sencillamente, que iba a casarse con Gerald Rigley.

Su mujer llevaba años languideciendo en su *chaise longue*, negándose a concederle el divorcio y sufriendo un ataque de nervios cada vez que él mencionaba el tema. Y, de pronto, un día, después de agotar los libros de medicina que había en la casa e incapaz de pensar en nuevas dolencias, o convencida tal vez de que había echado a perder la vida con Gerald y de que debía empezar con otro hombre, se fugó con el interiorista que, en principio, estaba creando una nueva composición de colores para su dormitorio. Huyó a todo gas en un cupé de color crema, según la cocinera, que en ese momento estaba limpiando judías asomada en la ventana de la cocina y que la vio marchar.

Cuando la señora Shannon enseñó a su hija el recorte del periódico de Southampton, que decía que al señor G. E. V. Rigley, F. R. C. S., de Hill House, Wickham, cirujano ortopédico del King's Hospital, había ganado una sentencia provisional de divorcio con pago de tasas judiciales por el adulterio de su mujer con el señor Munroe Stevenson en el Royal Hotel, Droitwich Spa, Mary dijo: «No sabe dónde se mete».

—Bien, ahora tienes permiso para salir con él —añadió, riéndose.

A continuación, su madre le soltó, despectivamente y con cierta gracia:

—Cielo, ¿qué te parecería que fuera tu padrastro?

Al principio, Mary no se lo podía creer. ¿Su madre casada con Gerald? Gerald, el fiel perrito, el que no se cansaba de aplaudir el humor basado en caídas y golpes, el que invariablemente pisaba la cola al salir por la puerta detrás de una mujer en traje de noche, el hombre que se cayó en el foso del Palladium y se sentó adormilado y tristón en el Queen's Hall. Sabía que su madre lo apreciaba. Para la señora Shannon, Gerald era lo mismo que Bingo para Mary, el cachorrito de terrier que le había regalado Sam. Pero, claro, ella no pensaba casarse con Bingo.

Sin embargo, en cuanto se hizo a la idea y vio que su madre rejuvenecía de felicidad y que ni siquiera se tomaba en serio la fundamental cuestión mundial de los miriñaques para debutantes en sociedad, empezó a pensar que a ella no se le podía haber ocurrido nada mejor si se hubiera propuesto arreglarle la vida. A pesar de lo mucho que se alegraba, le preocupaba dejar la tienda y abandonar a su madre sola en casa. No obstante, parecía que la señora Shannon iba a vender Lilianne tan pronto como encontrara comprador y que se retiraría a la exuberante paz de Meon

Valley, donde llevaría la casa de un hombre de bigote pelirrojo que era como besar el cepillito de la laca de uñas y cuya lectura predilecta era Sapper[41] y E. Phillips Oppenheim.[42]

Increíble pero cierto: al final se supo que había sido Gerald quien le había prestado las mil libras hacía tres años. La vida estaba llena de sorpresas; pero en ese momento, igual que antes, las piezas del rompecabezas seguían encajándose solas misteriosamente, con total independencia.

Cuando la señora Shannon no pudo resistir más los codazos de Mary ni los gestos de Sam, se plantó a los pies de la cama de la abuela para anunciarle: «Por cierto, madre, voy a casarme otra vez, con un hombre que se llama Gerald Rigley. Pero no digas nada todavía». Todo el mundo se sonrojó mortalmente.

—¿Y por qué no puedo decir nada, si se puede saber? —preguntó la abuela, como quien vuelve en sí después de darse un golpe tremendo.

Su hija tomó aire:

—Bueno, al menos hasta que consiga el divorcio —dijo, en un valiente intento de restarle importancia a la cosa, intento que murió entre las sombras de la habitación.

La abuela volvió en sí por segunda vez.

—Vas a casarte con un divorciado —dijo—. Dile a Annie que me traiga las pastillas. Me has puesto enferma de verdad.

En realidad, le daba igual. Solo estaba interpretando una escena que había leído una vez en un libro. Mary se dio cuenta porque lo había devorado un domingo por la tarde cuando parecía, igual que aquel día, que la visita no iba a terminar nunca. El libro se titulaba *The Fortunes of the Faulkener Family*, y el punto culminante era cuando la anciana madre sufre un disgusto mortal al enterarse de que su varonil hijo de pelo rizado se echa a perder con la camarera del Rose and Crown.

«Pero una mujerzuela del pueblo llano —Mary lo recordaba tan bien como la abuela, al parecer—, una mercenaria... Te casarás con ella, Hugo. Todavía eres un caballero, eso no puede cambiar. Ningún vástago de la familia Faulkener dejará de tener el apellido que le corresponde... ¡Rápido, mi medicina! ¡Me muero!».

La abuela se lo pasó en grande, y la señora Shannon —que como no había leído el libro se tomó en serio a su madre— quiso reconciliarse de varias formas con ella, sin éxito. Sin embargo, un rato después, se rindió y dejaron a la anciana señora intentando desmayarse por todos los medios. Mientras bajaban las escaleras, Mary entró un momento en la sala de estar, sumergida ya por completo en un macabro mar de sábanas guardapolvo, y robó *The Fortunes of the Faulkener Family*. Se lo leyó en voz alta a Sam y a su madre, mientras él la guiaba hacia casa entre los raíles del tranvía de Streatham; ambos dijeron que la abuela se había lucido.

El telegrama que más ilusión le hizo de todos los que recibió el día de su boda fue el del tío Geoffrey:

SÉ FELIZ ES BUEN CHICO SI NO VOY AHORA MISMO Y LE PARTO LA CARA STOP POR QUÉ NO VENÍS LOS DOS A VERME STOP EL APARTAMENTO ES GENIAL Y RENE ES BUENO STOP BESOS DE LUCIENNE TUYO HASTA LA MUERTE.

A Mary le habría gustado que la hubiera llevado al altar, pero no fue posible: tenía mucho trabajo. Los buenos tiempos de lord Footle y el joven caballero de Oxford habían pasado, pero, aunque había que tomarse en serio a la nueva generación, la vieja podía ser tan payasa como hiciera falta. Un padre inglés era una buena referencia para una heroína, y el tío Geoffrey, con su

monóculo y su pelo níveo, volvía a ser él mismo.

La madre de Mary entraba y salía de la habitación como un torbellino, haciendo aspavientos, trazando planes, quejándose, presa de un frenesí.

—Cielo, ¡no pensarás llevarte esta cosa repelente! —Sacó de la maleta de Mary el osito viejo y sin ojos que no había vuelto a funcionar desde el día en que tío Geoffrey se lo tiró a un policía por la ventana de Clifford Court—. Sam pensará que estás loca —dijo—. Oye, no encuentro el peine; mi habitación está hasta arriba de regalos de boda. ¿Me prestas el tuyo? ¿Dónde está? ¡Ah, aquí! ¡Ay, cielo! ¡Lo siento mucho! Se me ha caído tu perfume. No, no se ha roto. Se me ha derramado un poco de talco también. Bueno, da igual. —Soltó una risita y salió de la habitación gritando—: ¡Doris, Doris! ¿Has encontrado los guantes? No tengo la menor idea de dónde...

—Esta mujer está de los nervios —dijo Doris, y se paró boquiabierta en el umbral mirando a Mary con su exquisita enagua pantalón—. Cualquiera diría que la novia es ella, no usted. Cuando se casó nuestra Nell casi le da algo; nos costó tés y más tés llevarla al altar.

—A lo mejor fue por culpa de las sardinas —murmuró Mary—. Haga el favor de traerme el vestido, Doris. Está en la cama de la habitación de invitados.

Cuando por fin terminó de vestirse, de maquillarse y de que M. Louis la peinara, con su bolsita negra y sus brillantes zapatos de color naranja, Mary se puso encima de una sábana guardapolvo y se miró solemnemente en el espejo de cuerpo entero.

Estaba sola en la habitación. Doris y su madre se habían ido a la iglesia; la señora Shannon llevaba un traje de color tomate, orquídeas y un sombrero que había dado frutos. Antes tuvieron que dar muchos portazos y volver varias veces en busca de pañuelos —se les habían olvidado—, pero por fin se fueron. Mary tenía que bajar a reunirse con su padrino sin tardanza; el hombre la esperaba en el comedor reuniendo fuerzas a base de coñac y leche.

Llevaba el vestido que había diseñado en el hospital, el que, según Sam, tenía que ser para ella. Era de satén mate, con el escote en forma de corazón y el talle alto, terminado en punta; resaltaba su figura antes de desbordarse en la caída suave y abundante de la falda y de alargarse en una cola, que en ese momento se había envuelto alrededor de los pies. En la cabeza, una fina diadema de gardenias inclinada sobre la frente, y el pelo suelto debajo de un velo sutil; en los brazos, más gardenias, con su fragancia misteriosa y embriagadora.

«Lamento todo esto, Sam —pensó, agachándose para recogerse la cola—, pero después volveré a ser Mary».

El abuelo tenía un coche nuevo. Había sido el acontecimiento familiar del año. Linney, que conocía todos los trucos del viejo Daimler mejor que las venas varicosas de su mujer, no estaba plenamente satisfecho. No confiaba en esa ausencia total de fallos y lo conducía como si fuera una bomba a punto de explotar.

Estaba al lado del coche, con una enorme flor blanca en el ojal y su sonrisa de raja de sandía, cuando Mary y su padrino salieron por la puerta roja de la casa entre los vítores de una alegre multitud compuesta por un cochecito de niño, una niña pequeña con unas gafas metálicas abolladas y un desdeñoso chico de los recados con las chuletas que alguien estaría esperando ansiosamente para la comida.

Había dejado de llover, al contrario de lo que había predicho Doris: «Agua pasado mayo, agua todo el rato». En el coche, Mary se sentó muy erguida y charló distraídamente con su abuelo. Él no dejaba de tocar la perla del alfiler de corbata, de estirarse el chaleco de color malva hacia fuera

y hacia abajo o de sacar el reloj y mirarlo gruñendo. En tan extraña situación, las únicas cosas familiares eran el tacto de la mano que sujetaba la suya y la enorme espalda roja de Linney.

En el parque, las deshilachadas nubes de tormenta volaban por encima de Marble Arch. Todavía podía salir el sol. Suponiendo que Sam no estuviera allí... No había motivos para suponer que estuviera. Podía haberle pasado cualquier cosa. Cuando se pararon en un semáforo, la gente de la acera la miró, escudriñó por la ventanilla y dijeron cosas como: «¡Mira, Gwen, una novia!». El sol quería salir. «Sería estupendo estar en el campo en este momento, en un prado, viendo al sol avanzar por la hierba hacia mí, inundándome y expulsando la sombra a otra parte». Una gardenia se estaba poniendo marrón por los bordes. «Pobrecita. Cómo no, con estos alambres torturándole el tallo».

El automóvil frenó con precaución para no estropear el fusible.

El abuelo carraspeó.

—Bien, hemos llegado —dijo, y se apeó del coche.

Mary salió detrás. ¿Por qué había tanta gente? No podían haber ido a verla a ella; se habrían equivocado de iglesia, o sería el entierro de un ministro del Gobierno... No, porque había una alfombra roja. «Espérame, abuelo». Por un momento vio caras a ambos lados, oyó contener el aliento y exclamaciones plañideras: «¡Ah, está preciosa!», y de pronto se encontró en la cegadora oscuridad de la iglesia. En el espacio de detrás de los últimos bancos, entre las sombras, unas cuantas mujeres se afanaron a su alrededor diciéndole el lado del abuelo en el que debía ponerse, retocándole el velo, arreglándole la cola del vestido... Con sorpresa, comprobó que una de ellas era Sybil. Se volvió buscando a sus damas de honor. Allí estaban, vestidas de gasa blanca; Angela, increíblemente adorable, y Margaret, concentrada e infeliz, con la diadema mal puesta. Angela le dedicó un guiño precioso y elocuente; entonces, en el momento en que dio media vuelta para seguir adelante y se oyeron los primeros compases de *Lohengrin*, el abuelo le apretó la mano que lo agarraba por el brazo.

—Que Dios te bendiga, mi querida muñeca —le susurró, y siguieron avanzando.

¡Ah, no podía echarse a llorar! «¡Ay, abuelo! ¿Por qué has tenido que decirme eso?». Veía borroso mientras seguían adelante entre cabezas que se volvían con disimulo y bisbiseaban: «Ahí viene, ya llega», y susurraban a su paso como el viento entre los juncos. Por fortuna, el momento pasó y las lágrimas se retiraron de los ojos tan rápido como habían llegado. De pronto vio a Sam. ¿Había algún hombre en la Tierra que tuviera una cabeza tan enternecedora por detrás? ¿Sabía que ya llegaba? «Sam, estoy aquí». Al llegar a su lado sin atreverse a mirarlo, el órgano terminó de tocar. «Sam, Sam, estoy aquí». El abuelo dio un paso atrás, la gorda casulla blanca del sacerdote avanzó y la frase tonta siguió bailándole en la cabeza. «Sam, Sam, estoy aquí».

Repasar después las impresiones de la boda fue como intentar poner orden en un calidoscopio. Lo que más la había impactado fue que Sam se llamara Samson. La impresión le había durado todo el día, le volvía de vez en cuando a la cabeza y, en el silencio de la madrugada siguiente, se despertó y preguntó con tono lastimero:

—¿Por qué no me habías dicho que te llamaban Samson?

—¿Samuel te habría gustado más? —dijo él.

Ahogaron la risa en las almohadas, porque había alguien en la habitación de al lado que no paraba de dar golpes en la pared.

Otra de las cosas sueltas que le quedarían en la memoria fue el sombrero de la tía Mavis:

muy grande y, por alguna razón inexplicable, de color malva.

Una impresión súbita y desapasionada de Denys. ¡No era nada atractivo! Encantador y bien parecido, pero le faltaba fuerza en el rostro, tenía las facciones demasiado pequeñas.

Se preguntó cómo habría reaccionado si le hubiera dicho que, al hacer las maletas, había encontrado aquel pañuelo suyo, todo arrugado, en el fondo de un cajón, y que lo había lavado y planchado para que Sam lo usara.

El momento en que Sam la llamó «mi mujer» en su breve discurso después del brindis.

El padrino, el amigo de la infancia de Sam, Nobby, que se prendó de Angela nada más verla con aquel glamur que le prestaba su primer papel en el West End: el atractivo sexual de una comedia de intriga.

La tía Fanny, escurriéndose entre las piernas de la gente como un spaniel de aguas despeinado.

Gerald, con un traje que parecía de sus buenos tiempos de novio delgado, esforzándose en tratar a su madre como si le fuera completamente ajena.

La tía Winifred, con tres dedos de combinación asomándole por detrás y los eternos zapatos de color champán, dedicando a Sam una sonrisa como jamás le había visto.

Una mujer completamente desconocida que la seguía intentando robarle el ramo a trocitos.

Darse cuenta, cuando fue a la anticuada habitación del Shannon's en la que se habían cambiado las novias durante medio siglo, de que en realidad había tomado mucho champán.

El padre de Sam, claramente achispado, con sus largas piernas inseguras y sus formales pantalones de rayas, pero la mirada brillante y procaz como la de un pájaro.

La hermana de Sam, que le había dicho: «Tenemos que vernos a menudo; vamos a ser grandes amigas», y que no paraba de mirarla buscándole algún defecto.

Y el último, Linney, que le dio un apretón de manos en el aeropuerto de Croydon y le dijo:

—Buena suerte, señorita..., señora. Está bien casarse, sí, está bien.

Todos dijeron: «¡Venecia en agosto! Dios mío, debéis de estar locos. No soportaréis el calor..., ¡ni los olores!».

Hacía calor, pero ¿qué más daba, si no se hacía otra cosa que pasear en góndola? Simplemente, Mary estaba un poco más pálida, y Sam se cambiaba la camisa seis veces al día. Después, ella no recordaba olores raros. Se acordaba principalmente de un descubrimiento profundo: que otra persona podía ser una misma. Que estar con él podía ser como estar sola sin sentir soledad. Se acordaba de lo que había dicho Sam en una ocasión, cenando en una terraza por encima del agua, mientras una caliente brisa nocturna movía el mantel y el toldo: «¿Nunca te hartas de no discutir? En los libros, el hombre y la mujer siempre se enzarzan en unas discusiones tremendas sobre ética, Walt Whitman o arquitectura barroca, sentados en el suelo horas y horas, cuando podrían estar en la cama. Si ese camarero, el que siempre va corriendo de un lado a otro buscando higos negros para ti, escribiera un libro sobre nosotros, no lo leería nadie. A nadie le interesan las historias de personas felices, prefieren relamerse con los infortunios que sufren».

Intentó curarla de su ridícula lágrima floja. Le prometió una libra por cada mes que pasara sin llorar. Lo máximo que consiguió fue una semana de contención de los flojos conductos lacrimales; siempre tenía que empezar otra vez. Una noche de calor pegajoso, estaba despierta en la cama y de pronto oyó un ruido, a lo lejos al principio, pero cada vez más cercano; se levantó a

mirar por la ventana. Apoyó los brazos desnudos en el hondo alféizar, de la anchura de la pared, y vio una góndola solitaria que se deslizaba por la negrura del Gran Canal a la luz de la luna. Un hombre tocaba un violín en la proa. El sonido puro se elevaba desde el agua con una dulzura ultraterrenal mientras la góndola se alejaba entre los edificios solitarios como un cisne moribundo.

—Jamás ganarás la libra en Italia si vas a llorar con cada cosa bella que te encuentres —le dijo Sam, acercándose a ella por la espalda.

La abrazó y se quedaron juntos, apoyados en el alféizar, mirando la irrealidad.

Después de Venecia se fueron en un barquito blanco de vapor por el Adriático hasta la bahía de Nápoles: una semana de empaparse en sol y un increíble azul luminoso. Por el camino hicieron escala en Malta; llegaron por la mañana y se encontraron con un puerto que parecía en llamas, con esa curiosa luz amarilla y seca. Mary había mandado un telegrama al tío Tim, y casi se cae por la borda de la emoción al darse cuenta de que la lancha de la marina que se acercaba rápidamente a la pasarela había ido a buscarlos a ellos. Esperaba que los demás pasajeros vieran cómo los recogían del vapor por todo lo alto; ella, con el sombrero blanco con el que parecía un ángel, según Sam. Mary había visto pasar revista en el barco del tío Tim y había tomado el té algunas veces en Portsmouth con Michael al pasar por allí en dirección a la isla de Wight, para estar unos días con Angela, pero todavía no había resuelto la cuestión de qué hacer ante el saludo de un oficial al llegar a la cubierta. ¿Había que hacer como si nada, había que dedicarle una airosa inclinación de cabeza, o sonreír o qué? Ella siempre quería devolver el saludo, pero el único que sabía hacer era el de las *scouts*, el que había aprendido a los seis años en Manton House. De todos modos, por algún motivo, con Sam ya nada la cohibía. En otra época se habría muerto si hubiera tenido que entrar sola en un restaurante o ir a un cóctel en el que todo el mundo se conocía menos ella y lo pregonaran a voces. Ahora tenía mucha más seguridad. Podía moverse con aplomo en cualquier circunstancia. Sam creía que podía hacerlo, así que tal vez fuera cierto.

El tío Tim estaba en el camarote del capitán con muchos cócteles, dos oficiales jóvenes y sanos, otro muy normal que no parecía tan sano, pero que era mucho más simpático, y su fenomenal esposa.

Como Sam dijo después, parecía un maniquí de Gieve's[43] con piernas: un broche naval le sujetaba el ala del contundente sombrero y llevaba otro prendido en la blusa; la pitillera, el encendedor y el reloj lucían el blasón de la marina; por debajo de la solapa de su práctico traje se veía una hilera de pequeñas banderas de esmalte: sus iniciales en código naval. Sabía más de buques que cualquiera de los hombres presentes.

El tío Tim parecía completamente satisfecho, repuesto del susto de encontrarse casado con ella, y había aprendido a dejarla con sus asuntos mientras él atendía los suyos. Mary vio que Sam y el tío Tim congeniaban tomando ginebra rosada mientras uno de los jóvenes oficiales la instruía sobre Malta. A Sam le entusiasmaba la marina y sabía casi tanto como la tía Annabelle. Tenía un yate en West Mersea, cerca de la cabaña en la que Mary iba a hacer una limpieza general y a rejuvenecer cuando volvieran a casa. Le habría gustado oír la conversación sobre navegación, pero el otro joven oficial —que solo tenía dos maneras de calificar las cosas: o eran «algo brillante», o eran «una lástima»— se unió a la conversación con el libro guía uno.

A la hora de comer se sentó enfrente de Sam; tenía muchas ganas de reírse. Con dos cócteles entre pecho y espalda, más una copa de vino blanco del Rin, casi no pudo contenerse al ver la

expresión de Sam cuando oyó por primera vez a la tía Annabelle dirigirse a un oficial por el nombre de «número uno». Seguía inmerso con el tío Tom en lo que la tía Mavis llamaba «conversaciones de hombres», pero de vez en cuando echaba una mirada a Annabelle como para asegurarse de que era real; después miraba a Mary torciendo un poco la boca de lado: una señal particular entre ellos, pues guiñar un ojo habría sido demasiado descarado. En esos momentos, apareció un marinero en la puerta que traía un recado para el tío Tim. Cuando iba a salir, la tía Annabelle lo interrumpió para decirle:

—¡Ah, Mason! He traído el rancho del capitán, está en mi coche. Tiene guardia a bordo esta noche. Allí lo encontrará, guardado en popa.

A Mary le pareció que a Sam se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—Pero, señora Howard —le dijo el libro guía—, por encima de todo tiene que ver la fortaleza antes de irse. Es una auténtica obra de arte, de verdad. Tal vez podamos enseñarle todo esto después de comer. Tengo un viejo Tin Lizzie.[44]

Al otro lado de Mary, Algo Brillante le decía a tío Tim:

—Sí, señor. No, por Zeus, ¿de verdad, señor? ¡Ja, ja, ja!

Era muy tímido, tenía unas manazas torpes y el cutis muy claro; se sonrojaba con facilidad. De pronto, Mary advirtió que el joven llevaba los puños de la camisa muy gastados; habría llorado por él. Seguro que estaba comprometido con la hija de un oficial de la marina retirado en Alverstoke y que eran muy pobres y no podían casarse; cuando se casaran, seguro que la chica se convertiría en una tía Annabelle y Algo Brillante no tendría valor para pararle los pies.

Estaba deseando irse con Sam y hablar de todo ello a solas. Últimamente era lo único que le interesaba de las fiestas y las reuniones.

Rechazaron la invitación de la tía Annabelle —que parecía más una orden del almirantazgo— de navegar hasta su piso a ver al pequeño. El capitán del *Piccolino* tenía la despreocupada costumbre de levar anclas cuando le apetecía, más que cuando estaba programado. Por eso habían dejado atrás, en Bari, tres *Wandervogel* alemanes; no era ninguna tragedia, pero Mary y Sam no tenían intención de que a ellos les sucediera lo mismo.

Naturalmente, el *Piccolino* no se hizo a la mar en las tres horas que estuvieron ellos a bordo; se tumbaron en las hamacas y recibieron varios mensajes de radio de la tía Annabelle, que les decía que saltaran a la *dhiassa* y se acercaran a tierra. Una y otra vez le contestaron: «Solo queremos navegar en el *Piccolino*», que seguía firmemente anclado por ambos extremos y sin echar ni una nubecilla de humo por la chimenea.

En Nápoles dejaron el *Piccolino* a la sombra humeante del Vesubio y subieron a bordo de otro barco para dar la vuelta por el sur de la bahía de Amalfi, donde la roca caía a plomo sobre el mar desde la terraza de su hotel. Abajo se veían velitas blancas todo el día; por la noche, a veces la melodía quebrada de *Santa Lucia* ascendía del mar hacia las estrellas. Desde la ventana se veían las lucecitas de las barcas de pesca como luciérnagas, repartidas por las oscuras aguas.

Mary perdió la cuenta de los días. Cada uno era un sueño de ocio navegando en el esbelto barco azul al que ya consideraban suyo, tomando el sol en el balcón o tumbados todo el día en las rocas planas del lado del mar, en el rompeolas del puerto, resbalando como focas hasta el agua transparente cuando no podían soportar más el calor. A veces, por la tarde, daban paseos hacia las montañas de detrás de Ravello y miraban atrás para ver el legado del sol que se iba: un resplandor alpino sobre las casas blancas que trepaban por encima del puerto, cuyas aguas se teñían de un

color rosa oscuro, como de seda.

¿Cuándo empezó a cobrar importancia que *The Times* llegara con tres días de retraso? ¿Cuándo empezaron a dilucidar las noticias del *Roma* y a intentar sintonizar la emisora de Daventry en la radio del propietario, que se llenaba de interferencias a causa de las tormentas alpinas? Mary se había despreocupado del mundo. Su única preocupación hasta el momento había sido que no se le pelaran los hombros. Fue como si estallara una crisis de la noche a la mañana; incluso los clientes ingleses del hotel hablaban entre ellos.

—Ese buen hombre —dijeron, mientras las noticias anunciaban que Chamberlain hacía continuamente viajes a Godesberg— pondrá las cosas en su sitio.

Sam, desanimado, salió al balcón con las manos en los bolsillos de los pantalones cortos. Mary pensó que tenía unas piernas divinas. Venía de hablar con un francés abajo, un hombre que tenía mucha información confidencial y estaba dispuesto a compartirla poniéndose un dedo en un lado de la nariz para indicar que era realmente confidencial.

—Puede suceder cualquier cosa, amor mío. Tal vez sea mejor volver a casa.

Habían previsto quedarse dos semanas más en Amalfi.

—¡No, no!

Mary había hablado con el jefe de los camareros, que la había convencido de que *il duce* no consentiría que sucediera nada.

Esa misma tarde, en la ciudad, *il duce* leyó por radio un mensaje para las masas italianas, que se apelotonaban, escupiendo, alrededor de cualquier comercio que tuviera un transistor.

Un telegrama de la madre de Mary, «CREO DEBÉIS VOLVER», y otro a continuación, «TODOS DICEN DEBÉIS VOLVER», reforzaron un deseo que ambos compartían: quedarse más tiempo.

Después la madre llamó por teléfono:

—Volved, ahora que podéis. O estalla la paz, o estalla la guerra —repitió una y otra vez—. Gerald dice que estalla la paz, o estalla la guerra.

—Bueno, eso también lo podía haber dicho yo —dijo Mary.

Salió de la cabina en la que se había metido con Sam para oír la histeria transcontinental. Al ver el mar de la costa de Amalfi más azul que nunca y la buganvilla que envolvía el muro de la terraza con un gran despliegue de color morado, casi resultaba imposible creer que nada tuviera tanta importancia. La actitud de Mussolini y de la prensa italiana seguía siendo discreta y tranquilizadora.

Sam hizo algunas indagaciones. Al ver el gesto tan serio de su rostro bronceado cuando le dijo: «Amor mío, creo que debemos irnos; voy a ver si encuentro sitio en el tren», supo que lo lamentaba de verdad.

—¡No, no hagas nada todavía! —le rogó ella, que ya había hablado con la doncella—. Esperemos un poco más, a ver qué pasa.

Después llamó el padre de Sam, nervioso e incoherente, diciendo que iba a reincorporarse a su antiguo regimiento, a los sesenta años. Chamberlain iba camino de Múnich.

—¡*Ce* trata de una auténtica *criciz*! —gritó el hombre débilmente, con ese ceceo que lo acercaba tanto a las *connoisseurs* maduras.

Un mozo le anunció que, con mucho esfuerzo y algunos gastos extra, podía asegurarles dos literas en el expreso de Roma.

—¿Qué te parece? —dijo Sam—. No van a dejarnos vivir en paz con tanto bombardeo de



telegramas y llamadas telefónicas a todas horas. Si nos quedamos, tu madre vendrá a buscarnos en un avión que pilotará el propio Gerald.

—¡Ay, cariño! —exclamó Mary, y salió a la terraza a contemplar el mar.

CAPÍTULO DIEZ

Tumbada en la cama de Little Creek End, Mary escuchaba los inquietantes crujidos del chopo de enfrente de la ventana y el viento que agitaba sus ramas deshojadas. Se imaginó cómo se doblaría describiendo una curva larga y tortuosa, y el tronco oscuro como piel de foca a merced de la intensa lluvia. ¿Se lo imaginaba o de verdad parecía que el viento amainaba? ¡Qué largas la noche y la tormenta!

Nunca una noche había sido tan larga. Le había dado tiempo a repasar toda su vida mentalmente. «Atemporal. Dicen que eso te pasa cuando te ahogas, aunque solo dura un par de segundos. No, no. Piensa en otra cosa, rápido».

Pero el mar estaría tan frío...

Se obligó a pensar en Italia otra vez, en aquel viaje de vuelta tan angustioso que había culminado con el anticlímax de Chamberlain y su blanca hojita de papel. ¿Por qué no había empezado la guerra en ese momento, en vez de un año después? Sam no habría estado todavía en la Marina Real. No se habría ido al mar inmediatamente. No habría estado en el *Phantom*.

Se alistó muy poco después de llegar a casa. Mary se acordaba de lo que había dicho: «Ese cerdo de Hitler nos ha cortado la luna de miel. Me voy a encargar de que no vuelva a hacerlo nunca más».

Y dos meses antes: «Cuando termine todo esto, tú y yo nos vamos a Amalfi. ¿De acuerdo?», se lo dijo en King's Cross, justo antes de que arrancara el tren.

> Oh, amor, ya nunca iremos juntos
> a los países cálidos del otro lado del mar.

Llevaba la gorra ladeada. Era importante recordar esos detalles. Muchos detalles. Tendrían que durarle mucho tiempo.

Abajo, el reloj de cerámica blanco y azul volvió a dar la hora. Siete dulces notas. Dentro de una hora tendría que ir hasta el final de la callejuela a coger el autobús, que pasaba por la carretera principal. Veía claramente cómo iba a ser todo. Un cuarto de hora hasta el pueblo de Weatherby; el retraso de costumbre hasta que la pusieran al habla, mientras la vieja señora Munday, la jefa de la centralita, la miraba por el cristal de la cabina. Las ocho y media. La doncella despertaría a Angela, que estaría adormilada y obnubilada en su gran cama de satén. ¿Sabría algo ya o tendría que contárselo todo? Al menos otra media hora para que se vistiera, cogiera el coche y cruzara Regent's Park, Hyde Park, Eaton Square y llegara a Marguerite Street. Entraría por la puerta de atrás, subiría por las escaleras de atrás, cogería el telegrama del felpudo de la puerta y volvería a llamarla a la oficina de correos de Weatherby.

—Su llamada, señora Howard —anunciaría la hija de la señora Munday desde el cuarto del fondo, donde estaba la centralita, y Mary dejaría de leer los anuncios de permisos de armas y perritos perdidos, y volvería a la cabina para que le dijeran lo que ya sabía.

«¿Cómo era aquel poema?».

Entonces dijo: «Estoy muy triste,
pues no vendrá», se dijo ella;

Eso era lo que sentía. Lo sabía. No se podía querer tanto a alguien como ella a Sam y no saberlo. Estaba más segura de eso que de ninguna otra cosa en la vida, Sam incluido: él no volvería.

«… pues no vendrá», se dijo ella;
«cansada estoy, cansada», gime,
«¡ay, Dios, querría estar ya muerta!».

Pero Mariana se equivocaba. Uno no podía morirse. Había que seguir adelante. Al nacer se nos confía una individualidad que estamos obligados a conservar. Es un gran tesoro. Las cosas que nos suceden en la vida, por mucho que tengan que ver con otras personas, desarrollan y refuerzan esa individualidad y nos convierten en personas.

«Nada de lo que suceda en la vida puede borrar el hecho de que yo soy yo. Tengo que seguir siendo yo. Ahora solo quedo yo».

Curiosamente, no podía llorar. Si no conseguía llorar ahora, se cumpliría un mes desde la última vez. Pero nadie se lo premiaría con una libra, así que daba igual.

El perro del otro lado de la marisma empezó a ladrar inútilmente de nuevo.

—No pasa nada, Bingo —dijo Mary, cuando el perrito levantó la cabeza de pronto, completamente despierto de su profundo sueño—. No pasa nada. En realidad, no dice nada.

El perro dejó de ladrar, pero seguía atento. Notaba la tensión del animalito contra las piernas. «Bingo, no creas que vas a oír llegar a Sam nunca más. Es una de las cosas que no podré soportar».

Cuando se levantó de la cama, con la cabeza, el cuerpo y los ojos doloridos y pesados después de haber pasado la noche en blanco, se acercó a mirar por la ventana; los dientes le castañeteaban de frío. El viento había amainado desde las horas nocturnas, pero la lluvia no paraba, como si quisiera transformar las marismas en agua otra vez. Todavía estaba oscuro, pero en el mar se insinuaba ya una luz perezosa.

Encendió la lámpara y fue a buscar la estufa de parafina a la habitación de invitados para vestirse al lado del fuego. Pero era inútil intentar entrar en calor, a pesar de ponerse los pantalones y dos jerséis gruesos. El frío venía de dentro, por eso los dientes le castañeteaban tanto.

Se puso una pañoleta roja en la cabeza y bajó al ropero de la entrada a buscar el impermeable.

«Esto va a ser lo peor, ¿sabes? Porque todas sus cosas todavía están ahí».

Oyó a Bingo en la cocina, bebía agua como si hiciera una semana que no la probaba. Las ocho menos cuarto. Tenía que irse ya, por si el autobús se adelantaba. Nunca se adelantaba, pero por si acaso.

—¡Vamos, Bingo! ¡A la calle!

El perro acudió resbalando por el suelo de madera y salieron al embarrado jardín. Todavía soplaba bastante viento. Le tiraba de las faldas del impermeable; la lluvia helada le dio en la cara al iniciar el camino. Lo recorrieron pisando charcos. No resultaba nada refrescante ni emocionante que la lluvia y el viento la abofetearan de esa forma; el frío y la humedad la empapaban, se unían al frío que sentía por dentro y le daban una sensación de pequeñez y encogimiento.

Bingo también iba encogido. Parecía haberse reducido a la mitad cuando el grueso abrigo que llevaba se empapó y se le pegó al cuerpo. Al llegar al cruce, lo cogió en brazos; el pequeño costillar parecía el de una rata y las patas no parecían cortas y rechonchas, sino larguiruchas y flacas como las de un niño raquítico.

Temblando, esperaron horas, o eso les pareció, al pie de un árbol, hasta que la luz borrosa e insegura de los faros apareció entre la insistente oscuridad. Mary salió a la carretera, el conductor invisible la vio, paró, y ella subió por la parte de atrás al pequeño autobús amarillo, con Bingo bajo el brazo. No había mucha gente, pero se respiraba un ambiente cargado de olor a ropa e impermeables mojados; las ventanillas estaban empañadas. Limpió un trocito de la suya con la mano, pero no se veía nada. Todavía había muy poca luz y la lluvia caía por el cristal.

Siguió mirando hacia fuera intentando ver lo que hubiera. Debían de estar ya a medio camino; ese borrón blanco no podía ser solo la cabaña de Teas and Hovis. Desde luego, ese autobús iba más despacio que nunca.

«Vamos, date prisa, autobús. He estado toda la noche esperando. No puedo esperar más».

Cuando por fin se pararon en Weatherby, en el Red Lion Corner, tuvo que esperar a que el conductor se bajara y, con la cara roja y la capa de lona alquitranada chorreando, entrara a cobrar. Mary le arrancó el billete de la mano, se impacientó detrás de una robusta señora que se apeaba del autobús con muchos esfuerzos, saltó a la acera casi encima de ella y echó a correr por la calle principal con los pantalones empapados, pegados a las piernas.

La oficina de correos estaba abierta. Un débil resplandor salía a la calle por la ventana. Entró como un ciclón. Ahí estaba la temblorosa señora Munday, agachada detrás de una frágil barrera de alambre intentando hacer una suma.

—Quiero poner una conferencia a Londres —dijo Mary sin resuello, apoyándose en el mostrador.

—... y siete son cuarenta y nueve, y dieciséis son cincuenta..., sesenta y cinco, son tres libras con cinco —murmuró la señora Munday, dejando un dedo en el último número mientras miraba a Mary por la mitad superior de unas gafas estrechas.

—¡Ay, ay, ay, señora Howard! ¡Está usted empapada!

—Sí, quiero llamar a Londres, por favor, señora Munday. Tengo prisa.

Sería horrible echarse a llorar ahora de pura impaciencia. «Vamos, señora Munday, dese prisa, vamos, vamos. La voy a agarrar por el cuello y la voy a zarandear hasta que se le salgan los dientes».

—Su línea está cortada, hasta L'il Creek End —la informó la señora Munday.

—Sí, lo sé. Por eso quiero llamar desde aquí. Por favor, dígale a Ethel que me ponga enseguida con Primrose 14892.

La señora Munday se dio media vuelta en el asiento, muy despacio.

—¡Ethel, cielo! —Se le entrecortó la voz al levantarla para que llegara al cuarto de la centralita por la puerta abierta—. Pon a la señora Howard con Londres, haz el favor.

—¿Está ahí la señora Howard? —La voz de Ethel llegó flotando, nasal y tranquilizante—. Dile que su línea está cortada —añadió en un tono ofendido.

—Ah..., sí —La señora Munday volvió a darse media vuelta lentamente —. ¡Qué mal rato pasó anoche la pobre Ethel! Intentamos pasarle una llamada varias veces.

—¿Una llamada para mí? —A Mary se le paró el corazón; enseguida empezó a latirle a tal

velocidad que casi no podía hablar—. ¿De Londres? —Angela debía de haberse enterado de las noticias y habría ido directamente a casa—. ¿A qué hora fue? ¿Dijeron si...?

—Ni idea. —La señora Munday se había enfrascado otra vez en la columna de números—. Solo sé que se empeñaron en que Ethel los pasara con usted. Fueron muy groseros y ella se agobió mucho, ¿verdad, Ethel, cielo?

—Sí, mamá. Por la forma de hablar, parecía que fuera culpa mía, no dejaba de decir: «¡Por los clavos de Cristo!». «Bueno» —decía yo.

—... y seis son tres libras con once...

Bingo estornudó; rascó el linóleo con las uñas, como granizo, cuando se sacudió y mojó todo el suelo.

AGRADECIMIENTOS DE LA TRADUCTORA

Estoy en deuda con Pedro Pérez Prieto, que me regaló su traducción de un par de poemas de la novela; con Alistair Williamson, que me aclaró la jerga del críquet; y con Loli Cardeñoso y John Farrell, que me iluminaron a lo largo de toda la traducción. ¡Muchas gracias a los cuatro, por vuestra generosa ayuda!

(Por favor, si se me ha olvidado alguien, que lo achaque a mi despiste, nunca a una inexistente falta de agradecimiento).

CONCHA

NOTA DEL EDITOR

Dice Ngũgĩ wa Thiong'o en su ensayo *Descolonizar la mente* que «la recepción de una obra de arte en concreto forma parte de la obra misma; o, dicho de otra forma, la recepción —¡o consumo!— de la obra completa todo el proceso creativo que esta implica». Si asumimos tal percepción, rompiendo así el esquema tradicional según el cual el proceso de creación de un libro culmina con su impresión y su posterior puesta a disposición de los lectores en los invictos estantes de bibliotecas y librerías, lo que nace como una idea tenaz en la mente soñadora del autor es un viaje sin fin, una odisea con infinidad de Ítacas. Los caminos de un libro se vuelven inescrutables; una vez que sale del cajón de su autor pasa a pertenecer por completo a la inmensidad diversa y descentralizada de sus lectores. Como un padre despidiéndose de su hijo, el autor, entre melancólico y orgulloso, queda reducido a un lector más, y su obra pasa a adquirir tantos significados y tantas interpretaciones como veces sea leído; el libro se reescribe con cada lectura.

Cuando publicamos *Adiós, señor Chips*, de James Hilton (Piteas 4), estábamos lejos de anticipar la recepción que tendría. Al fin y al cabo, se trataba de una novela breve publicada en 1934 cuyo protagonista es un viejo profesor de latín y griego que, en el ocaso de sus días, rememora toda su vida. No obstante, el entrañable señor Chips volvió a enamorar a los lectores como hizo antaño. Habían pasado ochenta y siete años desde su primera publicación en los Estados Unidos, pero en el caos de una pandemia global, los lectores aturdidos por las subidas y bajadas sucesivas de una economía exaltada, los reproches cruzados en el mundo paralelo de la política, la incertidumbre del futuro y la complicada gestión del día a día para cada uno de nosotros, encontraron un remanso de paz en la historia de un profesor tradicional al que le toca vivir una época convulsa. No solo los docentes que afrontaron un curso entre medidas cambiantes se identificaron con el señor Chips. Todos, tras más de un año de pandemia, sentimos la necesidad de olvidarla por un momento, apagar el telediario y refugiarnos de su bombardeo despiadado en valores y lugares seguros como la familia, los amigos o los pequeños placeres que conllevan actividades como pasear al aire libre o leer un buen libro. Estos oasis de normalidad han sido esenciales para no extraviarnos del todo, para no olvidar quiénes somos y en lo que creemos incondicionalmente. En menos de un año, *Adiós, señor Chips* llegó a su tercera edición porque, tal y como dice Mónica Gutiérrez en su prólogo: «en las horas más oscuras, solo aquello de lo que estamos hechos [...] nos mantiene en pie». Es curioso cómo una pandemia que James Hilton nunca pudo imaginar ahora forma parte de la obra que escribió.

Si consideramos que la recepción de una obra es parte de ella, también deberíamos incluir las circunstancias que llevaron a su autor a escribirla. Así, la historia de MARIANA, como todas las obras de Monica Dickens, se remonta a mucho antes de que la empezara a escribir, a sus

veinticuatro años y a una habitación propia de un piso alquilado en el barrio londinense de Mayfair. Antes de empezar a hacer bailar sus dedos por las teclas de su máquina de escribir de segunda mano («Mary oía a menudo la expresión: "No soporto estar sola", y nunca llegó a entenderla»), MARIANA, por su carga autobiográfica, ya había empezado a escribirse en la misma vida de Monica Dickens. Y es que la suya fue una vida fascinante y llena de giros inesperados, la de una mujer decidida a exprimirla al máximo, a coger las riendas de su vida, a escapar de las rutinas y de lo que todo el mundo esperaba de ella. En este sentido, está claro que Monica Dickens y el señor Chips no se habrían caído demasiado bien. Monica creció en una familia de clase alta en el barrio de Notting Hill. Como le sucede a Mary, fue expulsada de la escuela de teatro por, según la institución, «no ser apta para actuar». Lejos de desanimarse, Monica empezó a estudiar en la St. Paul's Girls' School, de donde también fue expulsada, esta vez por tirar su uniforme escolar al Támesis cuando iba a ser presentada como debutante ante la corte. Visto que no era apta para los estudios, sin perder su alegría, a los veinte años y ante su pasmada familia, decidió ponerse a trabajar. Me gusta imaginar a su madre, católica y de origen alemán, absolutamente escandalizada ante esta idea: «¿Trabajar? ¡Trabajar es de pobres! ¡Es deshonroso y degradante! ¡Lo que deberías hacer es ir a las fiestas donde acuden los solteros de la clase alta y casarte con algún buen partido! ¡Trabajar! Solo a ti se te pueden ocurrir tales locuras, querida, ¿de qué vas a trabajar? ¿Qué sabes hacer?». Y, en esta deliciosa escena imaginada, la respuesta de Monica Dickens le arrancaría nuevas exclamaciones a esta señora Bennet indignada, porque no solo decidió trabajar, sino que decidió hacerlo como cocinera y sirvienta, sin haber cocinado ni limpiado una prenda de ropa en su vida, por supuesto. Cuando en una fiesta le contó por casualidad a un editor algunas de las hilarantes aventuras que vivió en estos primeros empleos, este le dijo entre carcajadas que si algún día escribía un libro sobre ello se lo publicaría. Y así fue como, en un nuevo giro, y contra todo pronóstico, Monica Dickens acabó siguiendo los pasos de su bisabuelo, el inmortal Charles Dickens. Ya con su primera novela, *One Pair of Hands*, se convirtió en una novelista muy popular —en su época solo Daphne du Maurier vendía más que ella—. Todas sus obras comparten un fondo semiautobiográfico y un tono risueño que, cuanto más sabe uno de su vida, más intuye en su personalidad.

El título de MARIANA proviene del poema de mismo nombre que escribió Alfred Tennyson, quien, inspirándose a su vez en *Medida por medida*, de William Shakespeare, se acerca a la figura de una mujer que lamenta su aislamiento y su soledad. Monica Dickens escribió esta obra, su segunda novela, cuando las tinieblas de la Segunda Guerra Mundial asolaban Europa y la comida empezaba a escasear en las tiendas de Londres. El miedo y la incertidumbre al conflicto solo están presentes en el principio y el desenlace de la historia, cosa que nos ofrece un contraste desgarrador con el pasado feliz y despreocupado de su protagonista; cuando se hace tan doloroso «mirar hacia delante», se impone la necesidad de «mirar hacia atrás».

De la misma manera que el señor Chips revisita los momentos más importantes de su vida cuando se queda sin futuro, Mary, mientras espera poder hacer la llamada decisiva que puede cambiar su vida drásticamente, se dedica a rememorar los días felices de su infancia, los veranos en la casa de campo de sus abuelos, el primer amor, sus estudios en París... Esta necesidad de hallar refugio y confort en el pasado cuando se hace imposible mirar al futuro, o incluso al presente, se puede leer tanto de manera narrativa —con la historia de Mary—, como en relación con la gran acogida que tuvo la novela durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la identidad y

los valores quedaban sometidos a las necesidades impostergables del demoledor mecanismo de la guerra. La literatura de Monica Dickens transmite su gran fortaleza; aunque intentaron desalentarla a lo largo de su vida, nadie lo consiguió. A pesar de todos los fracasos, Monica, como Mary, se queda con la experiencia vivida y mantiene intacta su sonrisa, sus ganas de aprender, de vivir nuevas experiencias.

En 1998, la periodista Nicola Beauman fundó en Londres una pequeña editorial a la que llamó Persephone Books. En ella quería publicar obras literarias injustamente olvidadas escritas por mujeres. Sin duda, Persephone fue una gran inspiración para el proyecto de Trotalibros Editorial. Uno de los primeros títulos del catálogo de la editorial inglesa fue MARIANA, que, como si el tiempo no hubiese avanzado tanto como tendemos a creer, volvió a cautivar a miles de lectores. Pronto Monica Dickens se hizo un hueco en los titulares de los rotativos culturales como la gran escritora olvidada del siglo XX. Es un verdadero honor ser corresponsable de la primera publicación en español de MARIANA y de otorgarle a su autora el lugar que merece en nuestro idioma. Cuando le propuse a Concha Cardeñoso Sáenz de Miera (traductora de *Adiós, señor Chips*, de James Hilton) volver a trabajar juntos, puso una sola condición: traducir un libro alegre «por no tener que rabiar o llorar tanto mientras traduzco». Aceptó el encargo de MARIANA, aunque, en sus palabras, «Dickens tampoco estaba muy contenta con el mundo».

Por desgracia, el mundo actual vuelve a ser un momento ideal para recuperar y descubrir la literatura de Monica Dickens en general y de MARIANA en particular: lo volvemos a necesitar. Ante las inclemencias de nuestro tiempo, ante todo este ruido, desasosiego y temor que nos rodea, volvemos a precisar de novelas que nos hagan valorar las pequeñas cosas que tenemos y a reencontrarnos con nuestros propios recuerdos, que, sin saberlo cuando los protagonizábamos, encarnan hoy la idea de felicidad que nos inspira y nos da fuerza ante las situaciones adversas.

Monica Dickens solía decir que con sus novelas no quería enseñar nada, solo pretendía entretener; quería que sus lectores percibieran la vida en sus historias. Dicho así puede parecer un propósito humilde, incluso habrá quien tache esta literatura de complaciente, pero a mí me parece una proeza revolucionaria cargada de esa «actitud retadora» de las casas que separan «la plácida intimidad de la salita del aullido chorreante de la oscuridad». Me refiero a hazañas como traducir a Julio César bajo el aullido de las bombas, como hace el señor Chips, o acometer retos absurdos en las redes sociales cuando estás confinado en casa por una pandemia mundial y no sabes cómo o cuándo se acabará y qué quedará después del mundo que conocías. Me refiero a himnos tales como los villancicos que cantaron alemanes y franceses en un campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial o un «cumpleaños feliz» que se entona en una videollamada mientras el telediario anuncia la cifra diaria de fallecidos. Me refiero a algo tan subversivo como escribir sobre la felicidad en tiempos de tristeza, atreverse a buscar luz en la oscuridad, estrellas en la tempestad, risa en el silencio, compañía en la soledad, belleza en el horror.

Querido lector, remotas son ya las circunstancias que rodearon la primera publicación de MARIANA, allá en 1940. Ahora esta historia, que nació como una idea tenaz en la mente de Monica Dickens, prosigue con tu lectura.

Jan Arimany

1 *The Daisy*, Alfred Tennyson (1809-1892). *(N. de la T., como todas las demás).*

2 Especie de birlocho en el que la institutriz podía guiar al caballo desde el pescante sin perder de vista a los niños.

3 *I miss you* («te echo de menos») en el habla de Somerset.
4 En el siglo XIX «grosellero» era una alusión al vello púbico, y de ahí surgió el dicho inglés de que «los niños nacen debajo de los groselleros».
5 Lillian Diana Gish (1893-1993), una de las actrices más famosas del cine mudo.
6 «Las hojas de Eva», película muda estadounidense (1926), romántica, basada en la novela homónima de Harry Chapman Ford.
7 Célebre contralto británica (1872-1936).
8 Muñeco negro de trapo inspirado en un personaje homónimo de cuentos infantiles de Bertha y Florence Upton (XIX-XX).
9 Primer verso del soneto *On First Looking into Chapman's Homer*, de John Keats (1795-1821) en version de Lorenzo Oliván para Editorial Pre-Textos.
10 Antigua tradición germánica que celebra el solsticio de invierno (ahora en Navidad), y que todavía se conserva en algunos sitios.
11 Verso del poema *Ode on Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood*, de William Wordsworth (1770-1850).
12 Nombre de casada y con el que publicó sus obras Mary Augusta Arnold (1851-1920), escritora británica nacida en Tasmania y tía carnal de Aldous Huxley.
13 *Der Struwwelpeter*, de Heinrich Hoffman (1809-1894).
14 Pueblo grande y comercial en el área de Windsor.
15 Poeta inglés (1887-1915) al que Yeats proclamó «el joven más apuesto de Inglaterra».
16 Sendero para caballos situado en el lado sur de Hyde Park, muy de moda entre las clases altas londinenses de los siglos XVIII y XIX.
17 Exposición y concurso que se celebra anualmente en Olympia (Londres) desde 1908.
18 Nativo del este de Londres, principalmente de clase obrera.
19 Posible nombre indio de chica, aunque en inglés, *poo* significa «caca».
20 Seguidor de la secta Moral Rearmament, fundada por el evangelista luterano Frank Buchman (1878-1961). También recibió el nombre de Oxford Group e Initiatives of Change.
21 Famosa y solicitada cortesana de la época de Luis XV de Francia y última amante oficial del rey (1743-1793).
22 Famosa pareja de acróbatas de los años veinte.
23 Ser mitológico del folclore británico en el que se basa el personaje homónimo de *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare.
24 *Enrique V,* de William Shakespeare, en traducción de Salvador Oliva para Espasa Clásicos.
25 Oberon en *Sueño de una noche de verano,* de William Shakespeare.
26 *Non sum qualis eran bonae sub regno Cymarae,* poema de Ernest Dowson (1867-1900).
27 Obra de teatro de Leopold David Lewis (1828-1890), su único éxito, interpretada por el famoso actor Henry Irving.
28 Poema pastoral de John Milton (1608-1674).
29 Poema de Siegfried Sassoon (1886-1967), traducción generosamente cedida por Pedro Pérez Prieto.
30 Traducción del poema generosamente cedida por Pedro Pérez Prieto.
31 *Heraclitus*, de Calímaco, en traducción al inglés de William Johnson Cory (1823-1892).
32 Obra de fantasía de J. M. Barrie (1860-1937).
33 La mujer de William Shakespeare.
34 Personaje de *La vida y las aventuras de Nicholas Nickleby*, de Charles Dickens (1812-1870), cuyos hijos son, según el propio autor, «excepcionalmente normales», incluida una hija con deficiencias.
35 «No me abandones», de Margaret Kennedy (1896-1967).
36 Eleanor Gwyn, una de las primeras actrices inglesas que alcanzó reconocimiento público.
37 Stanley Baldwin (1867-1947) fue primer ministro británico en varias ocasiones.
38 Conservadora asociada del Departamento de Arquitectura y Diseño del MoMA de Nueva York (1909-1952).
39 Verso de *Lines Composed a Few Miles above Tintern Abbey*, William Wordsworth (1770-1850).
40 Estos y los siguientes son versos del poema *The Listeners*, de Walter de la Mare (1873-1956).
41 Seudónimo de H. C. McNeile (1888-1937), autor de novelas de suspense y de guerra.
42 Edward Phillips Oppenheim (1866-1946), autor de novelas de intriga, policiacas, etc.
43 Famosa y tradicional sastrería masculina de Londres.
44 Antiguo modelo de Henry Ford, un coche humilde y barato que ganó una carrera en 1922 para asombro de todos.